Karlheinz Deschner

HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO

Volumen 6

Alta Edad Media:
El siglo de los merovingios

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

Tomo VI
Alta Edad Media: El siglo de los merovingios

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)
http://www.abertzalekomunista.net

Colección Enigmas del Cristianismo
Ediciones Martínez Roca, S. A.
Traducción de Claudio Gancho

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por

cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original; *Kriminalgeschichte des Christentums: Frühmittelalter*
© 1994, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1994, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Enríe Granados, 84, 08008
Barcelona ISBN 84-270-1919-X
Depósito legal B. 26.520-1994
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosellón, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háuler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz
Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

ÍNDICE

15 Visión panorámica
18 *De súbditos convencidos a convencidos señores*

27 **1. La cristianización de los germanos**
29 *Difusión del cristianismo en Occidente*
30 *Métodos y motivos de conversión,*
32 *Jesucristo pasa a ser el espadón germánico, o sobre «el dominio de la vida»*
35 *Subterfugios apologéticos.*
37 *La tara del pasado*
39 *«Destrucción demostrativa...»*

45 **2. Clodoveo, fundador del gran imperio franco**
47 *El encumbramiento de los merovingios*
49 *Ascensión relampagueante de un bandido estatal*
51 *Un gran baño de sangre y la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana.*
53 *El rey Clodoveo y dos «santos de Dios»*
57 *La guerra de Clodoveo contra los burgundios (500): «la felicidad del reino» y un santo traidor a la patria.*
60 *Los visigodos*
62 *La guerra contra los visigodos*
67 *¿Hemos de liberarnos de una valoración moralista de la historia?*

71 **3. Los hijos de Clodoveo**
73 *División del reino y rebelión de los señores de Auvernia*
75 *La guerra de los burgundios de 523-524, reclamada por una santa contra un santo y asesino*
78 *«Antes muertos que tonsurados...» Una santa da orden de asesinar a sus nietos*
79 *La aniquilación del reino de Turingia y la eliminación de su casa real*
81 *Otras guerras contra godos y burgundios.*
84 *Teudeberto I, «magnus», «religiosus», «christianus princeps» y «una especie de cumbre»*
86 *Reyes y papas asesinos*

91 4. La invasión de los longobardos
94 *La invasión*
97 *Colaboración y celo por las conversiones*

101 **5. Los últimos merovingios**
103 *Los nietos de Clodoveo.*
105 *«... Dignas de una Mesalina y una Agripina»*
107 *Chilperico I: Expediciones militares y cantos espirituales*
110 *Los prelados y la alta nobleza se disputan el poder*
112 *La revuelta de Gundowaido y los obispos desertores*
114 *El rey Guntram prueba su santidad*
116 *Afanes belicosos de los papas*

119 **6. La conversión de los visigodos al catolicismo**

121 *La fundación del reino visigótico en España…*
122 *La conversión al catolicismo de los suevos*
123 *El amano Leovigildo y la oposición católica*
125 *Un rebelde y traidor se convierte en santo*
128 *«… Inflamado del fuego de la fe», o «Nunca me haré católico»*

133 7. El papa Gregorio I (590-604)
135 *La huida del mundo y el afán de hacer carrera*
138 *La disputa de los títulos con el «Ayunador», o el «afán de la propia celebridad»*
141 *En «el polvo de las ocupaciones terrenas»*
143 *El hombre de la doble moral*
146 *«Pensar distinto de la mayoría… casi un crimen merecedor de la muerte»*
151 *¿Justo y comprensivo con los judíos?*
153 *Negocios antes del fin del mundo, o de «la propiedad de los pobres»*
156 *Uso y abuso de esclavos como ganado, o «la diversidad de los estados»*
157 *A veces con el emperador y a veces contra él*
161 *El Santo Padre recomienda los ataques por la espalda, la tomade rehenes y el pillaje*
164 *El papa Gregorio celebra a un asesino del emperador.*
167 *La propaganda papal empieza en Inglaterra.*
171 *Despreciador de la cultura y profeta de la destrucción del mundo*
173 *Bueyes, asnos y el comentario de Gregorio al Libro de Job*
176 *Hasta los mayores disparates del Grande apuntan «hacia adelante».*
181 *Reliquias, o mentiras como casas*

185 8. Brunichilde, Clotario II y Dagoberto I, o «la cristianización de la idea de rey»
187 *El papa Gregorio I galantea con «un animal político salvaje»*
190 *Ocaso de Brunichilde y primera cumbre en la cristianización de la idea de rey*
193 *El santo de Metz reo de alta traición…*
195 *«Miedo y terror» y la plegaria permanente bajo Dagoberto I*
196 *Misión y matanza*

201 9. La Iglesia en el período merovingio.
204 *Una especie de santa úlcera cancerosa.*
206 *Ignorante, criminal en gran escala y buen católico…*
209 Dos *representantes famosos*
210 *Aduladores serviles y fervorosos del poder, o «ellos son los personajes que actúan»*
213 *El trono y el altar*
216 *¿«… Los intereses más bien materiales de la Iglesia del reino merovingio»?*
219 *«… Un nivel bajo», «… un nivel bárbaro»*
223 *Pequeña revista a los hombres de Dios*
225 *Rebelión en los monasterios de monjas*
227 *«… Y se encaminaron a Marsella», o sin judíos el cristiano goza de salud*

231 Notas
259 Bibliografía

VISIÓN PANORÁMICA

«Desde hacía largo tiempo Cristo ya había echado una mirada a los pueblos germánicos... Una nueva primavera alumbró en el cielo de la Iglesia.»

LEO RÜGER, TEÓLOGO CATÓLICO[1]

«Tampoco la *Edad Media* católica fue un período de "tinieblas", sino de gozo y de afirmación vital... Entresacamos de una multitud de datos: el lunes festivo, las fiestas escolares e infantiles, el teatro episcopal, la fiesta de san Gregorio, la marcha de los zahoríes, la muerte del invierno, los días de carnaval, el prendimiento de los maestros, el canto de la Salve, el borrico del Domingo de Ramos, el tonto de Pentecostés [...]. No incurrimos en exageración alguna, si calificamos el principio de vinculación por medio de la Iglesia católica durante la Edad Media como uno de los regalos y favores más grandes de la historia universal.»

HANS ROST, CATÓLICO[2]

«La vida de la cristiandad medieval está impregnada, y hasta saturada por completo, en sus relaciones por unas concepciones religiosas. No hay cosa ni actuación alguna que no se ponga constantemente en relación con Cristo y con la fe. Todo se construye sobre una concepción religiosa de la realidad, y nos encontramos ante un desarrollo increíble de la fe interior.»

JOHAN HU1ZINGA[3]

17

Las divisiones en épocas históricas no están fijadas de antemano. No se decretaron en un lugar «superior», para que después las cumpliese la humanidad. Ocurre más bien que la historia del hombre es un caos inaudito de historias, y posteriormente intenta poner un cierto orden en el curso zigzagueante de los acontecimientos y en la desconcertante diversidad de tendencias reduciéndolo todo a esquemas perfectamente claros. Introduce estructuras y cesuras, y así aparece el conjunto como expresión de unas fuerzas que actúan con coherencia, y de ese modo todo se presenta como si así hubiera tenido que ser y no pudiera haber sido de otro modo, cual si por ejemplo el imperio romano occidental sólo se hubiese dado para que Europa pudiera heredarlo. Una visión que favorece nuestro gusto por la periodización, y que sin duda también puede fomentarlo. En realidad toda esa delimitación y ordenamiento temporal, todos esos supuestos puntos fijos, datos orientativos y líneas de evolución no son más que el resultado de ciertos —o, por mejor decir, muy inciertos— puntos de vista, de precarias tentativas de orientación, son puras construcciones, a las que la gente se ha acomodado, bien dándoles unos contenidos «superiores» o sin tales contenidos.

La «alta Edad Media», época que comprende aproximadamente desde el siglo VI al X, es un período de cambios y transformaciones violentas; pero es también un tiempo de componendas o, para decirlo en forma más elegante, de asimilación, de continuidad, un período de decadencia y transición, de vieja herencia y de un nuevo comienzo: en él se dan la constitución de Occidente, de Europa, de Alemania, el entrelazamiento de tradiciones antiguas, cristianas y germánicas, la separación de Bizancio, de la Iglesia oriental, y la llegada del islam. Y no deja de ser importante: es una época en la cual política y religión son inseparables.

---

[1] Rüger 311 s.
[2] Rost, Frohiichkeit 92. Id., Die Katholische Kirche 70, 171.
[3] Huizinga 210. En forma similar Ullmann, Kurze Geschichte des Papstums 80 s, entre otros muchos.

También cambian la alianzas de los papas con los estados. Pero, como siempre que giran y cambian de dirección en el curso del tiempo, Roma busca de continuo agarrarse al poder más fuerte: Bizancio, los ostrogodos, los longobardos, los francos, y de ellos se aprovecha. Hay quien tiene, sin embargo, una visión distinta por completo. Johannes Scherr, un crítico alemán de la cultura y de la literatura del siglo XIX, a quien todavía hoy vale la pena leer, llega a escribir: «Siempre que el Estado entra en un cambalache del *"do ut des"* [una política de concesiones recíprocas], será la parte perdedora».[4]

18

Cualquiera sea el valor que se otorgue a cualquiera de ambas interpretaciones, la alta Edad Media es una época, que en mayor o menor grado avanza empujada por un delirio homicida. Por ello suena grotesco el que Ferdinand Gregorovius —por otra parte, tan meritorio— celebre «ya unas configuraciones nuevas de la vida nacional»: «Italia se renovó con los longobardos, Galia con los francos, España con los visigodos, Bretaña con los sajones». Lo que no impide el que veinticuatro páginas antes califique al gobierno longobardo como «una de las épocas más terribles de la historia de Italia». Así pues, la renovación por el terror; pero por un terror que no acaba nunca, por una historia continua de crueldades, una historia persistente de homicidios y asesinatos, de guerra, opresión y explotación *hasta el día de hoy.*[5]

De súbditos convencidos a convencidos señores

Al principio los obispos romanos reconocieron la supremacía del imperio bizantino en forma espontánea, plenamente libre e incondicional. Esto es algo que puede decirse incluso de Gregorio I Magno («el Grande», fallecido en 604). Bizancio era una potencia mundial, que abarcaba regiones fundamentales de Asia y de Europa, y cuya influencia se extendía desde Persia al Atlántico. Y la administración eclesiástica, desde siempre fuertemente apoyada en la estructura política del imperio universal, se orientaba por la misma. El denominado cesaropapismo, que hizo su aparición con el primer emperador cristiano, afectó tanto a la Iglesia oriental como a la occidental. Los monarcas, cuya autoridad se tenía por derivada de Dios, durante la época de las invasiones de los pueblos del norte, daban órdenes a todos los patriarcas y obispos. Y todos tenían que obedecer, incluido naturalmente el obispo de Roma. Como cualquier otro prelado estaba sujeto al emperador. No hubo resistencia alguna o protesta por parte de ningún papa o patriarca contra la injerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos. Los emperadores ejercieron esa intromisión «sin diferencia alguna en Oriente y en Occidente, y ninguna de ambas secciones de la Iglesia parece que encontró nada malo en el cesaropapismo» (Alivisatos). La vieja palabrería apologética de los papas, hablando de la «cautividad bizantina», se demuestra así como un manifiesto «sin sentido». Los papas fueron «súbditos convencidos y no esclavos del imperio romano» (Richards).[6]

---

[4] HEG I 15 ss, 23 ss, 46 s. Scherr cit. según Londe 254. Com. por ejemplo Kashdan 108 ss. Banniard 13 s, 18 ss.

[5] Gregorovius L 1 246, 271.

[6] LMA III 1227 ss. Jántete 158 s. Heer, Kreuzzüge 13. Alivisatos 15. Richards 76. Angenendt, Frühmittelalter

Pero en 476 el fracaso del imperio occidental afianzó al papado, el cual experimentó un gran aumento de poder y una ampliación de su campo de influencia. Y, en su conjunto, también siguió ese camino el episcopado.

19

Cierto que en los comienzos el final de la hegemonía romana, el derrumbamiento de la nobleza senatorial y el desmantelamiento de la administración se les aparecieron a los círculos clericales como una verdadera catástrofe, toda vez que habían colaborado estrechamente con aquel Estado, y gracias a ello habían ido ganando cada vez mayor influencia. Pero la ruina del imperio no arrastró en ningún caso tras de sí la del catolicismo romano. Bien al contrario: al igual que éste casi siempre y en todas partes sabe sacar provecho de los descalabros y catástrofes, también lo hizo en su tiempo.

En Roma se hundieron los templos, se derrumbó el palacio imperial, en los teatros y en las termas gigantescas se amontonaron las ruinas y creció la maleza y la yedra. Y los sacerdotes se aprovecharon. Las antiguas sillas de los baños se convirtieron en cátedras episcopales, las suntuosas bañeras de alabastro y pórfido pasaron a ser pilas bautismales y dudosas urnas de mártires. Se arrancaron los revestimientos marmóreos de las paredes, los preciosos suelos de mosaico, las bellas columnas y las piedras de las villas antiguas para enriquecer los templos cristianos. Los templos paganos se convirtieron en iglesias cristianas y la Roma de los Césares en una ciudad clerical, en la cual prevaleció lo religioso (o lo que se tenía por tal); y en la cual todas las fiestas civiles desaparecieron en favor de las festividades eclesiásticas, y en ocasiones la creencia en el inminente fin del mundo se generalizó hasta tal punto y tales proporciones adquirió el asalto a los privilegios de los sacerdotes, que el emperador Mauricio prohibió en 592 el ingreso de soldados en los monasterios y de los funcionarios civiles en el estado clerical.

Y como en lo pequeño, así también en lo grande. El poder civil de los papas —que fue la base del futuro Estado pontificio o de la Iglesia— brotó formalmente de unas ruinas: de los escombros del imperio romano de Occidente, gracias a la impotencia de Bizancio y a una ambición curial de dominio siempre creciente. Ya en el siglo V los obispos de Roma, supuestos sucesores de Jesús, el cual no quiso reino alguno de este mundo ni que sus discípulos llevasen dinero en la bolsa, eran los mayores terratenientes del imperio romano. Y el desmoronamiento de aquel imperio no hizo sino acelerar la ascensión de los obispos de Roma, heredando por entero la decadente estructura imperial.[7]

Bajo los merovingios, en los primeros tiempos del imperio bizantino, los obispos ganan poder e influencia también en los asuntos «mundanos» o civiles, en todo el ámbito comunal. Controlan los trabajos y los oficios estatales, las fortificaciones urbanas, el suministro de las tropas; más aún, intervienen en el nombramiento de los gobernadores de provincias.

20

Toda la desgracia y decadencia la transforman los obispos romanos en prosperidad suya, cada fracaso lo convierten en ventaja personal, ya se trate de un desastre del reino del César o del reino de Dios. Y hasta de la desdicha de la invasión

---

238. Comp. 243, 270.

[7] Me 6,8 s; Mt 10.10; Le 9,3; 10,4. Gregorovius I y 239 s, 260 ss, 267. Seidimayer 48. Graus, Volk 434. Deschner, Abermals 239 s.

longobarda saben hacer fortuna. Primero se distancian de Bizancio con ayuda de las espadas longobardas —y Bizancio estaba debilitada por la múltiple presión de los «bárbaros»—; más tarde acabarán con los longobardos gracias a los francos... siempre del lado de los salteadores, con una estrategia parasitaria, como el mundo jamás había conocido.

Sus pretensiones de primado frente a sus iguales los otros patriarcas, y especialmente frente a los de Bizancio, las venían sosteniendo los papas desde hacía largo tiempo con múltiples astucias y falseamientos. Y ya en el siglo vn, al menos como cabezas supremas de la Iglesia de Occidente y como gobernadores de las *partes romanas,* fueron ya *de fació* relativamente independientes; *de jure* lo serían también en el siglo VIII, aunque a través de una pura transgresión jurídica. Cierto que todavía hasta 787 fechan sus cartas por los años de reinado de los emperadores bizantinos; pero ya bajo Gregorio II (715-731) el gobernador bizantino fue expulsado de Roma con motivo de la «revolución romana», como fue expulsado el ejército bizantino de Benevento y de Spoleto, con ayuda por supuesto de las tropas longobardas. Después que los longobardos habían contribuido a un poder excesivo de los papas, éstos se valieron de los francos para aniquilarlos. A partir de entonces colaboraron y prosperaron con los emperadores francos. Y cuando se sintieron lo bastante fuertes, quisieron ser también los señores del imperio.

Hasta el año 753 el papa romano es un súbdito devoto (en mayor o menor grado) de Constantinopla. Pero pronto en Roma se deja de contar el tiempo por los años del emperador, se dejan de acuñar monedas imperiales, se eliminan de las iglesias las imágenes imperiales y se deja de mencionar el nombre del emperador en el servicio litúrgico. El papa se alla, por el contrario, con el rey germánico en contra de quienes habían sido hasta entonces sus soberanos. Y al rey germánico confiere el papa los privilegios imperiales, entre los que no faltan algunos nuevos por completo, y hasta le ofrece la corona imperial. Es una política, que beneficia sobre todo al papa pues casi le convierte en el «padre de la familia gobernante».[8]

La coronación imperial de Carlos el año 800 en Roma por parte del papa León III fue un hecho antijurídico, una provocación al emperador bizantino, hasta entonces única cabeza suprema legal del mundo cristiano, y en Constantinopla sólo pudo interpretarse como una rebelión. De hecho el giro de los papas hacia los francos provocó la ruptura definitiva con Bizancio.

20

Y aunque en 812 el emperador Miguel I reconoce a Carlos «el Grande» como *imperator* de Occidente y como soberano parigual, en el fondo Bizancio siempre consideró el imperio occidental como una usurpación. En la coronación de Lotario, en 823, el papa le entregó la espada para la defensa y protección de la Iglesia: y paso a paso Roma puso bajo su influencia a los reyes romano-germánicos. Efectivamente, tras la caída de los monarcas romano-occidentales se introdujeron simbiosis nuevas con los nuevos gobernantes, con Teodorico, Clodoveo, Pipino, Carlos. Pero también los futuros grandes imperios germánicos de Alfredo (871-899), de Otón I (936- 973) y de Olaf el Santo (1015-1028), que promovió la expansión del cristianismo con métodos bárbaros, sólo pudieron asentarse sobre una base cristiana, por no hablar

[8] Kühner, Lexikon 48 ss. Haller, Dia Karolinger und das Papsttum 38 ss, espec. 62. Heer, Kreuzzige 13, 60. Schramm 1255 ss, espec. 220, 254. Maier, Mittelmeerweit 341 s. Angenendt; Das geistliche Bündnis 54.

del imperio germánico medieval.[9]

Ese Sacro Imperio Romano ciertamente que apenas tuvo algo de romano y absolutamente nada de sacro y santo, a no ser que (con toda razón) como Helvétius, Nietzsche y otros se vea en lo sacro el compendio de lo criminal. Comoquiera que sea, mediante la liquidación de los logros relativos de arríanos y paganos y con la obtención de un Estado propio el papado consiguió el agrandamiento constante tanto de su poder como de sus posesiones.[10]

Sobre todo a comienzos de la Edad Media el encadenamiento de Estado e Iglesia fue muy estrecho. El derecho civil y el canónico no sólo tenían la misma base, sino que los deseos y exigencias clericales también encontraron expresión en leyes civiles. Los decretos de los *«concilla mixta»* tenían vigencia para el Estado y para la Iglesia por igual.

También los obispos procedían de la aristocracia y con ella se relacionaban, como hermanos, sobrinos e hijos de la nobleza cívica. Y con ella compartían los mismos intereses políticos y económicos. Consecuentemente a lo largo de la Edad Media también se vieron arrastrados a la lucha de los grandes, combatieron con los reyes contra el emperador y con el emperador contra el papa, y con un papa contra el otro durante 171 años. Combatieron con los clérigos diocesanos contra los monjes y también contra sus colegas, dándoles batalla en el campo, en las calles y en las iglesias, con el puñal y con el veneno y de todos los modos imaginables. La alta traición y la rebelión fueron para el clero —según el teólogo católico Kober— «un fenómeno completamente habitual».[11]

Frente a los Estados y las denominadas autoridades la gran Iglesia cristiana no tuvo en la práctica otro principio que éste: pacta siempre con el poder más provechoso. En todos sus contactos estatales sólo se dejó guiar por su única ventaja (en su lenguaje: por «Dios», ¡el conocimiento más importante en la historia de la Iglesia!). El oportunismo fue siempre el principio supremo. Únicamente cuando esa Iglesia alcanzaba lo que quería, estaba también dispuesta a dar algo, y naturalmente que lo menos posible, aunque prometiera mucho. «Aniquila tú conmigo a los herejes, y yo aniquilaré contigo a los persas», invitaba el patriarca Nestorio al emperador, en su discurso de toma de posesión en 428 (sin imaginar que bien pronto él mismo sería condenado como «hereje»).

22

Eran débiles, se doblegaban como juncos azotados por el viento. Cuando el patriarca Poppo de Aquileya tomó posesión de Grado y de su sede patriarcal, habría sido posible el comienzo de la incorporación de Venecia al imperio germánico, y el papa Juan XIX enseguida estuvo de acuerdo. Mas cuando Poppo hubo de huir ese mismo año regresando el patriarca legítimo, dicho papa Juan también le dio su bendición. Tres años después —Conrado II se dirigió a Roma para la coronación imperial— de nuevo Juan condenó al patriarca veneciano accediendo a los deseos germánicos y devolvió Grado a la jurisdicción de Aquileya. Y tras el fracaso de las ambiciones alemanas, Benedicto IX, sucesor de Juan, de nuevo devolvió la

---

[9] Stonner, Nationale Erziehung 105. Maier, Mittelmeerweit 349 s. Heer, Kreuzzüge 14, 60.

[10] Nietzsche II 1125,1152, 1190,1217; III 580, 784, etc. Mack, Helvetius 1121.

[11] Kober, Die Deposition 701. Schnürer, Kirche und Kultur I 147. Sprandel, Über das Problem 117 ss. Deschner, Opus Diaboli 18 s.

independencia a la ciudad de Grado.[12]

Y con la mira puesta en el propio poder, también los emperadores y príncipes católicos combatidos mantuvieron estrechamente unidos Iglesia y Estado, pese a las tensiones, conflictos y enfrentamientos de todo tipo, desde finales de la Edad Antigua hasta el tiempo de la reforma protestante. A lo largo de más de un milenio no cabe separar la historia de ambas instituciones. Más aún: «En el epicentro de todos los intereses, ya fuesen de orden espiritual o político, estuvo la Iglesia; a ella pertenecieron la acción y la omisión, la política y el poder legislativo, todas las fuerzas motrices del mundo estuvieron a su servicio y de ella derivaban sus prerrogativas. La cultura y la historia de la Edad Media se confunden con la Iglesia».[13]

Mas con su poderosa protección material, su fuerza organizativa y la participación en la vida jurídica y político-estatal, su influencia creció de continuo. La Iglesia católica pre-constantiniana prohibió a los clérigos con todo rigor que aceptasen cargos públicos; pero ya a finales de la antigüedad se le confiaron a un obispo de Galia ciertas opciones militares, como la construcción de una fortaleza. Y lo que se perdía en el sur a manos de los árabes, los «infieles», se compensaba con la expansión del cristianismo hacia el norte.

Bajo los merovingios el cristianismo llegó a ser el poder ideológico decisorio. Casi se dieron dinastías formales de obispos, hasta el punto de que Chilperico de Soissons pronunció la famosa frase: «Nadie gobierna más que los obispos; ésa es nuestra gloria».

23

También entre los ostrogodos arríanos asumió el episcopado funciones estatales. En la Inglaterra de comienzos de la Edad Media los prelados eclesiásticos son miembros de las dietas, estadistas y mariscales de campo. A una con el regente definen el derecho, son sus primeros consejeros; ellos eligen a los reyes, los derriban y los aupan. También en Italia actuaron obispos y abades, junto a los condes, como funcionarios de la administración y, a una con los grandes de la aristocracia civil, ejercieron de legisladores. Es evidente que desde mediados del siglo VI hasta finales del vil la vida pública estuvo allí totalmente marcada y dominada por la Iglesia.[14]

También más tarde, si proyectamos la mirada más allá del período de tiempo al que nos estamos refiriendo, la Iglesia sobrevivió a sus aliados y superó todos los derrumbamientos. Se hundía una potencia, y ya estaba ella alzándose con la siguiente; o al menos se mantenía preparada para ello. Cierto que no era más que un Estado junto a otros estados, pero su «metafísica» se adelantaba a todos. Y mientras pretextaba siempre lo religioso, las visiones espirituales, la predicación espiritual, mientras que proclamaba a todo el mundo «lo superior», aspiraba al dominio político del mundo.

Relativamente temprano papas y obispos habían ya intentado convertir al Estado en su alguacil, sometiéndoselo para encaramarse ellos mismos. Algunos padres de la Iglesia, como Ambrosio o Juan Crisóstomo, así lo dan a entender claramente; pero es el papa Gelasio I (492-496) el que sólo unas generaciones después proclama con la

---

[12] Haller II 181.

[13] Boehm 16. Lohsa 143 ss.

[14] Sin. Elv. c. 56, Greg. Tur. 6,46. Kober, Die Deposition 695. Voigt, Staat 174 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche im Frühmittelalter I 151, 153, 283 ss, 345, II 475. Seidimeyer 47. Gaus, Volk 438. Zóllner, Geschichte der Franken 183.

mayor arrogancia su «doctrina de los dos poderes», que tanta relevancia iba a tener en la historia universal. Poco después el poder real tendrá que someter «piadosamente la cerviz» a la sagrada «autoridad» de los obispos.

Agustín, sin embargo, no conoce todavía la doctrina de una subordinación del Estado. En una época en que la Iglesia vivía en armonía con él, pudo el santo asegurar —sabe el cielo cuántas veces— que la fe cristiana reforzaba la lealtad de los ciudadanos al Estado y que creaba súbditos obedientes y bien dispuestos. Para ello era totalmente indiferente quién fuese el gobernante. «¿Qué importa el gobierno bajo el que vive el hombre, que de todos modos ha de morir? ¡Lo único que importa es que los gobernantes no lo induzcan a la impiedad y la injusticia!» Cierto que si faltaba la «justicia» —y eso significa aquí la Iglesia, el obispo—, para Agustín los gobiernos apenas eran otra cosa que «grandes bandas de salteadores».[15]

Pero en la Edad Media la ambición de dominio del clero creció a la par que su poder. La miseria de las masas no lo movió ni de lejos como el propio egoísmo.

Los sínodos francos de principios del siglo IX se preocupan mucho menos de la necesidad general que de la inviolabilidad de los bienes de la Iglesia y de la liberación de los prelados de cualquier opresión civil. Así, en junio de 829, cuando las masas populares sufrían terribles penalidades desde hacía años, el sínodo de París declara: «Y el emperador Constantino —según contaban, apoyándose en el relato de Rufino— habría manifestado a los obispos en el Concilio de Nicea: "Dios os ha constituido sacerdotes y os ha otorgado el poder hasta de juzgarnos, y por ello seremos juzgados por vosotros con justicia, mas vosotros no podéis ser juzgados por los hombres, pues vosotros, el don que Dios os ha otorgado, sois de Dios, y los hombres no deben juzgar a los dioses"».[16]

24

Mas los «dioses» empezaron entonces a comprender la doctrina gelasiana de los dos poderes y a tomarse en serio lo que antes sólo contaba con un respaldo teórico. Para Nicolás I (858-867), que llevó el papado «a la altura soberbia de una posición en el mundo, que dejó muy por detrás a todos los otros poderes» (Sappeit), resultaba evidente que el poder espiritual prevalecía sobre el poder profano y le correspondía una «suprema autoridad de dirección». De lo cual derivaba a su vez un deber de obediencia por parte de los príncipes, que poco a poco fue ganando terreno, no sólo frente a los preceptos en el ámbito eclesiástico, sino también en los conflictos fronterizos y en todas las cuestiones de la ley moral cristiana. En la práctica eso significó que, siempre que el clero viese lesionados sus intereses, el Estado podía y debía doblegarse (como ocurre todavía hoy en muchos casos, por ejemplo en el aborto o en lo que se llama perturbación de la paz religiosa).[17]

Pero si al principio el papado defendió la doctrina de los dos poderes o autoridades, la *auctoritas sacra pontificum* y la *regalis potestas,* que se completaban mutuamente, al socaire de la misma se introdujo después la doctrina de las «dos espadas» *(dúo gladii).* Estando a la misma, y según la afirmación romana, Cristo habría otorgado al papado las dos espadas, el poder espiritual y civil; en una palabra, le habría otorgado

---

[15] August. ep. 151,14. Civ. dei 4,4; 5,17; 19,14; 19,16. Voigt Staat 97 s. Freund 17 s. Haller, Epochen 42 ss. Engel/Holtz 11, 217 ss.

[16] Sin. París a. 819 3,8. Al respecto Sommerlad II 185 ss. Bosi, Die Grundiagen der modernen Geselischaft 148.

[17] Seppeit II 241 ss.

la hegemonía. Pues cuando los pontífices romanos se hicieron con el poder y fueron soberanos de un Estado, ya no tuvieron necesidad de una fuerte monarquía germánica hereditaria, como tampoco necesitaron de la unidad monárquica de Italia, a la que por lo mismo combatieron con todos los medios a su alcance, incluso con la fuerza de las armas, hasta la segunda mitad del siglo XIX.[18]

Objetivo del papado fue entonces el dominio político del mundo bajo consignas espirituales (y a este respecto todavía hoy no existe en general duda alguna). Mientras ejercía una tutela espiritual sobre las masas y mientras — con una actitud típica de toda la Edad Media cristiana— refería la vida toda a un futuro reino de Dios, a la obtención de la felicidad eterna, no dejaba de perseguir en forma cada vez más rigurosa unos intereses puramente materiales, se emancipaba definitivamente del imperio occidental y en una lucha secular hacía morder el polvo a los Hohenstaufen para convertirse en soberano de todos y de todo. Un verdadero parásito, que tras haber bebido la sangre de los demás, tras haberse encaramado a lo alto con mentiras y falsedades y tras haber ido sonsacando cada vez más derechos y competencias, los despojó y hasta empuñó las armas, y con discursos celestiales continuó preocupándose de su poder terreno en forma extremadamente brutal.

25

En teoría llegó a ser fundamental para las relaciones con el Estado la doctrina paulina de la institución divina de la autoridad y del deber de una sumisión general. La obediencia que ahí se predica, la docilidad absoluta de los súbditos, contrasta abiertamente con el odio contra el Estado tan difundido entre los primeros cristianos, pero ha continuado siendo determinante hasta nuestros días. De ese modo la Iglesia se gana a los respectivos gobernantes, con los que ha de colaborar para mantenerse a sí misma en el poder.[19]

Con Gregorio VII (autor del *Dictatus papae),* que en 1076 inicia la lucha contra el emperador, que reivindica derechos sobre Córcega y Cerdeña, sobre el reino normando de Italia meridional, sobre Francia, Hungría, Dalmacia, Dinamarca y Rusia, se perciben ya ciertas resonancias de una teoría, según la cual al papa le compete todo el poder, incluido el derecho a disponer de los Estados. Gregorio y sus sucesores reclaman al menos una *«potestas indirecta in temporalice* que la bula «Unam sanctam» (1302) de Bonifacio VIII eleva a una *«potestas directa in temporalia»,* en la cual insiste todavía el Concilio de Letrán de 1517, y de la que sólo en 1885 se distanciará oficialmente León XIII.

Según Gregorio VII y sus sucesores de la baja Edad Media, y siempre en conexión con el pensamiento de Agustín, el poder imperial tiene su origen en el diablo. Es un poder «carnal», como en general todo principado mundano, y está en posesión de «pecadores». Pero el poder diabólico puede convertirse en bendición mediante el poder perdonador, sanante y salvífico del papado, mediante la subordinación al Sacerdote/Rey. Más aún, la fundación de cada nuevo Estado en este mundo tiranizado por el diablo sólo se legitima mediante el reconocimiento papal. El papa aparece ahí como el único sostén de la verdad y de la justicia, como el señor y juez soberano del mundo. Todo debe prestar obediencia al sucesor de Pedro. Así escribía dicho papa: «Quien está separado de Pedro no puede obtener victoria alguna en la lucha ni

[18] Levison, Die mittelalterliche Lehre 14 ss. Plóchi II, 31 s.

[19] Rom. 13, 1 ss. Ampliamente Deschner, Abermals 499 ss. Comp. asimismo Voigt, Staat 82.

felicidad alguna en el mundo, pues con rigor duro como el acero destruye y hace añicos cuanto le sale al paso. Nadie ni nada escapa a su poder».[20]

Desde esa posición eminente del papa saca Bernardo de Claraval la consecuencia siguiente: «La plenitud del poder sobre las iglesias del orbe le ha sido conferida a la sede apostólica mediante unas prerrogativas singulares. De ahí que quien se opone a esa autoridad se resiste a las órdenes de Dios». Cierto que a otros escritores cristianos de la época los soliviantaba ¡que el papa prefiriese ser emperador! También adopta por entonces el sistema feudal, factor jurídico-político determinante de aquel tiempo. Como supremo señor feudal adjudica reinos y principados. Y así como Gregorio VII había querido recompensar a Guillermo el Conquistador con Inglaterra, así más tarde Adriano IV asignó Irlanda a Enrique II, aunque ni uno ni otro consintieran en ello.

Todavía en el siglo XX figura en la basílica de San Pedro una estatua de Pío XII, el gran interlocutor del fascismo, como *«rector mundi»,* como caudillo del mundo.[21]

---

[20] Kühner, Lexikon 118. Eichmann, Acht und Bann 38 s. Grupp III 151. Todt 38. Plóchi II 31. Heer, Kreuzzüge 103 s. Gontard 224. Herrmann, Kirchenfürsten 63 ss.

[21] Bern. Ciar. ep. 131, Cit. en Knotzinger 523. Leehr, Die Konstantinische Schenkung 61. Schnürer, Kirche und Kultur III 61. Heer, Kreuzüge 17 s. Mynarek, Denkverbot 11,

26

CAPÍTULO 1. LA CRISTIANIZACIÓN DE LOS GERMANOS

«La introducción del cristianismo entre los germanos fue el don más precioso del cielo... El cristianismo ha ennoblecido las buenas dotes naturales de nuestros antepasados y consagró la misión histórica del pueblo alemán en Occidente...»

CARTA PASTORAL DEL EPISCOPADO ALEMÁN,
7 DE JUNIO DE 1934[1]

«En este sentido también anhelaban formalmente un cambio y una conversión *[...]*. Cuando se consiguió hacerles llegar correctamente la figura de Cristo, el mensaje cristiano debió de sonar en sus oídos como la epopeya más excelsa que jamás habían escuchado.»

ANTÓN STONNAR, 1934[2] (con imprimátur eclesiástico)

29

DIFUSIÓN DEL CRISTIANISMO EN OCCIDENTE

A finales de la Antigüedad y durante los siglos sucesivos el cristianismo conquistó el mundo germánico. Por obra de ejércitos y mercaderes se había extendido más allá del norte de la Galia hasta el Rin. En las antiguas provincias renanas hubo comunidades cristianas probablemente ya desde finales del siglo ni; desde la época constantiniana se levantaron iglesias en Bonn, Xanten, Colonia y, especialmente, en Tréveris, residencia oficial del César desde 293.[3]

Materno, obispo de Colonia, intervino en el sínodo de Letrán de 313, y un obispo de Tréveris, Agroecio, participó en el sínodo de Arles del año 314. Pero, tras la muerte de Severino (nacido en 397), obispo de Colonia, durante más de 150 años no conocemos el nombre de ningún obispo en dicha ciudad. El obispo residencial de Maguncia, Sidonio, es el prelado del que tenemos un testimonio histórico seguro, y no aparece hasta el siglo VI. Sólo en los siglos v-vi se encuentran también en el Concilio de París de 614 (¿o de 615?) 35 prelados (de los 79 reunidos) con nombres alemanes, y entre ellos los de Estrasburgo, Espira y Worms. Las inscripciones cristianas más antiguas (únicamente sobre losas sepulcrales) se remontan al siglo V y en su mayoría proceden del cementerio de la Albankirche de Maguncia,

---

[1] Stasiewski 1712. Comp. con la actitud de la Iglesia católica, y especialmente de los obispos alemanes en los primeros años del Reich hitleriano: Deschner, Die Politik der Papste I 412 ss, 450 ss, espec. 459 ss.

[2] Stonner, Germanentum und Christentum 33,92. En el prólogo remite a las directrices del Ministerio del Interior del Reich y «atento al presente» quiere educar a «la juventud confiada a todos los alemanes y a todos los cristianos». Comp. asimismo 73.

[3] Euseb. H.E. 10,5. Sozom. H.E. 2,6. Optat. Mil. contra Parm. Donat. 1,23 s. RAC VIII Gallia I 894. Vogt, Der Niedergang Roms 425. Dopsch II 196, 201. Ewig, Trier 29. Haendier, Die abendiandische Kirche 124.

desaparecido en la guerra de los Treinta Años.[4]

Pero a finales del siglo IV el cristianismo era ya la religión dominante en algunas zonas renanas, porque «las leyes de Teodosio, Graciano y Valentiniano II imponían la entrada» en el mismo.[5]

Ya antes la Iglesia católica había alcanzado una dimensión considerable en la Galia. Hacia 250 había ya iglesias episcopales en Lyon, Vienne, Arles, Toulouse, Narbona y Autun, cuyo prelado Simplicio destruyó allí en el siglo IV una estatua de Cibeles (localmente denominada Bereconthia), que fue arrastrada en una procesión por la campaña.

30

En el Concilio de Arles (314) se reunieron 16 representantes de obispados galos. Es interesante observar que por aquella época el cuadro de distribución de las comunidades cristianas coincide aproximadamente con las «zonas de mayor fuerza económica» (Beisel). En la segunda mitad del siglo IV las sedes episcopales dan la impresión de que «brotan casi por todas partes» (Demougeot). La *Notitia Galliarum,* una especie de registro provincial de Galia y Germania relaciona entre 390 y 413 no menos de 17 sedes metropolitanas con 95 diócesis subordinadas. Por lo demás, muchas de ellas volvieron a desaparecer a lo largo del siglo v. Numerosos obispados quedaron vacantes con los prelados huidos o desterrados y en ocasiones hundiéndose con su ciudad, como ocurrió entre los helvecios con la sede de Nyon, arrasada por los alemanes. (De todos modos en tiempo de Clodoveo había 9 sedes metropolitanas con aproximadamente 120 obispados.)[6]

Pero estallaron las disensiones entre el episcopado, y eso favoreció la intromisión de los papas.[7]

En las postrimerías del siglo V empezó la evangelización de los francos; a finales del vi la de los anglosajones y los longobardos; en el siglo IX se acometió la cristianización del norte de Europa y, acabando el milenio, la de los checos, polacos y húngaros. Y, como el cristianismo no era ya una religión despreciada cual lo había sido en la época pre-constantiniana, sino la religión oficial de un imperio, los papas ya no atraparon en su red a algunos individuos sino a pueblos enteros, a la vez que en otras partes también aniquilaban pueblos enteros «no dejando verde ni seco», como alardea el padre de la Iglesia, Isidoro; tal ocurrió, por ejemplo, con los ostrogodos o con los vándalos, de los que el monje marsellés Próspero Tiro proporcionó a la Edad Media un cuadro todavía vigente, y que a menudo fueron objeto de una «propaganda cruel» (Diesner).[8]

MÉTODOS Y MOTIVOS DE CONVERSIÓN

[4] RAC VIII Gallia 921. Stamer 12 ss. 24. Behn 101 ss. Neuss/Oediger 31 ss, espec. 36 ss. Oediger, Bistum Kóln 75. Alfoldi 99 s. Ewig, Das Bistum Kóln 205. Beisel, Studien 129 s. Haendier, Die abendiandische Kirche 125.

[5] Stamer 13. Con reservas: Haendier, Die abendiandische Kirche 125 s. con muchas otras referencias bibliográficas.

[6] Greg. Tur. Glor. conf. 76. RAC VIII Gallia I 897 ss, 921 ss. (Demougeot). HEG 81. Schneider, Das Frankenreich 84. Beisel, Studien 129. Haendier, Die abend-lándische Kirche 127.

[7] RAC VIH Gallia I 905. Extensamente: Beisel, Studien 136 ss. Comp. también 147 ss.

[8] Isid. Sev. H.G. 84, LMA IV 1343. Altaner/Stuibert 232, 450. Diesner, Das Vandalenreich 12 ss.

La cristianización de los pueblos germánicos —designados en las fuentes como *nationes, gentes, populi, civitates,* etc.— no sólo se dio en épocas muy diversas sino que también de formas muy diferentes.

Pero en la misión germánica confluyeron dos actividades cristianas típicas: la predicación y la destrucción. Pero en la época merovingia no fue la prédica el instrumento primordial de misión. «Hubo un método más elocuente para demostrar a los paganos la impotencia de sus dioses y el poder supremo del Dios cristiano: la destrucción de los santuarios gentiles. La predicación misionera solía introducir o aclarar tales destrucciones, pasando por alto a un segundo lugar, en contraste con la antigua forma de misión cristiana» (Blanke). Y Jürgen Misch escribe:

«Ya los primeros misioneros pasaron por alto sin escrúpulo muchas cosas, que realmente pertenecen a la sustancia de la doctrina de Jesús. Con vistas a la admisión nominal se cambiaron, omitieron y falsearon muchas otras cosas. Eso indica con toda claridad que allí no se trataba tanto de la difusión de una nueva doctrina salvífica para la salvación de las almas que creyeran cuanto de unos intereses de poder muy reales, que se aprovechaban de los mismos... El reino de Dios sobre la tierra era de naturaleza material y mundana por entero, y su establecimiento se impulsó por todos los medios, realmente por todos los medios».[9]

31

Por supuesto que no sólo se destruyó; con frecuencia se llegó «simplemente» a las denominadas cristianizaciones; es decir, se transformaban los templos gentiles en iglesias cristianas expulsando los malos espíritus mediante unos ritos de exorcismo y consagrando de nuevo los edificios. Se transformó e incorporó cuanto parecía útil, destruyendo todo lo demás, como obra infame del diablo.

Un motivo importante en la conversión de los paganos, y también en la tutoría de los ya convertidos, fue sin duda alguna la constante infiltración de escrúpulos y temores, en una actitud alarmista que sembró el miedo durante siglos. El miedo, en efecto, fue «el estado característico del hombre corriente en la Edad Media...: miedo a la peste, miedo a la invasión de ejércitos extranjeros, miedo al recaudador de impuestos, miedo a la brujería y a la magia y, sobre todo, mie4o a lo desconocido» (Richards). Los sacerdotes de muchas religiones vivieron y viven del miedo de aquellos a quienes dirigen, también y en especial los sacerdotes cristianos.[10]

Es bien significativo el que san Cesáreo de Arles (fallecido en 542), un arzobispo absolutamente fiel a Roma (especialista en la «cura de almas de la región», debiendo muy especialmente su fama a la predicación de cada día), en casi todas sus intervenciones propagandísticas, que suman más de doscientas, aterra con «el juicio final». Cualquiera que sea la ocasión de sus efusiones homiléticas, casi nunca deja de evocar con insistencia el «tribunal de Cristo», el «juez eterno», su «sentencia dura e irrevocable», etc.[11]

Las conversiones de los germanos paganos al cristianismo se debieron con frecuencia a motivos puramente materiales, actuando ya las «razones de prestigio»,

---

[9] Blanke 55. Frank, Kirchengeschichte 14. Misch 90. Schulze, Vom Reich der Franken 77. Beisel, Studien 130. Padberg 16 s.

[10] Richards 25. Sobre el «fenómeno del miedo» comp. por ejemplo Mynarek, Mystik und Vernunft 262 ss, espec. «Die Heilsangst» 277 ss.

[11] Wetzer/WeIte II 246 ss. LTHK II' 177 s. Kraft 122. Kolb, Himmiisches 286.

sobre todo cuando se entraba bajo la tutela de vecinos cristianos. Gentiles ilustres podían ser ahuyentados «como perros» de los banquetes de sus cortes principescas, debido a que se prohibía a los cristianos sentarse con paganos a la misma mesa. Es sintomático el que también entre bávaros, turingios y sajones fuese la nobleza la primera que de inmediato se postró ante la cruz.

También el afán de lucro desempeñó su papel, como lo ilustra elocuentemente la anécdota de aquel normando que en compañía de otros cincuenta acudió para pascua a la corte del emperador Luis, para hacerse bautizar. Mas, como faltasen muchas vestiduras bautismales, se cosieron a toda prisa unos vestidos sustitutorios, por lo que irritado un viejo neófito le gritó al emperador: «Veinte veces ya me han bañado aquí poniéndome las vestiduras mejores, pero un saco como éste no es el que conviene a un guerrero sino a un porquerizo *[subulcos}.* Y si no me avergonzase de mi desnudez después de haber sido despojado de mis vestidos, y sin haber endosado los proporcionados por ti, te dejaría tu vestidura y a tu Cristo».[12]

32

Desde hace largo tiempo sabemos que muchas de las cosas —no todas— que se cuentan a la gente sobre los «germanos» son falsas. El germano no era tan probo, tan sincero, leal y honrado, tan justo y desinteresado, como lo viene presentando desde hace tanto tiempo la imagen tradicional y que en Alemania precisamente se ha convertido en la versión oficial. O sólo lo fue en un estadio temprano de su evolución. Los valores tradicionales de la leyenda heroica germana, de la ideología política, así como la ilusión del «noble pueblo» de los alemanes, de sus rasgos sublimes de honradez y lealtad, es algo que suena a cliché *kitsch.* La imagen del «libro de lectura de los germanos» es falsa y, sobre todo, responde a una inspiración antitética, ya que en buena parte es una «contrafigura del romano». Y tanto más peligroso cuanto que —entre otras cosas— a finales del siglo XIX, y a través de la identificación entre vieja cultura alemana y vieja cultura nórdica, habitual desde el romanticismo, cobró una explosividad política «de cara a las relaciones del "indo-germano" con el "semita"» (Von Sea). El «indo-germano» se convierte así en una especie de germano revivido, y con ello en el polo opuesto del judío, como el germano lo fue del romano en los viejos tiempos... Cual si la humanidad, o una gran parte de la misma, encajase en la fórmula de Werner Sombart, un berlinés especialista en economía nacional, que figura en su escrito combativo *Handler una Helden* (Mercaderes y héroes, 1915).

«Imbuido de militarismo», como él mismo alardea, a Sombart se le aprecia entonces «la guerra en sí como algo sagrado, como lo más sagrado sobre la tierra». Y en forma muy similar pensaban, escribían y predicaban innumerables curas campesinos y de los otros, coetáneos suyos (tanto del bando de Alemania como de sus adversarios).[13]

En esa imagen tradicional de los germanos hay, sin embargo, una cosa cierta —entre otras—: su predilección por la disputa, la lucha y la guerra. Tan cierto, que los propagandistas del cristianismo empezaron aquí.

---

[12] Notker, Gesta Karoli, 2,19. Stern/Bartmuss 60. Graus, Volk 155 s.

[13] Para el concepto de «germanos» ver por ej. LMA IV 1338 ss. HEG 95 ss. See, *passim,* espec. 9 ss, 68 s, 102 ss. Sombart, Hándier und Helden, 1915, cit. según See, ibíd. 69. Dóbler 8,91 ss. 125 ss.

Jesucristo pasa a ser el espadón germánico, o sobre «el dominio de la vida»

La idea de poder llegó a ser un motivo esencial de conversión. Así pues, cuanto había de eficaz en lo poderoso y mágico, en los amuletos, los oráculos y las palabras de encantamiento de los cultos paganos fue superado por la fuerza y la magia todopoderosa de la fe cristiana, y especialmente con el culto de los santos y de las reliquias. Pero donde se muestra con mayor seguridad la fuerza sobrenatural de la fuente es con la potencia del ídolo cristiano en la guerra, y dentro de la guerra en la batalla.

33

«Cristo se muestra *aquí como* el auxiliador, por lo que está en el ámbito vital más propio de los germanos; y desde allí se convierte ya en *el* salvador» (Schmidt).[14]

Por lo demás, con su aceptación por los germanos el cristianismo también se nacionalizó y germanizó desde el principio. Y no sólo en los poemas épicos aparecía Cristo a los ojos germanos como una especie de rey popular y cantonal. Los francos se consideraban de inmediato como su cortejo especial, su pueblo elegido y preferido. Los guerreros se agrupaban a su alrededor, igual que se agrupaban alrededor de los príncipes. También el santo es sentido ahora como heraldo de Cristo y de Dios; la idea germana de seguimiento afecta también a su relación con Dios. En una palabra, los conceptos cristianos tradicionales se llenan «de un contenido totalmente nuevo: el contenido germánico, aristocrático y guerrero» (Zwolfer). «De la religión de la paciencia y el sufrimiento, de la huida y negación del mundo los germanos medievales hicieron una religión belicosa; y del Varón de dolores un rey de los ejércitos germánico, que con sus héroes recorre y conquista las tierras y a quien hay que servir mediante la lucha. El cristiano germano combate por su Señor Cristo, como combate por el señor terreno al que sigue; hasta el monje en su celda se siente miembro de la *militia Christi*» (Dannenbauer).[15]

Y naturalmente el clero supo hacer que los germanos se sintieran orgullosos de haberse convertido a la cruz romana. En el prólogo a la Lex Sálica, el derecho hereditario más antiguo de los francos, se exalta así el hecho de la conversión:

Ínclito pueblo de los francos, por Dios mismo creado, valiente con las armas, firme en la alianza de paz, profundo en el consejo, de gran nobleza corporal, de pureza incontaminada y de complexión superior, audaz, pronto y fogoso, se convierte a la fe católica, libre de herejía...[16]

34

En efecto, de acuerdo con la doctrina cristiana todos los pueblos han sido creados por Dios; pero la adulación siempre es mayor allí donde más se necesita. De ese modo los francos aparecen aquí ocupando el lugar del pueblo elegido de la Biblia, del pueblo

---

[14] Schmidt, Germanische Glaube 52. Richards 29 s. Angenendt, Frühmittelalter 184. Para el aspecto hagiográfico ver entre otros Gurjewitsch 40 ss, 87 ss. También Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 18. Padberg 76. Comp. 129.

[15] Kindier, Literaturlexikon III 1605 s. Zwolfler 1 ss con gran abundancia de pasajes de las fuentes. Stonner, Germanentum 65 ss. El libro del que se cita (según Stonner) apareció entre los años 822 y 840, y su autor fue probablemente un eclesiástico. Dannenbauer, Grundiagen 41.

[16] Lex Sal. prol. 1.

de Israel. Y en un prólogo más reciente a la mentada Lex Sálica también figura Cristo como el legítimo soberano de la *gens Francorum.* Aparece «personalmente al frente de los francos». Ama a quienes son muy superiores a la antigua potencia mundial, «el pueblo elegido de una alianza nueva». «Ellos han vencido a los romanos y han quebrantado el yugo romano.»[17]

Entre los francos, que fueron los primeros en tributar una veneración especial a san Jorge, el debelador del dragón, y más tarde al ex espadón Martín de Tours, el papel principal lo jugaba el ejército, y en él la tropa de a pie, que por lo general combatía en forma de cuña. Al principio los jinetes eran escasos, pues los caballos se utilizaban normalmente como animales de carga (sólo en 626, bajo Clodoveo II, se llevó a cabo el primer ataque de la caballería franca contra los sajones). El núcleo de las huestes combatientes muy dispersas lo formaban los que a veces se denominan *«robustiores»,* los más fuertes, los «combatientes de selección». Como arma nacional se demostró la más eficaz el hacha arrojadiza, llamada «Francisca», que también se empleaba en la lucha cuerpo a cuerpo. Un acreditado instrumento de pacificación, y utilizado a menudo, fue la espada franca, el arma de los caudillos: era la *spatha,* una espada larga de doble filo. El arma del hombre «común» era el *scramasax,* un arma corta y de un solo filo, que a finales de la época carolingia se difundió también del norte de Europa hasta Oriente. La daga la hendían preferentemente aquellos combatientes cristianos en la axila. Tampoco la lanza y el venablo debieron de escasear, en tanto que se emplearon poco el arco y las flechas.[18]

¿Sorprende la enumeración del arsenal de combate y de la muerte? Y sin embargo ¿no descansan ahí los fundamentos de la «cultura» cristiana occidental? ¿No descansan en *«the most efficient military machine in Europe»* (en la máquina militar más eficaz de Europa)? (Mckitte-rick). O, como dice en el epílogo un «historiador de la guerra»: «¡Qué impresionante e iluminador aparece todo, cuando la historiografía se atreve a irrumpir en la vida!».[19]

Sin duda alguna que muchos príncipes germanos se convirtieron por motivos meramente políticos. Adoraban en Cristo al «Dios fuerte», y en especial al capitán superior, al que otorgaba la victoria. Así, el franco Clodoveo, así Edwin de Northumbria y los vikingos, todos los cuales se hicieron bautizar después de haber emitido un voto y haber llevado a cabo una matanza. Y así como el viejo Odín fue tenido por «dios y señor de la victoria» y a Wotan (nombre de Odín en el sur) se le consideraba un dios guerrero, así también se ve ahora a Cristo. Ocupa el lugar de los antiguos dioses de la batalla, se le politiza y mitifica, presentándolo «casi como un dios nacional» (Heinsius). Y para cada rey cristiano será desde ahora cuestión de honor el combatir «a los bárbaros, quienes por su misma condición de paganos están fuera del orden del mundo».[20]

---

[17] HKG III/l 23. Schulze, Vom Reich der Franken 32 s. Ver asimismo Deschner, Abermals 517.

[18] Arma defensiva era el escudo —el arnés al parecer era más raro— y también el yelmo: Zóllner, Geschichte der Franken 160 ss. Ver igualmente 152 ss, 157 ss. Sobre el armamento de los francos también: Bachrach, Procopius 435 ss; Bodmer 109 ver 120 ss, 127 s; Behn 77, ,105. Montgomery 1160 s.

[19] Bodmer 137. McKitterick, The Frankish Kingdoms 61. Comp. también Prinz. Grundiagen 84 s.

[20] Greg. Tur. 2,30. Beda, H.E. 2,9. Heinsius, Mütter der Kirche 15. Haller 1275. Schmidt, Germanischer Glaube 51 ss. Baerke 46 ss. Dóbler 97. Bohner, Grabmaler 655 s. Angenendt, Frühmittelalter 172 apunta certeramente el dato de que el cristianismo primitivo ignoró todo motivo de «auxiliador en la victoria».

Los francos, educados en el fanatismo creyente, consideraron como su deber y derecho el «combatir por Cristo» (Zollner). Y todavía en los siglos VII-vin los cristianos francos se hacían enterrar con sus armas, de acuerdo por entero con la vieja creencia pagana de la supervivencia después de la muerte. En una lápida sepulcral (encontrada en el cementerio franco de Niederdollendorf, cerca de Bonn) aparece incluso Cristo resucitado sosteniendo en su mano derecha la lanza, el signo germánico de soberanía, en vez del báculo de la cruz.[21]

Se comprende que el Antiguo Testamento, tan sanguinario a menudo, sintonizara con los hombres de la Edad Media mejor que el Nuevo Testamento en parte pacifista; y se comprende que se exaltase a los reyes veterotestamentarios proponiéndolos como modelos de los príncipes francos, a quienes gustaba compararse con ellos. Para el historiador Ewig ello constituye un nuevo estadio «en la cristianización de la idea de rey».

SUBTERFUGIOS APOLOGÉTICOS

Por doquier se extendió patéticamente el absurdo de la conducción providencial de la historia. Después de las epidemias y otras catástrofes, pero especialmente tras las batallas victoriosas, se proclamaba abiertamente esa idea. Cada éxito en la guerra se atribuía a la fe ortodoxa y a la ayuda de Dios.

Tras la matanza de Frigidus (394), que el pío Teodosio, favorecido por un viento huracanado, obtuvo contra Eugenio, que había vuelto a abrazar el paganismo, el desenlace de la lucha y el «milagro de Bora» se interpretaron en todas partes como signos de la superioridad cristiana, como un «juicio de Dios». Hasta Claudio Claudiano, el «pagano pertinaz» (Orosio) y a quien se honró todavía en vida con una estatua en el Foro Trajano como el último poeta relevante de la Roma antigua, escribió después de la mentada batalla:

«Tú eres el César amado de Dios por encima de todo..., tú por quien hasta el éter combate y cuyas banderas agitan poderosamente los vientos». Y otro pagano eminente, Nicómaco Flaviano, *praefectus praetorio, se* suicidaba por las mismas fechas.[22]

Entre los carolingios las victorias decisivas se atribuían frecuentemente a la asistencia de san Pedro. «Pero ahora estate tranquilo», declara Pipino al legado pontificio Sergio en la batalla contra los bávaros,

«pues por la intervención de san Pedro, príncipe de los apóstoles, por el decreto divino... Baviera y los bávaros pertenecen a la soberanía de los francos». Incluso logros menores, como la conquista de una fortaleza y hasta el hallazgo de una fuente (en la guerra contra los sajones, en 772), se presentan como grandes milagros divinos.[23]

[21] Zóllner, Die politische Stellung 67 ss. Oediger, Das Bistum Kóln 72 con otras indicaciones bibliográficas. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 139.

[22] Oros., Hist. advers. pág. 7, 35, 21. Comp. August., Civ. dei 5, 26. Tusculum Lexikon 69. dtv-Lexikon der Antike, Philosophie 1316 s. Wilpert, Lexikon der Welt-literatur I, 280 s. Maier, Mittelmeerweit 114.

[23] Ann. Mett. prior, a. 743, 772, 776. Ver asimismo numerosas otras citas de fuentes en Zwólfer 115 ss, espec. nota 255.

Mas cuando la desgracia se abatía sobre el pueblo —¡y ocurría tan a menudo!—, los sacerdotes jamás se turbaban. Entonces la desgracia, la catástrofe, era un castigo de Dios por la poca fe y por el desbordamiento de los vicios. Con esta teología se ha venido engañando hasta hoy a través de las vicisitudes de toda índole.

«Nuestros crímenes provocan las derrotas del ejército romano», lamentaba en 396 el padre de la Iglesia, san Jerónimo, durante la primera gran acometida germánica. «Ay de nosotros, que hemos puesto a Dios en contra de nosotros, de manera que ahora se sirve de la furia de los bárbaros para desencadenar su cólera contra nosotros.» En forma análoga se interpreta la conquista de Roma el 410; así lo hace en su tiempo el sacerdote hispano Orosio, para quien el causante fue «el pueblo pecador», «debiéndose más a la cólera de Dios que a la fuerza del enemigo». Y todavía en el siglo XX florece esa mentira mojigata, y tras haber perdido la primera guerra mundial se escribe en Alemania: «¿Dónde ha estado el fallo? En la vitalidad y carácter consecuente de nuestra convicción de fe» (¡exaltada, sin embargo, con entusiasmo durante cuatro años!). E inmediatamente después de la derrota en la segunda guerra mundial el jesuita alemán Max Pribilla declara en el devocionario jesuítico que el nazismo es la ruina total de «la incapacidad caracterológica» de los alemanes; antes, y por supuesto en la misma revista, había exaltado la «revolución alemana» de Hitler en un tono que recordaba a Goeb-bels.[24]

De nuevo Agustín, un hombre versado —que escribió no menos de 22 libros contra los paganos, que atribuían la caída de Roma y el abandono de los dioses al fracaso del dios cristiano—, reflexiona cautamente que el desenlace de una guerra no prueba por sí mismo su justicia. Los planes de Dios son misteriosos y están ocultos a todos. En este sentido se recurría gustosamente a ciertos textos apropiados de los Salmos y de otros libros bíblicos, tan pronto como los designios de Dios se antojaban progentiles, absurdos e injustos. Pero siempre y sin riesgo se podía profetizar la victoria final de Cristo y se exalta ese triunfo último con títulos gloriosos, que le repugnaban y que en su mayoría había ignorado la Iglesia antigua: «Soberano de los cielos», «Señor de la gloria», «Dios Rey», «el Dios todopoderoso», el «Emperador triunfador y glorioso», «Héroe victorioso», etc.[25]

37

La tara del pasado

De norma ordinaria los germanos no se convirtieron individualmente, sino más bien en forma cooperativa y tribal. Y eso porque, a diferencia de los griegos y los romanos cultos, los «bárbaros» accedían de modo rápido y fácil a la tutoría de la Iglesia, sin la hondura cultural e histórico-religiosa con la que los presentan los relatos de sus «convertidores» cristianos.

La misma palabra *«barbarus»* tenía un sentido marcadamente despectivo. En el cristianismo se venía utilizando tradicionalmente en una acepción negativa como contrapuesta a *«christianus»,* hasta que los pueblos germánicos se convirtieron al

[24] Hieron. ep. 60,17. Oros. 7,39. Todt 27 ss. Mollat 31. Deschner, Die Politik der Papste I 236 ss, espec. 270 s con referencias de fuentes y bibliografía.

[25] Schmidt, Germanischer Glaube 57 s. Cram 7. Todt 27 ss.

catolicismo y aparecieron los musulmanes como los nuevos «bárbaros» —¡bereberes, berberiscos!—. Y es que lo no católico, necesariamente tiene que ser del diablo. No obstante lo cual, *«barharus»* puede servir como autodesignación de los germanos, cuyo paganismo por lo demás persiste en parte bastante tiempo, aunque aparentemente lo hubieran abandonado con tanta facilidad.[26]

Los papas enviaban sus legados a los príncipes, pues teniéndolos a ellos —sus mujeres eran ya a menudo católicas—, más pronto o más tarde se tendría también al pueblo. La religión era un hecho político, como lo sigue siendo hoy aunque en circunstancias totalmente distintas, y con persuasiones, promesas y amenazas los grandes arrastraban tras de sí a sus partidarios. En todo caso la convicción creyente no la decidía el evangelio, sino el decreto real, el matrimonio principesco, la conquista o el pacto. En su mayor parte la gente pasaba «con pie rápido de una religión a la otra» (Beetke).[27]

También en una escala menor se iniciaba la «conversión» por los hacendados, por los terratenientes. Pues de ordinario los propagandistas del cristianismo empezaban por ganarse a los grandes agricultores y en sus posesiones establecían un punto de apoyo, dejando tras de sí una pequeña iglesia y unos discípulos, para pasar al señor inmediato.

De un modo no excesivamente laborioso se sometió a muchísimos «bárbaros», que pronto veneraban respetuosamente a todos los sacerdotes y monjes «santos», hondamente impresionados por exorcismos, ceremonias y milagros. Con fe acogían unos misterios y unos dogmas tan extraños y con devoción medrosa se ponían al servicio de aquel prepotente chamanismo meridional, animados al parecer sólo por el deseo de hacer rica y poderosa la Iglesia, para salvación de la propia alma, por horror al fuego del infierno y por anhelo del paraíso.[28]

La «evangelización» se operó de forma desigual, fuera de las ciudades a ritmo más lento, pues aunque los francos paganos habitualmente no opusieron una gran resistencia, de cuando en cuando, y especialmente en el campo, se entregaban obstinadamente a la destrucción de sus ídolos. En el campo religioso el hombre se muestra especialmente conservador. Y así como todavía hoy los campesinos, los habitantes de los pueblos se mantienen con mayor firmeza en el cristianismo, así también a finales de la Antigüedad ya comienzos de la Edad Media fueron los campesinos los que más tiempo persistieron en el paganismo, mientras que los habitantes de las ciudades, que hoy en su mayoría ya no son cristianos, a menudo fueron ya entonces predominantemente cristianos. Ahora bien, los germanos eran campesinos aldeanos, en su gran mayoría, y en Austria los paganos francos y alemanes eran más numerosos que los cristianos autóctonos.

38

El cristianismo era una religión urbana y desde que se convirtió en una religión estatal fue también —lo que no deja de ser bastante grotesco, si se piensa en su origen revolucionario— la religión de los círculos feudales y dirigentes, que en ella buscaron sobre todo su propio provecho. Durante largo tiempo los campesinos persistieron en

---

[26] RGAK 1976 II 49 s. LMA 11434 ss. Rückert, Die Christianisierung 6,16 ss.

[27] Baetke 1943, 143 ss. 1962, 7 ss. Frank, Kirchengeschichte 23 s. Angenendt, Taufe und Politik 159. Id., Frühmittelalter 173.

[28] Schubert, Zur Germanisierung des Christentums 392 s. Id., Geschichte der christiichen Kirche 1150. Baetke 25 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 138. Reuter, Germany 42.

sus creencias tradicionales, en sus divinidades, y sobre todo en su tríada gálica: el culto de Júpiter, de Mercurio y de Apolo. E incluso después de haberse «convertido» volvían una y otra vez a la veneración —sin duda mucho más bella y coherente— de los árboles, las piedras y las fuentes.

Durante siglos los sínodos fustigaron los usos paganos, desde el Concilio de Valence (374) hasta bien entrado el siglo IX. Sólo entre el sínodo de Orleans (511) y el de París (829) los cánones de al menos 19 asambleas episcopales lanzaron pestes contra las creencias y las prácticas del paganismo campesino, que conservaba la tradición con tenacidad mucho mayor que la nobleza acomodaticia.

Los germanos eran de una piedad natural, por decirlo así, no camuflada ni impuesta, sino idéntica a su manera de ser. Tenían una religión natural de rasgos claramente panteísticos, marcada por la adoración de los dioses del bosque, del monte, las fuentes, los ríos y el mar, por la veneración del Sol, de la luz, del agua, de los árboles y los manantiales; en el fondo, como hoy precisamente ha podido saberse, mil veces más coherente que la fe cristiana en los espíritus, a cuyos dictados una civilización tecnocrática e hipertrófica ha llevado la naturaleza casi a la ruina.

El *Lexikon für Theologie und Kirche* culpa a la «religión de los germanos», entre otras cosas, de su creencia en el destino y en especial la creencia «en demonios y fantasmas» (aunque nunca de forma más extensa y extravagante que en el cristianismo primitivo). Pero no es así; esa creencia germánica en demonios y fantasmas fue la que acabó desempeñando «un gran rol, a menudo torturante y opresivo» ¡y qué justamente se convirtió en «fuente de la posterior brujería»! El cristianismo es inocente: simplemente hubo de eliminar las secuelas de la «fuente» y orillar la tara del pasado por decirlo de alguna manera, hubo de cazar, torturar y quemar a las brujas malas...

39

«Destrucción demostrativa...»

Durante el período merovingio a menudo pasaron a un primer plano en la evangelización ciertos «problemas de poder del Dios de los cristianos»: de una parte, los «milagros»; de la otra, la destrucción de los lugares de culto paganos. Las imágenes de los dioses —mediante una aniquilación impune— fácilmente se demostraron como obra impotente del hombre, mientras que el «espiritual» Dios cristiano reinaba intocable sobre las nubes del cielo. Además, los francos paganos eran por lo general tolerantes y no contaban con una casta sacerdotal en tanto que se enfrentaban a una organización eclesiástica fanática, que no retrocedía ante los bautismos forzosos, si bien es verdad que al menos en los comienzos se daba por contenta con una condenación formal de las creencias viejas y con una confesión de labios de la nueva fe. Certeramente califica R. W. Southern la Europa medieval como una sociedad coactiva, en la que cada persona triunfaba por el bautismo.[29]

---

[29] LThK IV 432. RAC VIH Gallia 1913 ss. LMA IV 1339. Hanlein, Die Bekeh-rung I 84. A. Hauck 7. A. 1952 1116. Schmidt, Germanischer Glaube 41 ss. Stamer, Kirchengeschichte 22 ss. Schubert, Zur Germanisierung des Christentums 392 s. Id., Geschichte der christiichen Kirche I 150. Graus, Volk 154 ss., 162 ss. Fleckenstein, Grundlagen 41. Zóllner, Geschichte der Franken 177. Southern, 18. HKG II/l. Gurjewitsch 97 s. Bemmann 53 s.

Mas eso no fue todo; pronto se empezó también con la demolición de los templos y los altares paganos.

Así, ya hacia 336 los cristianos de Tré veris arrasaron el recinto sagrado de Altbachtal, probablemente por iniciativa del obispo del lugar, san Máximo, y de san Atanasio (que por entonces vivía en Tréveris). No menos de 50 capillas con dioses nórdicos, un teatro para representaciones cúlticas y un santuario de Mitra fueron arrasados hasta los cimientos. En Bonn fueron destruidos algunos altares consagrados de las matronas aufinianas. En Karden las amplias instalaciones, que comprendían el templo principal de Marte, fueron reducidas a escombros hacia el 400. Se destruyó un gran templo en el nacimiento del Sena y otro en Orleans (al que se pegó fuego por orden de la reina Radegunda, una santa católica), y ya a finales del siglo ni el Mithraeum o templo consagrado a Mitra en Mackwiller. Y cuanto más poderoso se hacía el cristianismo, mayor fue la violencia: «la destrucción demostrativa de lugares de culto paganos se ha convertido en un rasgo frecuente de la historia de las conversiones» (Schieffer).[30]

San Galo, tío de san Gregorio de Tours y más tarde obispo de Cler-mont- Ferrand, siendo sacerdote y «compañero» de Teuderico I, el hijo mayor de Clodoveo, redujo a cenizas en Colonia un templo pagano con todos los «ídolos», y sólo con gran dificultad pudo el rey salvarlo de la furia de los campesinos. «Miembros de madre y exvotos por curaciones y para los banquetes en el santuario, que tanto irritaron a Galo, existían también en las iglesias martiriales» (Oediger). Tal vez se irritó también en buena medida por eso. Pero en el canto coral «hechizaba a cuantos le escuchaban» y, ya de obispo, «resplandeció con todas las virtudes de un verdadero pontífice», incluido el «don de los milagros» (su fiesta es el 1 de julio).[31]

40

Hacia 550 el diácono Wulfilaich indujo a los *«rustid in territorio Tre- vericae urbis»* (los campesinos de la ciudad de Tréveris) a la demolición de una estatua imponente de Diana (originariamente sin duda de Ar-duinna, la diosa celta), «a la que el pueblo supersticioso adoraba idolátricamente». Como él era demasiado débil, lo hicieron por él los campesinos, después de que «sin cesar» hubiese debilitado la voluntad de la gente sencilla. «Pues las otras imágenes, que eran más pequeñas, ya él personalmente las había hecho añicos.» Sin duda, también allí ocurrieron milagros.[32]

Algunos de los santos cristianos conocidos en la lucha contra el paganismo se convirtieron en incendiarios y salteadores.

En el Tirol trabajó san Vigilio, obispo de Trento, «con celo fervoroso en la difusión del cristianismo» (Sparber), hasta que un día destruyó en Rendenatal un ídolo muy venerado, que se alzaba sobre una roca escarpada, una estatua de Saturno. Unos 400 campesinos irritados, «paganos, obstinados y feroces», lo apedrearon. En Italia le están dedicadas muchas docenas de iglesias.

En Monte Cassino también san Benito (fallecido en 543), el «padre del monaquisino occidental», y cuya severidad provocó varios intentos de asesinato contra él por parte de sus primeros monjes y del sacerdote Florentino, se cebó contra el antiguo templo de Apolo, el último templo de ese dios que recuerda la historia.

---

[30] LThK VIII[1] 605. Stamer 14. Egger 410. Schieffer, Winfrid-Bonifatius 147s.

[31] Greg. Tur-, Vitae patrum 6, 2. RAC XII 1983, 900. Vogel II 3 s. Oediger, Das Bistum Kóln 70.

[32] Greg. Tur. 8,15 s.

Benito todavía encontró allí paganos, taló sus bosques sagrados y destruyó el ídolo y el altar; pero todavía en 1964 el papa Pablo VI lo nombró patrón de Europa.[33]

En la región de Bregenz un irlandés, llamado san Columbano el Joven (fallecido en 615), con la ayuda de sus monjes extirpó por completo la idolatría, mientras que de forma directa o indirecta enriquecía el mundo con cerca de un centenar de monasterios en el siglo VII.

Poco después Columbano marchó a la Galia, donde «la vida cristiana casi había desaparecido y sólo se mantenía la confesión» (Joñas von Bobbio), y allí fundó la propaganda católica *(«mission»)* en el interior del continente. El asceta severo, que exigía la «mortificación» *(mortifi-catio)* y cuya *Regula monachorum* imponía castigos draconianos por las «faltas» más ligeras, fue al mismo tiempo un importante personaje político. Mimado por los merovingios y perseguido por Brunichilde («una segunda Jezabel») así como por «Teuderico el perro», y en disputa también con obispos borgoflones, pasó huyendo de un lugar a otro en su *«peregrinatio pro Dei amare» o «pro Christo»,* obrando milagros de curación y de castigo, siempre en lucha contra la «superstición de los paganos» («Destruid a sus hijos») y sus templos, a los que había que «pegar fuego». Pese a lo cual, todavía en el siglo XX el *Lexikon für Theologie und Kirche* magnifica su «celo fervoroso». Tras la eliminación de Teudeberto II por Teuderico en 712, Columbano escapó de los merovingios católicos a Italia, buscando la protección del rey longobardo Agilulfo, que era arriano. Pero continúa prestando su ayuda contra las inundaciones y las enfermedades mentales y se le tiene por patrón de Irlanda. La institución misionera Society of St. Columban, fundada en Dublín en 1916, ha desarrollado su actividad sobre todo en China. Y en la propia Irlanda es evidente que todavía hoy continúa dejándose sentir el «celo fervoroso» de Columbano.

41

Uno de sus discípulos, san Galo, le asistió en su labor misionera y, expulsado de Borgoña, en las regiones ribereñas de los lagos de Zurich y de Constanza derribó templos, quemó bosques sagrados y, en una palabra, emprendió la caza de ídolos, para abrir por Jesucristo «el camino del reino de los cielos» a la generación pagana «hundida en la inmundicia». Por su parte se mantuvo firme en sus criterios en constantes enfrentamientos con Columbano —entre santos andaba el juego—, de quien se separó. Y mucho tiempo después de que su tumba fuese repetidamente violada y de haberse operado en ella numerosos milagros, el violador de templos ascendió a la categoría de «santo nacional», a la vez que patrón de St. Gallen y de los enfermos de fiebre, así como santo protector de gansos y gallinas.[34]

---

[33] Greg. I Dial. 2,8; 2,19. Wetzer/WeIte XI 691 s. LThK X' 610. dtv-Lexikon der Antike, Philosophie I 239. LMA 11867. Donin, II 251 s. Zóckier 357. Hániein 63 s. Schuitzc, II 184,197. Gregorovius 11 242. Sparber, Kirchengeschichte Tirols 8, 33 s. El autor teólogo utiliza la expresión gráfica «por celo ardiente» dos veces seguidas. Graus, Volk 185. Sobre la pasión de mando de Benito y su insistencia en el sometimiento estricto hasta la muerte, ver Felten, 201 ss., 236 ss. Comp. también 198 s

[34] Joñas de Susa (Bobbio), Vista Colum. c. 4s.; 10; 18 ss.; 23 ss. Vita Galli 5 ss. Wetzer/WeIte II 696 ss. LThK IV 278. III' 1 s. Fichtinger 230. LMA III 65 ss. Grupp 1360. Stonner, Heilige der deutschen Frühzeit 115 ss-, 27 ss. Buchner, Germanentum 160 s. Tüchie I 54 ss. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 248 ss. Mayer, Geschichte des Bistums Chur 1 68 s. Walterscheid, Deutsche Heilige 45 ss. Büttner, Frühmittelalterliches Christentum 15. Id., Geschichte des Elsass 37 ss. Blan-ke 34 ss., 49 ss., 64 ss. Helbiing 5 ss. Hümmeler 487 s. Frank, Die Kiosterbischófe 25. W. Müller, Der Anteil der Iren 338 s. Scháferdiek, Columbans Wirken 171 ss., espec. 196 ss. Daniel-Rops 296. Berschin 257 ss. Bosi, Europa im Mittelalter

Particularísima fortuna espiritual tuvo Amando, oriundo de Aquitania, formado en el monasterio de Oye (en La Rochelle) y más tarde obispo misionero, apóstol de los belgas y hombre de confianza del papa Martín I. En una peregrinación a Roma se le apareció san Pedro en persona. Pero, aun con la ayuda celeste, no siempre le fueron bien las cosas. Como en los alrededores de Gante, su epicentro propagandístico, despreciasen su buena nueva, obtuvo un decreto real imponiendo el bautismo por la fuerza; caso único según parece en la historia misionera del período merovingio. También parece que se convirtieron «voluntariamente» los viejos creyentes por la acción de sus milagros (entre los cuales la resurrección de un ejecutado) aunque para Amando —como para muchos otros monjes de la mentalidad de Lueuil— no era tan importante el bautismo de los paganos como el afianzamiento del cristianismo según las orientaciones de Roma.

En la Galia septentrional misionaron también el monje infatigable Joñas de Bobbio, ayudante de Amando, y los santos Vadasto, Audo-mar, Ursmar, Lupus o Eligió, obispo de Noyon. Entre los numerosos milagros de este último la cristiandad celebró especialmente su «Operación caballo». Eligió cortó la pata a un jamelgo recalcitrante, al que tenía que herrar, le fijó cómodamente la herradura sobre el yunque y después volvió a colocarle la zanca al animal. Y naturalmente se ganó, entre otras cosas, el patronazgo de los herradores. Y en su honor se celebra todavía hoy junto al lago de Constanza la «Eulogiusritt» con la bendición de los caballos.[35]

42

Uno de los combatientes más feroces contra el paganismo en el Occidente europeo fue Martín de Tours (fallecido en 397). Pese a la obstinada resistencia que en ocasiones le opusieron los campesinos, con ayuda de sus secuaces que formaban la horda monacal, arrasó los templos, derribó las piedras de los druidas y taló encinas sagradas, defendidas a menudo con saña.

«Pisoteó los altares y los ídolos», según Sulpicio Severo. Y, ello no obstante, el santo era «un hombre de admirable mansedumbre y paciencia; de sus ojos irradiaban una serenidad apacible y una paz imperturbable...» (Walterscheid, con imprimátur).

El paladín de la fe contaba sin duda con los mejores requisitos para la aniquilación del paganismo. Había coronado una carrera de valentón en el ejército romano (siendo Juliano emperador) y había iniciado su trayectoria cristiana como expulsador de demonios. Es significativo que creyese ver al diablo en figura de Júpiter, de Mercurio e incluso de Venus y Minerva, teniendo por lo demás la firme convicción de que Satán se escondía en los «ídolos».

Debido a sus «resurrecciones de muertos» Martín llegó a obispo, convirtiéndose después en el santo de los reyes merovingios y de los emperadores carolingios, para acabar siendo el santo patrón de los franceses. Todavía hoy son 425 los pueblos de Francia que llevan su nombre. El nombre de un incendiario, de un ladrón, que con los pedestales de los paganos arruinó lo más santo y arrasó todos los templos, pasó a ser el «símbolo de la iglesia imperial franca» y, más aún, «parte integrante de la cultura imperial de los francos» (Bosi).

Su fama internacional se la debió al rey asesino Clodoveo, que sentía una enorme

---

78. Ewig, Die Merowinger 111 s., 123 ss. Sleinbach, Das Frankenreich 25 s. Schneider, R., Das Frankenreich 85. Prinz, Entwickiung 237 s. Id-, Askese und Kultur 38 s. Id., Die Rolle der Iren 203. Wood 63 ss.

[35] Wetzer/WeIte 1194. Keller, Redaras Lexikon 31,167 ss. LMA I 510. Vogel II 112, 527 ss. Daniel-Rops 296. Ewig, Die Merowinger 137 s., 150. Werner M., Der Lütticher Raum 231 ss. Fontal 266 s.

veneración por Martín; por su causa mató a palos a un soldado propio, que había cogido algo de heno en los campos del hombre de Dios: «¿Dónde quedan nuestras perspectivas de victoria, si ofendemos al santo Martín?». En sus expediciones militares los príncipes merovingios llevaban la legendaria capa de este hombre como una reliquia sagrada. Sobre ella se formulaban los juramentos y se pactaban las alianzas. El lugar en que se conservaba se llamó Capella (diminutivo de *capa),* y el responsable clerical de la misma *capellanus.* Tal es el origen de las palabras «capilla» y «capellán», que con pequeñas variantes han entrado en todas las lenguas modernas... Y, como quiera que en todos los lugares en los que había arrasado los centros de culto paganos, de inmediato hacía construir sobre las ruinas edificios cristianos, y entre ellos el primer monasterio galo (Ligugé), todavía hoy es considerado como «el precursor del monaquismo occidental» (Viller Rahner).[36]

43

Las destrucciones de templos gentiles las certifican muchas fuentes eclesiásticas, como las *Vidas* del arzobispo de Lyon, Landberto, de los osbispos Gaugerico de Cambrai, Eligió de Noyon, Lupus de Sens, Hug-berto de Tongern y Lovaina o del abad y obispo misionero Amando.[37]

Los monasterios se levantaron preferentemente sobre las ruinas de templos paganos arrasados. Así surgieron, por ejemplo, San Bavón en Gante, San Medardo en Cambrai, el monasterio de Wulfilaico en Epo-sium o Fleury- sur-Loire, que ocupó el lugar de un antiguo santuario druida de los galos. El Martyrium de San Vicente de Agen, levantado ya en el siglo IV, se alzó evidentemente sobre un *fanum* pagano. En Colonia, donde tal vez predicó el cristianismo Ireneo de Lyon, se ha encontrado bajo la iglesia de Santa Úrsula una amplia necrópolis pagana.[38]

Aunque en Occidente se cerraron sin más muchos templos y muchos altares simplemente fueron retirados, entre francos, sajones y frisones la Iglesia quemó o

---

[36] Cuando en el período de Suelo y Raza (Blut und Boden) Johannes Walterscheid publicó con el Imprimatur eclesiástico «Heilige deutsche Heimat», en un recorrido por el año eclesiástico no se le podía ver naturalmente como bueno a san Martín, que había destruido cuanto los campesinos de su tiempo continuaban venerando altamente, como templos, altares e ídolos. Consecuentemente el católico W. simplemente observa que en el país «todavía dominaba el paganismo» y que templos, altares y columnas de los antiguos dioses surgían «todavía por doquier» y «aún se celebraban procesiones públicas con estatuas de dioses». Sigue inmediatamente la frase que cela groseramente las acciones infames del santo: «Entonces se convirtió Martín en el apóstol del pueblo común, de los campesinos y pastores que habitaban en la tierra llana». Pero ruinas e incendios por doquier se encuentran voladamente en la frase escrita poco antes de que «también la lengua de fuego del apostolado vino sobre él». Al morir Martín —según relata Gregorio de Tours—, en la lejana Colonia el anciano obispo Severino escuchó el canto de los ángeles, que llevaban al cielo el alma de Martín. (El historiador Mathias Zender habla aquí de la única noticia se- mihistórica de la vida de san Severino, de quien continúan conociéndose más de 170 lugares de culto.) Greg. Tur. 1,39. Sulp. Sev. Vita Mart. 12 ss. Dial. 2,8. Comp. asimismo Dial. 1,4; Vita b. Maurilii 2. LThK VI' 984 ss. dtv-Lexikon der Antike, Religión II 84. RAC VIII 1972 Gallia I 914 s. Schuitze, I 271 s. II 104 s. Zwólfer 68 s. Schnürer, Kirche und Kult I 208. Walterscheid, Deutsche Heilige 13 ss. Id., Heilige deutsche Heimat II 265. Viller/Rahner 179. Zender, Die Verehrung 257 s. Deichmann 105 ss. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 28 s. Schneider, C., Geistesges-chichte II 300. Ewig, Der Martinskult 11 ss. Graus, Volk 154 s. Prinz, Klerus und Grieg 39. Id., Entwickiung 223 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 43, 79 s. Weigel 86.

[37] Greg. Vita patr. 6,2. Baudoniv, Vita Radeg. 2,2. Vita Gaug. 13. Vita Eligii 2,8. Vita Lupi Senon. 11. Vita Landiberti 10. Vita Hugberti 3. Vita Amandi 13. Según Zóllner, Geschichte der Franken 176 S. Asimismo RAC VIII 1972, Gallia I 914.

[38] RAC VIII 1972, 894, 916. Prinz, Entwickiung 255.

destruyó por entero los santuarios paganos, convirtió los lugares de sacrificio en cañadas de ganado y taló árboles sagrados; y todo ello pese a que sobre todo en el período merovingio el verdadero mártir de la fe fue «ciertamente un valor raro» (Graus). Pero cuanto más avanzaban las conversiones, tanto menor era el miramiento con que el clero lo arrasaba todo..., aunque el vicario capitular Konrad Al-germissen pretenda hacernos creer que sólo «en casos muy contados» se llegó a la «adaptación forzosa»; y, naturalmente nunca «con métodos violentos por parte de Roma o de la Iglesia, sino por parte de príncipes germánicos». (Sin embargo, el mentiroso tenía «ante los ojos la palabra "verdad" como norma... de todas mis explicaciones», y además ya en el prólogo —¡en 1934!— exaltaba el Estado nazi y su gobierno; y se entiende que todo ello con imprimátur eclesiástico.)

Estado e Iglesia promovieron al alimón la difusión de la nueva fe y la aniquilación de las creencias antiguas. Así el rey Childeberto I en una constitución del año 554 —«de acuerdo, sin duda, con los obispos» (A. Hauck)— ordenaba: «Los ídolos paganos de los campos y las imágenes dedicadas a los demonios deben ser retirados de inmediato, y nadie puede impedir a los obispos el que los destruyan».

En el siglo siguiente el papa Bonifacio V (619-625) propagó el cristianismo por Inglaterra y escribía a Edwin, rey de los anglos, en estos términos: «Deberíais destruir a los que hasta ahora habéis tenido por dioses, estando hechos de material terreno, con todo celo hay que destrozarlos y hacerlos añicos». Y así, poco tiempo después, en 627, Coifi, arcipreste convertido de Northumbria, rompió una lanza en su propio templo.[39]

El Concilium Germanicum, el primer concilio convocado en 742-743 en el territorio germánico del imperio franco, disponía asimismo que «el pueblo de dios no fomente ninguna cosa pagana, sino que rechace y aborrezca toda inmundicia de los gentiles, ya se trate de ofrendas a los muertos o adivinación, de amuletos o signos de protección, de conjuros o sacrificios conjuradores, que gentes necias ofrecen junto a las iglesias y a la manera pagana, invocando a los santos mártires y confesores, con lo que provocan la cólera de dios y de los santos, para acabar alrededor de los fuegos sacrílegos, que ellos llaman *"neid fyr"*».[40]

Cualquier otra creencia resulta abominable, o insoportable pura y simplemente, para los defensores de la fe «verdadera», de la única fe verdadera y beatificante. Y así el ejercicio de los cultos paganos estuvo legalmente penado con graves castigos: proscripción más o menos larga o de por vida, privación de derecho o de sepultura sagrada, confiscación de bienes o, tratándose de pobres, reducción a la esclavitud. Fueron objeto de severas prohibiciones el comer «de los manjares ofrecidos a los ídolos», los banquetes, cantos y bailes paganos, así como la conservación de estatuas de dioses, que incluso las subterráneas sirvieron como material de construcción para capillas cristianas.[41]

---

[39] Beda, H. E. 2,13. Kühner, Lexikon 41. Hanlein I 71. Algermissen XI ss., 229. Beisel, Studien 130. Graus, cf. nota 41.

[40] Concil. Germanicum can. 5.

[41] Greg. Tur. Vita patrum 6,2; Baudonivia, Vita Radegundis 2,2; Vita Lupi episc. Sen. c. 13; Vita Hugberti episc. Traiect. c. 10; Vita Eligii episc. Noviomag. 2,8. 1. Sin. Orí (511) c. 30,2. Sin. Orí. (533) c. 12; 20,4. Sin. Orí. (541) 15 s. Sin. Elusa (Eauze/511) c. 3 Sin. Tours (567) c. 22. Keller, Reclams Lexikon 209 s. Schuitze, II 113 ss. Weinhold, Die deutschen Frauen I 71 s. Schmitz 319. Hanlein II 9. Graus, Volk 156 ss., 184 s.

A fines del siglo VIII el *Indiculus superstitionum paganorum,* con destino a los «convertidores de los paganos» de la Gemianía occidental, enumera treinta prácticas, condenadas con antelación por los concilios galos: magia, conjuro de tempestades, adivinación, determinados banquetes, bailes, ritos del culto fúnebre, sacrificios y *fana* para los genios de los árboles, piedras y fuentes, fiestas y sacrificios, sobre todo los ofrecidos en honor de Júpiter (Donar) y de Mercurio (Odín).[42]

Pero los supuestos políticos y militares para todas esas medidas misioneras se establecieron entre los francos bajo su primer gran caudillo, que fue Clodoveo I.

[42] RAC VIII Gallia I 917.

46

CAPÍTULO 2. CLODOVEO, FUNDADOR DEL GRAN IMPERIO FRANCO

«... Una de las figuras más descollantes de la historia universal.»
WILHELM VON GlESEBRECHT, HISTORIADOR[1]

«Y es seguro que él se supo cristiano, y cristiano católico, cosa que se manifiesta una y otra vez en las distintas actuaciones de su reinado.»
KURT ALAND, TEÓLOGO[2]

«Asociado a la gran unidad viva, que es la familia de la Iglesia católica, sin haber pasado por un período confuso de incultura arriana, ese pueblo fuerte e inteligente [de los francos] asimiló un alimento espiritual constante que lo capacitó para la grandeza.»
HARTMANN GRISAR, SJ[3]

47

EL ENCUMBRAMIENTO DE LOS MCROVINGIOS

El solar originario de los francos, cuyo nombre se asoció a comienzos de la Edad Media con los conceptos de «valiente», «audaz» y «atrevido», estuvo en el Bajo Rin. Su pueblo, que careció de una dirección unitaria, surgió probablemente de la coalición de numerosas tribus pequeñas a lo largo de los siglos I y II cristianos, entre los ríos Weser y Rin. Se les menciona por vez primera apenas superada la primera mitad del siglo ni, cuando sostuvieron luchas encarnizadas contra los romanos que se prolongarían a lo largo de los siglos IV y v. Los francos asentados en la orilla derecha del río abrieron brecha entonces en la línea romana de defensa del Rin, que probablemente algunos ya habían superado antes infiltrándose en la región limítrofe. Avanzaron sobre Xanten, que la población romana había evacuado hacia 450, habiéndola ocupado después la pequeña tribu franca de los chatuarios. Penetraron después en el territorio entre el Rin y el Mosela; tomaron Maguncia y Colonia, ciudad ésta que al ocuparla definitivamente hacia 460 convirtieron en el centro de un Estado franco independiente, la Francia Rinensis, inmediato a la orilla izquierda del gran río. Poco a poco se anexionaron el territorio del Mosela hasta el Maas. Durante la primera mitad del siglo V conquistaron cuatro veces la ciudad de Tréveris y otras tantas la recuperaron los romanos, hasta que en 480 pasó a ser definitivamente de los francos. El número de sus habitantes, de unos 60.000 en el siglo IV, descendió a unos pocos millares en el siglo VI.

Los invasores fundaron en Bélgica y Francia septentrional pequeños principados francos, sometido cada uno de ellos a un *regulus o* reyezuelo. Ya hacia 480 toda la región renana entre Nimega y Maguncia, el territorio del Maas en torno a Maastricht, así como el valle del Mosela desde Toul a Coblenza, pertenecían a la Francia Rinensis.

---

[1] Introducción W. v. Giesebrecht en: Gregor von Tours, Fránkische Geschichte I 9.
[2] Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 30.
[3] Grisar, Rom 87.

Los romanos permitieron el asentamiento a los francos con la condición de que les prestasen como *«foederati»* (aliados) ciertos servicios militares y llegaron a ser sus compañeros de armas más leales de todos los germanos, aunque por lo general se desgarraron entre feroces contiendas tribales.

48

Pero al final fueron los merovingios los que pujaron por toda la Galia romana.[4]

A finales del siglo V los ríos Somme y Loira enmarcaban aproximadamente la parte del territorio que todavía controlaban los romanos, rodeados casi por completo de pueblos germánicos. Los territorios más extensos los ocupaban visigodos y burgundios en el sur y el sureste, los alemanes estaban asentados en el este y los francos en el norte, aproximadamente entre el Rin y el Somme. Pero así como los germanos estrangulaban a los romanos, así también los francos se asfixiaban mutuamente en pequeñas tribus gobernadas por reyezuelos y con un poder muy limitado tanto territorial como políticamente. Eran, sin embargo, unas tribus organizadas democráticamente, de una forma «militar-democrática», y sus caudillos dependieron siempre considerablemente de la voluntad de todo el pueblo libre. La «totalidad de *\osfranci»,* de los hombres de armas libres, elegía al rey y lo deponía cuando ya no se ajustaba a sus deseos.[5]

Uno de aquellos primeros reyezuelos, de los que algo sabemos, fue Clodio (hacia 425-hacia 455), el caudillo de los salfrancos que avanzaron a sus órdenes desde Toxandria. Hacia 425 se apoderó de la ciudad romana de Cambrai en el curso superior del Shelde; aproximadamente en 435 sufrió una grave derrota a manos de Aecio, general en jefe del ejército romano y en la práctica supremo gobernador de la Galia, cerca de Arras. Pero el año 455 ocupó el territorio hasta el Somme. Clodio es el primer merovingio del que se conservan testimonios fiables. A su linaje pudo pertenecer Merovech, sin duda un pariente coetáneo y antepasado y tronco de la dinastía que lleva su nombre, que desde el siglo IV fue una de las «familias principescas» más destacadas de los francos. Y pronto los salios, de gran agresividad (a diferencia, por ejemplo, de los reyes francos renanos que gobernaban en Colonia, los jefes de la Francia Rinensis, de las provincias de Maguncia y del Mosela, merovingios en sentido agnático o de descendencia por línea masculina), dominarán durante dos siglos en la Galia.[6]

Merovech, el héroe epónimo, que según la tradición legendaria fue criado en la playa por un monstruo marino, mitad hombre mitad toro (la cabeza de toro desempeña un papel importante en el simbolismo de los merovingios), fue padre de Childerico I, un príncipe franco que gobernó en Tournai. Todavía bajo el mando supremo de los comandantes galorromanos —Egidio, el conde Paulo, Siagrio, hijo de Egidio— con residencia en Soissons combatió contra visigodos, sajones y alanos (¿o alamanes?); pero en su larga lucha contra los germanos como aliado de Roma, Childerico acabó forjando su propio poder. Cierto que sirvió con lealtad; pero al

---

[4] Salv., de gub. dei 6,13. Behn 79. Vogt, Der Niedergang 510. A.v. Müller, Geschichte unter unsren Füssen 118. Lasko 211. Maier, Mittelmeerweit 126. Dannen-bauer, Grundiagen 103. Zóllner, Geschichte der Franken 25 ss. Steinbach, Das Frankenreich 5 s. 10. Dóbler 113 ss. Bleiber, Das Frankenreich 42 ss.

[5] Bleiber, ibíd. 44 s. Para el concepto de rey y realeza en general comp. por ejemplo Antón LMA V 1298 ss., espec. 1300 s.

[6] Greg. Tur. 2, 9. LMA II 1861 s., 1863, HEG I 253. HKG II 2, 114 s. L. Schmidt, Aus den Anfängen 306 ss. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 13 ss., 38. Bleiber, Das Frankenreich 36.

haberse hecho más poderoso a la sombra de los militares galorromanos, parece que empeoraron sus relaciones con Siagrio (469-486), el *«rex romanorum»* (Gregorio de Tours). Por el contrario, Childerico, que probablemente acabó al mando de la llamada *«Bélgica secunda»* —una provincia todavía formalmente romana, aunque gobernada de hecho por pequeños príncipes salfrancos—, mantuvo buenas relaciones con la iglesia gala, con la cual contactaron tempranamente los francos del Rin y del Somme. Pues, aunque no era cristiano y, según el obispo Gregorio, era tan rijoso con las hijas de sus francos que por algún tiempo hubo de huir a Turingia, concedió ya algunas inmunidades a iglesias y clérigos y mantuvo buenas relaciones con el episcopado belga, especialmente con el metropolitano de Reims.

49 Childerico murió en 482. Casi mil doscientos años después, en 1653, un médico de Amberes descubrió su tumba en Tournai, dotada de tales riquezas y suntuosidad que superaba con mucho las más de 40.000 tumbas del período merovingio, sacadas a la luz por los arqueólogos. El rey de Tournai, que apareció envuelto en un vestido de brocado ricamente recamado, con su caballo, insignias, armas y muchas monedas de oro y plata, había sido inhumado en su residencia. En 1831 desaparecieron (también) en buena parte esos tesoros funerarios, debido a un robo con fractura en la galería de arte imperial de París. *Sic transit gloria mundi.*

Ascensión relampagueante de un bandido estatal

A la muerte de Childerico en 482 le sucedió Clodoveo I (466-511), de dieciséis años y que según parece era hijo único; un potentado franco renano, al lado de otros personajillos similares, como Ragnacar de Cambrai o Chararico, cuya zona de poder no se conoce mejor. El padre de Clodoveo había puesto en marcha muchas cosas, que el hijo continuó y completó de algún modo. Pues la «ascensión relampagueante» (Ewig) de este príncipe campesino, taimado y sin escrúpulos, con quien arranca también la «prehistoria del germanismo» (Lówe), no ha dejado de ser glorificada desde aproximadamente milenio y medio. Pero desde una perspectiva ética (y en cierta modo también cristiana), desde el punto de vista de los «derechos humanos» (y de los deberes cristianos, ya entonces vigentes, como el no robar y el no matar), la carrera de Clodoveo no fue otra cosa que la ascensión fulgurante de un gángster, de un bandido estatal y eminente (para no comprometer con su proximidad a los rufianes de menor monta).

Aliado con diferentes tribus hermanas, Clodoveo amplió el territorio sálico alrededor de Tournai, que era insignificante y se reducía a una pequeña parte de la Galia septentrional en la *Bélgica secunda,* mediante el expolio continuado, asesinatos y guerras, cada vez más extendidos sobre las regiones de la provincia romana a la orilla izquierda del Rin.

50 Tales ataques llegaron primero hasta el Sena, luego hasta el Loira y finalmente hasta el Garona, con lo que los galorromanos cayeron bajo el dominio de los francos. Ya entonces eso se llamó «tener al franco por amigo, y no por vecino».[7]

[7] Greg. Tur. 2,9 ss. Fredeg. 3,11 s. LMA II 1817 ss., 1863 s. HEG 253 s. Hauck 198 ss. Menzel I 80. Vogt,

Un pueblo tan belicoso, sobre el que flotaba además la fama de desleal, resultó atractivo para el clero cristiano desde el comienzo. Los arríanos, y más aún los católicos, buscaron de ganarse a su caudillo. De hecho todos los príncipes notables de aquella época en occidente eran arríanos o paganos. Así pues, apenas Clodoveo fue nombrado rey de Tournai, a él se dirigió el metropolitano de Reims, san Remigio; varón de «ciencia eminente» y resucitador de un muerto, según el elogio del obispo Gregorio que destaca simultáneamente ambos rasgos. Pero la diócesis de Remigio ocupaba el centro del territorio de Siagrio, al que después apresó Clodoveo, con ayuda según parece de los obispos católicos de la región. Y ya entonces Remigio se sintió llamado a imponer eminencias grises «al señor rey Clodoveo, famoso y eminente por sus méritos», «consejeros que fomentasen su prestigio».

«Muéstrate lleno de devoción a los obispos *(sacerdotes)* y sigue siempre su consejo», le escribe al príncipe aún antes de que se hiciera cristiano. «Si te entiendes con ellos, tu territorio prosperará.»[8]

Por los años 486-487 desencadenó Clodoveo las hostilidades contra Siagrio, formalmente el último representante allí del imperio romano, aunque de hecho ya independiente. Todavía en tiempos del padre de éste, que lo fue Egidio, el general en jefe del ejército, el propio padre de Clodoveo había combatido a sajones y visigodos; pero evidentemente también se había alzado ya en armas contra el mismo Egidio, exactamente igual que ahora lo hacía Clodoveo contra el hijo de aquél. El momento era propicio al haber muerto poco antes de la invasión franca el poderoso rey visigodo Eurico, el más temido por los salfrancos de toda Galia. Su muerte debió de alentar no poco a Clodoveo. Y, aliado con su primo, el reyezuelo Ragnacar de Cambrai, aniquiló en la batalla de Soissons los últimos restos del poder romano en tierras galas. Mientras el franco, «víctima todavía de la superstición pagana» (Gregorio), lo devastaba todo, permitiendo el saqueo de numerosas iglesias, Siagrio se refugió en Toulouse, la capital visigótica. Pero Clodoveo amenazó con la guerra al sucesor de Eurico un tanto debilitado; por lo que el tal Alarico II entregó al fugitivo, a quien el vencedor mató «secretamente», mientras que reforzaba su propia soldadesca con los restos del enemigo derrotado y convertía Soissons, hasta entonces sede principal de Siagrio, en su nueva residencia.

Terminaba con ello una historia de quinientos años. Todo el territorio hasta el Sena había sido depredado y el depredador, el *rex franco-ruin,* una vez afianzado su poder, iba a continuar su acción de rapiña.

51

«Posteriormente superó a muchos reyes y obtuvo numerosas victorias», proclama entusiasmado el obispo Gregorio, justo después de haber narrado ampliamente un asesinato absolutamente personal del rey.[9]

Der Niedergang 510. Dannenbauer, Grundiagen 103 s. Stern/Bartmuss 61. Stroheker, Der senatorische Adel 141. Lówe, Detschland 35,40. Zóllner, Geschichte der Franken 167. Falco 53 ss., espec. 58 y 67. Lasko 200,202,211 ss. Lautermann 866. Steinbach, Das Frankenreich 8. Bund 236 ss. Grahn-Hoek, Die fránkische Oberschicht 134 ss. Ewig, Die Merowinger 16 s., 20,78. Schneider, Kónigswahl 66 ss. Bleiber, Das Frankenreich 44 ss., 48 s. Ver asimismo la nota siguiente.

[8] Greg. Tur. 2, 31. Avit. ep. 46. Behn 79 s. Koeniger 218. Zóllner, Geschichte der Franken 44 ss. Daniel-Rops 234. Aland. Kirchengeschichtiiche Entwürfe 29 s. Bleiber, Das Frankenreich 50.

[9] Greg. Tur. 2, 27. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 233. LMA II 1863. Hauck I 98 ss. Bóhner, Grabmáler 653. Lowe, Detschland 40. Stem/Bartmuss 61 s. Züllner, Geschichte der Franken 48. Steinbach, Das Frankenreich 8 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 20 s. Pfister, Gaul. Narrativa of Events

Un gran baño de sangre y la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana

Pronto pasó Clodoveo de Soissons a París, que se convirtió en la ciudad más importante y, al menos desde el siglo VII, en el verdadero epicentro del reino franco, y en la que también están enterrados casi todos los reyes merovingios. Hacia el año 493, cuando ya Clodoveo había avanzado desde er Sena hasta el Loira convirtiéndose en soberano de toda la Galia septentrional y en vecino directo de los visigodos (los cuales dominaban, junto con los burgundios, la Galia meridional), llegó a ser indiscutiblemente el primero de todos los príncipes francos, y el que mayor interés despertó entre los católicos, a la vez que éstos despertaron el suyo. Desposó entonces a la ¿oven princesa burgundia, Clotilde, hija del señor territorial Chilperico II y sobrina del rey Gundobad, la cual a diferencia de sus hermanos era católica y fue venerada como santa.[10]

Probablemente esa boda la habían ya arreglado dos santos: san Avi-to y san Remigio. Dado que la táctica católica era ganarse con las consortes a los príncipes germanos y a su pueblo, muy bien pudo ocurrir que Clotilde, «la reina creyente», desde el mismo día de su boda «importunase al rey» —como dice el cronista— para que abrazase la fe ortodoxa y abandonase «los ídolos, que nada pueden aprovechar ni a sí mismos ni a los demás», y hasta puede que se burlase de Júpiter como de un «perro cochino», que había acosado a su hermana. Pero Clodoveo no cambió de opinión «en un ápice». Su estirpe simplemente no estaba todavía dispuesta para la conversión, «hasta que finalmente entró en guerra con los alemanes». Gregorio escribe «finalmente», porque su Estado casi siempre se fortaleció con las catástrofes de los demás. Sólo en medio de un «enorme baño de sangre», en el que los salios y los franco-rrenanos aliados degollaron a los alemanes paganos, cuando ya su ejército retrocedía y estaba casi aniquilado, lo visitó «la gracia decisiva» y «con lágrimas» formuló esta invocación: «Jesucristo, tú, de quien dice Clotilde que eres el Hijo de Dios vivo...», y apenas la había pronunciado, cuando los alemanes volvieron la espalda y empezaron a huir.[11]

Esto es pura leyenda. O, mejor, una historia de la Iglesia católica, que recuerda las mentiras de los padres de la Iglesia tras la victoria de Constantino sobre su colega de imperio Majencio. Pero está claro que la conversión de Clodoveo se relaciona con la guerra de los alemanes, con la que extendió su Estado depredador por el curso medio y superior del Rin, sometiendo probablemente ya a su control el territorio renano oriental.

52

110.

[10] Greg. 2,28 s.. Fredeg. 3,17 ss. Lib. hist. franc. c. 11 ss. LMA II 1948. Stern/Bartmuss 61. Zatschek 24. Zóllner, Geschichte der Franken 51, 53 ss. Bleiber, Das Frankenreich 50 ss. Steinbach, Das Frankenreich 10 s.

[11] Greg. Tur. 2,28 ss. Hauck 1106. Rückert, Culturgeschichte 1314 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirehe I 93. Stratmann IV 63 s. Schnürer, Kirche und Kultur I 35. Daniel- Rops 238. Portner 20 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 64.

Los alamanes (o suevos), a los que se nombra por vez primera en 213, habían emigrado de la región del Elba y probablemente a fines del siglo u se habían hecho fuertes en la región del Main mediante diversas incorporaciones de emigrantes y soldados germano-occidentales. Su nombre de «alamanes» significaría lo que todavía hoy puede entender cualquiera que sepa algo de alemán: todos varones *(alie Manner).* Los alamanes, que presionaban sobre el Rin y la línea de fortificaciones de la frontera del imperio romano, irrumpieron el año 406, acompañados en parte por vándalos y alanos, dispersándose por Galia e Hispania. La mayoría de ellos había conquistado Aisacia y una buena parte de la Suiza actual, así como el territorio entre Iller y Lech.[12]

Cuando desde allí intentaron avanzar hacia el noroeste, chocaron con los francos, y en particular con los francorrenanos, que dominaban la región del Mosela. Éstos se habían aliado ya hacia 475 con los burgun-dios frente a los alamanes, sin que se impusieran claramente hacia 490 en una batalla cerca de Colonia, donde cayó herido en una rodilla el reyezuelo local Sigiberto. Motivo suficiente para que Clodoveo atacase: hacia 496-497 moría en el campo de batalla de Toibiacum (no localizado con precisión, aunque probablemente en Aisacia) el rey alamán de nombre desconocido hasta hoy. Clodoveo avanzó sobre la Alemania de la orilla derecha del Rin y aniquiló a buena parte de sus moradores todavía paganos.

Cierto que una década después, hacia 506, volvieron a levantarse; pero de nuevo sufrieron una derrota sangrienta, probablemente en las cercanías de Estrasburgo, muriendo otra vez en la batalla el rey alamán. Perseguidos por los francos, huyeron hacia el sur hasta las regiones prealpinas: la Raetia prima (provincia de Coira) y la Raetia secunda (provincia de Augsburgo), territorios bajo la influencia del rey ostrogodo Teodorico, que contuvo a su cuñado Clodoveo y que asentó a los fugitivos en Retia, Panonia y el norte de Italia. Pero en Aisacia, en la parte meridional del Hessen renano, en el Palatinado y en las cuencas del Main y del Neckar los alamanes fueron víctimas de la prepotencia directa de Clodoveo. Y desde allí los francos se extendieron más tarde hacia el este hasta el Saale, el Main superior y casi hasta la Selva de Baviera.[13]

No se sabe con certeza cuándo se hizo bautizar Clodoveo. Santa Clotilde llamó oportunamente «y en secreto» al santo obispo Remigio, el cual ya había contactado con Clodoveo, cuando todavía los arríanos intentaban ofuscar el «espíritu fuerte» del rey. Y ahora, según escribe san Gregorio, la santa consorte procuraba por medio de san Remigio «infundir la palabra de salvación en el corazón del rey», su esposo.

53

Y, como el juego andaba entre tantos santos, al final ocurrió una especie de milagro, según era frecuente: «Todo el pueblo clamó a la vez...: Abandonamos los

---

[12] Cass. Dio. 78,13. Agath. 1,6. RGAK I123. HEG 1227 s. LMA 1263 ss. Tüchie 120 ss. Werner, Zu den alamannischen Burgen 439 ss. Peschel 259 ss., espec. 306 ss, Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 27. H Keller, Spátantike und Frühmittelalter 1 ss. Demandt 276. Beisel, Studien 80 s. Incluso HKG 11/2 («Cristo dio a los francos la victoria») recuerda la «maravillosa aparición de Cristo al emperador» Constantino, antes de su victoria en el Puente Milvio (105).

[13] Greg. Tur. 2,30. RGAK 1973 I²140. s. LMA I 264. III 1852 s. HEG I 228 s. Tüchie I 34. Biittner, Geschichte des Elsass 31 s. Lowe, Deutsehiand 42. Züllner, Geschichte der Franken 56. Werner, Zu den alamannischen Burgen 453. Butzen, Die Merowinger ostiich des mittieren Rheins 27. Ewig, Die Merowinger 24 s., 55 s. Portner 22 s. Bleiber, Das Frankenreich 55 s. Una parte de los investigadores pone en 506 la guerra contra los alamanes y también el bautismo de Clodoveo, o bien en el 507-508. Los defensores de ambos puntos de vista le mencionan en Zóllner, Geschichte der Franken 57 s.

dioses mortales, rey clemente, y estamos dispuestos a seguir al Dios inmortal, que Remigio predica». Y junto con sus hermanas Lantechilde (una arriana, que ahora reconoce o al menos «confiesa que el Hijo y el Espíritu Santo son de la misma naturaleza que el Padre») y Albofledis, que se hizo monja, y en unión de unos 3.000 francos, probablemente guerreros, el rey Clodoveo se hizo bautizar en Reims con gran pompa y con la asistencia de numerosos obispos. Según unos, corría el *annus* 496-497, según otros el 498-499; mientras que según algunos investigadores, que ponen en el 506 la guerra contra los alamanes, habría que pensar en los años 506-508. «Es la primera fecha de la historia de la Iglesia alemana» (Kawerau). Curiosamente el hecho enlaza con un gran baño de sangre y constituye uno de los acontecimientos más importantes de comienzos de la Edad Media. El destino de los francos de Europa quedó fijado no tanto porque Clodoveo se hiciera cristiano, cuanto porque se hizo cristiano romano-católico; a través del imperio de Cariomagno ello condujo a una estrecha vinculación con el papado y al «Imperio sacro romano de la nación alemana».[14]

EL REY CLODOVEO Y DOS «SANTOS DE DIOS»

El bautismo de Clodoveo constituyó una fiesta grandiosa. Calles e iglesias resplandecían con su ornamentación. La iglesia bautismal se llenó de una «fragancia celestial», hasta el punto de que los asistentes se creyeron trasladados «a los gratos perfumes del paraíso». Refiere Gregorio de Tours que el rey «avanzó hasta el baño bautismal como un nuevo Constantino —¡y la comparación es terriblemente certera!— para purificarse en el agua limpia de la vieja lepra y de las sucias manchas, que tenía desde antiguo». Y Remigio, «el santo de Dios», le habló «con palabra elocuente: "Sicambrio, dobla mansamente tu cerviz, y adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste *(adora quod incendisü, incende quod adorasli)"».*

¿Quién era ese santo, que con tanta arrogancia incitaba a la persecución, como lo hizo también en su tiempo su colega Avito?

Remigio, como la mayor parte de los prelados de entonces (y no sólo de entonces), era de «ilustre» alcurnia, y ya a los 22 años promovido a obispo de Reims. Su hermano mayor, Principio, fue asimismo obispo (de Soissons) y también fue santo. (Sus reliquias serían quemadas por los calvinistas en 1567.) Remigio, el apóstol de los francos, predicó el catolicismo a paganos y arríanos con celo fervoroso, desarrolló

[14] Greg. Tur. 2,31. Fredeg. 3,21 eleva los 3.000 a 6.000. RGAK IV 1981,478 ss., I 129. La controversia de la datación entre los investigadores antiguos puede verse en Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 202 ss. Comp. asimismo Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 27 s. Haendler, Geschichte des Frühmittelalters 21 supone el bautismo de Clodoveo en el 498. Lo mismo afirman Maier, Mittehneerweit 214, y Vogt, Der Niedergang 512, entre otros. F. Oppenheimer, Francish Themes 17 ss. pone el bautismo en el año 508. Igualmente R. Weiss: bautismo de Clodoveo en 508 en Reims, remitiéndose sobre todo a los resultados de Steinen. Ver además Ka-werau, Geschichte der alten Kirche 38. Hauck I 109 ss. Hartmann, Geschichte Ita-liens I 155. Bóhner, Grabmáler 655. Zóllner, Geschichte der Franken 60 ss., 187. Prinz, Die bischofliche Stadtherrschaft 13. Cartellieri I 46 s. Fleckenstein, Grundia-gen und Beginn 41. Stamer 21. Schulze, Vom Reich der Franken 27. Bleiber, Das Frankenreich 53 s. Fleckenstein, Das grossfrankische Reich 272 s.

claramente una «guerra radical» (Schuitze), en la que —según un concilio de Lyon — «destrozó por doquier los altares de los ídolos y difundió vigorosamente la fe verdadera con muchos signos y milagros».[15]

54

Según Gregorio de Tours, el obispo Remigio bautizó a Clodoveo en Reims la noche de Navidad del 496. Una paloma habría llevado una ampolla con el óleo de la unción, falsedad que aparece sólo tres siglos y medio después en tiempos del tristemente famoso Hinkmar, obispo de Reims, quien en 852 pretendió haber encontrado el cuerpo todavía incorrupto de Remigio. Pero la ampolla milagrosa del óleo de la unción estuvo guardada en la abadía de San Remigio de Reims «bajo muchos cerrojos», y hasta el siglo XVIII se empleó en la coronación de los reyes de Francia. Fue ocasión de otro milagro: jamás se agotó el óleo, como tampoco el fraude en esa religión.

Las falsedades se dieron en serie. Falsa es también la carta del papa Hormisdas nombrando a Remigio vicario apostólico para Galia. Y falsa es igualmente la supuesta carta de felicitación del papa Anastasio II (496-498) a Clodoveo por su bautismo. El pontífice romano no mostró interés especial por Occidente, y menos aún por un príncipe campesino de los francos. Se empeñó más bien en poner fin al cisma acaciano de Oriente; su esfuerzo por la reconciliación fue tal —Dante vio la sepultura de este papa en el Infierno, en el «círculo de los herejes»—, que a su muerte se alzó un antipapa y estallaron las luchas callejeras y los asesinatos en las iglesias. Pero el papa Anastasio había ignorado el acontecimiento más importante de su pontificado, la decisión que se dio en el norte y que iba a marcar la historia universal: el comienzo de la victoria católica sobre el arrianismo y la victoria cristiana por el paganismo germánico. Esto molestó más tarde al Abbé Jéróme Vignier, un oratoriano ilustre del siglo xvn, además de falsificador, de manera que en nombre del papa Anastasio (con un poco de retraso) felicita a Clodoveo.[16]

Es auténtica por el contrario una carta de felicitación y buenos deseos — por desgracia sin fechar— de san Avito, el poderoso metropolitano de Vienne (hacia 490-518), que envió a Clodoveo con motivo de su bautismo y en la cual le decía: «¡Vuestra fe es nuestra victoria!».

Avito, miembro «de la nobleza» como Remigio e incluso emparentado con el emperador, era hijo de su predecesor el arzobispo Isiquio de Vienne y hermano del obispo Apolinar de Valence. En el seno de la familia se conservaron perfectamente cargos tan notables e influyentes. Como se conservó la santidad. El obispo Remigio y su hermano Principio fueron santos; como lo fueron el obispo Avito y su hermano Apolinar. Y, como Remigio, también Avito fue un fanático (su fiesta se celebra el 5 de febrero). Con sus «cartas maravillosas —canta entusiasmado san Gregorio de Tours— destrozó por completo la herejía», tanto la eutiquiana como la pelagiana, pero sobre todo el arrianismo.

55

La sede metropolitana de Vienne se convirtió, junto con Lyon, en la «avanzadilla más importante de la Iglesia católica en el reino amano de los

---

[15] Greg. Tur. 2,31. Wetzer/WeIta, IX 204. LThK VIII[1] 477, 817 s. Vogel II 348 ss. Shultze, II 107. Angenendt. Frühmittelalter 170 s.

[16] Greg. Tur. 2,31. Dante, Inferno 11,9. Wetzer/WeIte IX 204. LThK VIII[1]817 s. Vogel II 349. Seppell I 250 ss. Speyer 302, 309.

burgundios» (Zotz). Y con su santo hermano, el obispo Apolinar (su fiesta es el 5 de octubre), trabajó Avito incansablemente por la conversión de aquel reino al catolicismo. El prelado exaltaba el bautismo del rey Clodoveo para afianzar el éxito de la guerra. De manera parecida pensaban y escribían más tarde otros pastores eclesiásticos, como el obispo Nicecio de Tréveris, igualmente santo (su fiesta se celebra el 1 de octubre). San Avito recomendaba la guerra: lanzar «la semilla de la fe entre las tribus que habitan lejos», lanzarla «con franqueza y sin miedo»; ¡«la delicada vestidura bautismal potenciará la fuerza de las armas duras»! Hoy se nos querría convencer sin duda de que la de Avito habría sido una misión pacífica. Una «misión armada» habría sido «inoportuna» a sus ojos, como lo habría sido una guerra «antiarriana contra los herejes». Pero lo cierto es que el arzobispo Avito con tales extremos ensalzó al rey de los francos —«fama inmortal dejáis para las generaciones futuras»—, que los burgundios, cuya catolización fue «su mérito principal», sospecharían de su lealtad.[17]

Por descontado que el Clodoveo católico hizo que también se convirtieran los suyos, paganos o arrrianos, de manera que toda la casa de los francos acabó siendo católica. En adelante se dio por lo mismo una estrecha «alianza entre monarquía y episcopado» (Fleckenstein). Los príncipes de la Iglesia ocupan el puesto de honor en el entorno de Clodoveo y ejercen sobre él la máxima influencia, especialmente Avito y Remigio.

Y naturalmente el clero es recompensado generosamente con el botín de guerra del merovingio. Premia con largueza y esplendidez a los prelados mediante fundaciones y donaciones de tierra. Hasta en la guerra procura respetar al máximo posible las posesiones y los edificios eclesiásticos. Con lo cual la agitacién católica sobrepasa toda medida. Hasta se identificó el destino del rey con el destino del catolicismo, y la miseria y pobreza de la Iglesia católica sugirió a Clodoveo una lucha a muerte contra el arrianismo. «Se sintió entonces instrumento elegido de Dios y se abandonó de lleno a su pasión de conquista» (Cartellieri).

Desde entonces «monarquía e iglesia actuaron de consuno para la ulterior difusión del cristianismo» (Schultze). Por una parte, el reino franco fue el principal apoyo del catolicismo; por otra, Clodoveo se aseguró la asistencia del clero galorromano en su conquista de Galia. Con ello el clero protegía a su vez sus inmensas riquezas de los ataques de los arríanos y de los estratos más humildes de la población. Y, si tenemos en cuenta que por entonces romanos y no romanos eran menos extraños unos para otros que los arríanos y los católicos, comprenderemos el empeño con que la Galia católica, y en especial sus sacerdotes, se volvieron al único rey católico de los germanos. Los católicos, dice Gregorio de Tours, deseaban con el máximo anhelo la soberanía franca.[18]

56

Es evidente que en la conversión de Clodoveo los motivos políticos dieron el

---

[17] Avit. ep. 46. Wetzer/WeIte I 566, IX 204. LThK I' 547, 874 VIII' 817 s. VII' 541 s. LMA 11307 s. (Zotz) II 1865. Górres 33 ss. Fischer, Die Vólkerwanderung 221. Bóhner, Grabmáler 655. Stroheker, Der senatorische Adel 154. Zóllner, Geschichte der Franken 58 s., 63. Comp. 179, Pfister, Gaul. Narrative of Events 112. Staubach 27 s., 43. Angenendt, Kaiserherrschaft und Konigstaufe 2 ss. Id., Frühmittelalter 171 s.

[18] Hartmann, Geschichte Italiens 1155. Kosminski/Skaskin 72. Wein 88. Fleckenstein, Die Hofkapelle 6. Pfister, Gaul. Narrative of Events iii s. Altamira 159 s. Fontal 9 ss.

impulso decisivo, en el caso bastante improbable de que el rey tuviera otros. Pero los apologistas afirmaron lo contrario durante siglos. Ya Nicecio, obispo de Tréveris y «ornato del episcopado franco», presentaba a Clodosvinta, nieta de Clodoveo, hacia 565, la conversión del rey como respuesta al conocimiento de la «verdad», de la «rectitud de la doctrina católica». Y todavía en 1934 el teólogo católico Algermissen afirmaba que «no habían sido la violencia ni los "asesinatos a golpe de espada", sino el convencimiento religioso el que había movido a un héroe germánico tan audaz y prudente como Clodoveo a rechazar su error pagano y abrazar libremente la doctrina del Crucificado».[19]

Desde la investigación que hoy poseemos bien cabe defender que en realidad la conversión de Clodoveo fue un hecho político, como lo había sido antes la de Constantino. A diferencia de los otros pueblos germanos, el rey y los suyos aceptaron el catolicismo, porque éste proporcionaba de antemano una vinculación entre el conquistador y los galo-romanos sometidos o que habían de someterse; vinculación que no se daba en el resto de los reinos germanos. Clodoveo, simpatizante desde muy pronto de la Iglesia, se hizo católico para someter a las tribus germánicas arrianas y ganarse más fácilmente con su fuerte mayoría de romanos católicos la Galia contigua»

Con ayuda, pues, de la Iglesia católica del país creó el reino de los francos, que desde el comienzo constó de dos mitades: una germánica y galorromana la otra. En el norte, en su lugar de asentamiento originario, en Brabante, Flandes, en el curso inferior del Rin y del Mosela, moraba la masa de los conquistadores, de los francos (sálicos); por lo demás, tras sus conquistas, su reino que había asumido la herencia de Roma y de su administración se extendió al sur del Loira sobre la Galia preponderantemente romana. (Se estima hoy que el porcentaje de la población franca entre el Rin y el Loira debió de ser del diez por ciento, población total de Galia.) Pero la influencia de la Iglesia sobre la población galo-romana era grande, y el catolicismo era el cristianismo mejor organizado y el más brutal. Eso lo aprovechó Clodoveo, como en tiempos lo había aprovechado Constantino. Y, naturalmente, nunca pudo olvidar que al sur existían todavía fuertes estados arríanos: en Hispania los visigodos, dueños aún de Narbonne; en Italia los ostrogodos, que invadieron Provenza.[20] Y, finalmente, allí continuaban los burgundios arríanos.

57

La guerra de Clodoveo contra los burgundios (500): «la felicidad del reino» y un santo traidor a la patria

[19] Nicet. MG Ep. III 122. LMA II 1865. Algermissen 186.

[20] Hauck 19521" 104,111. Stamer 20 s. Haller, Entstehung 303 s. Stem/Sartmuss 62. Steinbach, Das Frankenreich 20 s. Ballesteros 37. Bosi, Europa im Mittelalter 66. Brown 161. Angenendt, Frühmittelalter 170. Las breves citas de Aland, Über den Glaubenswechsel 48 ss., que niegan el motivo político en la conversión de Clodoveo, no convencen. Según Aland, Clodoveo se habría hecho *arriano* por motivaciones políticas. Pero, ya católico, ¿no podría haber combatido los estados arríanos en forma mucho más convincente? Aland critica el que proyectemos *«nuestros* criterios» a épocas pasadas; pero ¿acaso no les aplica él sus criterios *religiosos* ^ No presenta pruebas en pro de su afirmación de que Clodoveo, como Constantino y Federico el Sabio, «fue vencido internamente por la nueva fe», sino que aquí «prefiere romper...». Comp. asimismo Aland, Kirchengeschichtiiche Entwürfe 30 s.

Se discute si los burgundios, un pueblo germánico oriental, procedían de Bornholm, que todavía en el siglo XIII llevaba su nombre: Bur-gundarholm (en danés: Borghundarholm, ampliación a su vez del antiguo Borgund, «país montañoso»), o si la isla y patria originaria les resultó demasiado pequeña sirviéndoles únicamente como trampolín para saltar desde Escandinavia a la tierra firme del sur.[21]

Ya en época precristiana los burgundios emigraron a Centroeuropa, instalándose en la región entre el Oder y el Weichsel, empujados por los godos y los rugieres; hacia el año 200 se establecieron en la Baja Lusacia y en el siglo ni se asentaron en el valle del Main superior y medio y en el bosque de Oden. Arrastrados por la oleada de pueblos del año 406, formada por alanos, suevos y vándalos de las tierras del Main, se asentaron sin continuar ya la marcha con tales tribus, cual confederados de los romanos, entre Maguncia y Worms (Borbetomagus). En 413 aparece su rey Gundahar (Gunther) como rey confederado. En 435 irrumpen en la Galia, y dos años después los hunos desbordan cuanto quedaba al este del Rin. Y lo que entonces no desapareció del reino burgundio de Worms —las supuestas 20.000 personas, que constituyen el trasfondo histórico de la Canción del Nibelungo— se estableció en la condición de confederados de Roma, que se enfrentaron a los alamanes en la Sa-paudia (Saboya) fijándose sobre todo en torno al lago de Ginebra, desde donde avanzaron por el sur hasta el valle del Ródano, mientras que por el norte casi alcanzaban el Sena superior.[22]

Desde mediado el siglo V el territorio burgundio aumentó rápidamente y acabó por abarcar desde el curso alto del Loira hasta el Rin y desde Provenza hasta Langras por el norte. Desde aproximadamente el 461, bajo el rey Gundiok (Gundowech), la capital fue Lyon. En 463 dicho rey fue *magister militium per Gallias o* general en jefe romano, como después su hermano menor Chilperico, que evidentemente primero con él y tras la muerte de Gundiok (470) ya solo estuvo al frente de los burgundios. Aproximadamente una década después gobernaban cuatro hijos de Gundiok: Gundobad como señor principal *(princeps)* en Lyon, Godegisel en Ginebra, Chilperico II, padre de santa Clotilde, y Godomar probablemente en Valence y Vienne.[23]

Los burgundios conocieron por vez primera el cristianismo hacia finales del siglo IV a través de los visigodos que remontaban el Danubio. En su versión arriana tal vez lo llevaron ya hasta el Rin. Que entonces eran ya cristianos «de alguna forma» (Schmidt) se infiere de la Canción del Nibelungo; pero progresivamente fueron abrazando el catolicismo. Ya en 463 el rey Gundiok, aunque arriano, es tratado como *«filius noster»* (hijo nuestro) por el papa Hilario —el antiguo diácono del «sínodo de salteadores» de Éfeso escribía ya de papa dirigiéndose casi exclusivamente a unos destinatarios occidentales—. Y Gundobad (480-516), hijo de Gundiok, tras una serie

---

[21] Taddey 180. Schmidt, Die Ostgermanen 129. Behn 61. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Schwarz, Goten 181 ss. Bohnsack 105.

[22] Oros. 7,38,3. Chron. Gall. ad a. 436; 443. Sobre los burgundios en general: Wenskus, Die Burgunder HEG 1230 ss. K. F. Wemer, Burgund, en LMA II 1062 ss. J. Richard, Burgunder, LMA II 1092 s. Bühier 49. Lowe, Detschland 20. Behn 61, 69. Stroheker, Germanentum 246 ss., 257 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 131. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Dannenbauer I 208, 308. Dopsch 1961 I² 217 s. Conrad I 83. Bleiber, Das Prankenreich 41.

[23] Greg. Tur. 2,28. LThK lil[i] 644. LMA I 1092 ss., 1824 s. IV 1530 s., 1792. Schmidt, Die Ostgermanen 169. Peyer 98. Conrad I 83. Beck, Bemerkungen 446. Bleiber, Das Frankenreich 41

de guerras contra sus tres hermanos que murieron en ellas (a Chilperico lo hizo asesinar con toda su familia, a excepción de dos hijas, una santa futura y una futura monja), quedando como único soberano cayó bajo la influencia cada vez más fuerte de la Iglesia católica, y especialmente de la de san Avito, aunque sin dar el último paso.[24]

58

El fugaz reino de los burgundios —que según la investigación actual constaba de «5.000 guerreros y 25.000 almas» (Beck)— quedaba al sureste de los francos, en el territorio del Jura entre el Ródano, el Saona y los Alpes. Cuando Clodoveo lo atacó por sorpresa el año 500, no lo movieron tanto los deseos de venganza de santa Clotilde cuanto la enorme importancia comercial de la cuenca del Ródano y los pasos alpinos de la alta Burgundia. Pero la Iglesia católica, a la que el rey obedecía, parece haber montado aquella guerra, tanto la iglesia de los francos como la de los burgundios. Se difundió, según palabras de san Gregorio, «por todas aquellas regiones la fama del terrible poder de los francos, y todos anhelaban con toda su alma estar bajo su gobierno».

El mismo Gundobad acusó a los obispos católicos de Burgundia, que entonces eran 25, con Avito de Vienne a su cabeza, de haber traicionado al propio rey, aunque su doctrina de la autoridad lo prohibía y Gundobad se mostraba muy benevolente con los católicos. Instigado por Clodoveo, también Godegisel, hermano de Gundobad, virrey de Ginebra y tío solícito de Clotilde esposa de Clodoveo, se pasó a los francos, a los que permitió el pago de un tributo anual y la entrega de unos territorios que no se precisan con exactitud.

«Clodoveo oyó gustoso tales cosas...» Y gracias a esa traición los confederados derrotaron en la batalla del Ouche, junto a Castrum Divionense (Dijón), a Gundobad, que gravemente herido pudo refugiarse en la fortificada Avenio (Avignon), frente a cuyas murallas fracasó Clodoveo. Arrasó los campos, taló los olivares, arrancó los viñedos y quemó las cosechas, mientras Godegisel entraba triunfador en Vienne.

Pero tras la retirada de los francos, y con ayuda de los visigodos a las órdenes de Alarico II, de nuevo Gundobad volvió a hacerse con el poder. Cercó a su hermano en Vienne y con sus propias manos lo degolló en una iglesia arriana en la que había buscado refugio, en compañía de un obispo arriano. A sus partidarios los torturó hasta hacerles morir. Y como para entonces había ya pasado a mejor vida otro hermano de Gundobad, que era Childerico, padre de santa Clotilde (según una discutible tradición franca asimismo por la mano asesina de Gundobad, que también habría eliminado a la esposa de aquél) y el tal Gundobad se había convertido en el señor único el año 501, san Avito —que a lo largo de su vida había intentado que Burgundia fuese católica— pudo escribir: «Fue una suerte para el reino que disminuyese el número de personas reales, quedando sólo en el mundo lo que bastaba para el gobierno. Se restableció allí lo que era favorable a la verdad católica».

59

En Ginebra, efectivamente, el puesto de Godegisel lo ocupó entonces Sigismundo, hijo de Gundobad, a quien Avito convirtió al catolicismo entre los años 496-499. Y el santo príncipe de la Iglesia hasta veía justificado el asesinato de los hermanos del

---

[24] Socrat. H' E. 7,30. Oros., Advers. pág. 7,32. Greg. Tur. 2,28. Wetzer/WeIte II 216 s. LMA IV 1530 s., 1791 s. Giesecke 141. Vogt, Der Niedergang 429. Dannenbauer I 308. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 404 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 137. Zóllner, Die polit. St. 110.

rey, entre los que Godegisel era especialmente bienquisto de los católicos y que incluso había fundado en Lyon un monasterio de monjas, pues ya sólo vivían Sigismundo, futuro santo y futuro asesino, y el asesino Gundobad, que ya no impidió en forma eficaz la victoria del catolicismo.[25]

Pero el arzobispo Avito no ceja. Y aunque, por una parte, a partir de los «signos de las tribulaciones» crea ver «casi inminente el fin del mundo» — como más tarde le ocurrirá de manera muy parecida al papa Gregorio «el Grande»—, no deja por otro lado de ocuparse de la política diaria, cosa en la que tampoco se diferenciará el mentado papa Gregorio. En sus cartas y conversaciones Avito ataca de continuo al fratricida, que ya simpatizaba con distintos prelados católicos, como Esteban de Lyon, Sidonio, Apolinar y san Epifanio de Pavía, También en el entorno inmediato del rey figuraban ya algunos católicos. Más aún, al igual que lo hicieron Chilperico y Chilperico II (este último con Caratene, madre de Clotilde), se había casado con una princesa católica. Mas pese a que Avito aprovechaba cualquier ocasión para conducir a Gundobad a la «verdadera fe» y por acabar «con el error arriano», el rey persistió «en su necedad hasta el fin de su vida» (Gregorio de Tours), pese a que gustaba de leer la Biblia y era un hombre de mentalidad enfermiza. «¿Acaso no reconozco la ley de Dios?», le objetaba al celoso católico que le apremiaba de continuo. «Mas, porque no quiero tres dioses, decir que no reconozco la ley divina. En la Sagrada Escritura sólo he leído la existencia de un Dios.» Ni siquiera tuvo éxito un milagro bien montado: la noche de Pascua «un rayo incendió el palacio real... Pero el santo obispo... impetró con lágrimas y sollozos la misericordia de Dios... y el torrente de sus lágrimas apagó el incendio».[26]

La situación duró pocos años, pues siguió la guerra contra los visigodos, con mucho el pueblo primero y más prestigioso de todos los pueblos germánicos, y en la Galia también el más poderoso al principio y por ello desde largo tiempo atrás el objetivo principal de los ataques de Clodoveo, su verdadera meta.

60

Los visigodos

La tribu germano-oriental de los visigodos se había separado muy pronto, todavía durante su asentamiento junto al Dniéper, de la tribu de los ostrogodos. Éstos acabaron siendo aniquilados por el emperador católico Justiniano I, no sin la asistencia enérgica del papa y de la «Virgen Madre de Dios» con funciones de «asesora estratégica». Los visigodos se habían hecho arríanos junto al Danubio y durante décadas llevaron a cabo sus incursiones hostiles contra las provincias imperiales del norte de Grecia, de Iliria y de Italia. A la muerte de su rey Alarico I, que fue enterrado

---

[25] Avit., ep. 5. Marius Avent. a. 500. Greg. Tur. 2,23; 2,28; 2,32 s. Wetzer/WeIte, III 603. LThK IX' 549. LMA II 1093,1865 s. IV 1530 s. HEG 1233 s. Rückert, Culturgeschichte I 318 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 93. Hartmann, Geschichte Italiens 1 155 s. Giesecke 142, 162. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 408 s., 413 s. Fischer, Die Vólkerwanderung 222. Büttner, Der Alpenraum 63. Enssiin, Theoderich 132 s. Zóllner, Die polit. Stell. 85. Bosi, Europa im Mittelalter 66. Menzel 1150. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 24, Beck, Bemerkungen 447 s., 451. Bund 164.

[26] Greg. Tur. 2,34. Wetzer/WeIte 216 s. Kraft 101. Menzel 1150. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 411 ss. Giesecke 142 s., 159 s. Fischer, Die Vólkerwanderung 117.

en 410 en Cosenza (Busento), y a las órdenes de su cuñado y sucesor Ataúlfo en 412 avanzaron hasta Galia y en 415, hostigados por un ejército romano, cruzaron los Pirineos y cayeron sobre Hispania. En el verano el rey sucumbía en Barcelona, víctima del puñal asesino de un católico de su séquito. Los hijos del primer matrimonio de Ataúlfo fueron víctimas asimismo de su sucesor católico Sigerico, antes de que éste sucumbiera también al cabo de una semana. Y el sucesor de éste, Walia (415-418) empezó por eliminar a todos los visigodos en los que sospechaba ambiciones al trono. Por encargo imperial diezmó en una serie de luchas prolongadas a vándalos, suevos y alanos, que habían irrumpido en España el año 409. Una parte de los vándalos, los silingos, y los alanos fueron allí exterminados casi por completo. Después los visigodos, retirándose de Hispania se asentaron con bastante independencia en la Galia suroccidental, con Toulouse como sede regia.[27]

También entre los visigodos hubo cristianos celosos, como el rey Teo- dorico II (435-466), que a diario oía misa al amanecer y que asesinó también a su hermano mayor Torismundo en 453, y que en la historia violenta de los reyes godos «fue el primero y único capaz de un fratricidio por pura ambición de poder» (Giesecke). Teodorico combatió sobre todo a los suevos, los cuales desde hacía medio siglo se habían asentado en las montañas de Portugal actual y desde hacía poco se habían convertido al catolicismo. Parece ser que las luchas fueron devastadoras, y en octubre del 456 Teodorico derrotó al rey suevo Requier, católico y cuñado suyo. Fue ejecutado en diciembre, se eliminó por completo el catolicismo y a lo largo de más de cien años el pueblo suevo se mantuvo arriano.

Pero, al igual que Teodorico II en la lucha por el trono había asesinado a su hermano Torismundo, también él cayó en 466, víctima de su hermano Eurico, el verdadero fundador del reino visigodo, que persistió mucho más que los otros reinos visigodos, hasta que en 711-713 sucumbió a manos de los invasores árabes.[28]

Entre los visigodos surgieron de continuo las querellas con los romanos, numéricamente muy superiores, y no tanto por grandes cesiones de territorio, ni por desprecio étnico de los «bárbaros» germánicos, cuanto por motivos religiosos. Es verdad que, en principio, los reyes godos reconocieron en líneas generales la libertad de fe, mostrándose a menudo extremadamente pacientes tanto con el catolicismo como con las sectas heréticas. Pero se las tuvieron que haber con una Iglesia radicalmente intolerante, agresiva y poseída de un fanatismo de converso, con maquinaciones y traiciones constantes incluso del clero católico, que siempre estaba dispuesto a colaborar con los enemigos de los arrianos.[29]

61

Eurico (466-484) fue el príncipe más importante de su pueblo y acabó siendo el rey germano más poderoso de su tiempo. Extendió el reino visigótico por el norte hasta el Loira, mientras que por el sureste llegó hasta los territorios de la

---

[27] Olymp. fr. 26 (FHG IV 63). Prosper Tiro ad a. 415. Oros., 7,43. Kleine Pauly, V 1121 s. dtv-Lexikon I 235. Stein, Vom rómischen 404. Cartellieri I 23 ss. Schmidt, Westgermanen 207 s. Dannenbauer 1204,209,306. Capelle 250 ss. Enssiin, Einbruch 109 s. Culican, 191. Lowe, Detschland 19 s. Claude, Geschichte der Westgoten 20. Id-, Adel, Kirche 30 s.

[28] Apoll. Sidon. ep. 1,2; 7,12; Jord. Get. 44. Kleine Pauly IV 1350 V 684. Giesec-ke 91 ss. Schmidt, Die Westgermanen I 208 ss. Lowe. Detschland 20. Stroheker, Eurich 4 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 31 s., 51 s. Id., Adel, Kirche 37. Bund 551 ss. Bleiber, Das Frankenreich 41.

[29] K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 300.

desembocadura del Ródano. Pero Eurico fue también un arriano convencido y, según parece, enemigo tan resuelto de los católicos, que hasta le molestaba pronunciar la palabra «católico». En cualquier caso, sacerdotes arríanos formaban su círculo más íntimo y pertenecían a su mesa redonda.

Sedes parroquiales o episcopales católicas, vacantes por muerte de sus titulares, las dejaba el rey sin cubrir largo tiempo, con lo que así desguarnecidas acababan perdiendo su fuerza y prestigio. Sidonio Apolinar, prelado de Clermont se lamentaba: «Pueden verse —¡y es para llorar!— rebaños de vacas que no sólo sestean en los atrios semiabiertos, sino que pacen la hierba que crece vigorosa junto a los altares cubiertos de verdín». Personalmente Sidonio pudo regresar a su sede tras un breve destierro (sede que por lo demás continuó en la familia, pues luego volvió a ocuparla su hijo Apolinar). Y es que de hecho Eurico combatió a los católicos con mesura, y hasta mantuvo buenas relaciones con varios obispos.[30]

El rey tenía su residencia en Toulouse. Desde allí presionaban sus generales, tanto hacia el norte como hacia España, combatiendo a bretones, francos, burgundios, contra las tropas romanas del conde Paulo y contra las imperiales de Italia, al igual que contra los suevos. En Galia, y en dura lucha contra la nobleza y los prelados católicos, desplazaron las fronteras hasta el Loira, el Saona y el Ródano y, desde 477, hasta Pro-venza. En muchos lugares los obispos católicos participaron activamente en la resistencia. El obispo Sidonio, por ejemplo, en el ataque contra Auvergne resistió con su cuñado Ecdicio y durante años defendió Clermont.

No fueron menos duras las batallas con las que los godos conquistaron España, asediando muchas ciudades a lo largo de años. En el tratado de paz de 475 el emperador romano Nepote reconocía al rey Eurico como señor soberano de los territorios de la Península Ibérica que había conquistado.[31]

Y, sin embargo, en el gran reino de Toulouse (418-507), cuyas relaciones diplomáticas en tiempo de Eurico alcanzaron hasta los sasánidas persas, los visigodos no representaban más que el dos por ciento de la población. Por ello no pudieron resistir la presión constante que desde el norte ejercían los merovingios: Clodoveo ambicionaba el acceso a las costas mediterráneas.

62

La guerra contra los visigodos

Alarico II (484-507), hijo de Eurico y esposo de la segunda hija de Teodorico, Tiudigota, parece que no presagió nada bueno. En efecto, y lo cuenta Gregorio de Tours, cuando vio «que el rey Clodoveo combatía sin cesar a los pueblos y los sometía, le envió unos emisarios para decirle:

"Si mi hermano se digna, el deseo de mi corazón sería que nos viésemos, si Dios quiere"». Ambos monarcas se encontraron hacia 502 en una isla del Loira, cerca de

---

[30] Ennod. Vita Epiph. 7. Apoll. Sidon. ep. 6,12; 7,6. Wetzer/WeIte I 355 s. Kleine Pauly II 439, V 176. LMA IV 104 s. Capelle 304 s. Claude, Geschichte der Westgoten 48 s. Haendier, Die abendiandische Kirche 105.

[31] Apoll. Sidon. ep. 7,6 s. Jord. Get. 47. Giesecke 96. Stroheker, Germanentum 167. Vogt, Der Niedergang 473. Schnürer, Die Anfánge 98. Dannenbauer, Die Grundiegung I 306 s. Enssiin, Der Einbruch 117 s. Daniel-Rops 255. Maier, Mittel-meerweit 208 ss. Langgartner 108. Prinz, Die bischófliche Stadtherrschaft 9. Claude, Geschichte der Westgoten 32 s.

Amboise —a lo que parece en la frontera entre los dos reinos —, donde «hablaron, comieron y bebieron juntos, se prometieron amistad y después se separaron en paz».[32]

Pero Alarico II era arriano. Y si bien es verdad que los reyes visigodos arríanos hicieron convocar sínodos católicos, fundar monasterios y construir y reparar iglesias, y aunque el propio Alarico tenía ministros católicos y favorecía a obispos católicos, no es menos cierto que desde hacía tiempo a los católicos, y especialmente a los obispos, les resultaba muy doloroso ser súbditos de un rey de fe diferente, de un «príncipe impío» *(nefarius princeps):* «ya entonces muchos deseaban de todo corazón en todos los territorios galos tener a los francos por sus señores» (Gregorio de Tours).

El episcopado católico de Galia, formado en su mayoría por miembros de la nobleza senatorial romana, se orientó de inmediato hacia Clodoveo, el único rey germano que era católico, y sobre todo cuando ya por carta explicó a los obispos que la Iglesia no debía temer daño alguno de la guerra entre francos y visigodos.[33]

Desde mucho tiempo atrás diversos prelados regían ciudades también políticamente, gobernaban territorios enteros, organizaban su defensa y negociaban con el enemigo. De ello hay testimonios para el año 451 en lo que respecta, por ejemplo, al obispo Amiano de Orleans y a Lupus de Troyes. Y naturalmente mucho antes de que estallase la guerra en 507 algunos obispos de los territorios visigóticos simpatizaban ya con los francos y se pasaron «ya antes del ataque franco al bando de los nuevos señores, asegurándoles desde muy pronto el apoyo del país» (Bleiber).

63

El obispo Volusiano de Tours, miembro de la nobleza senatorial gala, probablemente facilitó a Clodoveo la conquista de la ciudad. Cuando en 496 regresó Alarico, el obispo fue encontrado culpable de traición al país y fue desterrado, «siendo llevado de inmediato a España como un preso» (Gregorio de Tours). También su sucesor Verus hubo de partir al exilio por conspirar con los francos, poco antes de la batalla decisiva entre Clodoveo y Alarico. Otro tanto ocurrió con Cesáreo de Arles, de quien el antiguo *Kirchen Lexikon* católico, de Wetzer/WeIte asegura: «Llevó una vida santa». ¡Eso, eso! El obispo Cesáreo fue acusado tres veces de relaciones de alta traición con el enemigo del país, y de conformidad con ello tres veces fue desterrado o encerrado. La primera vez, hacia 505, marchó a Burdeos; la segunda, fueron las inculpaciones «de judíos y de arríanos» (Wetzer/WeIte) las que lo pusieron entre rejas; y la tercera y última —«y ciertamente que tampoco esta vez sin motivo» (Schmidt)—, en 513, fue enviado a Ravenna con escolta militar; allí sólo gracias a la intervención sobre todo del obispo Ennodio de Pavía pudo eludir el castigo. Quinciano, pastor de la iglesia de Rodez, incurrió en la misma sospecha (¡aunque debía su episcopado al rey Ala-rico!) y huyó «de noche» al reino franco. En Arvern (Clermont) el «hombre de Dios» recibió de inmediato «casas, campos y viñedos» del obispo Eufrasio, pues «como dijo él, el patrimonio de la nuestra iglesia es bastante grande...».[34]

---

[32] Greg. Tur. 2,35. RGAK I 129. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte 2,25. Enssiin, Einbruch 125. Maier, Mittelmeerweit 209. Claude, Geschichte der Westgoten 33 s. Büttner, Die Alpenpolitik 63.

[33] Greg. Tur. 2,36. Hartmann, Geschichte Italiens I 158 s. Bodmer 38. K.D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308. Stroheker, Germanentum 167 s. Giesecke 98. Dannebauer I 311. Thompson, The conversión 5 ss. Langgartnar 108 s. Marschall 94 ss.

[34] Greg. Tur. 2,26; 2,36. Vita patr. 4,1. Wetzer/WeIte II 246 ss. Kleine Pauly II 276 s. HEG 1255. Giesecke,

Cierto que todavía en el sínodo de Agde (506), presidido por Cesáreo de Arles (que «llevó una vida santa»), los pastores de almas católicos refrendaron su lealtad al rey Alarico II, como confirman las actas conciliares, «orando al Señor arrodillados en tierra por su gobierno, una larga vida y por el pueblo». Pero el mismo Galactorio, obispo de Béarn, que así había orado en Agde por el rey Alarico y que había firmado la declaración jurada de fidelidad, se puso de inmediato al frente de una banda armada en abierto apoyo al ejército de Clodoveo. Mas fue apresado antes de la batalla decisiva siendo ejecutado, ¡pero la Iglesia lo veneró como santo «mártir»![35]

La indisimulada simpatía de los obispos de su inmediata víctima militar por supuesto que le vino muy bien a Clodoveo. El año 507 concertó una alianza con los burgundios y poco después hacía esta declaración:

«Me molesta muchísimo que esos arríanos sigan siendo dueños de una parte tan hermosa de la Galia. Vayamos con la ayuda de Dios y conquistemos la tierra». Y en la primavera, quebrantando la paz concertada en 502, declaró la guerra a los visigodos, que no estaban preparados para tal contingencia. Tuvo el apoyo de los francorrenanos, capitaneados por Cloerico, hijo del rey Sigiberto de Colonia, «el Tullido», así como de los burgundios, que sin embargo tal vez sólo se le unieron después de la batalla decisiva. Hasta los bizantinos católicos fueron partidarios del rey católico de los francos. La presencia amenazadora de una flota de 100 barcos en Italia meridional, donde los imperiales saquearon las costas de Apulia y de Calabria, impidió el auxilio oportuno de Teodorico, rey arriano de los ostrogodos.[36]

64

Hubo una serie de matanzas horribles «al amparo de los santos Martín e Hilario», los dos «paladines contra el arrianismo», los dos «maestros del episcopado galo» y «patronos de Francia» (Ewig). Pues Clodoveo, que puso a las iglesias y al clero bajo su especial protección, no dejó de dar a la guerra —que llevó a cabo para saciar su apetito de rapiña y de poder mucho más que por motivos religiosos— el carácter de una lucha santa, de una guerra de fe para la liberación de la jerarquía católica tan miserablemente oprimida. Y ésta, naturalmente, lo recibió con los brazos abiertos abriéndole las puertas de muchas ciudades, cuando ella misma no empuñaba las armas, como hizo el obispo Apolinar, hijo y sucesor de Sidonio Apolinar. De la misma manera que ya por los años 471 y 474 había organizado el padre como obispo de Clermont contra los visigodos, así ahora el hijo, también obispo, condujo a sus diocesanos a la batalla, en la que «pereció gran muchedumbre del pueblo de Arvern», como refiere orgullosamente san Gregorio, «y entre ellos cayeron los senadores más ilustres».[37]

Del lado católico se le niega a esa guerra con gusto y hasta con pasión el carácter

---

Die Ostgermanen 98 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 347. K. D. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308. Enssiin, Theoderich 293. Al-tamira 159 s. Thompson, The conversión 5 s. Bleiber, Das Frankenreich 57. Zollner. Geschichte der Franken 117.

[35] Conc. Agath. Praev. Wetzer/WeIte II 247. Giesecke 100. Stroheker, Germanentum 167 s. Steinbach, Das Frankenreich 12. Claude, Geschichte der Westgoten 45. Haendier, Die abendiandische Kirche 105.

[36] Greg. Tur. 2,37. HKG 11/2, 107: «Como un toque de fanfarrias resuena la proclamación» de Clodoveo. Hartmann, Geschichte Italiens 1159 ss. Cartellieri 150. Steinbach, Das Frankenreich 11. Dannebauer, Grundiegung I 311. Zollner, Geschichte der Franken 65. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 25. Lasko 212. Claude, Geschichte der Westgoten 35. Pfister, Gaul. Narrative of Events 113 s. Bleiber, Das Frankenreich 56 ss.

[37] Greg. Tur. 2,37. LMA II 2154. HEG I 258, Acerca de Ewig comp. notas 36 y 400.

de una guerra religiosa. «En 496 Clodoveo había vencido a los alamanes, y en 507 derrotó a los visigodos arrianos», escribe el vicario capitular Algermissen. Y después de citar una larga serie de guerras de rapiña de los francos, que se prolongaron hasta el siglo IX, continúa: «En todas esas correrías se trataba de correrías de conquista política, que en todos los tiempos habían sido connaturales entre los pueblos, y no se trataba de guerras de religión. Que se llegó al "asesinato militar" no es necesario ni mencionarlo». Y de paso síguese con claridad; «Pero ese derramamiento de sangre no se dio contra ninguna religión, ni antigua ni nueva; la difusión del cristianismo no se debió a los guerreros francos, que no alimentaban ningún afán misionero...».[38]

Clodoveo tal vez no. Pero al menos los obispos se sirvieron de sus paladines y de muchos, muchos otros cristianos y, directa o indirectamente, acosaron a los príncipes.

¿Y cómo presenta el asunto el obispo Gregorio? Según él, el merovingio ordenó que en la región de Tours, «por devoción a san Martín», nadie debía tomar nada, ni forrajes ni agua. Y como, pese a todo, uno de sus espadones cogió algo de heno, el rey «le golpeó con la espada aun antes de que la palabra saliera de sus labios, y dijo: "¿Cómo podemos vencer, si irritamos a san Martín?"». Y quien había sido asesino más de una vez «espera entonces un signo de victoria en aquel santo templo» de Tours, y que obtiene prontamente. Continuó orando durante la noche junto al río Vienne, y a la mañana siguiente «una cierva de admirable grandeza le mostró por orden de Dios» un vado hacia sus carniceros. Sobre Poitiers brilló un resplandor de fuego, que salía de la iglesia de San Hilario, por lo que el rey «con menos miramientos aún, guiado por la luz del santo confesor Hilario, reprimió las bandas heréticas, contra las que frecuentemente combatió a favor de la fe». De nuevo nadie debe aquí «saquear» ni «robar». Y ocurren también otros milagros, «muchos otros milagros». Y, finalmente, se presenta en plena acción el amor católico al prójimo, al enemigo, y se llega al «asesinato a espada»...[39]

65

La incursión guerrera —«una guerra de religión» (Fontal), proclamada como tal también por otros (Ewig)— le costó pronto la vida al rey Alarico II, ya en la primera batalla junto a la actual ciudad de Vouillé (a 17 km al noroeste de Poitiers), en pleno reino visigótico; la vida, a tenor de lo que dice Gregorio, se la quitó Clodoveo por su propia mano. Y todo discurrió en una tan increíble oleada de incendios, robos y asesinatos, que algún tiempo después se atribuyó todo ello a los paganos que había en el ejército franco.

«Pero se supo que la soldadesca de los merovingios fue responsable a menudo de desenfrenos en el propio país no menos que en el país conquistado: campos, casas e iglesias fueron desolados, saqueados y quemados, siendo asesinados clérigos y laicos junto al mismo altar.»[40]

Los francos penetraron profundamente en el reino visigótico hasta el mismo

---

[38] Algermissen 187.

[39] Greg. Tur. 2, 37.

[40] Prokop, Bell. Goth. 1,12,33 ss. Chron. Gall. a. 511. Greg. Tur. 2,37. Fredeg. 3,24. RGAK I 129. HEG 1 258. Rückert, Culturgeschichte 1 324 ss. Hauck 1 170 s. Dannenbauer, Grundiegung I 311. Altamira 160. Zollner, Geschichte der Franken 65. Claude, Geschichte der Westgoten 35. Enssiin, Theoderich 142 s. Ewig, Die Me-rowinger und das Frankenreich 25 s. Bleiber, Das Frankenreich 56 s. Fontal 10.

Garona. Tomaron Burdeos, donde Clodoveo pasó el invierno, y en la primavera del 508, junto con los burgundios que poco antes habían entrado en guerra, conquistaron la capital visigótica de Toulouse. Su botín fue aquí todo el tesoro real, el *«thesaurus Alarici»* (Fredegar), pues lo había creado un siglo antes Alarico I con la conquista de Roma, Un salteador que despoja a otro, un juego de la gran política, que viene repitiéndose hasta hoy. Y sin duda que entonces un tesoro real era tan importante para los príncipes germánicos como el dominio sobre un pueblo, pues sólo recompensaban a sus huestes mediante algún tesoro;

y en consecuencia sólo así podían gobernar. Clodoveo mandó pegar fuego a Toulouse y después conquistó Angouléme de un modo absolutamente milagroso, pues «el Señor le mostró allí tal gracia, que las murallas se derrumbaron por sí solas cuando las contemplaba». Es la forma católica de escribir la historia de la Iglesia.

Después Clodoveo volvió a separarse de los burgundios y marchó hacia el norte, aunque no dejó de entregar en Tours a san Martín, su «auxiliar en la victoria», una gran parte del botín. O, para decirlo en forma más fina y con palabras de Gregorio: «Dedicó muchas ofrendas a la iglesia santa de San Martín», pues como dice Fredegar «con su ayuda había evidentemente llevado a cabo todo aquello». En Tours obtuvo además el nombramiento de cónsul honorario a través de una embajada del emperador bizantino Anastasios, un «hereje» malo por ser un decidido monofisita. Pero el arte del Estado estuvo y está siempre por encima de la religión, como estuvo y está sobre la religión también y precisamente la política religiosa. La dignidad de cónsul honorario era una distinción de un inequívoco trasfondo político, pero se le otorgaba al adversario más vehemente de su tiempo, tanto entre los visigodos como entre los ostrogodos. Y en la iglesia de San Martín exhibió Clodoveo su categoría cuasi imperial endosando una *vestís regia,* un vestido de púrpura, al tiempo que una diadema, enviada asimismo por el emperador, ceñía la cabeza criminal y podía desde entonces llamarse Augustus, «igual que un emperador».[41]

66

Pero entonces intervino el ostrogodo Teudorico en favor del pueblo hermano visigodo. Su comandante Ibba frenó en 508 a francos y burgundios. Arles fue liberada, se reconquistó Narbonne en 509 y, según lordanes, pudieron caer 30.000 trancos. Los burgundios perdieron casi todas las conquistas que habían hecho a costa de los visigodos, y éstos, que perdieron Aquitania, se quedaron únicamente con Septimania (también llamada Gotia), la costa mediterránea al suroeste de la desembocadura del Ródano con Narbonne, la residencia real. Una generación después su Estado se desplazaba, con Barcelona como residencia regia, principalmente hacia España, cuya parte meridional invadieron los moros a comienzos del siglo VIII. Los ostrogodos, por el contrario, habían adquirido considerables territorios. Y sobre todo los francos, cuyo reino se extendía en 511 desde el Rin hasta Provenza, aunque su depredación de Galia septentrional nunca se legalizó mediante tratados. Pero la auténtica vencedora fue la Iglesia católica. Ya en el curso de la guerra había hecho Clodoveo repetidas y espléndidas donaciones al monasterio de San Martín de Tours, protegiendo enérgicamente todo su entorno de robos y saqueos. Y, acabada la guerra, el clero católico, que exaltaba jubiloso los triunfos depredadores de Clodoveo como

[41] Greg. Tur. 2,37. Fredeg. 3,24. HEG I 258. Beisel, Studien zu den fränkisch-romischen Beziehungen 92 s. Ver además la nota siguiente.

una liberación del «dominio herético» de décadas, recibió el agradecimiento del rey. Poco antes de su muerte, en 511, convocó a los obispos en Orleans para el primer sínodo del reino franco. Dicho sínodo ordenó la confiscación de las iglesias arrianas y su dedicación al culto católico. También entregó el rey las tierras de los «herejes» a las iglesias católicas o les permitió al menos el usufructo. Eximió también al clero católico de algunos gravámenes estatales y le aseguró su especial protección.

A cambio controló sin duda a los prelados francos, de manera parecida a como lo había hecho ya el emperador Constantino con la Iglesia de su tiempo. En un escrito de los padres sinodales, que figura al comienzo de las actas, éstos se dirigían «a su Señor Clodoveo, hijo de la Iglesia católica y rey glorioso», hablaban del «consentimiento del rey y señor» y solicitaban el «refrendo de las decisiones episcopales por la autoridad superior».[42]

67

¿HEMOS DE LIBERARNOS DE UNA VALORACIÓN MORALISTA DE LA HISTORIA?

Después que Clodoveo hubiese ganado la guerra contra los visigodos con ayuda de los fran-correnanos, entre 509 y 511, los últimos años de su vida, consiguió con artilugios la dignidad real sobre los mismos, si es que ya no lo había logrado hacia 490. En cualquier caso, forzó la fusión de las tribus fran-correnanas con los francos salios.

Primero instigó a Cloderico, hijo del rey Sigiberto de Colonia, para que se deshiciera de su padre. «Mira, tu padre ha envejecido y renquea con una pierna lisiada...». Sigiberto «el Tullido», antiguo conmilitón de Clodoveo, cojeaba desde la batalla de Toibiacum contra los alamanes, en la que había sido herido. A manos de un asesino a sueldo el príncipe eliminó a su padre en el hayedo del bosque de Boconia; a través de una delegación, Clodoveo felicitó al parricida y a través de la misma, le machacó el cráneo. El historiador alemán Ewig califica todo ello con expresión elegante, demasiado elegante diríamos, de «diplomacia de intrigas». Tras el doble acto, Clodoveo marchó a Colonia, ciudad residencial de Sigiberto, proclamó solemnemente su inocencia en ambos crímenes y, jubilosamente acogido por el pueblo, se adueñó de la Francia Rinensis, del «reino y de los tesoros de Sigiberto» (Gregorio).[43]

Después el triunfador cayó sobre los reyezuelos salios, con los que estaba

---

[42] Prokop. Bell. Goth. 1,12. Jord. Get. 58. Isid. Hist. Got. 36 ss. Casiod. Variae 4,17. Chron. Caesar August. (MG Auct. ant. XI 222 s.) Greg. Tur. 2,37.1. Conc. Orí. (511) c. 5. 7; 10. Hauck I 130. Bodmer 102. Hartmann, Geschichte Italiens 159 ss. Caspar II 6. Schmidt, Die Ostgermanen 155. Enssiin, Theoderich 138 ss. 151. Id., Einbruch 127. Steinbach, Das Frankenreich lis. Neuss/Oediger, Das Bistum Koln 110. Dannenbauer II 22 s. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 19. Zollner, Geschichte der Franken 66,171. Claude, Geschichte der Westgoten 36,54 s. Thompson, The Goths 7 ss. Bund 553 s. Falco 53 ss., espec. 58 y 67. Bleiber, Das Frankenreich 56 s. Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 25 ss. Pontal 11, 31.

[43] Greg. Tur. 2,40. Bodmer 106 s. Fischer, Die Volkerwanderung 235. Pfister, Gaul. Narrative of Events 116. Antón, Fürstenspiegel 49. Schneider, Kónigswahí 70 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 143 ss. Steinbach, Das Frankenreich 12. Zollner, Geschichte der Franken 70. Borst 229 ss. Ewig, Die Merowinger 30. Bleiber, Das Frankenreich 58 s.

emparentado. Tal sucedió, por ejemplo, con el rey de los tongrios, Cherarico, que en tiempos no había combatido contra Siagrio. «Con ardides», Clodoveo se apoderó de él y de su hijo; los encerró después en un monasterio, hizo que les cortaran el pelo (la tonsura era signo de la pérdida de la dignidad real), obligó a Cherarico a ordenarse sacerdote y a su hijo de diácono, y tras hacerlos decapitar se adueñó de sus tesoros y reino (ver lo dicho antes).

A otro pariente, el rey Regnacar de Cambrai, primo carnal suyo, lo venció Clodoveo después de haberse ganado a su séquito *(«laudes»* puede significar tanto a todos los súbditos en general como a los «servidores» más allegados del rey) con gran cantidad de oro, que luego resultó ser falso. Después de la batalla se mofó de Regnacar, a quien condujeron a su presencia encadenado y que en 486 le había ayudado en la guerra contra Siagrio: «¿Por qué has humillado nuestra sangre hasta ese punto y te has dejado poner en cadenas? ¡Estarías mejor muerto!», y le partió la cabeza de un hachazo. También habían apresado a Richar, hermano del rey: «Si hubieras ayudado a tu hermano, nosotros no le habríamos hecho prisionero», le increpó Clodoveo y lo mató de otro golpe. Ahora bien, «los reyes nombrados eran consanguíneos cercanos de Clodoveo» (Gregorio de Tours). También al hermano de ellos, Rignomer, lo hizo liquidar en las proximidades de Le Mans. «Clodoveo afianzó así su posición en todo el territorio franco», para decirlo de nuevo con palabras del historiador Ewig, que compendia así la situación existente.[44]

68

Víctimas del afianzamiento de esa posición de Clodoveo «en todo el territorio franco» fueron, según parece, varias docenas de príncipes cantonales francos. El tirano los hizo asesinar, se apoderó de sus tierras y riquezas, sin que dejase de lamentar que estaba totalmente solo. «"¡Ay de mí, que me encuentro ahora como un forastero entre extraños y ninguno de mis parientes podría prestarme ayuda, si la calamidad se abatiese sobre mí!" Pero esto no lo decía porque estuviera pesaroso por la muerte de los mismos, sino por astucia, por si tal vez vivía todavía alguno al que pudiera matar.» Tal es el comentario de san Gregorio, para quien Clodoveo era un «nuevo Constantino», para quien Clodoveo encarnaba sin más «su ideal de gobernante» (Bodmer) y a quien con frecuencia se le aparecía «casi como un santo» (Fischer). Sin pudor alguno escribe a su vez el famoso obispo: «Pero día tras día Dios fue abatiendo ante él a sus enemigos y aumentó su reino, porque caminaba con recto corazón en su presencia y obró lo que era grato a sus ojos divinos». Lo cual, según muestra el contexto, se aplica también a los asesinatos de parientes por parte de Clodoveo. Todo santo en extremo ¡y en extremo criminal![45]

Tal fue, pues, el *primus rex francorum* (Lex Sálica), el rey que gobernó siguiendo al pie de la letra las palabras de san Remigio en su bautismo: Adora lo que quemaste y quema lo que adoraste. Tal fue el rey católico, que ya no toleró vestigio alguno

---

[44] Greg. Tur. 2,41 s. Crítica a Gregorio: Zollner, Geschichte der Franken 70 ss. LMA V 1919. Menzel I 151. Hauck I 111. Schneider, Kónigswahí 71. Sprigade, Abschneiden 145 s. Id., Die Einweisung 15 s. Graus, Über die germanische Treue 105 ss. Bosi, Europa im Mittelalter 64 s. Ewig, Die frankische Reichsbildung 259 s. Bleiber, Das Frankenreich 59. Borst, 232 s. Bund 241 ss., 245 ss. Pfister, Gaul. Narrative of Events 115. Falco 68.

[45] Greg. Tur. 2,42. Bodmer 106 s. Fischer, Die Volkerwanderung 235. Para Daniel-Rops el que Clodoveo se quitase de en medio a los parientes incómodos «no es más que una fábula inventada por el pueblo», mientras que el escritor católico se reclama a unos innominados «historiadores fiables»: 317.

pagano, aunque mandó casi como un tirano absoluto y a pique estuvo de reventar de brutalidad y rapacidad hipertróficas, mostrándose cauto y cobarde frente a los más fuertes y aplastando inmisericorde a los más débiles; el rey que no retrocedió ante ninguna alevosía y crueldad, que hizo todas sus guerras en nombre del Dios cristiano y católico; el rey que, con un poder soberano como pocos y a la vez como buen católico, combinó guerra, asesinatos y piedad religiosa, que «inició con toda premeditación su reinado cristiano el 25 de diciembre», que con su botín construyó iglesias por doquier, las dotó espléndidamente y en ellas oró, que fue un gran devoto de san Martín, que llevó a cabo sus «guerras de los herejes» contra los arríanos de Galia «bajo el signo de una intensa veneración a san Pedro» (K. Hauck), y a quien los obispos en el Concilio Nacional de Orleans (511) exaltaron como «un alma realmente sacerdotal» (Daniel-Rops).

Ése fue Clodoveo. Un hombre que, al escuchar la pasión de Jesús, parece que dijo que de haber estado allí él con sus francos, no se habría cometido tal injusticia contra el Señor; con lo cual ya entonces se mostró, en palabras del viejo cronista, como «un auténtico cristiano» *(chris-tianum se verum esse adfirmat:* Fredegar). Y como dice también el teólogo actual Aland: «Y es seguro, y una y otra vez lo manifiesta en las distintas actuaciones de su reinado, que se sentía cristiano, y ciertamente que cristiano católico». En una palabra, ese hombre que se abrió camino «con el hacha» hasta encaramarse al gobierno absoluto de los francos —como dice gráficamente Angenendt— no fue ya simplemente un rey militar, sino que gracias precisamente a su alianza con la Iglesia católica llegó a ser el «representante de Dios sobre la tierra» (Wolf). Un hombre que, finalmente, encontró en compañía de su esposa santa Clotilde su último lugar de reposo en la iglesia parisiense de los Apóstoles, que después se llamó Sainte-Geneviéve, al morir el año 511, recién cumplidos los cuarenta años: un gran criminal, taimado y sin miramientos, que se afianzó en el trono y, según el historiador Bosi, «un bárbaro, que se civilizó y cultivó...». Pero ¿cuándo, dónde, cómo?[46]

69

El teólogo Aland califica a Clodoveo de afín a Constantino y eufemísticamente dice que ambos fueron hombres de poder, soberanos violentos y cree que justificadamente: «Tiempos tan rudos sólo podían controlarlos varones de esa índole». Pero ¿son los tiempos rudos los que forjan hombres rudos? ¿O no es más bien a la inversa? Unos y otros están íntimamente unidos. Y ya san Agustín había corregido la estúpida acusación de los tiempos: «Nosotros somos los tiempos; cuales somos nosotros, así son los tiempos».

Aland quiere dejar pendiente la cuestión de si Constantino y Clodoveo fueron cristianos. «Porque tanto los hijos de Constantino como de Teodosio fueron gobernantes, de cuya confesión cristiana no puede haber la menor duda, y sin embargo cometieron hechos de sangre perfectamente equiparables. Si queremos entenderlos hemos de liberarnos de semejante valoración moral de la historia. Pues,

---

[46] Fredeg. 3,21. Sin. Orí. (511) Praef. y c. 4. Rückert, Culturgcschichte I 328 ss. Schubert, Gescichte der christiichen Kirche I 93. Steinbach, Das Frankenreich 13. Bosi, Europa im Mittelalter 64. Pórtner 17 ss. Zollner, Geschichte der Franken 44, 182 ss. Prinz, Die Entwickiung 226, nota 9. Ewig, Der Marlinskult 17 s. G. Wolf exalta sí, como es habitual, la «razón de Estado» de Clodoveo y su «grandeza histórica», pero habla del «grado muy dudoso de religiosidad personal» y «¡ni rastro de una moral cristiana!»: Chiodwig 27, 29, 31 s., 35. Angenendt, Frümittelalter 191.

en definitiva, ¿quién de nosotros, cuyo pueblo tiene tras de sí una historia de 1.500 años bajo el signo del cristianismo, puede decir de sí mismo que es cristiano? Lutero habla del cristianismo, que siempre está haciéndose y que nunca está terminado.»[47]

Los cronistas merovingios glorifican a Clodoveo principalmente por dos motivos: por su bautismo y por sus muchas guerras. Se hizo católico derribando y depredando todo cuanto a su alrededor pudo destrozar o depredar. Y así, de un insignificante principado territorial creó un poderoso *imperium* germano-católico, selló en Francia la alianza entre el trono y el altar y a todas luces se convirtió en el instrumento elegido del Dios que día tras día abatía a sus enemigos delante de él, «porque ante Dios caminaba con recto corazón obrando cuanto era agradable a sus ojos», según el elogio entusiasta del santo obispo Gregorio.[48]

Mientras se contempla de ese modo la historia, mientras se siga al margen de su valoración «moral» y mientras la gran mayoría de los historiadores continúa arrastrándose ante tales bestias hipertróficas de la historia universal con respeto, reverencia y admiración, o al menos con gran comprensión y siempre con una consideración profunda, mientras no se quiera, pueda o deba «moralizar» sino simplemente «entender» —mover el agua a los poderosos, para decirlo con toda franqueza—, la historia continuará discurriendo como discurre.

---

[47] Aland, Kirchengeschichtiichen Entwürfe 31.

[48] Greg. Tur. 2,40. Zollner, Geschichte der Franken 73. Wolf, Chiodwig 35. El historiador Ewig escribe, entre otras cosas, en HEG 259 s.: «En sus últimos años de gobierno Clodoveo llevó a cabo el redondeamiento territorial de su reino..., sacó a los francos de su mundo pequeño y angosto... estableció *una síntesis germano-romana de nuevo cuño.* La impetuosa fuerza expansiva de los francos recibió nuevos impulsos con la aceptación de la fe católica...».

71

CAPÍTULO 3. LOS HIJOS DE CLODOVEO

«También los sucesores del primer gran rey tranco protegieron a la Iglesia y el culto: se desarrolló el monacato..., se combatió con creciente energía los restos del paganismo... Las obligaciones de la monarquía, que según la antigua doctrina cristiana eran asegurar la paz interna, el premio de los buenos y el castigo de los malos, se convirtieron en elementos constitutivos de una ética de los gobernantes en constante progreso...»

H. H. ANTÓN[1]

«Fue una generación *ambiciosa y dinámica* la que construyó ese mundo nuevo, una generación capaz de entusiasmarse a la vez que consciente del deber y que no quedó presa en el indigno materialismo, en el que se había hundido el mundo romano.»

FRANZ ZACH, CATÓLICO[2]

73

DIVISIÓN DEL REINO Y REBELIÓN DE LOS SEÑORES DE AUVERNIA

El reino de Clodoveo se dividió casi *aequa lance,* casi a partes iguales, pasando en principio a sus cuatro hijos: todos «reyes de los francos» por igual; todos herederos con los mismos derechos, según la norma germana de sucesión; todos católicos y todos —excepción hecha de Teudorico I, el mayor, que Clodoveo tuvo hacia 485 con una concubina, que por lo demás no desempeñó ningún papel, pues era la sangre real del padre la que decidía— con una santa por madre. Y todos llevaron también una vida llena de crueldades espantosas, de guerras y campañas militares. En la acreditada tradición del padre ampliaron sistemáticamente el reino y conquistaron Turingia (531), Burgundia (533-534) y Provenza (537). A las mencionadas anexiones se sumaron numerosas correrías en busca de botín, en un tiempo extraordinariamente revuelto, en una de las épocas más tenebrosas y sangrientas de la historia, rebosante de desórdenes y brutalidad, fratricidios, guerras entre hermanos y traiciones, en una carrera desatada «por el poder y la riqueza» (Buchner), en un «insensato afán de botín y de matanzas» (Schulze).[3] Pero hasta los historiadores críticos se postran (agradecidos) de rodillas ante la «fundación del reino» de los merovingios, ante el puente que tendieron «entre la Antigüedad y la Edad Media», ante su contribución al triunfo «del cristianismo católico», a la alianza «entre trono y altar»... ¡Como si todo ello no hubiese hecho mucho más truculenta la historia!

Las fronteras de las cuatro particiones del reino no constan con suficiente precisión.

---

[1] Antón, Fürstenspiegel 49.

[2] Zach, ChristIich-Germanisches Kulturideal 83.

[3] Buchner, Germanentum 147. Schuitze, Vom Reich der Franken 76 s. Comp. la nota siguiente.

La que mejor conocemos es la herencia de Teudorico I (511-533). El presunto Hugdietrich de la saga recibió la parte del león con la capital, Reims; un territorio en el que quedaba rudimentariamente inserta lo que más tarde sería Austria con su población proponderantemente germánica: todo el este, desde Burgundia hasta Renania, y tal vez ya incluso hasta la región de Fritziar y Kassel, así como grandes territorios que habían pertenecido a los alamanes, cual era el caso de la Aquitania oriental. Pero cada uno de los hijos obtuvo una parte de las tierras aquitanas al sur del Loira, de las que el padre se había adueñado; tres de ellas eran exclaves.

74

Clorario 1 (511-561), el menor de los hijos de Clodoveo, y tal vez sin haber cumplido todavía los doce años, la edad sálica para alcanzar la mayoría, obtuvo principalmente el territorio de los francos salios con las ciudades reales de Tournai y Cambrai. Comprendía por lo mismo el antiguo territorio franco entre la costa del Canal de la Mancha, el Somme y la Selva carbonífera, aproximadamente con las mismas fronteras que tenía antes de las incursiones depredatorias de su progenitor. Como sede del gobierno Clorario eligió Soissons, en el extremo meridional. La Francia meridional y occidental correspondió a Clodomer y a Childeberto respectivamente.

Clodomer (511-524) tenía alrededor de quince años al morir su padre y gobernó como rey de Aquitania occidental, el territorio más al norte del Loira medio, en Orleans. Y Childeberto I (511-558) controló las tierras costeras desde el Somme hasta Bretaña; residió en París, la capital indiscutible.[4]

Poco es lo que se sabe sobre el primer período de gobierno de estos cuatro reyes. Desde el comienzo existió entre ellos una rivalidad, favorecida por la estrecha proximidad de las cuatro residencias reales —Reims, Soissons, París, Orleans— en el corazón mismo del reino. Y curiosamente, lo que no deja de parecer bastante grotesco, simbolizaban su «unidad ideal».[5]

Con una sublevación en Auvernia, probablemente hacia 520, intentó Childeberto hacerse con el territorio de Teuderico, quien todavía operaba en Turingia, pero que después aplastó la rebelión y devastó Auvernia, incluida la diócesis de san Quintiniano, obispo de Clermont. Llevó «la desolación y la ruina por doquier», incendió burgos, profanó templos católicos cometiendo en ellos «muchas maldades», como el asesinato del sacerdote Próculo, al que mató «de manera infame sobre el altar de la iglesia». Mientras tanto Childeberto atacó a los visigodos y una parte de sus rapiñas —entre las que hay que mencionar «60 cálices, 15 patenas, 20 receptáculos de evangeliarios, todos de oro puro y adornados con piedras preciosas»— la donó «a las iglesias y templos de los santos» (Gregorio de Tours). Y aunque después firmó la paz con su hermanastro mayor Teuderico (asesino de parientes como su padre, aunque de calibre menor), éste, pese al juramento y a la entrega de rehenes, pronto fue batido de nuevo y «muchos hijos de senadores fueron reducidos a esclavitud»

---

[4] Greg. Tur. 3,1. Fredeg. 3,29. LMA II 1815 s., 1869 s. Las partes del reino que correspondieron a los hijos de Clodoveo sólo se señalaron en su extensión principal sin precisar los detalles. Holtzmann, Sachsen und Anhait 98. Zatschek 12. Steinbach, Frankenreich 15, 32 s. Bullough, Kari der Grosse 26. Schneider, Kónigswahí 73 s. Lówe, Detschland 49. Zóllner, Geschichte der Franken 76 ss. Butzen 27. Schuitze, Das Frankenreich der Merowinger 76 s. Ewig, Die Merowinger 31 s. Bleiber, Das Frankenreich 77 ss.

[5] Ewig, Die Merowinger und das Frankenreich 31 s. Bleiber, Das Frankenreich 78 s.

(Fredegar).[6]

75

La guerra de los burgundios de 523-524, reclamada por una santa contra un santo y asesino

Poco después de la rebelión de Auvernia los reyes francos católicos arremetieron contra el reino católico de Burgundia.

Gobernaba allí todavía Sigismundo (516-523), hijo del rey burgun-dio Gundobad. Desde 501 era Sigismundo virrey en Ginebra. Y lo que el celoso Avito no había conseguido con el padre lo obtuvo con el hijo. Hacia el año 500 se convirtió Sigismundo del arrianismo al catolicismo. Y su mentor anunció en tono triunfal la noticia desde Vienne a Roma. Y ahora el obispo Avito apenas pudo aguardar la muerte del antiguo rey «hereje», con el que sin embargo había mantenido contactos intensos, apenas pudo aguardar la eliminación de la «peste arriana» y la soberanía absoluta del convertido Sigismundo, que a sus ojos apareció como el abanderado de los cristianos y su rostro como el paraíso.[7]

Sigismundo introdujo después el catolicismo en toda Borgoña. Y asimismo se convirtió con gran alegría de Avito el hijo mayor de Sigismundo, habido en un primer matrimonio, el príncipe amano Sigerico, nieto del rey ostrogodo Teodorico (516-517). Pero el paso de Sigerico pudo deberse más bien a motivos políticos. Provocó la sospecha de su santo padre, quien en 522 lo hizo ahogar por intermedio de dos servidores mientras dormía, cuando contaba alrededor de veintiocho años. Pues Sigismundo, «aquel modelo de piedad, se dejó arrastrar entretanto a terribles actos de violencia y a diversos crímenes», según el historiador católico Daniel-Rops. Pero, en definitiva, Sigismundo no es sólo «el asesino más monstruoso de niños» —en expresión del obispo Gregorio—, sino también un santo (su fiesta el 1 de mayo). Así tras el asesinato de su primogénito corrió al monasterio de San Maurice (St. Moritz de Wallis), ayunó, rezó y fundó un coro permanente en recuerdo de su víctima.[8]

Y es que durante largo tiempo Avito controló cómodamente al regente. Y con toda su pasión se adhirió éste al catolicismo. Su primer acto de gobierno fue ya la convocatoria de un sínodo de Epaon el año 517, el cual tomó duras decisiones contra los arríanos. Y ya antes de hacerse con el gobierno tuvo Sigismundo correspondencia epistolar con el papa. Fue el primer rey germano que peregrinó a Roma. Allí apenas pudo obtener suficientes reliquias de Símaco (un santo padre de matanzas en las calles y en las iglesias y de grandes falsificaciones). El papa era para Sigismundo el señor de la Iglesia. Y al emperador Anastasios I de Bizancio le escribe: «Mi pueblo es

---

[6] Greg. Tur. 3,9 s.; 3,12 s.; 3,16; 3,23. Vita patrum 4,3; 12,2. Fredeg. 3,36 s.; 3,39. Zóllner, Geschichte der Franken 79 s. Otros ponen la sublevación de los auvemios una década más tarde. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 167 ss. Toiksdorf 53 s.

[7] Avit. Vienne ep. 8 (MG Auct. Ant. VI 2, p. 40). Caspar II 126. Giesecke 160 ss. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 415. Fischer, Die Vólkerwanderung 223 s. Daniel-Rops 253 s. Ewig, Die Merowinger 33 s.

[8] Marius, Avent. chron. a. 512. Greg. Tur. 3,4. Fredeg. 3,33. Wetzer/WeIta III 603. LThK Dí[1] 549. Keller, Reclams Lexikon 457 s. Menzel I 155. Giesecke 162 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 415. Bodmer 32. Zóllner, Konig Siges-mund 1 ss. Graus, Volk 396 ss. Daniel-Rops 253. Bund 164 s.

vuestro; me alegra más serviros que gobernar sobre mi pueblo».[9]

Las ovejas coronadas son una verdadera bendición para los pastores, aunque Roma no registrase entonces el bautismo del burgundio, como no había registrado antes el de Clodoveo. Pero el arzobispo Avito exalta las fundaciones de iglesias de Sigismundo y sus enérgicos ataques contra el arrianismo en Ginebra. Colma al rey de títulos adula-torios y llama al mozo «padre de los pueblos católicos», inspira sus cartas y hasta se las redacta, como las enviadas a la corte imperial de Bizancio.

76

Después que Avito hubo conseguido, con ayuda ciertamente de Sigismundo, la conversión de los burgundios al catolicismo, el gran objetivo de su vida que por sí solo nunca habría alcanzado, enseguida se enfrentó significativamente al infeliz que había hecho su trabajo... Como el «típico representante de la jerarquía católica, atenta únicamente a la consecución de sus intereses egoístas; una naturaleza ambiciosa de poder, intrigante y sin corazón, llena de perfidia, falsedad e ingratitud hacia la casa gobernante, a la que tanto debía» (Hauck).

Ya en el Concilio Nacional de Burgundia (517) —el cual se celebró bajo la presidencia de Avito, con el propósito primordial de combatir el arrianismo y asegurar las posesiones de la Iglesia, prohibiendo por ejemplo la manumisión de los esclavos del clero, etc., y que en cierto modo marcó de cara a los de fuera el comienzo de la catolización de los burgundios— ignoró el príncipe de la Iglesia por completo al rey. Las muestras sinodales de agradecimiento y adhesión al gobernante del país eran algo absolutamente habitual, y en el caso de Sigismundo su ayuda decisiva en la erradicación del arrianismo exigía abiertamente la gratitud y el reconocimiento. Pero Avito y los obispos, que en el concilio anatematizaron las Iglesias arrianas y amenazaron con la excomunión de un año a los clérigos que se sentasen a la mesa con arríanos o con castigos corporales (si los clérigos eran jóvenes), pasaron por alto al rey. Más aún, emitieron un decreto incompatible contra un episcopado que se estaba haciendo prepotente.[10]

Y estalló otra lucha asimismo entre hermanos de fe. En 523 Childeberto, Clotario y Clodomer irrumpieron contra los burgundios, católicos contra católicos, aguijoneados por santa Clotilde, para vengar a sus progenitores, liquidados en las luchas por el poder en Burgundia: «Pensad por lo mismo, os lo ruego, llenos de cólera en la injusticia que he padecido y vengad con toda resolución la muerte de mi padre y de mi madre». Así hablaba una santa, que también según Frede-gar incitaba «constantemente» a la venganza. «Por eso marcharon aquéllos contra Burgundia...» Únicamente el rey Teuderico, que Clodoveo había tenido con una concubina y que estaba casado con Suavegotho, hija de Sigismundo, no se sumó a la expedición. Pero los hijos de los santos golpearon sin piedad contra el burgundio, que fue traicionado por sus súbditos y junto con su familia, su mujer y dos hijos fue ahogado en un pozo, cerca de Orleans, por orden de Clodomer «para no tener ningún enemigo a las espaldas». Era una variante de los métodos de su católico padre y «una cumbre única

---

[9] Avit. Vienne ep. 8; 29. Wetzer/WeIte III 603. LThK lil[i] 915. LMA I 1980, 1307; III 2041 s. Caspar II 127. Giesecke 161. Blanke 25. Loening 1567 ss. Fontal 264.

[10] Sin. Epaon can. 2. Wetzer/WeIte III 603 s. LThK III[2] 915. HGK 11/2 200. Hauck, cit. en Giesecke 166 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 414. Fischer, Die Vólkerwanderung 224. Beck, Bemerkungen 449.

en el período de gobierno de Clodomer» (Ebling).[11]

77

Pero Sigismundo, el asesino de su propio hijo, se abre paso como santo de la Iglesia católica, cuya liturgia osciló durante largo tiempo ¡entre la plegaria *a* Sigismundo o *por* Sigismundo! En cualquier caso se acabó agradeciéndole la conversión de los burgundios al catolicismo. Pronto empezó su culto en el monasterio de St. Moritz por él fundado. Los enfermos de fiebres mandaban celebrar misas en honor de Sigismundo (que auxiliaba contra el paludismo y las tercianas). En el siglo VII figura también como santo en el denominado *Martyrologium Hiero-nymianum.* A finales de la Edad Media será uno de los santos patronos de Bohemia y hasta llegará a ser un santo de moda. El arzobispo de Praga declaró la festividad de Sigismundo fiesta de la archidiócesis. Su estatua aparece sobre altares franceses y alemanes así como en la catedral de Friburgo; hay iglesias dedicadas a Sigismundo y una hermandad que lleva su nombre. Se solicitaban sus reliquias, que al principio descansaron en St. Moritz. La cabeza fue llevada a la iglesia de St. Sigismund de Alsacia, aunque un fragmento de la misma se encuentra en Plozk del Vístula; en el siglo XIV se depositó una parte del cuerpo en la catedral de San Vito de Praga, y otra fue llevada por las mismas fechas a Freising, que acabó por convertirse en el centro de su veneración en Alemania.[12]

Ya en 524 cambió «la suerte de la guerra». Godomar, hermano y sucesor de Segismundo, rechazó la violencia que se ejercía sobre su país. Ganó la batalla de Véseronce (cerca de Vienne), en la que cayó Clodomer de Orleans, víctima de una estratagema de los burgundios. Como vecino de los mismos estaba empeñado al máximo en su sometimiento. Herido de un lanzazo, se le reconoció por la cabellera; le cortaron la cabeza y la fijaron en un palo. Los miembros de la casa real merovingia se distinguían, en efecto, de todos los otros miembros de la tribu por el cabello largo, que tenía un cierto carácter fetichista: su tonsura o su simple recorte simbolizaba la pérdida de la dignidad.

Algo parecido ocurría con la tonsura clerical. La incorporación al estado sacerdotal o monástico descalificaba irrevocablemente, según la legislación canónica para cualquier cargo civil. De ahí que la tonsura —que las fuentes indican mediante expresiones como *«in (ad) clericum tonsurare (tondere)», «clericum faceré (efficere)», «clericum fieri iubere»,* etc.— fuese a comienzos de la Edad Media un recurso frecuente para la eliminación incruenta de los adversarios políticos, al tiempo que fomentaba la carrera y el estado clerical.[13]

78

---

[11] Greg. Tur. 2,28; 3,6. Fredeg. 3,33. Wetzer/WeIte II 491. LMA II 1862 (Ebling), HEG I 234. Ver asimismo la nota siguiente.

[12] Greg. Tur. 3,5 s. Liber in gloria martyrum, c. 74 (aquí Gregorio otorga ya al asesino Sigismundo la santidad con ciertas limitaciones). Marius de Avenches ad. a. 523. La Passio Sancti Sigismundi regis, de origen franco (SS rer. Merov. II 324) tergiversa por completo los hechos históricos y atribuye a los burgundios el asesinato de Sigismundo. LThK IX^2 738 s. Keller, Reclams Lexikon 457 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 417 s. Enssiin, Einbruch 128. Lówe, Detschland 49 s. Zóllner, Kónig Sigesmund 1 ss. Id., Geschichte der Franken 79 s. Graus, Volk 396 ss. Id., Die Entwickiung der Legenden 187 ss. Ewig, Die Merowinger 33 s. Bleiber, Das Frankenreich 80. Bund 165 s.

[13] Greg. Tur. 3,6. Fredeg. 3,34 s. Ver asimismo la nota siguiente.

«Antes muertos que tonsurados…» Una santa da orden de asesinar a sus nietos

A la muerte de Clodomer sus tres hermanos, «guerreros ante todo y simples cabecillas de bandas» (Fontal), se repartieron su herencia, ignorando todos los derechos de los tres hijos menores del rey difunto y sin permitir tampoco ningún régimen de gobierno tutelar de la madre.

El piadoso Childeberto obtuvo, a lo que parece, la parte del león. Era un verdadero padre de la nación, que promovía las instituciones eclesiásticas, gustaba del trato con los obispos, otorgándoles bienes inmuebles, botín de guerra y grandes sumas de dinero, a la vez que estaba en constante comunicación con la «Santa Sede». Y como Childeberto y Clotario, que había desposado a Guntheuca, la viuda de Clodomer, temían ciertamente que se hiciesen valer los derechos hereditarios de Teuderico y de Gunthar, hijos menores de edad de Clodomer, no dudó Childeberto —presentado a su vez como sabio, manso y bondadoso— en alentar su asesinato, del que Clotario «se alegró mucho». A fin de cuentas ambos soberanos tenían por madre a una santa, a santa Clotilde, y a fin de cuentas siendo ya princesa católica había impuesto el bautismo a los hijos habidos con Clodoveo, los «había educado con amor» y ciertamente que les había dado una buena educación católica. Y como Clotilde se ocupaba también de la educación de los hijos menores del difunto Clodomer, los reyezuelos Childeberto y Clotario, que se habían apoderado de sus sobrinos, preguntaron a Clotilde si deseaba que sus nietos «continuasen viviendo con el pelo cortado [cual monjes] o si tenían que matarlos a los dos». Y «la figura ideal del anhelo de santidad femenino», la *apostóla francorum,* que sentía por los dos niños «un singular afecto» *(único amore:* Fredegar), respondió: «Antes muertos que tonsurados, si no van a llegar a reinar».

Es evidente que, aun para una santa, un monje no era nada, mientras que el poder lo era todo.[14]

La poderosa banda de aquella familia católica trabajó ejemplarmente unida. Con el consentimiento explícito de la santa, que por pura venganza ya había atizado la guerra contra los burgundios, puso Clotario el cuchillo al cuello primero a uno y después al otro de los hijos de su hermano, que gritaban de angustia. «Después que hubieron acabado también con los criados y educadores de los muchachos», Clotario montó su caballo «y se marchó de allí». Gregorio continúa su crónica: «Pero la reina puso a los niños en unas angarillas, les siguió entre cantos ininterrumpidos del coro y con tristeza indescriptible hasta la iglesia de San Pedro y allí los enterró uno al lado del otro. Tenía uno diez años y siete el menor... La reina Clotilde llevó una tal vida, que fue venerada por todo el mundo..., su conducta fue siempre de suma pureza y

[14] Venant. Fortunat. Carm. 2,10. Greg. Tur. 3,18. Sobre la temprana formación de leyendas y ornamentación de su Vita ya en Gregorio, ver Zóllner, Geschichte der Franken 55 s. Ver también 74. Fredeg. 3,34 s. LMA II 1815 s., 1862, 1869, 1948 IV 1792. Ewig, HEG I 261 no dedica una sola palabra a la participación decisiva de santa Clotilde. Donin III 344 ss. Menzel 1148,155. Rückert, Culturgeschichte II 417. Hauck '1952 I 116, 128. Dill 159. Finke 140 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 417 s. Lowe, Detschland 49 s. Sprigade, Abschneiden 142 ss. Id., Die Einweisung 16 ss., 44. Steinbach, Das Frankenreich 14 s. Funkenstein 12. Zóllner, Geschichte der Franken 80 ss. Irsigler 103 s. Ewig, Zum christíichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 34 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 159 ss. Bleiber, Das Frankenreich 80. Fontal 18.

honestidad: otorgó bienes a iglesias, monasterios a todos los lugares santos, proporcionándoles de buen grado y con complacencia cuanto necesitaban...»

79

Un tercer hijo de Clodomer, el más pequeño, de nombre Clodovaldo, se salvó de la carnicería y entró en el clero, después de haberse trasquilado él mismo según se dice. «Renunció al reino terreno y se dedicó al Señor», escribe hermosamente Gregorio. Y Fredegar agrega: «Y llevó una vida digna; el Señor se digna hacer milagros en su tumba». Clo-dovaldo (o Clodevaldo) fue el fundador del monasterio de Saint-Cloud de París, que lleva su nombre, y murió hacia el año 560.[15]

Un historiador católico (Von Sales Doye) asegura, sin embargo, que «lo que más atormentó» a santa Clotilde «fueron los asesinatos de sus hijos, porque se reprochaba el haber contribuido a los mismos por una especie de precipitación». ¡Qué maravilla de sensibilidad! Y el viejo *Kirchen-Lexikon* de Wetzer/WeIte sabe que la santa se encontraba «en un estado tal, que ni siquiera sabía lo que decía». Ni siquiera se habría intentado «hacerla entrar en reflexión y esperar un poco»; más aún, el mensajero habría informado «falsamente» que ella estaba de acuerdo con el hecho sangriento de sus hijos.

Más tarde también se mostró bondadosa la santa, que había instigado a la guerra y al asesinato. No sólo ayudó y ayuda contra «la *fiebre* maligna, porque ella murió de la fiebre en Tours» —como se dice con lógica que hace vacilar—, sino que en un lenguaje todavía más cínico se asegura que auxilia también «contra las *enfermedades infantiles,* porque acogió y cuidó amorosamente a los tres huérfanos, los niños de su hijo Clodomiro [Clodomer]» (Von Sales Doye). Los dos tíos se repartieron, probablemente en la primavera de 532, la herencia obtenida de forma bastante sangrienta: Childeberto, el inspirador de todo, recibió la parte del león, y Clotario, el verdadero tío-asesino, el ejecutor, obtuvo Tours y Poitiers, con los santuarios de los santos patronos de Francia, Martín e Hilario, junto con el tesoro.[16]

Teuderico I, yerno del rey de Burgundia, no había combatido contra éste. Gobernando en Reims sobre la parte oriental del reino franco sentía sobre todo el tirón de Germania, y muy en especial el de la vecina Turingia. Y repetidas veces intentó su conquista.

La aniquilación del reino de Turingia y la eliminación de su casa real

El nombre de los turingios aparece por vez primera hacia el año 400 en una obra veterinaria, escrita por un veterinario del ejército romano. Habiéndose formado de la fusión de distintos grupos de Alemania central y de otras tribus germánicas del Elba, pronto constituyeron el pueblo incomparablemente más fuerte entre los ríos Elba y Rin. Fue allí la única monarquía hereditaria, fundada a finales del siglo V por el rey Bisin, a la vez que fue uno de los pocos reinos germánicos fuera de la esfera de influencia romana. Turingia, cuyo período de esplendor empezó entonces, se extendía desde el curso medio del Elba, el Ohre, el Hartz y el Main superior hasta la cuenca

[15] Greg. Tur. 3,18. Fredeg. 3,38. Comp. también la nota siguiente.
[16] Wetzer/WeIte II 492. Sales Doyé, Heilige I 210. Ewig, Die Merowinger 35.

del Danubio en Ratisbona (hacia 480 fue saqueada Passau) y desde el Tauber hasta el bosque de Bohemia. Weimar fue probablemente la residencia real. Cuando el rey Bisin murió antes de 510, su reino se lo repartieron sus hijos Hermenefredo (casado con Amelaberga, sobrina del rey ostrogodo Teodorico), Baderico y Bertacar. Y desde 510 Turingia formó parte del pacto militar visigodo, del sistema de alianzas antifranco de Teodorico, que sin embargo se deshizo rápidamente después de su muerte en 526.

80

Teuderico I, obsesionado desde hacía largo tiempo por afanes ex- pansionistas, ya después de 515 y estimulado probablemente por las luchas internas por el poder, había realizado un asalto contra el poderoso país, pero fracasó en el empeño. Un segundo asalto sólo lo intentó algunos años después de la muerte de Teodorico (529), sucumbiendo en la batalla el reyezuelo Bertacar. Sus hijos, entre los que se contaba Rade-gunda, fueron deportados en 531 a Francia, cuando Teuderico cayó de nuevo sobre Turingia, junto con su hijo Teudeberto, su hermano Clotario (contra el que todavía en Turingia Teuderico llevó a cabo un intento de asesinato fallido) y muy probablemente con los sajones, que desde las costas del mar del Norte presionaban hacia el sur. (Las fuentes de inspiración cristiana sobre el reino merovingio silencian por lo demás una participación sajona, probablemente para no tener que admitir que sólo se había vencido con ayuda de una tribu no franca e incluso pagana.)

En la matanza de 531 cayeron tantos turingios «que el lecho del río quedó cubierto por tal masa de cadáveres que los francos pudieron pasar hasta la otra orilla por encima de los mismos como por un puente» (Gregorio de Tours). Los invasores saquearon y asolaron Turingia por completo, tomando por asalto y pegando fuego a la fortaleza real, sobre cuya ubicación precisa sólo caben suposiciones. Hermenefredo, que a su vez y en parte con ayuda de los francos ya había eliminado de forma sangrienta a los parientes más cercanos en la lucha por el poder, fue hecho tributario; en 534 fue sacado de unos lugares inaccesibles, bajo palabra de honor de que se le respetaría la vida y hacienda, y llevado a Zülpich en la región de Eifel. Allí lo colmó de regalos Teuderico y en el curso de una conversación con éste fue precipitado desde la muralla de la ciudad. Desde entonces la mayor parte de Turingia perteneció al asesino. Clotario obtuvo la parte del botín y los sajones la Turingia septentrional contra el pago de un tributo. Muchos turingios huyeron, escapando unos hacia la esfera de intereses ostrogodos y otros hacia los longobardos en Moravia. Ostrogodos y longobardos, unos y otros aliados de Turingia, la habían abandonado a su suerte.[17]

81

Únicamente la bella princesa Radegunda sobrevivió a la exterminada casa real de Turingia. Como hija de Bertacar, tempranamente eliminado, había vivido en la corte de su tío Hermenefredo, hasta que Clotario la arrastró a su palacio de Athias en Saint-Quentin. Cerca habría estado de estallar una guerra entre ambos príncipes francos por la joven hija del rey, sobre todo porque la posesión de la misma legalizaba las

[17] Greg. Tur. 3,4; 3,7 s. Fredeg. 3,32. HEG I 262. Menzel I 154. Hauck I 348. Heinsius 16 ss. Schmidt, Die spate Volkerwanderungszeit 175. Schmidt, Die West-germanen 46. Buchner, Germanentum 137. Behn 72 s. Lówe, Detschland 50. Dan-nenbauer II 28. Patze/SchIesinger 1322 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 82 s., 86. Lautermann 904. Steinbach, Das Frankenreich 14 s. Ewig, Die frankischen Teilun-gen 668 s. Grahn-Hoek, Die frankische Oberschicht 170 ss. Butzen 27 ss. Bleiber, Das Frankenreich 34, 37, 81, 83 s. Haendier, Die abendiándische Kirche 39.

pretensiones al reino de Turingia. Teuderico dio un golpe contra Clotario, casado seis veces (sin contar las concubinas que tuvo), quien dejó huir después, si es que no la empujó él mismo, a Radegunda a un monasterio, después de haber asesinado a un hermano de la muchacha, tal vez temiendo la venganza de sangre.

Extramuros de Poitiers fundó Radegunda el monasterio de la Santa Cruz. Y allí debió de vivir como una asceta, recordando siempre su patria y sus difuntos, para decirlo en palabras de Venancio Fortunato, su secretario y «amigo del alma», unos veinte años más joven que ella, que después sería obispo de Poitiers y mimado (incluso por ella) cual ilustre poeta improvisado de la grandeza franca y que una y otra vez exalta la *«dulcedo»,* la afabilidad de Radegunda: «Yo los vi reducir a las mujeres a la esclavitud, las manos atadas, los cabellos sueltos y los pies pasando sobre la sangre del marido o sobre el cadáver del hermano. Todas lloraban, y yo lloraba por todas... Cuando el viento susurra, escucho con atención por si aparece la sombra de alguno de los míos. Un mundo me separa de aquellos a los que quise. ¿Dónde están? Pregunto al viento, pregunto a las nubes que pasan, desearía que un pájaro me trajese noticias».

Radegunda fue venerada como santa e invocada como auxiliadora contra la sarna, la fiebre infantil y las úlceras; y, según la fe de muchos habitantes de Poitiers, donde también se venera como santo a su amigo episcopal, sólo a la santa Radegunda se debió el que en 1870-1871 no padecieran la ocupación alemana.[18]

OTRAS GUERRAS CONTRA GODOS Y BURGUNDIOS

De primeras no se vieron molestados los visigodos, que recuperaron una parte del territorio, que les había sido arrebatado por Clodoveo. El temor al rey de los ostrogodos, Teodorico, frenó el afán de rapiña de los francos. Mas parece que muchos prelados católicos de nuevo conspiraron con los francos en los territorios visigóticos reconquistados. El obispo Quintiano hubo de huir de Rodez. «Pues nos dijo que, por su amor a nosotros, había sido expulsado de su ciudad», declara Teuderico, que en 516 hizo a Quintiano obispo de Clermont y mandó entregarle «todos los bienes de la iglesia».[19]

82

A la muerte de Teuderico (526) llegaron las primeras acciones contra los visigodos. Y aunque no hubo en general graves conflictos confesionales entre arríanos y católicos, el motivo según parece fue de índole religiosa. Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los reyes francos, se había casado con el rey visigodo Amalarico (507-531), hijo de Alarico II, que supuestamente maltrataba a los católicos en razón de sus creencias. El obispo Gregorio afirma: «A menudo, cuando ella acudía al santo

---

[18] Greg. Tur. 3,7 s. Venant. Fortunat. Carm. 9, 14 (indicación de otras fuentes en Scheibeireiter, Kónigstóchter 24 ss.). Wetzer/WeIte IV 117 s. LMA II 1869 s. Menzel 1154 s. Weinhold II 15. Heinsius 27 ss. Herrmann, Thüringische Kirchenge-schichte I 10 ss. Dill 131, 282. Schmidt, Die spáte Volkerwanderungszeit 175 s. Neuus/Oediger 114. Portmann 29 ss. Pórtner 30. Zóllner, Geschichte der Franken 83, 107 s. Schneider, Kónigswahí 76. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 38 ss., espec. 43. Bleiber, Das Frankenreich 84. Butzen 29.

[19] Greg. Tur. 2,36; 3,2. Zóllner, Geschichte der Franken 83 s.

templo, hacía que le lanzasen basuras y excrementos y acabó golpeándose con tal crueldad, que con el velo manchado de sangre corrió a refugiarse junto a su hermano». En 531 Childeberto invadió Sep-timania, acompañado entre otros por quien luego iba a ser obispo de Burdeos, Leoncio; derrotó al rey Amalarico en Narbonne y amplió las fronteras de su enclave aquitano hasta los Pirineos. Amalarico huyó a Barcelona; pero en el otoño allí lo mató el franco Besso, cuando pretendía marchar a Italia.

También Teuderico y Clotario entraron en la guerra contra los visigodos (532), que naturalmente no fue más que pura guerra de pillaje, como lo fueron las incursiones francas contra Italia. En 541 Childeberto y Clotario cruzaron por vez primera los Pirineos, arrasaron Pamplona y el valle del Ebro; pero fracasaron frente a Zaragoza, pues los sitiados «vestidos con sacos de penitencia y entonando cantos marcharon en procesión a lo largo de los muros de la ciudad con la túnica del santo mártir Vicente» (Gregorio).

«Caesaraugusta (Zaragoza) fue liberada por las oraciones y los ayunos» (Fredegar).[20]

Entretanto, y al poco de convertirse los burgundios al catolicismo, también se había decidido el destino de su reino. En efecto, en 532, un año después de la sangrienta derrota de Turingia, de nuevo Childeberto y Clotario habían irrumpido en Burgundia, mientras que Teuderico, el rey de Reims, operaba en Turingia y moría a finales de 533. Con ello desaparecía de la escena, después de Clodomer, el segundo retoño de Clodoveo. Los dos hermanos del difunto maquinaron de inmediato la eliminación de su hijo y sucesor, de su sobrino Teudeberto I (533-548) que gobernaba en Reims, y la anexión de su parte del reino. Teudeberto, sin embargo, que ya tenía treinta años y contaba con amplia experiencia guerrera, se afianzó en su puesto y pronto irrumpió con toda energía apuntando sobre todo al este. Mas también sus incursiones, verdaderas algaradas de los años 532 y 533, contra la Galia suroccidental, hasta Narbonne y la Provenza ostrogoda, constituyeron «un éxito completo» (Ewig).

En las últimas batallas es probable que Teudeberto acuchillase incluso a los burgundios. El rey de éstos, Godomar, que desaparece sin dejar rastro en la noche de la historia, fue vencido definitivamente al catolicismo franco.[21]

83

Clotario y Childeberto, los dos hijos de Clodoveo todavía vivos, no habían podido eliminar a su sobrino ni depredar su reino; más aún, ni siquiera habían podido excluirlo del reparto de la Burgundia derrotada. Por todo ello Childeberto, que no tenía hijos, se fue granjeando la amistad de Teudeberto, cada vez más poderoso. «Yo querría tratarte como a un hijo», le manifestó mientras lo colmaba de favores y acababa por adoptarle como heredero. Y apenas se hubieron asociado los dos reyes católicos, emprendieron una campaña contra Clotario, hermano y tío respectivamente de ambos. Lo derrotaron por completo y ya al día siguiente quisieron

---

[20] Prokop. Bell. Goth. 1,13. Chron. Caesar-August. a. 531; comp. a 541. Greg. Tur. 3,10; 3,21; 3,29. Gloria conf. 81. Fredeg. 3,30; cf. 41. LMA I 505. HEG I 262. Pirenne, Geburt 187. Claude, Geschichte der Westgoten 64. Steinbach, Das Frankenreich 14. Zóllner, Geschichte der Franken 83 ss. Ewig, Die frankischen Teilun-gen 669, 674 s. Id., Die Merowinger 35. Pontal. 18.

[21] Prokop. Bell. Goth. 1,13, Greg. Tur. 3,11; 3,23. LMA II 1062 s. IV 1792. Giesecke 167. Blanke 25. Steinbach, Das Frankenreich 14. Büttner, Die Alpenpolitik 64. Lówe, Detschland 150. Drack/Schib 134 ss. Bleiber, Das Frankenreich 86. Ewig, Die frankischen Teilungen 670. Id., Die Merowinger 36.

matarlo. Escapó de la banda familiar que se le acercaba, refugiándose en la Forét de la Brotonne, cerca de Rouen; «opuso allí grandes obstáculos con la maleza», aunque confió «únicamente en la gracia de Dios». Y también Clotilde, la reina santa, se postró ante la tumba de san Martín y «veló toda la noche».

Y así, según cuenta Gregorio, una vez más se hizo patente la intervención milagrosa de aquel santo: una terrible tormenta de «rayos, truenos y pedrisco» debilitó la fuerza combativa del enemigo, mientras que en el lado de Clotario no cayó «ni una sola gota», ni hubo «rastro alguno» de la tormenta. En realidad fue una grave crisis de política exterior, la inicial matanza de godos por parte de Justiniano, la que puso fin a la guerra fratricida que acababa de estallar. Y los espadones francos ventearon entonces nuevas posibilidades de botín en Italia, nuevas posibilidades de correrías depredadoras.[22]

Ambos bandos, bizantinos y godos, deseaban como aliados a los francos, guerreros acreditados. El emperador Justiniano les recordó su común fe católica y la «herejía» arriana de sus enemigos «y envió sumas de dinero, prometiendo darles mucho más, cuando entrasen en acción». Los francos, por su parte, prometieron «con gran disposición de ánimo su alianza» (Procopio), pero establecieron un pacto con los godos «heréticos», pues Witigis les entregó Provenza, que pasó a manos de Childeberto, así como Coira *(Curia Rhaetorum),* que se cobró Teudeberto, quien ya por 536 gobernaba desde el Gran San Bernardo la región prealpina hasta bien al este. En consecuencia los francos tenían ahora acceso tanto al mar Mediterráneo como a Italia. Consiguieron además el protectorado sobre territorios alamanes. Y, finalmente, los godos pagaron otras 2.000 libras de oro a los príncipes francos, que garantizaron contingentes auxiliadores no francos.[23]

Es evidente que los francos no pensaban de forma alguna prestar ayuda al pueblo hermano germánico. Childeberto, interesado exclusivamente en objetivos galos de rapiña, y Clotario de Saissons, que había partido hacia el sur simplemente para obtener nuevas tierras, no intervinieron en la lucha. De ello se preocupó también la Iglesia, que por lo demás no perseguía especialmente la paz. Sin embargo, el papa Vigilio, asesino de su predecesor comprado por Bizancio por 700 monedas de oro, había encargado —mediante un escrito de 23 de agosto de 546— al obispo provenzal Aureliano de Arles que salvaguardase la paz entre Childeberto y Justiniano.[24]

84

TEUDEBERTO I, «MAGNUS», «RELIGÍOSUS», «CHRISTIANUS PRINCEPS» Y «UNA ESPECIE DE CUMBRE»

Si los godos avanzaron, como bajo Witigis, cuando en 537 pusieron cerco a Roma y atacaron a los bizantinos en Dalmacia, los francos enviaron tropas auxiliares hacia Venecia, que saquearon ferozmente. Mas cuando Witigis en 538 se encontró en apuros, se le enviaron diez mil burgundios para que sitiasen Milán. Y al año siguiente

[22] Greg. Tur. 3,24; 3,28. Zóllner, Geschichte der Franken 86 s. Ewig, Die Merowinger 36 s.
[23] Prokop. Bell. Goth. 1,5; 1,13. Agathias 1, 6 ss. Buchner, Germanentum 137. Büttner, Die Alpenpolitik 64 s. Egger 401 s. Heuberger, Rátien 136 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 88 s. Ewig, Die Merowinger 37.
[24] LMA 11242. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss. Ewig, Die Merowinger 37. Heinzelmann, Bischofsherrschaft in Gallien 130 ss.

el propio Teudeberto irrumpió en Italia con un ejército de al parecer 100.000 hombres. Primero se adueñó de Retia, todavía ostrogoda, por la importancia de sus desfiladeros alpinos. Y, después que los godos le facilitaron el paso del Po, batió sucesivamente a godos y bizantinos, con no poca sorpresa de unos y otros. Tomó Genova asaltándola, devastó la Emilia con saqueos salvajes aterrorizando a todo el país, avanzó casi hasta Venecia y sólo el hambre y la peste, que pudieron matar a un tercio de sus hombres, le obligaron a retirarse. Pero detrás dejó guarniciones, restableció más tarde la coalición con godos y bizantinos, hacia 545 envió nuevos ejércitos contra Venecia, rehusó su ayuda al rey Totila al derrumbarse el poder de los godos y murió en 547-548, antes de la ofensiva final de los bizantinos.[25]

En Italia septentrional Teudeberto no tuvo más que un interés: el no permitir que ganase ninguno de los partidos contendientes, para poder sacar el mayor provecho posible: De ahí que atacase tan pronto a unos como a otros, y en ocasiones a unos y a otros a la vez. Agregó a su territorio Retía, Baviera e Innernoricum (Carintia), y en una carta a Justiniano alardeaba de que la ampliación de su reino representaba a la vez la difusión de la fe católica. De hecho también los obispos de Saben, Teurnia y Agunt en el valle del Puster fueron instituidos por arzobispos francos.[26]

Teudeberto fue el primer franco que se autotituló Augustus y que se sentía sucesor de los cesares romanos y gustaba de adoptar actitudes imperiales hasta acuñar con su imagen monedas de oro que podrían calificarse de ilegales, mandó celebrar juegos circenses en Arles a la manera de los emperadores, y hasta debió de pensar en la conquista de

Constantinopla, acariciando la esperanza de hacerse con la dignidad imperial y con el dominio del mundo mediante una incursión contra Bizancio, planeada conjuntamente con gépidos y longobardos. Un hombre así tenía que estar naturalmente en buenas relaciones con la Iglesia y en ella se apoyó a sabiendas para su política de dominio universal. Envió sus obispos a los concilios nacionales, convocó su propio concilio en Clermont (538) y hasta mantuvo relaciones con la sede romana: en 538 se informó sobre la «disciplina penitencial» por el papa Vigilio (537-555), asesino de su predecesor Silverio, hijo de un papa, y tal vez implicado asimismo en la muerte de Agapito I, predecesor de Silverio.

85

Nada tiene de extraño que Teudeberto, depredador y saqueador a gran escala, que emprendió una campaña contra su tío y combatió a godos y bizantinos, fuese celebrado por obispos católicos como un gobernante adornado de todas las virtudes de gobierno dándole el sobrenombre de *«magnus»,* mientras que san Aureliano, obispo de Arles le califica de *«religiosas»* y *«christianus princeps».* «Gobernó su reino con justicia, honró a los obispos, hizo donaciones a las iglesias, ayudó a los pobres y a muchos hizo grandes favores con un corazón piadoso y afable», escribe san Gregorio.

De hecho el rey Teudeberto fue un benefactor de la Iglesia, a la que «eximió

---

[25] Mar. de Avenches, Chron. ad a. 538. Prokop. Bell. Goth. 1,12; 2,21 s.; 2,28. Cass. Var. 12,7. Caspar II 237. Büttner, Die Alpenpolitik 65. Lóhlein 29 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss. Bleiber, Das Frankenreich 87. Ewig, Die Merowinger 37.

[26] dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 258. Büttner, Die Alpenpolitik 65 s. Lówe, Detschland 51. Steinbach, Das Frankenreich 14 s., 26. Ewig, Die frankischen Teilungen 671 ss. Zóllner, Geschichte der Franken 89 ss.

de obligaciones fiscales y... favoreció de forma premeditada» (Zóllner), mientras que a sus súbditos francos no hizo más que sangrarlos con impuestos a la manera romana. Bien significativo es el hecho de que su ministro de finanzas, Partenio (nieto del obispo Ruricio de Limoges, asesino de su mujer y de su amante), a la muerte de Teudeberto y no obstante la protección episcopal, fue sacado en Tréveris de una iglesia, escupido, golpeado y apedreado por el pueblo enfurecido. Por otra parte, vuelve a sentirse el elogio de Gregorio, obispo y cronista: «Todos los tributos que las iglesias de Auvernia habían aportado al tesoro estatal, se los devolvió». (Una hermana del rey fue la fundadora de Saint-Pierre-le Vif en Sens.)

También la historiografía posterior se ha inclinado ante el triunfador a lo largo de los siglos. Todavía en los umbrales del siglo XX hay un historiador, que entona este elogio: «¡Una personalidad imponente este Teudeberto! Acuciado por un deseo salvaje de placer y por un orgullo indomable; desleal y sin escrúpulos en la elección de los medios, en un grado tal que hasta en aquella época apasionada sobrepasó con mucho la pauta de lo habitual; audaz y desmesurado en sus planes y objetivos..., Teudeberto se nos aparece como el vértice deslumbrante del linaje de sangre caliente pero bien dotado de los merovingios. En una ascensión continuada... llegó a coronar una especie de cumbre» (Schultze).[27]

86

Reyes y papas asesinos

Más criminal aún e incluso más devoto de la Iglesia se mostró el clan familiar, que sobrevivió a Teudeberto.

Clotario I también guerreó casi de continuo durante los últimos años de su vida, sin que ese dato incomodase para nada y ni siquiera llamase la atención de quienes predicaban la paz y el amor al prójimo y al enemigo. El rey —el más débil sin duda de los príncipes francos hasta que tras la muerte de Teudeberto I (558) se adueñó de todo el reino— había criticado sin embargo las crecientes riquezas eclesiásticas, pero de acuerdo con la constitución de su hermano, del año 554, también intentó arrancar de raíz cuanto quedaba de paganismo. Cierto que en una campaña invernal (555) contra los sajones llevó la peor parte; mas ya al año siguiente se impuso a la asociación de sajones y turingios y hasta envió tropas contra los ostrogodos de Italia. En 557 guerreó de nuevo contra los sajones, según parece a regañadientes, pero «fue batido con tan enorme derramamiento de sangre, y con una multitud de bajas tan grande por ambos bandos, que nadie puede calcular ni evaluar» (Gregorio). En cambio venció a daneses y eutenios.

Finalmente se vio enzarzado en una guerra en toda forma con su propio hijo Cram, el virrey de Aquitania. Con éste, en efecto, urdió un complot su tío Childeberto I, un rey piadoso y sin hijos, juramentándose ambos contra el padre y hermano respectivamente. Y mientras los sajones, llamados por Childeberto, asolaban en 557

[27] Greg. Tur. 3,25; 3,36. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte III 258. También Ploetz celebra a Teudeberto I cual «consumador del reino de Clodoveo» 65. Schuitze II ss. Lówe, Deutschland 51. Zóllner, Geschichte der Franken 94 s., 188. Antón, Pürstenspiegel 50. Bleiber, Das Frankenreich 87. Ewig, Die Merowinger 40.

la Renania hasta la región de Deutz, Cram ponía cerco aunque sin éxito a las ciudades de Clermont y Dijon, conquistaba las de Chalon-sur-Saóne y Tours, mientras su tío Childeberto pasaba a sangre y fuego la Champagne hasta Reims, que también asoló. Pero moría en París el 23 de diciembre de 558, siendo enterrado solemnemente en la iglesia de San Vicente, que después se llamó Saint-Germain-des-Prés.[28]

La muerte de Childeberto libró a su hermano Clotario de una situación apurada. Se apoderó de su reino y tesoros, desterró a la mujer de aquél y a sus dos hijas y se impuso sobre todo el reino como dueño exclusivo, aunque por poco tiempo, hasta 561. Cram, el único hijo que Clotario había tenido con su segunda mujer Cusinna (los otros hijos del rey, casado con cinco mujeres, eran todos descendientes de Ingunda o Aragunda), pronto se reconcilió con él. Pero en 560, luego de una nueva rebelión, fue derrotado por el padre en Bretaña, que lo hizo prisionero y que por orden suya fue quemado con su mujer y sus hijas en una cabana, después de haberlo estrangulado con un sudario (de la misma manera había asesinado san Sigismundo a su hijo).[29]

Un año después mona también Clotario y con él el último de los cuatro hijos de Clodoveo, todos los cuales —como su padre— habían vivido para la rapiña, el asesinato y la guerra. Por doquier habían ido a la búsqueda de reliquias de mártires, se habían cuidado de sus traslados y habían promovido la veneración de los santos. Fundaron muchos monasterios y los dotaron con generosidad. Otorgaron grandes propiedades inmuebles al clero y le hicieron donaciones. Los viejos anales abundan en sus alabanzas.[30]

87

Naturalmente los obispos hicieron cuanto estuvo en su mano por vivir a costa de ellos. En su mayoría fueron siempre pusilánimes y palaciegos. Pero algunos supieron ganarse a tiempo a los señores. Por ejemplo, cuando Clotario reclamó de todas las iglesias un tercio de sus ingresos, y «todos los obispos» lo suscribieron, aunque bien a su disgusto, sólo uno se negó a hacerlo: san Injurioso (¡vaya nombre para un obispo!). «Si vas a quitar a Dios lo que es suyo, pronto te quitará él tu reino», le dijo a Clotario. E inmediatamente el rey orgulloso se postró ante la cruz, no reclamó más dinero, sino que temiendo más bien la venganza de san Martín, otorgó muchos dones al irritado Injurioso, suplicó su perdón y asistencia y devolvió todo, si hemos de creer a san Gregorio de Tours.[31]

A Clotario I, en cuyo territorio la Iglesia estaba mal organizada y era víctima de una especial relajación, tal vez no le importó para nada el cristianismo. De todos modos también él se hizo cristiano y fiel católico, que llevó a cabo una guerra tras otra y que hizo asesinar a sus parientes más cercanos, incluyendo niños pequeños, doncellas y hasta su propio hijo, mientras se arruinaba personalmente con incontables concubinatos y con al menos seis matrimonios, «y no siempre sucesivos»

---

[28] Mar. de Avenches, Chron. ad a. 555 s. Greg. Tur. 4,10; 4,14; 4,16 s. Agathias II 14. Vita Droctovei c. 15. LMA II 1869 s. Schuitze II 124 s. Stamer 25. Lówe, Deltschland 53. Büttner, Die Alpenpolitik 68. Zóllner, Geschichte der Franken 102 s. Grahn- Hoek, Die frankische Oberschicht 185 ss. Bund 255 s. Toiskdorf 55.

[29] Greg. Tur. 4,19 ss. Mar. de Avcnches Chron. ad a. 560. Wetzer/WeIte VII 7 s. Keller, Reclams Lexikon 376. Schuitze II 124 s. Mühibacher I 39. Bodmer 32. Goertz, Mitteirheinische Regesten 19. Zóllner, Geschichte der Franken 103 s. Lasko 213. Ewig, Die frankischen Teilungen 674 s. Lear/Treason 200 s. Tolsdorf 56 s. Bund 256.

[30] Asimismo Ewig, Studien zur merowingischen Dynastic 43, al igual que las tres notas siguientes

[31] Greg. Tur. 4,2.

(Schul-tze). Pese a lo cual el autor eclesiástico del siglo VII compara a dicho rey con un sacerdote colmándolo de alabanzas. Y es que, efectivamente, se preocupó del traslado de los restos de mártires, promovió la veneración de Medardo, el santo patrono de la casa real, apoyó la fundación de iglesias y monasterios, y tan obediente fue al clero, que escuchando la protesta eclesiástica se separó de Waldarada, su mujer longobarda (¡pues era pariente cercana de su primera y de su segunda mujer!), y se la dio en matrimonio al duque bávaro Garibald. (Pero el obispo Gregorio no critica la poligamia del rey con Ingunda y con su hermana Aragunda.)[32]

Childeberto I mostró un fervor creyente y una devoción al clero muy especiales. El usurpador e incestuoso erigió a la Santa Cruz y al proto-mártir español Vicente de Zaragoza —cuyo martirio se adornó con grandes alardes propagandísticos— una basílica en París, que más tarde sería la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Peregrinó a la celda de san Eusicio, en cuyo honor levantó asimismo una iglesia. Hizo donaciones de tierras y grandes sumas de dinero, incluyendo el botín de sus guerras, e iglesias y monasterios católicos, en los que mandaba orar por la salvación de su alma y la prosperidad del reino franco. Así distribuyó entre las iglesias francas docenas de cálices y numerosas patenas y evangeliarios, todos de oro y piedras preciosas, y todos material que había robado en su guerra hispana. Childeberto hizo de Orleans la capital eclesiástica de su reino. Allí se reunieron cuatro sínodos nacionales (en los años 533, 538, 541 y 549), Todos los reyes francos enviaron sus obispos a los mismos (excepción hecha del celebrado en 538). En 552 convocó Childeberto otro concilio nacional en París. Promulgó un decreto contra el paganismo, vivo todavía sobre todo en la Francia septentrional y oriental. Persiguió duramente a quienquiera que erigiese ídolos en los campos e impidiese su destrucción por parte de los sacerdotes. Prohibió incluso los banquetes, cantos y bailes paganos, aunque sin exigir ciertamente la conversión por la fuerza.

88

Las relaciones de Childeberto con la corte imperial se desarrollaron desde 540 generalmente a través de la Iglesia. Y naturalmente este príncipe mereció que el obispo Venancio Fortunato lo cantase en sus versos cual «clemente», «bueno y justo con todos», cual «rey y sacerdote» comparándolo con el Melquisédec del Antiguo Testamento, en conexión permanente con Roma. El constante instigador de saqueos y asesinatos se hizo llevar desde allí por el subdiácono Homobonus reliquias de mártires. Vigilio, el papa asesino, que había solicitado la intervención de Totila en favor de la Iglesia, calificó a Childeberto, el 22 de mayo de 546, de «nuestro hijo más glorioso» y alabó su «voluntad cristiana y grata a Dios» (23 de agosto de 546).[33]

Pero el papa Pelagio I (556-561), sucesor de Vigilio y como él criatura de la corte bizantina (todavía sus sucesores sólo pudieron ser elegidos con el visto bueno del emperador), al ponerse en tela de juicio su ortodoxia, hubo de humillarse hasta el ridículo ¡y en febrero de 557 hubo de presentar a Childeberto una extensa confesión de fe! Y el 13 de abril se informaba al papa de si tal confesión de fe había satisfecho al rey, al obispo de Arles y a sus *coepiscopoi* (compañeros en el episcopado).

---

[32] Greg. Tur. 4,3; 4,19; 9,39 ss. Schuitze II 125. Bodmer 31. Zóllner, Geschichte der Franken 188. Antón, Fürstenspiegel 52. Ewig, Die frankischen Teilungen 674 s. Id., Bisturn Kóln 214.

[33] RAC II 122. Fichtinger 382 s. Hauck 1 130, 229 s. Zóllner. Geschichte der Franken 104 s., 178, 186 ss. Antón, Fürstenspiegel 52. Ewig, Die altesten Mainzer 122. Id., Die frankischen Teilungen 672 s. Id., Die Merowinger und das Imperium 17.

La ortodoxia del santo padre no tan sólo resultó sospechosa en Francia, porque como representante de Vigilio también Pelagio había colaborado lealmente en las maniobras y titubeos del papa a propósito de la llamada

«Disputa de los tres capítulos», primero protestando denodadamente, después asintiendo y hasta quizá eliminando al papa. Al menos encontró la frialdad y el rechazo por parte de la nobleza, el clero y el pueblo, pues le precedía la fama de haber estado implicado en la muerte de su antecesor, como éste lo había estado a su vez en la de su predecesor y quizá de sus dos predecesores. Sólo después de que Pelagio se hubiese «purificado» mediante un juramento solemne sobre los evangelios y la santa cruz, estuvieron dispuestos dos obispos y un sacerdote para consagrarle papa.[34]

89

Naturalmente que Pelagio, dogmáticamente sospechoso, continuó combatiendo con furor la herejía. Ya en 557 los maniqueos de Ravenna fueron conducidos extramuros de la ciudad y lapidados. Y como el papa impulsó al general Narsés a la caza de herejes —no sin antes tranquilizarse sus escrúpulos con la seguridad de que el castigo del mal no era la persecución ¡sino caridad!—, también exigió al rey Childeberto I para que procediera contra los cismáticos reclamando una decidida y violenta intervención estatal.[35]

El papa Pelagio murió en 561, el mismo año en que lo hizo Clotario I, el último hijo de Clodoveo.

En esa misma década, y a una con los francos y los visigodos, empezó a ejercer un papel de importancia cada vez mayor otro pueblo germánico: el de los longobardos.

---

[34] Lib. poní. Vita Pelagii I. Hartmann, Geschichte Italiens I 394 ss. Caspar II 288. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 122. Seppelt/Schwaiger 56 s. Maier, Mittelmeerweit 246. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 16 s.

[35] Dóllinger 53. Lea I 242. Voigt. Staat 260.

91

CAPÍTULO 4. LA INVASIÓN DE LOS LONGOBARDOS

> «Pronto el pueblo feroz de los longobardos se arrancó de su lugar de residencia como se saca una espada de la vaina, cayendo sobre nuestra cerviz, y el pueblo que vivía en nuestra tierra como una cosecha apretada fue segado y se agostó.»
>
> GREGORIO I, PAPA[1]

93

Los longobardos (los hombres de *longa,* «larga», *barba,* según la interpretación tradicional del nombre) pertenecían a los germanos del este más que a los occidentales. Eran un pueblo demográficamente pequeño y probablemente procedían de Escandinavia, tal vez de Gotlandia. Se hicieron sedentarios hacia la época que se señala como el paso de la Edad Antigua a la Edad Media, y emparentando así con los sajones, en el bajo Elba, donde permaneció de forma constante parte de su pueblo y donde todavía en el siglo XX nombres como Bardengau y Bardowiek los recuerdan.

Durante siglos apenas si se menciona a los longobardos en la historia. Comprobada su presencia a la manera de estratos geológicos, los emigrantes siguieron primero el curso del Elba para extenderse desde el siglo IV, y durante doscientos años, por Bohemia, Moravia y una parte de la Baja Austria actual, la «Rugilandia», que ocuparon hacia 488, tras la retirada de los rugios (otro pueblo germánico, oriundo asimismo de Escandinavia y que dejó allí el nombre de su isla, Rugen). A través de Hungría avanzaron hacia el sur, creando en la cuenca del Danubio un reino que se extendía hasta Belgrado.

Tropas auxiliares longobardas habían apoyado las guerras de Justiniano contra los persas, así como en 552 a las órdenes de Narsés, en la batalla decisiva contra los ostrogodos. Desengañado de Bizancio, su caudillo Alboín se alió con los avaros, en unión con los cuales aniquiló en otra batalla decisiva (567) el reino de los gépidos, otro pueblo germánico oriental. Fue tal la carnicería por ambas partes —se habló de 60.000 muertos— «que de tan numerosa multitud apenas sobrevivió un mensajero que anunciase la destrucción» (Paulo el Diácono).

Alboín tomó por mujer a Rosamunda, hija de Kunimundo, el derrotado rey gépido. Los gépidos ya no continuaron su asentamiento entre longobardos y avaros, que irrumpieron de inmediato. Y en la primavera de 568 —según cuenta un cronista burgundio contemporáneo— «todo el ejército longobardo, tras haber pegado fuego a su asentamiento, abandonó Panonia, seguido de las mujeres y el resto de la población». Bajo la presión de la expansión avara y atraídos por el sur, a las órdenes de su jefe Alboín irrumpieron por Emona (Laibach) y los desfiladeros de los Alpes Julios adentrándose en el norte de Italia por lo general desprotegido. Era el mismo camino, que en tiempos ya habían recorrido Alarico y Teodorico.

94

Fue el último gran avance de la invasión de los pueblos nórdicos, una expresión

[1] Gregorio I, dial. 3,38.

que casi suena inocua pero tras la cual se esconden robos, asesinatos en masa, hambres y hambrunas, la venta de varones, mujeres y niños en los mercados de esclavos, «cual ganado de bajo precio» —en expresión de un testigo ocular—, que se prolongaron durante un siglo. Y dos siglos después los propios longobardos serían a su vez borrados y pulverizados por lo que se denomina simplemente la historia, y que apenas es otra cosa que el afán desatado de poder y asesinato que alienta en el hombre.

Con los longobardos, que en conjunto tal vez pudieron formar un pueblo de 130.000 almas, llegaron otros grupos tribales, poblaciones de Panonia, Norikum, los Balcanes, numerosos sajones, restos de gépidos, turingios, suevos y sármatas eslavos. Y así como los longobardos estuvieron abiertos a la integración de otras gentes, también lo estuvieron a la tolerancia religiosa. Convertidos al cristianismo en buena parte desde aproximadamente el año 500, la mayoría de la población la constituían los arríanos. Pero entre ellos había también católicos —Alboín estuvo casado en primeras nupcias con Clodosinda, hija de Clotario I— y había sobre todo paganos, que en modo alguno fueron combatidos y que durante largo tiempo continuaron con sus sacrificos y banquetes sacrificiales, sin que al parecer el cambio de creencias de los distintos reyes jugase ningún papel.[2]

La invasión

Instalándose en Italia como una delgada capa dominante en ciudades y burgos, los longobardos fundaron el último reino germánico en lo que había sido suelo del antiguo *imperium romanum.* Sólo una década antes, y a lo largo de una cruzada que había durado veinte años, los ostrogodos arríanos casi habían sido exterminados en una guerra cruel, convirtiendo el país en una ruina humeante y en un desierto. Fue la obra común del emperador y del papa, siendo éste el principal beneficiado. Pero los longobardos, a quienes la destrucción de los ostrogodos había dejado el camino expedito, no llegaron como *foederati* sino cual conquistadores brutales a la región sometida al imperio romano de Oriente, armados con lanzas tan monstruosas que, como escribe todavía impresionado Montgomery, vizconde del Alamsin, «se podía levantar al adversario atravesado, cuando todavía se retorcía de dolor en la punta de la lanza». Cuanto los bizantinos, depredadores de la peor ralea, habían robado a los ostrogodos, les volvían a robar pieza por pieza los longobardos, dejando una vez más la tierra quemada, las ciudades despobladas y arruinados los monasterios y las iglesias que los cristianos habían levantado sobre las ruinas de los templos paganos.

[2] Procop. Bel!. Goth. 2,14,8. Paulo Diác. Hist. Lang. 1,9; 1,22 s.; 1,27; 2,7 ss. Greg. Tur. 4,3; 4,41. LMA V 1688 ss. HEG I 222 ss. dtv-Lexikon der Antike, Geschichte II 240. Hartmann, Geschichte Italiens II 1 ss., 18 ss., 34 ss., 56 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 169. Cartellieri I 69. Giesecke 199 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 387 ss. Behn 54 s., 70. Maier, Kirchengeshichte I 36. Gontard 154. Conrad 86. Haller, Entstehung der germanisch-romanischen Weit 293. Lówe, Deutschland 34. Daniel-Rops 276 ss. Dannenbauer, Die Grundiegung II 13 ss., 18. Kupisch 1139. Herrmann, Slawisch- germanische Beziehungen 26 s. (con numerosas citas de fuentes). Bosi, Europa im Mittelalter 53 s. Maier, Byzanz 72. Fróhlich 1 ss. Resumen 21. Bullough, Italicn 171 s. Misch 50, 53 ss., 59 ss., 64 ss., 73 ss., 79 ss., 81 ss. Schmidinger 372 s.

Casi sin esfuerzo cayó Italia en manos del rey Alboín. Estaba exhausta por la larga guerra de los godos y dividida por la Disputa de los tres capítulos. La peste dominante y el hambre hicieron el resto. Pero es evidente que a quienes más tomó por sorpresa el ataque fue a los bizantinos. Justino II, sobrino de Justiniano, no reaccionó (enloqueció en 574). Un ejército de mercenarios enviado al año siguiente fue exterminado. Y los emperadores siguientes reprimieron una serie de crisis en Oriente y en los Balcanes.

Los longobardos empezaron por conquistar varias ciudades venecianas y lombardas al norte del Po. En septiembre de 569 se establecieron en Milán, que se les rindió sin lucha armada. No hubo disturbios ni violencias, reclamando simplemente los impuestos habituales. Hasta 571 conquistaron el valle del Po y avanzaron con nuevas molestias para el país y la gente hacia Umbría y Toscana. Sólo en 572, y tras un asedio de tres años, se adueñaron de Pavía, por la que se combatió con denuedo convirtiéndola en su capital. Sus gobernantes residieron en el palacio real de los ostrogodos.

El victorioso Alboín fue envenenado aquel mismo verano por su escudero Helmiquio, influido por Rosamunda, esposa del rey y su supuesta amante. Al padre de ésta, Kunimundo, príncipe de los gépidos, lo había eliminado en combate el longobardo. Y en la muerte por envenenamiento tal vez jugó su papel el oro de los bizantinos. El asesino y la reina huyeron con el tesoro real al amparo de aquéllos a Ravenna, donde a su vez parece que fueron envenenados.

Sólo dos años después también fue eliminado Klef, sucesor de Alboín (y como él probablemente también arriano), quien por su parte había liquidado a una serie de romanos prominentes. Diez años estuvieron entonces los longobardos sin rey. Según parece 36 duques (según las ciudades ya cobradas) ejercieron la tutoría sobre el hijo menor de Klef, el pequeño Authari, que en 584 fue proclamado rey y probablemente eliminado después. Los longobardos demostraron gran habilidad en ese terreno: ya en 512 había sido asesinado el rey Tato, y en 551 corrió la misma suerte el rey Hildiques.[3]

Ante la incursión de los nuevos depredadores, los antiguos se retiraron a la línea Padua-Mantua, con vistas a proteger Ravenna, residencia de su gobernador. Por ello apenas si los invasores encontraron resistencia. Avanzaron desde el norte hacia la región de Suburbicaria fundando hacia 570 los poderosos ducados de Spoleto y Benevento y haciendo incursiones de castigo que llegaron hasta Calabria. Hacia 605 habían conquistado la mayor parte de Italia. Únicamente el ducado de Roma y los enclaves costeros de Venecia, Ravenna, Nápoles, Reggio, Tarento y otros. Comunicados entre sí tan sólo por vía marítima, continuaban sometidos al emperador de oriente, Y de primeras también Sicilia, Cerdeña y Córcega se vieron libres de los longobardos, que nada sabían de navegación. Pero tras su «conquista del país» no cesaron las luchas realizando incursiones sobre los territorios que

[3] Marius. Avent. Chron. ad a. 572, 573. Juan Biclar ad a. 573. Prokop. Bell. Goth. 4,27. Paulo Diác. Hist. Lang. 2,14; 2,27 ss.; 2,31; 3,16. Greg. Tur. 4,41. LMA I 1907, III 1382, V 1692. Hartmann, Geschichte Italiens II 1 ss., 34 ss. Cartellieri 169 s. Kornemann 454 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 390 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1169. Büttner, Die Alpenpolitik 71. Bullough, Italien 172. Schneider, Kónigswahí 14 ss., 22 ss. Montgomery I 134. Zóllner, Die politísche Stellung 133 ss. Misch 64 ss., 88 ss., 98 ss., 101 ss. Bund 195 ss. Ewig, Die Merowingerzeit 55. Richards, Gregor 18 ss. Schmidinger 373 ss.

continuaban siendo bizantinos. Junto a la caza tal vez sus preferencias estaban en el robo, el botín y las incursiones depredadoras.

96

En su ofensiva ocasionalmente colgaron a algunos monjes, degollaron a algunos sacerdotes y saquearon algunas iglesias, siempre según el obispo Gregorio de Tours y según el papa Gregorio I, quien afirma que en una matanza habían sido «eliminados 400 prisioneros, 40 campesinos en una segunda y un grupo de monjes Valerianos en una tercera». Pero en el fondo es muy poco lo que sabemos a ciencia cierta sobre dicha invasión. Un tercio del suelo fue expropiado, arrebatándoselo sobre todo a los odiados grandes terratenientes. Probablemente muchos de ellos fueron muertos o reducidos a la condición de semilibres económicamente dependientes y sujetos a tributación. Con lo cual los bienes cambiaron de dueño persistiendo el estado de servidumbre. Muchas personas fueron hechas prisioneras, reducidas a esclavitud, vendidas a mercaderes de esclavos francos y muchas fueron expulsadas. También se rebelaron los que estaban oprimidos de antes, pequeños artesanos autóctonos y campesinos, que denunciaron y ejercieron la justicia de linchamiento contra quienes les habían chupado la sangre. Fueron miles los que perdieron de la noche a la mañana cuanto poseían.

Por lo demás, los ricos frecuentemente se habían retirado, no pocas veces más allá de los Alpes, y entre ellos se contaron también los obispos más conocidos, que confiaban en la huida más que en los señores. Paulino, patriarca de Aquileya, huyó con todos sus tesoros a la isla de Grado; Honorato, arzobispo de Milán, asimismo con sus caudales y la mayor parte de su clérigos, se refugió en la ciudad fortificada de Genova; el obispo Fabio de Firmum escapó con el tesoro de la iglesia a la ciudad de Ancona, y Festo, obispo de Capua, buscó el amparo del papa, muriendo al poco tiempo.

También los monjes de Monte Cassino huyeron a Roma, y los clérigos de Venafrum a Nápoles habiendo vendido los cálices y objetos sagrados de su iglesia a un judío; otros huyeron prefiriendo vivir en el exilio de forma decorosa. Sicilia era el refugio más seguro y allí desembarcaron especialmente grandes muchedumbres de sacerdotes y allí se vendieron a bajo precio muchos objetos sagrados. Desaparecieron obispados enteros de la Iglesia católica —42 al menos—, aunque no a causa de la persecución, sino por la pérdida de sus bienes, por hambres y epidemias.[4]

97

Colaboración y celo por las conversiones

El papa Gregorio I (590-604) hace esta descripción: «Pronto el pueblo feroz de los longobardos se arrancó de su lugar de residencia como se saca una espada de la vaina, cayendo sobre nuestra cerviz, y el pueblo que vivía en nuestra tierra como una cosecha apretada fue segado y se agostó. Las ciudades se despoblaron, las plazas fuertes fueron destruidas, las iglesias incendiadas, los monasterios de hombres y mujeres

[4] Gregorio I. dial. 1,4: 3,8; 3,27 s.; 4,22. ep. 1,66; 4,15. Greg. Tur. 4,41. Paulo Diác. H.L. 2,10; 2,25; 2,32. Hartmann. Geschichte Italiens II 1 ss., 41 s. Brechter, Monte Cassino 109 ss. Schnürer, Kirche und Kultur 1169. J. Funk, Allgemeine Ein-leitung 13. Dannenbauer, Die Entstehung II 14 ss., 18. Misch, Die Langobarden 64 ss., 87 ss. Richards, Gregor 16 ss., 104 ss., 176 s., 183. Altendorf, Gregor 189.

arrasados; se abandonaron los campos, y nadie se ocupa de ellos; las tierras llanas están baldías y desoladas pues ya no viven en ellas sus dueños, amontonándose los animales salvajes allí donde antes habitaba el pueblo».[5]

Ahora bien, eso podría llevar más agua a los molinos de la propaganda gregoriana y del sentimiento de ruina —o presunción de tal sentimiento— de la que debe de haber correspondido a la realidad de las cosas. En efecto, no fue tanto «el pueblo, el segado y agostado», cuanto los dueños de las tierras, los grandes terratenientes. Ni fueron todos los que huyeron, ni siquiera todos los sacerdotes. En Treviso el obispo Félix salió al encuentro del rey Alboín y le entregó el lugar; cosa que sólo redundó en su provecho.

Hubo casos diferentes. El obispo Catego de Amiternum sólo huyó a Roma después de conquistada su ciudad de residencia. Pero regresó, probablemente colaboró con los bizantinos, se vio implicado en una conjuración y acabó siendo ejecutado por orden del duque longobardo Umbolo. Y, sin embargo, también hubo contactos más amables con los enemigos del imperio, aunque no ciertamente para el santo padre, quien por «numerosos informes» tuvo que saber que los clérigos convivían con mujeres «extranjeras», longobardas sin duda.[6]

Mas por mucho que Gregorio I se lamentase de los longobardos, por muy «salvajes» que fuesen para él, por «terribles y abominables» herejes que fuesen, e incluso paganos que adoraban a dioses animales, no quiso aniquilarlos. De haberlo querido —según sus propias afirmaciones— «aquella nación no tendría hoy ni rey ni duques o condes, y habrían sido entregados a una ruina inevitable». ¿Fue sólo el temor a Dios de Gregorio, su cristianismo, lo que le alejó del genocidio, según escribe al emperador? En cualquier caso sus predecesores habían sostenido innumerables guerras, y algunos incluso habían alentado la aniquilación de vándalos y godos. Ni el propio Gregorio fue melindroso, cuando se trataba de verter sangre.[7]

98

Pero no hay duda de que no quería aniquilar sino «convertir» a los longobardos, porque esto sólo ventajas podría proporcionarle. Desempeñó por ello un papel ambiguo, y hasta su biógrafo Jeffrey Richards, que casi siempre toma partido en favor suyo, admite: «Su implicación cada vez mayor en todos los campos de este problema contribuyó notablemente al incremento del poder civil y de la influencia del papado».[8]

Poco a poco se establecieron acuerdos, por obra sobre todo —como habitualmente ocurre en los desbordamientos— de los círculos clericales. Someterse y entrar por el aro es algo que les es propio: lo habían demostrado precisamente con los godos y los bizantinos y lo demostrarían a lo largo de los siglos, bastante más allá de lo que afirmaba el primado alemán, el príncipe y arzobispo de Bresiau, cardenal Bertram, quien en 1933 justificaba el giro evidente del alto clero con frases tan descaradas como éstas: «Una vez más se ha demostrado que nuestra Iglesia no está atada a ningún sistema político, a ninguna forma de gobierno profano, a ninguna formación partidista. La Iglesia tiene metas más altas...». Ciertamente que sí, y su meta suprema es el oportunismo de una forma u otra; su meta suprema es sobrevivir, alcanzar el

[5] Gregorio I dial. 3,38.
[6] Gregorio I ep. 13,38 s. Misch 93.
[7] Gregorio I ep. 3-4.
[8] Richards 188.

poder y aumentarlo como hizo precisamente entonces. «Pues muchos obispos se apresuraron a entenderse con los longobardos, consiguiendo mantener la sucesión regular y la continuidad en el ministerio episcopal en muchas diócesis del norte de Italia» (Richards).[9]

Los longobardos dejaron a los católicos sus catedrales, incluso en la ciudad residencial de Pavía, a cuyos habitantes no se les tocó un pelo después de un asedio de tres años; también en otras ciudades confirmaron sus posesiones a la Iglesia católica y hasta hicieron donaciones nada baladíes a los prelados hostiles. El rey Alboín envió al obispo Félix de Treviso un salvoconducto en favor de «todos los bienes de su iglesia» (Paulo el Diácono). Sin embargo, los católicos reaccionaron a veces como los monjes de Bobbio, quienes naturalmente aceptaron las pruebas de simpatía de los reyes arríanos, pero ni siquiera respondían al saludo de los «herejes». Y mientras que los longobardos no se preocuparon mínimamente por una conversión de los católicos, no ocurrió lo mismo a la inversa.

Cuando Alboín, el más famoso príncipe longobardo, desposó a la princesa franca Clodosvinta, que era católica, inmediatamente se dirigió a ella Nicecio de Tréveris: «Me admiro de que Alboín no piense ni se preocupe del reino de Dios y de la salvación de su alma, sino que honra y se siente satisfecho con quienes llevan su alma al infierno en vez de conducirle por el camino de la salvación... Señora, yo os conjuro por ello con el temor al día del juicio final, a que leáis esta carta con discernimiento y la comentéis con él a menudo y de forma inteligente». El santo obispo no deja de convencer a la reina para que importune a su marido con cuestiones dogmáticas. Condena para ello con todas sus fuerzas el arrianismo y, aun siendo un varón «de grandes gestas maravillosas» (Gregorio de Tours), esgrime los «milagros» de los santos católicos en pro de la ortodoxia de su fe, así como la bendición que el catolicismo supuso para Clodoveo. «Y vos sabéis, en efecto, todo lo que después de su bautismo llevó a cabo contra los herejes Alarico y el rey Gundobad; ni tampoco ignoráis cuántos dones de la gracia de Dios pudieron obtener él y sus hijos en este mundo... Vigilad, vigilad, pues tenéis un Dios clemente. Yo os ruego que obréis de tal modo que fortalezcáis el pueblo de los longobardos contra sus enemigos y nosotros podremos alegrarnos por la salvación del alma de vuestro esposo y de la de vos misma.»[10]

99

Nicecio no tuvo éxito. Y así, cuando en 584 una parte de los duques nombró rey al hijo de Klef, Authari, también él era arriano, ya el catolicismo avanzaba por doquier. Y, finalmente, los longobardos se hicieron católicos como los francos, entre los cuales tras la muerte de Clota-rio I (561), último hijo de Clodoveo, se abría la época de los nietos y los biznietos.[11]

---

[9] dtv-Lexikon II 115. Richards 19. La cita de Bertram en Deschner, Die Politik der Pápste I 456.

[10] Paulo Diác. Hist. Lang. 2,12. Greg. Tur. 10,29. LThK VIP 941 s. Funk, Allgemeine Einleitung 13. Giesecke 200 ss. Dannenbauer II 18 s. Misch 93, 97 s. Altendorf 189.

[11] Paulo Diác. Hist. Lang 3,16. Giesecke 201 ss.

101

CAPÍTULO 5. LOS ÚLTIMOS MEROVINGIOS

«... junto a los mismos altares de las iglesias se mató a los sacerdotes del Señor con sus ayudantes. Después de que todos hubieran sido abatidos, hasta que no quedó varón alguno, prendieron fuego a la ciudad entera con las iglesias y demás edificios, no dejando más que el suelo desnudo.»

GREGORIO DE TOURS, OBISPO[1]

«Nadie gobierna más que los obispos, nuestra gloria ya no existe...»

CHILPERICO I, REY[2]

103

Mientras que la diferencia entre francos y galorromanos desaparecía poco a poco, aunque no la diferente legislación, las fronteras exteriores del reino merovingio permanecieron tal cual, y eso hasta el final del período merovingio. Cierto que hubo complicaciones políticas, como no faltaron tampoco algunos ataques de los avaros contra Turingia y de los visigodos contra Francia meridional, así como algunas algaradas francas e incursiones de rapiña más allá de las fronteras. Pero el objetivo principal no fue ya la expansión hacia fuera, ni la ampliación del conjunto del reino, ni el sometimiento y la explotación de vecinos extraños y lejanos. Fueron los reyes, una vez más cuatro, y sus numerosos sucesores los que pretendieron agrandar sus posesiones y territorios a costa de los territorios de los demás, y de manera casi ininterrumpida perjudicarles y debilitarlos de ese modo. En una palabra, cada uno buscaba la supremacía.

Ello hizo que a finales del siglo VI y comienzos del vil casi todos los príncipes merovingios muriesen de muerte precoz y violenta, que las brutalidades y atropellos a gran escala se dieran de continuo en el reino. que estallasen incesantemente guerras civiles y de pillaje, que se redujeran a cenizas muchos lugares, quedasen asoladas zonas enteras y se cometiesen innumerables saqueos, mutilaciones y asesinatos, a los que se sumaron pestes y hambres. Los campesinos se ocultaban en los bosques y robaban por su propia cuenta. En medio de aquel desenfreno y atolladero todos los medios eran buenos para los combatientes, si contaban con alguna perspectiva de éxito.[3]

Los nietos de Clodoveo

A la muerte de Clotario I, el reino franco se dividió entre cuatro gobernantes, y a

[1] Greg. Tur. 7,38. Comp. también 4,47; 6.29; 7,35, etc.
[2] Ibíd. 6,46.
[3] LThK IV 750. HGK 11/2 133. Ewig, Das Merowingische Frankenreich 399 s. Id., Die Merowinger 41. Bleiber, Das Frankenreich 122 s., 127. Pontal 116 s.

la temprana desaparición del mayor de sus hijos fueron tres los soberanos, y dos a la muerte del hijo segundo.

De primeras, en 561 —al igual que medio siglo antes tras la muerte de Clodoveo I—, fueron cuatro los herederos que se repartieron el reino. Por edad, de mayor a menor, tales herederos fueron los hijos de Clotario I.

104

Chariberto I de París, que murió ya a finales de 567, después de haber repudiado a su mujer, la reina Ingoberga, haberse unido con las dos hermanas Meroflede y Marcovefa, una monja, y haberse casado por cuarta vez con Teodechilde, hija de un pastor de ovejas.

Guntram de Orleans (561-592), que gobernó alternativamente el territorio franco-burgundio del reino desde Chalon-sur-Saóne y desde Orleans. Fue él quien emitió el primer decreto medieval sobre la santificación del domingo (588). También ordenó en ocasiones —hasta el punto de que «se le habría podido tener por un obispo del Señor» (Gregorio)— rogativas, ayunos (exclusivamente a pan y agua) y vigilias y se mostró muy generoso con la Iglesia en general y según parece se mortificaba personalmente, aunque sin despedir a sus queridas. Guntram despidió a su concubina Veneranda para desposar a Marcatrude, hija de un tal Magnacar, pero a la que a su vez repudió por haber envenenado al hijo de Veneranda. Tomó después a una criada de Magnacar, Austrichilde, a cuyos dos hijos hizo asesinar por el «honor» de su esposa y cuyos bienes incorporó al «tesoro real». Y a ella, a Austrichilde, el príncipe piadoso, que rebosaba «fuerza admirable» y «bondad de corazón» (Gregorio), y que ya en vida fue tenido por un santo, le prometió la ejecución de los médicos que no habían podido curarla. Y cumplió lo prometido. ¡Más tarde fue venerado como santo!, cuya fiesta es el 28 de marzo.

La escena política la controlaron Sigiberto I de Reims (561-575), soberano del reino franco oriental, y el menor Chilperico I de Soissons (561- 584), hermanastro de los otros tres, cuyas mujeres, Brunichilde y Gaisvinta, hermanas procedentes de la casa regia visigótica, se pasaron al catolicismo al casarse con él.[4]

Cuando Chariberto I, nieto mayor de Clodoveo y rey de París, murió en 567, su territorio, que comprendía casi toda la mitad occidental de Galia, fue objeto de reparto. En vez de la división cuatripartita se hizo una nueva del reino franco, que esencialmente constaba de Austria, Neustria —una y otra «Francia» en sentido amplio— y Burgundia. (En el período longobardo también la parte oriental del norte de Italia se llamó «Austria», y la occidental «Neustria».)

Auster, Austria (tierra oriental) llamada generalmente Austrasia y regida por Sigiberto, constaba de las cuencas del Maas y del Rin, así como de algunos otros territorios más hacia el este, con una mayor participación germánica. La residencia fue primero Reims para pasar luego a Metz. Neustria (Niwister, Nuevo Territorio Occidental) comprendía la parte occidental y era el núcleo político del reino merovigio, que los francos habían conquistado desde el siglo v, y por tanto buena parte del antiguo territorio soberano de Siagrio^que se extendía desde el Loira al Sena y hasta Flandes. Esa «Francia» en sentido restringido, con una población

[4] Greg. Tur. 4,25 ss.; 4,30; 5,17; 9,21. LMA IV 1794. Schuitze II 128, 140, 494. Giesecke 103. Bodmer 31. Lówe. Detschland 64. Steinbach, Das Prankenreich 22, 33. Zatschek 13 s. Ewig, Die frankischen Teilungen 676 ss. Bleiber, Das Frankenreich 122.

preponderantemente romana y con las capitales de Soissons y más tarde París, correspondió a Chilperico I; los propios neustrios gustaban de llamarse *«franci»* y a su tierra «Francia». La nueva Burgundia se había ampliado notablemente respecto de la antigua, siendo Chalon-sur-Saóne la residencia real preferida de Guntram. Pero también se repartieron Aquitania y Provenza.

105

El desmembramiento de la herencia de Chariberto tuvo como consecuencia toda una serie de guerras civiles por la supremacía. Los sangrientos conflictos entre los hermanos no acabaron hasta la muerte de Sigiberto, que a su vez capitaneó multitudes paganas: «la ferocidad de los pueblos» de la ribera derecha del Rin contra la buena tierra católica de Neustria. Desde 562, cuando los primeros enfrentamientos con los avaros en las cercanías del Elba tuvieron atado a Sigiberto, el rey Chilperico, el más joven y tal vez el más acomodaticio de los hermanos que residía en Soissons, llevó a cabo una serie de incursiones contra Austria e intentó adueñarse de Reims, Tours y Poitiers, «arrasándolo y destruyéndolo todo por completo» (Gregorio de Tours). Entretanto Sigiberto, promotor de la devoción a san Medardo, patrón del obispado de Soissons y de París, saqueó e incendió la mayor parte de las aldeas de la región parisiense y encarceló a sus habitantes; también intentó, aunque inútilmente, adueñarse de la capital provenzal de Arles, que pertenecía a su hermano Guntram. Pero el obispo diocesano Sabaudo, un digno pastor del Señor, engañó al ejército de Sigiberto, y lo recondujo con ardides ante las puertas de la ciudad, de modo «que se vio atacado por la espalda por las espadas de los enemigos y de frente por las paredes de los ciudadanos...» (Gregorio de Tours).[5]

La lucha entre los hermanos Chilperico y Sigiberto se agravó aún más por una tragedia familiar, que halló eco en la leyenda de los nibelungos.

«... Dignas de una Mesalina y una Agripina»

Hacia 566 Sigiberto de Reims casó con Brunichilde, hija del rey visigodo Atanagildo, poco más o menos un año después de que Chilperico de Soissons hubiera desposado a Gaisvinta, hermana mayor de aquélla. Pero Chilperico, que antes había repudiado a su mujer Audovera y que «tenía ya muchas mujeres», por intermedio de una de sus criaturas hizo ahogar poco después de la boda a Gaisvinta, que sentía nostalgia de su tierra y que siendo arriana se acababa de convertir «a la Iglesia ortodoxa». Y, tras «llorar sólo unos días a la difunta» (Gregorio), desposó a su antigua querida Fredegunde. Ello provocó una terrible enemistad entre las dos reinas, «mujeres dignas de una Mesalina y una Agripina» (Mühlbacher) y una guerra de Venganza sin escrúpulos entre los reyes de Reims y de Soissons.[6]

106

---

[5] Greg. Tur. 4,22 ss.; 4,30; 4,49 s. Taddey 72,197,370,854. Para la problemática civitas-ciudad en la E.M. ver LMA II 2113 s. Schuitze II 128,142. Mühibacher I 38. Dill 170 s. Bodmer 29. Zatschek 14 s. Büttner, Die Alpenpolitik 69. Lówe, Deut-schiand 64, 66 s. Schneider, Kónigswahí 87 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33, 35 s. Más ampliamente Zóllner, Die politische Stellung 57 ss. Ewig, Das Bistum Koln 214. Id., Die frankischen Teilungen 676 ss. Id., Die Merowinger 42 s. Id., Die Merowingerzeit 54 s. Bleiber, Das Frankenreich 122 ss.

[6] Greg. Tur. 4,27 s. LMA IV 1100. Mühibacher I 40.

Especialmente Fredegunde, procedente de una familia de siervos («ex *familia ínfima»)* encaramada a reina y, a lo que parece, dueña por entero de la voluntad del rey, resulta un magnífico ejemplar de la época. Durante largos años fue la amiga íntima del obispo Egidio de Reims, uno de los políticos más activos de Austria, y en ocasiones, protegida también del obispo Regnemond de París, a la vez que experta en asesinatos de gentes de alto rango; una cristiana para la cual casi estuvo a la orden del día la liquidación de reyes, y una de las furias más diabólicas de la historia universal, que triunfó simplemente con la extorsión, la tortura, el puñal y el veneno.

De común acuerdo con el rey Chilperico, hizo asesinar sucesivamente a varias docenas de adversarios influyentes. Sin escrúpulos y más bien con profunda satisfacción caminó sobre cadáveres. Hizo encarcelar a sus víctimas, azotarlas y someterlas a lenta tortura, a la vez que naturalmente se apoderaba de sus tesoros. Las hacía ahorcar, quemar o envenenar. A un sacerdote, que vacilaba en cumplir su orden de asesinato, le hizo cortar las manos y los pies. Hizo ejecutar al obispo Pretéxtate, así como a su propio hijastro Clodovec y a la madre de éste, Audovera. Parece que también intervino en el asesinato del rey Sigiberto, a quien los asesinos contratados por ella hundieron «por los dos costados un cuchillo imponente, un *scramasax»,* que además «estaba impregnado de veneno» (Gregorio). Eso ocurría el año 575 en la corte real de Vitry. Puede que incluso fuera la causante de la muerte de Chilperico, su marido.

Únicamente el rey le impidió que eliminase a su propio hijo Sansón inmediatamente después de darlo a luz, aunque el niño murió con apenas dos años. En Toumay dirimió toda una serie de contiendas entre familias liquidando a sus cabezas. Por su propia mano llevó a cabo un fracasado intento de asesinato contra su hija Rigunte, envió a un clérigo asesino contra Brunichilde y a otros dos curas con puñales envenenados contra Brunichilde y Childeberto. En cierta ocasión llegaron incluso simultáneamente doce criaturas de Fredegunde a la corte real católica, en la cual «por vergüenza de los hombres» tanto a clérigos como a laicos se les cortaban manos, narices y orejas.

Muchos se mataban por miedo a las torturas. «Algunos murieron en el tormento.» El rey Guntram escapó a los «emisarios» de Fredegunde, la cual así y todo, cuando huyó con sus tesoros a París, gozó de la protección del obispo Regnemond. Toda una genuina actitud cristiana. Gregorio de Tours describe ampliamente los crímenes de aquella *«inimica Dei atque hominum»* (enemiga de Dios y de los hombres), que acabó como viuda en el territorio neustrio del reino, cada vez con mayor influencia y luchando con todos los medios hasta su muerte por el reconocimiento de su hijo menor Clotario.[7]

107

Chilperico I: Expediciones militares y cantos espirituales

En las luchas cada vez más importantes entre Chilperico, que buscaba sobre todo un acceso directo a sus enclaves aquitánicos, y Sigiberto, que ambicionaba una

[7] Greg. Tur. 4,28; 4,51; 5,18; 5,22; 5,39; 7,7; 7,20; 8,29; 8,44; 9,34; 10,18. Fredeg. 3,84. LMA IV 885. Taddey 370. Heinsius 15.

porción mayor de la herencia real neustria, éste empezó aliándose con Guntram, que remaba sobre Burgundia primero "en Órleans y después en Chalon-sur-Saóne, donde construyó la iglesia de San Marcelo. Guntram fue especialmente devoto de la Iglesia y, una vez más, por sus numerosas donaciones al clero y la convocatoria de sínodos también fue declarado santo (su fiesta, el 28 de marzo). El piadoso príncipe, tan cruel como cobarde, se mostró como un patrón nada fiable, rompiendo repetidas veces la palabra dada y combatiendo en ocasiones contra uno de sus hermanos y en ocasiones contra el otro. Así, en 573 entró en guerra con Sigiberto por la Provenza, aliándose entonces Guntram (que también opinaba contra los longobardos y que entregó a la Iglesia franco-burgundia las regiones alpinas conquistadas) con Chilperico de Soissons combatiendo de nuevo a Sigiberto de Reims. A sangre y fuego recorrió Teudeberto, hijo de Chilperico, la región de Tours, Limoges, Cahors y demás ciudades, «asolándolas y destruyéndolas, pegó fuego a las iglesias, se apoderó de los vasos sagrados, mató a los clérigos, arrasó los monasterios de hombres, violó a las mujeres y todo lo destruyó. Hubo entonces más gritos y lamentos en las iglesias que en tiempos de la persecución de Diocleciano» (Gregorio de Tours).

A mediados de la década de los setenta emprendió otra expedición militar de destrucción contra el reino de Sigiberto, penetrando hasta Reims, y Sigiberto con el apoyo de tribus paganas del este del Rin marchó contra Neustria. Ocupó París e hizo retroceder a su hermano hasta Tournay. Pero allí, poco antes de la victoria y casi en el momento de su triunfo —los guerreros de Chilperico ya se habían pasado a su bando—, Sigiberto sucumbía a una tentativa de asesinato por parte de dos servidores de Chilperico y Fredegunde, armados con puñales envenenados *(quos vulgo scramasaxos vocant,* vulgarmente llamados scramasax). Ocurrió en Vitry (Artois) en el invierno de 575 y a sus cuarenta años de edad. «Gritó entonces fuertemente, se derrumbó y poco después emitía un último suspiro» (Gregorio de Tours). Chilperico echó mano a Brunichilde, viuda de Sigiberto, y la encerró en un monasterio de Rouen, mientras que a su hija la tuvo presa en Meaux.[8]

108

La eliminación del regente de Reims supuso la anhelada convulsión para los asesinos, que amontonaron triunfos sobre triunfos. Chilperico en medio de aquella confusión y tumulto se anexionó los territorios controvertidos, gobernando desde París dos países: el heredado y el de su hermano Chariberto. Toda la mitad occidental del reino de los francos le estuvo sometida. El rey, que sólo pensaba en su concubina, en el poder y el dinero, trapicheó con las sedes episcopales dándoselas a quienes más ofrecían y aumentó brutalmente los impuestos. Ello provocó un levantamiento en Limoges, que él por supuesto aplastó con la mayor dureza. En su desprecio por la vida humana se asemejó ciertamente «a un César Borgia o a cualquier otro déspota italiano del período renacentista» (Cartellieri).

Un hombre así fue también adicto al cristianismo, luchó denodadamente por la conversión de los judíos y hasta fue autor de un tratado teológico sobre la Santísima

---

[8] Greg. Tur. 4,28; 4,45 ss.; 4,51; 5,1. Fredeg. 3,70 ss. LThK IV^2 1279. Taddey, Lexikon 474. Ullstein Weltgeschichte II 13. Schuitze II 143,151, 162 s. Menzel 1180 ss. Lea III 462. Cartellieri I 73, 84. Bodmer 29, 50. Dill 174 s. Berr 14. Ludwig 19. Zatschek 15 s. Folz, Zur Frage 322 s. Maier, Mittelmeerweit 242 s. Pórtner 26 s. Büttner, Die Alpenpolitik 69 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33. Leutermann 866, 870. Ewig, Die frankischen Teilungen 679 ss. Id., Die Merowinger 43 s. Bleiber, Das Frankenreich 126 ss. Bund 261. Fontal 119.

Trinidad, así como de canciones espirituales. Lo que no impide que quisiera rechazar el dogma trinitario como un antropomorfismo absurdo con esta explicación: «El Padre y el Hijo son el mismo, como también el Espíritu Santo es uno con el Padre y el Hijo». Ni impide tampoco el que pueda ser exagerada la frase que le atribuye Gregorio: «Nadie gobierna más que los obispos, nuestro orgullo ha muerto...», si es que la pronunció alguna vez. Ni impidió, finalmente, que también en sus guerras contra Sigiberto redujese a cenizas los templos cristianos, saquease y destruyese los monasterios y permitiese la violación de las monjas. Así y todo, la Iglesia gozó de libertad en todos los asuntos religiosos. Se pusieron los cimientos para las sucesiones canónicas de los obispos, como en Tours. En los juicios el obispo compartía la presidencia con el conde. Los funcionarios del Estado en general y los mismos reyes estaban en principio sujetos al dictamen moral de los obispos y a su corrección espiritual.[9]

Apenas pudo escapar al destino del apuñalado Sigiberto, su padre, el niño de cinco años Childeberto II (575-596), al que salvó el duque Gundowaido poniéndolo a seguro en Austria. Allí los grandes lo proclamaron rey, gobernando en su nombre el mayordomo Gogo. Pero, evidentemente, tras dos intentos de asesinato quizá con veneno, el sucesor en el trono quedó ya casi moribundo con apenas veintiséis años de edad. Hasta que finalmente fue un instrumento del rey Guntram, que lo adoptó por hijo y heredero como al mayor de la dinastía, tras la muerte de sus propios hijos, e instrumento continuó siendo también en manos de su madre Brunichilde.

Ésta desposó en Rouen a Merovec, hijo del primer matrimonio de Chilperico con Audovera. El obispo Pretéxtate, metropolitano de Rouen, casó en contra del derecho canónico a Merovec su ahijado con la tía del mismo y de acuerdo con él, según parece, «llevó a cabo una verdadera intentona de destronamiento, si es que no planeó un asesinato» (Bund).

109

En la sesión segunda del Concilio de París (577) el rey Chilperico también inculpó al obispo Pretéxtalo de haberle robado joyas valiosas y 5.000 sólidos en oro. Comoquiera que fuese, en la sesión tercera el príncipe de la Iglesia (que poco después fue azotado, desterrado a una isla y el 585 asesinado en una iglesia), postrándose a los pies del rey confesó haber atentado contra su vida.

Mas antes de que los conjurados pudieran aprovechar políticamente su complot, Merovec a instigación sin duda de su madrastra Fredegunde fue excluido de la sucesión; en 576 fue encarcelado, tonsurado y degradado a la condición de presbítero. Cierto que de camino al monasterio de Anisóla (San Calais) lo liberó su compañero de armas Gaileno, pero en 577-578 en una nueva huida, y estando rodeado de enemigos, rogó a Gaileno que lo matase. Y así lo hizo sin titubeos su compañero, por lo cual le cortaron después manos, pies, nariz y orejas torturándolo hasta morir. Los principales instigadores del golpe debieron de ser Egidio, obispo de Reims (que consagró obispo a san Gregorio), y el duque Guntram Boso (un criminal intrigante en cuya eliminación tanto se comprometió después el obispo Angerico de Verdun). Y asimismo fue víctima de Fredegunde un hermano menor de Merovec.[10]

---

[9] Greg. Tur. 4,47; 5,44. Schuitze II 148 ss. Berr 14. Cartellieri I 73 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1 151 ss., espec. 153. Zatschek 17. Maier, Mittelmeerweit 242 s. Dannenbauer II 62. Steinbach, Das Frankenreich 22.

[10] Greg. Tur. 5,1; 5,14; 5,18s.; 8,31; 9,8; 9,10; 9,14; 9,23; 10,19. Fredeg. 3,74; 3,78. LMA II 1816 IV 1794 s.

En 577 Brunichilde pudo escapar de la prisión de Chilperico y huir a la parte oriental del reino, al territorio en que reinaba su hijo Childeberto II, al que indujo a una alianza con Guntram. Pero en 581 el vastago de Brunichilde cayó víctima de un motín en Reims, donde el metropolitano Egidio —un obispo implicado en numerosas intrigas, conjuraciones y crímenes de alta traición— se hizo con el gobierno al frente de algunos grandes señores. Y como Chilperico se puso en marcha sin más y era el hombre fuerte, el príncipe de la Iglesia con los corregentes se acercó a los triunfadores; el propio obispo Egidio presidió la legación. Y al mismo tiempo los oposicionistas de Reims se enemistaban con el rey Guntram, cuya herencia de Chariberto en Aquita-nia conquistó Desiderio, comandante en jefe de Chilperico (581), de manera que Chilperico se hizo entonces con todo el reino de su hermano, muerto en 567.

Mas cuando el rey se dispoma a adueñarse también del territorio de Guntram con ayuda de los tránsfugas de Reims y estableciendo una alianza formal con la regencia de Austrasia para destruir los ejércitos de Guntram, de nuevo cambió el curso de los acontecimientos en dicho territorio a causa de una sublevación del minor populus contra la alianza, aunque esta vez en favor de Brunichilde, que sin duda estaba detrás, y Chilperico hubo de frenar sus pasos. A comienzos del año 484 Guntram devolvió a su nieto a Marsella. Y ese mismo año Chilperico fue asesinado de varias cuchilladas en su palacio de Chelles, cerca de París, una noche a su regreso de una cacería. «Terminaba así una vida llena de crueldades con la muerte que le correspondía» (Fredegar). Y que recuerda mucho la de Sigiberto, su propia víctima. También Chilperico dejaba un hijo menor: Clotario II, que todavía no había cumplido un año. Para él intentó afianzar el gobierno su madre Fredegunde.[11]

110

Los prelados y la alta nobleza se disputan el poder

Chilperico, que para Gregorio de Tours fue el «Nerón y Herodes de su tiempo», fue posiblemente la víctima de los círculos conspiradores de la nobleza de todos sus territorios, y tal vez también de su esposa Fredegunde. Primero le había engañado, en efecto, haciéndole creer que el hijo de ella, Clotario, era un vastago merovingio y asegurarle después, con el apoyo de más de 300 juramentados, civiles y eclesiásticos, y entre éstos tres obispos, la paternidad de Chilperico. Y tras la muerte de los dos hermanos a manos asesinas la lucha se agudizó entre las mujeres de ambos, pese a que (¿o precisamente por ello?) entretanto habían desaparecido del escenario político tantos personajes siniestros.[12]

Dill 124,134,184. Cartellieri I 73. Zatschek 16 s. Sprigade, Die Einweisung 21s. Schneider, Kónigswahí 94 ss. Steinbach, Das Frankenreich 33. Graus, Über die sogenannte germanische Treue 105. Ewig, Die fránkischen Teilun-gen 681. Id., Die Merowingerzeit 54. Id., Studien zur merowingischen Dynastie 19. Id., Die Merowinger 44. Granhn/Hoek, Die fránkische Oberschicht 264 s., 265 ss. Bund 270 ss. Fontal 118 s. Bleiber, Das Frankenreich 128.

[11] Greg. Tur. 6,46; 7,33; 10,19. Fredeg. 3,93. Ullstein, Weltgeschichte II 13. Schuitze II 148. Zatschek 16 ss. Steinbach, Das Prankenreich 33 s. Ewig, Die fránkischen Teilungen 682s., 714. Id., Die Merowingerzeit 54. Id., Die Merowinger 45 s. Grahn-Hoek, Die fránkische Oberschicht 220 ss. Bleiber, Das Frankenreich 128 s. Bund 270 ss.

[12] Greg. Tur. 6,46. Fredeg. 3,93. Menzel 1182. Ewig, Die Merowinger 47.

Así los hijos de Chilperico, habidos de su primer matrimonio con Audovera, habían ya abandonado este mundo. Teudeberto había caído en la guerra de 575 y su cadáver fue saqueado en el mismo campo de batalla. Merovec encontró la muerte en la cacería de Fredegunde. Clodoveo, el último hijastro de ésta fue a parar a una finca apestada. Logró sobrevivir, pero fue acusado de hechicería, encarcelado y estrangulado alevosamente en 580. Horribles torturas padecieron su querida, la madre de ésta y Audovera, la madre de Clodovec, mientras que su propia hermana Besina desaparecía en el monasterio de Poitiers. Libre de sus enemigos más peligrosos, pudo entonces Fredegunde entrar en el juego político con su hijo Clotario, preparando varios intentos de asesinato contra el rey Guntram, contra Childeberto y Brunichilde, e irritada por los fallidos atentados redujo al silencio a los frustrados asesinos. Pero la cabeza dirigente de la conspiración contra la casa soberana de los francos orientales fue el obispo Egidio de Reims, cuyo tesoro rebosaba de oro y plata. Una noche estalló la rebelión. El «pueblo inferior» *(minar populas)* se levantó contra él y contra los duques del rey, por cuanto «vendían su reino y entregaban sus ciudades a la soberanía de otro». Se intentó echar mano al pastor supremo y a los nobles; pero Egidio huyó dejando atrás a todos sus acompañantes, «y tan grande era su miedo que, habiendo perdido una bota del pie, ni siquiera tuvo tiempo de volver a calzársela».

Se recurrió al soborno («dos mil piezas de oro y muchos objetos preciosos»), la alta traición y la maquinación de una guerra civil y fratricida, sobre todo por parte del abad Epifanio, «que siendo conocedor de todos sus planes secretos», hizo confesar al obispo Egidio, tras haberlo negado constantemente, que «como traidor a la majestad merecía la muerte», «pues yo siempre he actuado contra la voluntad del rey y de su madre y por mi consejo se han llevado a cabo guerras frecuentes que desolaron muchas regiones de Galia» (Gregorio). En 590 fue depuesto por el Concilio de Metz y condenado a muerte, mas por intervención de los prelados profundamente entristecidos Childeberto lo desterró a Estrasburgo. Y al abad Epifanio se le relevó de su cargo.[13]

111

Si en la muerte de Sigiberto sus dignatarios, capitaneados por el obispo Egidio, se pasaron al bando de Chilperico, en la muerte de éste fueron muchos los nobles que se pusieron al servicio de Childeberto, hijo de Sigiberto.

Nacido en Pascua, bautizado en Pentecostés y consagrado rey en Navidad, Childeberto II (575-596) apareció en la corte merovingia como una especie de «promesa de la beatificante proximidad divina» (Kari Hauck). (De ello se aprovechó, entre otros, especialmente el obispo Agerico de Verdun, padrino de Childeberto. Cierto que no había podido expulsar «el espíritu impuro» de una muchacha, mas parece que impresionó de tal modo al joven rey con un milagro —una multiplicación del vino—, que éste le hizo grandes donaciones.) Por otra parte, la viuda de Chilperico, a la que entonces abandonaron muchos hombres prominentes, buscó refugio con su hijo de cuatro meses en el obispo Regnemond de París. Y allí se presentó en seguida el rey de Burgundia, a quien ella había llamado en su ayuda en el otoño de 584, que era el único hijo superviviente de los cuatro de Clotario. También

[13] Greg. Tur. 4,50; 5.39; 6,31; 10,19. Schuitze II 145s., 151 s., 155 s., 160 ss. Bod-mer 34, 200. Bund, Thronsturz 269 ss.

san Guntram prometió su protección a Fredegunde, pero pronto desplazó a su hijo de la *«cathedra regni»* quedándose con la mayor parte de la herencia de Chariberto.[14]

Con un estado de cosas cada vez más desolado en los distintos reinos, las continuadas incursiones de guerra y pillaje de los reyes luchando por la propia supremacía, la dinastía merovingia se estaba debilitando, mientras que se fortalecía la clase de los grandes terratenientes feudales, y muy especialmente la clase superior, la alta aristocracia. Ésta ya no se sentía dependiente de la monarquía, sino más bien frenada por ella, siendo los reyes los que necesitaban cada vez más de la alta nobleza sometiéndose a ella poco a poco.

Al igual que entre los gobernantes también entre los grandes señores hubo enfrentamientos armados, ocupaciones de condados y obispados, así como apropiaciones por la fuerza de bienes inmuebles y de braceros casi a diario. Y como las propiedades rurales estaban muy dispersas, hallándose muchas veces en varios reinos, podían pasar ya a un rey ya a otro. Fueron sobre todo las familias dirigentes las que aprovecharon la anarquía cada vez mayor para ampliar sus posesiones y potenciar su fuerza de combate pasando gradualmente al primer plano, hasta que con las continuas luchas por el poder acabaron por dar jaque a los reyes debilitados.[15]

112

La revuelta de Gundowaido y los obispos desertores

Con la muerte de Chilperico rápidamente se hundió todo su régimen. La dirección pasó provisionalmente en 584 al reino de Burgundia. Pero el rey Guntram entró en competencia con el pretendiente Gundowaido en la Galia meridional, que afirmaba ser hijo de Clotario I, quizá de algún matrimonio oculto del rey. Como quiera que fuese tanto Clotario como su hijo Sigiberto le habían cortado su larga cabellera. Ahora, sin embargo, los traidores austrios lo pusieron de nuevo en primer plano.

De su exilio en Colonia Gundowaido, que evidentemente seguía aferrado a su opinión, había huido (antes de 568) a refugiarse junto a Narsés en Italia, y más tarde a Constantinopla. Allí le «invitó» en 581 una embajada, presidida por el duque Guntram Boso, un rebelde intrigante, que regresase a Galia. Abundantemente pertrechado por el emperador Tiberios I, Gundowaido desembarcó en septiembre de 582 en Marsella. Cierto que, sórdidamente traicionado por Guntram Boso, hubo de refugiarse primero en una isla provenzal, ganándose después muchos seguidores especialmente en el sur y oeste del reino; pero en todo ello ya se echó de ver la creciente influencia de la alta nobleza, que iba a determinar el curso de la historia.

La revuelta de Gundowaido fue bien acogida por muchos. Se le unieron príncipes y condes tanto de Neustria como de Burgundia y de Austria. Entre éstos cabe mencionar a Desiderio, duque de Toulouse, y al duque de Bladst, dos grandes de Chilperico I; a Eunio Mummolo, un duque del rey Guntram y su mejor comandante en jefe; a Guntram Boso, duque de Childeberto II; y a Waddo, mayordomo de la hija del rey Rigunthe. También fueron muchos los prelados que se pasaron de campo.

Inmediatamente después de desembarcar Gundowaido en Marsella lo recibió con

---

[14] Greg. Tur. 7,4 ss.; 7,44; 9,8. LMA II 1816. Steinbach, Das Frankenreich 34. Ewig, Die fränkischen Teilungen 714. Id., Die Merowinger 47.

[15] Bleiber, Das Frankenreich 126 ss., 136 ss.

los brazos abiertos el obispo del lugar Teodoro, acogiéndolo «con la máxima benevolencia» y poniendo a su disposición una mesnada de caballeros. Los obispos Nicasio de Angouléme y Antidio de Agen se pasaron asimismo a Gundowaldo. Se le unió también un tal obispo Epifanio (de diócesis desconocida), por lo que Guntram lo puso en prisión, donde «tras muchos sufrimientos murió». Cada vez fueron más los magnates que engrosaban las filas de Gundowaido. Hizo grandes donaciones y pronto se adueñó de casi toda Aquitania. El obispo Sagitario de Gap se contó entre sus confidentes más allegados. Igualmente el obispo Bertram de Burdeos, que — de nuevo según el testimonio de Gregorio de Tours— «estuvo unido al rey con estrecha amistad», pese a ser pariente (por parte de madre) del rey Guntram, por lo que éste le echó en cara que hubiese introducido en la propia parentela la peste extranjera *(pestem extraneam).*

113

También mantuvo el obispo Bertram de Burdeos una estrecha amistad con la reina Fredegunde; parece ser que el príncipe de la Iglesia la consoló mucho. Él y el obispo Paladio de Saintes se echaron en cara en la mesa real, y para satisfacción de muchos, sus lascivias, adulterios y perjurios.

Y también el obispo de Saintes, «que ya había engañado frecuentemente al rey», mediante un triple perjurio, así como el abad de Cahors, a quien Guntram haría después azotar y encarcelar, apoyaron al rebelde. En el este muy probablemente el obispo Egidio de Reims se pasó a su vez a los conjurados. Según Fredegar, en Burgundia lo hicieron sobre todo el obispo Siagrio de Autum y el obispo Flavio de Chalon-sur-Saóne.[16]

En diciembre de 584 se proclamó rey al pretendiente en Brives-la- Gaillarde (Limousin) mediante la elevación sobre el escudo. Pero a comienzos del año siguiente hubo una nueva aproximación entre Guntram y Childeberto II, que a sus quince años había alcanzado la mayoría de edad. El mayor de la dinastía merovingia renovó el nombramiento de Childelberto como heredero suyo, movilizó un ejército y penetró hasta el País Vasco. En el extremo meridional de Aquitania, en St-Bertrand-de-Cominges (Lugdunum Convenarum), ya en la región prepire-naica, Gundowaido fue sitiado por sus secuaces, a cuyo frente figuraban el duque Eunio Mummolo y el obispo Sagitario, traidores una vez más, y en un intento de evasión fue asesinado alevosamente. Cariatto, el portaespada de Guntram, que —según cuenta Fredegar— «había fomentado todo este asunto, obtuvo como recompensa la sede episcopal de Ginebra». El cadáver de Gundowaldo fue profanado y dejado insepulto.

Los traidores, «los hombres más prominentes de la ciudad», arramblaron con todos los tesoros, incluidos «los vasos sagrados de las iglesias», y después mandaron abrir las puertas. El ejército de Guntram irrumpió en la ciudad y degolló «a todo el pueblo»; «a los sacerdotes del Señor con sus acólitos los mataron al pie de los altares de las iglesias. Después de que todos hubiesen sido aniquilados sin que quedase ningún varón, pegaron fuego a la ciudad con las iglesias y demás edificios hasta no dejar piedra sobre piedra».

La acción de san Guntram (su fiesta el 28 de marzo), que sin embargo mantuvo

---

[16] Greg. Tur. 5,49; 6,24; 7,28; 7,30 s.: 7,36; 8,2; 8,7. Fredeg. 3,89. LMA IV 1989. 1792. Ewig, Die Merowinger 45,47. Bleiber, Das Frankenreich 129 s. Scheibeireiter, Der Bischof 226. Comp. asimismo la nota siguiente.

las mejores relaciones con los obispos, la elogia Gregorio de Tours como «bondadosa y siempre inclinada a la compasión», y a él se le exalta como «rey y sacerdote». De hecho Guntram pudo actuar sin misericordia contra los grandes rebeldes o contrarios, haciéndolos degollar o lapidar sin previa investigación. Se adueñó entonces de una gran parte de Aquitania y juzgó con dureza a los señores civiles que se habían apartado de su obediencia, mientras que curiosamente se mostró clemente con los prelados asimismo desertores. Al comandante en jefe Eunio Mummolo y al obispo Sagitario les mandó matar.[17]

114

El rey Guntram prueba su santidad

Aquellos príncipes católicos en la lucha no retrocedían ni siquiera ante la destrucción de las iglesias, como testifica a menudo precisamente el obispo Gregorio. Los duques del rey Childerico, Desiderio y Bladst (este último «hasta copulaba con frecuencia» en el atrio de la iglesia de San Hilario de Poitiers), devastaron en 583 el territorio de la ciudad episcopal de Bourges, que supuestamente lanzó al combate a 15.000 hombres, «en un terrible baño de sangre, en el que cayeron por ambos bandos más de siete mil. Con el resto del ejército los duques penetraron en la ciudad, arrasándolo y destrozándolo todo y provocando tal devastación como jamás se había oído desde tiempos inmemoriales: no se perdonó ni casa ni viña ni árbol alguno, siendo todo incendiado, destruido y aniquilado. Se adueñaron de los vasos sagrados de las iglesias y pegaron fuego a los mismos templos».

En 585 las tropas de san Guntram atacaron la iglesia de San Vicente de Agen, «rebosante de tesoros de toda índole, que pertenecían a los habitantes de la ciudad, pues habían esperado que unos cristianos no dañarían la iglesia de un mártir tan grande. Aun así, se habían cerrado cuidadosamente las puertas. Mas al irrumpir el ejército y no poder abrir las puertas del templo, le pegaron fuego sin tardanza y después de haber destrozado las puertas, se apoderaron de todos los tesoros y vasos que allí se encontraban, llevándose consigo los utensilios sagrados del templo». Y en la ciudad conquistada de Cominges la misma soldadesca católica degolló a los sacerdotes con sus servidores al pie de los altares de las iglesias incendiándolas después. Incluso en el territorio de Guntram, en las regiones de las cuencas del Saona y del Ródano, las iglesias fueron saqueadas y los sacerdotes asesinados.[18]

Y, como queda dicho, Guntram era un santo. Un santo del que Gregorio escribe en una ocasión: «hablaba continuamente de Dios y de la edificación de iglesias», pero que al mismo tiempo cumplió el último deseo de su esposa la reina Austrichilde: matar a espada a los médicos que no habían podido curarla. Hallándose in extremis,

---

[17] Greg. Tur. 6,36; 7,10; 7,27 ss.; 7,34 ss.; 7,38; 8,2; 9,21. Fredeg. 3,89. LThK IV 750. LMA III 84, IV 1792,1794s. Schuitze II 135,154 s., 161. Bodmer 15 s., 50 s. Dill 195 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 73 s. Sprigade, Die Einweisung 19 s. Id., Absch-neiden 147 s. Antón, Fürstenspiegel 53. Zollner, Die politische Stellung 113. Steinbach, Das Frankenreich 34. Ewig, Die fránkischen Teilungen 683 ss-, 703 ss. Id., Die Merowinger und das Imperium 33 ss. Id., Zum christiichen Konigsgedanken 19. Id., Die Merowinger 47 s. Bund 277 ss. Grahn-Hoek, Die fránkische Oberschicht 232 ss.

[18] Greg. Tur. 5,49; 6,31; 7,10; 7,35; 7,38. Schuitze II 147. Berr 15.

«en las últimas», demandó «con un sollozo profundo a su compañero, junto al lecho de muerte», el juramento de que su muerte «no quedaría impune»; y ese piadoso juramento cristiano «lo cumplió puntualmente el bravo rey Guntram», dice el no menos bravo Daniel-Rops que ve ese crimen escalofriante «sazonado con un cierto humor negro». Según Fredegar, los médicos fueron antes sometidos por orden del rey a «diversas torturas» *(diversispoenis).* San Gutram hizo ejecutar asimismo a los hijos de Magnacar, un noble franco, pasando naturalmente todos sus bienes «al tesoro real»; y todo ello sólo por haber difamado a la reina, que también en el propio Gregorio aparece como una «mujer desvergonzada» y con un «alma desvergonzada».[19]

115

Tras la eliminación de Gundowaido los nobles rebeldes de Austria y Neustria continuaron la lucha contra Guntram, contra Brunichilde y contra Childeberto, que ya había alcanzado la mayoría de edad y que había escogido como residencia principal la ciudad de Metz junto al Mosela, en vez de Reims. Varios intentos por asesinar a Guntram y a la reina fracasaron. Y tras el nacimiento de Teudeberto y Teuderico, hijos de Childeberto, los años 586 y 587, los conjurados austrios planearon también la eliminación de Childeberto y la supresión de sus retoños. Entre los revolucionarios a las órdenes del duque Rauching de Champagne se contaba una vez más el obispo Egidio de Reims. Pero Guntram, que debía ser depuesto, se olió el asunto, avisó a Childeberto, que los eliminó. Llamó a Rauching e inmediatamente después de la audiencia, al abandonar la sala, dos porteros le rompieron las piernas.

«Inmediatamente los que ya estaban apostados y dispuestos se lanzaron sobre él con sus espadas y le machacaron la cabeza de forma que apareció toda la masa encefálica.» Los tesoros de Rauching, que según parece superaban a los del rey, se los apropió éste.[20]

El clan real, Childeberto II, su mujer Faileuba, su madre Brunichilde y su tío Guntram se encontraron en la frontera de los dos países, en el castillo de Andelot, y el 28 de noviembre de 587 firmaron un pacto de sucesión recíproca, que reforzaba la solidaridad entre las casas soberanas francoburgunda y austria y regulaba diversas contiendas territoriales así como el problema de la sucesión: el tío o nieto superviviente gobernaría en el reino del otro y lo mismo harían sus sucesores.[21]

El acuerdo de Andelot tuvo sobre todo consecuencias de política interna. Pero Guntram acabó triunfando también en todos los enredos de política exterior, especialmente con los longobardos y los visigodos, con los que estaba implicado desde hacía tiempo.

Así, ya entre 569 y 575 el santo, que sabía defenderse, había rechazado una y otra vez a las tropas longobardas que irrumpían por los pasos de los Alpes occidentales. Con aquellas correrías, no especialmente preparadas, contra Provenza y Burgundia meridional arrasaron y pasaron a sangre y fuego cuanto pudieron encontrar a su paso. Repetidas veces fueron casi aniquiladas por obra sobre todo de Eunio Mommolo, generalísimo de Guntram, como ocurrió en medio de los bosques de Em-brun por un ejército franco, en el cual también combatieron los obispos de Embrun y de Gap personalmente y del que «muchos fueron muertos». En otra ocasión Mummolo,

---

[19] Greg. Tur. 4,25; 5,17; 5,35; 9,20. Fredeg. 3,82. Daniel-Rops 317.
[20] Greg. Tur. 9,9; 10,19. Ver también la nota siguiente.
[21] Greg. Tur. 9,11; 9,20. Ewig, Die Merowinger 48,50. Bleiber, Das Frankenreich 132.

según san Gregorio, llevó a cabo una matanza en Provenza acuchillando «a muchos miles, sin que cesase el derramamiento de sangre hasta el anochecer, hasta que la noche puso fin a la mortandad». También combatieron los francos en el sur, no sin las correspondientes ampliaciones del territorio, anexionando Guntram a su reino la región limítrofe del norte de Italia, así como dos obispados de la iglesia franca: el ya existente de Aosta y el de nueva fundación de Saint-Jean-de-Maurienne. Algo más tarde seguiría el obispado de Wallis.[22]

116

AFANES BELICOSOS DE LOS PAPAS

Por aquella época reinaba en Roma Pelagio II (579-590), que más tarde murió de peste. Había sido elegido papa mientras los longobardos asediaban la ciudad. Y así se apresuró a pedir auxilio, tanto al emperador Tiberios II (578-582) como al rey Guntram. Los invasores arríanos no sólo combatían al imperio romano, sino también la Iglesia y la jerarquía romanas, asociadas con él (y no tanto la fe católica desde hacía ya mucho tiempo). Y perseguían la unificación de Italia con Roma como capital. Eso lo había conseguido el papa con su influencia, pues de otro modo no habría sido más que el primado de una iglesia territorial. Y así se llegó al primer afán belicoso papal dirigido a los francos. Lo cual iba a crear escuela...

Pelagio envía entonces unas reliquias al obispo franco Aunacar de Auxerre, al tiempo que solicita apremiantemente la intervención de los reyes francos en favor de Roma. Se irrita contra los «idólatras» longobardos y escribe que sería justo y conveniente «que vosotros, otros miembros de la Iglesia católica, unidos en un cuerpo bajo la dirección de una cabeza, os apresuraseis con todas vuestras fuerzas en ayuda de nuestra paz y tranquilidad por causa de la unidad del Espíritu Santo. Pues no consideramos inútil *(ptiosum)* sino admirablemente dispuesto por la providencia divina el que vuestros reyes sean iguales al *imperium romanum* en la confesión de la recta fe; y que así surgiesen auxiliares cercanos a esta ciudad y a toda Italia. Cuidad, pues, querido hermano, de que vuestro amor no se muestre tibio cuando Dios ha dado el poder a vuestros reyes para ayudamos...». Y al final insiste de nuevo: «Os exhortamos, pues, a que liberéis los santuarios de los Apóstoles, cuya fuerza buscáis, de la contaminación de los paganos, en la medida y prontitud que está en vuestras manos, y solicitéis apremiantemente a vuestros reyes a que rompan lo más pronto posible con la amistad y alianza del perverso enemigo, los longobardos, con decisiones saludables, a fin de que cuando llegue el tiempo de la venganza, que de la misericordia de Dios esperamos cercano, no sean hallados como sus cómplices».[23]

117

Pero ni las misivas ni las reliquias enviadas surtieron efecto. Las luchas en que estaban implicadas las fuerzas dentro del propio territorio impidieron la intervención

---

[22] Mar. Avent. Chron. ad a. 569; 574. Greg. Tur. 4,42. Fredeg. 3,68. Schuitze II 129 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 56 ss. Holtzmann, Italienpolitik 17 s., 21 s. Büttner, Die Alpenpolitik 79 ss. Lohiein 53 ss.

[23] JK 1048 (MG Epist. III 448 n.° 9). Migne 72, 705. Comp. asimismo la carta II de Pelagio a Aunachar del 586: JK 1057 (MG Epist. III 449 n.° 10). Migne 72, 744. LThK VIII[1] 66. Fichtinger 312. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens II 167.

de los francos.

Ni fue únicamente con los longobardos, «esa nación impía» —como escribió a su sucesor Gregorio en 584, en Constantinopla—, aunque los longobardos eran cristianos desde mucho tiempo atrás, con los que Pelagio tuvo que ver. También pidió la ayuda del Estado contra el obispo de *Forum* Sempreonii (Fossombrone). Primero quiso encerrar en un monasterio al obispo recalcitrante, después hubo de conducirlo por la fuerza a Roma el *magister militum* Juan. También los obispos de Vene-cia y de Istria se enfrentaron al papa. Pertinazmente se mantuvieron en las concepciones cismáticas, que habían sostenido desde los tiempos del papa asesino Vigilio y de la disputa de los Tres Capítulos. Y así quiso también Pelagio arrastrar hasta Roma o ante la presencia del emperador a los poderosos arzobispos de Milán y de Aquileya, los prelados más poderosos del norte, que evitaban el trato con él; y con ese fin requirió la ayuda de Narsés y de otros generales. Pero los esfuerzos papales, a una con varias misivas de Gregorio, el futuro papa que justificó extensamente la condena de los Tres Capítulos, no tuvieron éxito. A pesar de las repetidas «medidas policiales», que «dieron firmeza... a las exhortaciones papales» *(Lexikon fiir Theologie),* el cisma del norte de Italia se mantuvo, incluso más allá del pontificado de su famoso sucesor.[24]

En 584 Pelagio II llamó de nuevo a los francos. Y ahora estalló la guerra, debido especialmente a que el emperador oriental Maurikios (582-602), recién coronado, renovó con los francos una alianza que iba contra los longobardos. El bizantino, a quien Pelagio solicitó asimismo ayuda militar, pagó al rey Childeberto II el hijo sin escrúpulos de Sigi-berto, que no se detenía ante ningún pacto, la considerable suma de 50.000 sólidos de oro, para que expulsase a los longobardos. Estalló entonces una guerra de siete años (584- 591), aunque con algunas treguas.

De primeras el rey invadió Italia (584), los longobardos se comprometieron a pagarle un tributo anual de 12.000 sólidos, a Childeberto. Después el emperador Maurikios quiso recuperar su dinero; pero «ni siquiera obtuvo respuesta» (Paulo el Diácono), y menos aún el dinero. Así que en 585 hubo otra incursión. Mas como Childeberto tenía sus proyectos contra los visigodos, rápidamente se reconcilió con los longobardos; más aún, prometió su hermana Clodosvinda a su rey Authari, que le recompensó largamente. Pero, cuando al año siguiente (586) se convirtió al catolicismo el rey de los visigodos Recaredo —con lo que la política austria «alcanzaba la meta de sus deseos» (Büttner)—, Childeberto cambió una vez más sus planes, evidentemente por motivos religiosos. Y ahora prometió su hermana Clodosvinda —que todavía no se había desposado con Authari, el rey longobardo y amano— al católico Recaredo, a la vez que enviaba embajadores a Bizancio para anunciar la continuación de la guerra con los longobardos.[25]

118

También procuró Childeberto movilizar a su tío Guntram contra los longobardos. Cierto que éste se negó, perp a pesar de ello Childeberto y Brunichilde armaron un cuerpo expedicionario, al tiempo que enviaban las cartas correspondientes al

---

[24] Wetzer/WeIte VIII 264. LThK VIII' 66. LMA III 1382. Denzinger, Enchiri-dion Symbolorum 113 ss. NUM. 246 s. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens 1397 ss. SeppeltII 13.

[25] Greg. Tur. 6.42; 8,18; 9,25. Fredeg. 3,92. Paulo Diác. Hist. Lang. 3,17; 3,22; 3,28 ss. Juan Biclar. a. 584. LMA II 1816. Schuitze II 131 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 61 ss. Kornemann II 455 s. Holtzmann, Italienpolitik 22 ss. Büttner, Die Alpenpolilik 76 s. Id., Frühmittelalterhches Christentum 126.

emperador y también, significativamente, a los obispos de Constantinopla y de Melitene así como al *apokrisiar* de la sede pontificia en Constantinopla. Otra misiva al arzobispo de Milán le rogaba que informase al exarca de Ravenna de la inminente campaña militar, a fin de que a su vez se preparase contra los Idngobardos. Estos querían ciertamente evitar el conflicto y enviaron una embajada con regalos a Childeberto en estos términos: «Haya paz entre nosotros: no nos destruyas y te estaremos sujetos y te pagaremos un determinado tributo». Pero los francos marcharon contra ellos, y en 588, sufrieron tal derrota «que no se recuerda una semejante desde los tiempos antiguos», según Gregorio de Tours.[26]

Pero pronto irrumpieron de nuevo en Italia con un gran reclutamiento de tropas a las órdenes de veinte duques; devastaron y asesinaron por doquier, como más tarde los caballeros cruzados, empezando ya por su propio territorio, «hasta el punto de que podría pensarse que guerreaban contra su propia tierra» (Gregorio). En Italia, por el contrario, en alianza con el exarca de Ravenna, sólo tuvieron éxitos parciales, aunque su irrupción no quedó ya limitada a una algarada de saqueo, sino que fue una guerra entre dos frentes perfectamente definidos. Mediante un amplio movimiento de tenaza intentaron acabar con los longobardos y reconquistar los territorios que en tiempos había ocupado Teudeberto I. Cierto que en múltiples combates obtuvieron las zonas de tierra abiertas o no fortificadas de Italia septentrional así como numerosos burgos haciendo numerosos prisioneros; pero fracasaron en la mayor parte de las ciudades fortificadas y especialmente en Pavía, sufrieron además disentería y hambre, por lo que minados por las enfermedades y privaciones hubieron de volverse atrás. De todos modos en 591 Childeberto impuso a los longobardos un nuevo tributo anual de 12.000 chelines de oro. Lo pagaron casi treinta años, hasta que Clota-rio II lo canceló en 617-618 con el pago único del monto correspondiente a tres años.[27]

El acontecimiento eclesiástico-político más destacado en los once años del pontificado de Pelagio fue la conversión en España de los visigodos arríanos al catolicismo bajo Recadero. Y mientras los ostrogodos, el pueblo hermano germánico oriental, era borrado de la historia por los gobernantes católicos, los visigodos convertidos al catolicismo se destruían a su vez más y más.

---

[26] Greg. Tur. 9,11; 9,20; 9,25; 9,29. Paulo Diác. Hist. Lang, 3,22; 3,29. Schuitze II 131. Hartmann, Geschichte Italiens II 69 ss. Büttner, Frühmittelalterliches Christentum 126.

[27] Greg. Tur. 9,29; 10,3; Paulo Diác. Hist. Lang. 3,31. Fredeg. 4,45. Schuitze II 131 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 72 ss. Holtzmann, Italienpolitik 25 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 77 ss. Id., Frühmittelalterliches Christentum 126 ss. Ewig, Die Merowinger 49. Misch 116.

118

CAPÍTULO 6. LA CONVERSIÓN DE LOS VISIGODOS AL CATOLICISMO

«Ningún otro país del mundo occidental experimentó una transformación tan profunda y duradera por parte del cristianismo como España.

WILLIAM CULICAN[1]

«En el período católico el clero hispanorromano alcanzó una influencia decisiva... La cultura superior del alto clero toledano y el carácter moderado de los gobernantes, que se esforzaron celosamente por adecuarse a las decisiones de los concilios de Toledo, fueron las causas naturales de esta forma práctica de gobierno...»

ANTONIO BALLESTEROS Y BERET-I-A[2]

121

La fundación del reino visigótico en España

Tras la derrota de Poitiers (507) a manos de Clodoveo, el gran reino tolosano se derrumbó por completo y los visigodos, expulsados casi por entero de Francia meridional, se concentraron en España, donde habían conquistado una provincia tras otra. Desde 473 eran dueños de toda la península, con excepción del pequeño reino suevo del noroeste y de los territorios vascos del golfo de Vizcaya. Su nueva capital fue Toledo, que suplantó a Toulouse.

Pese a que los visigodos eran cristianos desde largo tiempo atrás, habían adoptado —según Gregorio de Tours— «la abominable costumbre de asesinar al rey que no les agradaba y poner el que les venía en gusto». De hecho el regicidio hizo estragos, mientras que los homicidios y asesinatos «estaban a la orden del día» (Claude). Del total de 37 reyes visigodos, 17 fueron asesinados o depuestos. Al extinguirse la dinastía de Eurico fueron pasados a cuchillo, uno tras otro, en la plaza mayor, en palacio, durante un banquete, Amalarico (531), Teudis (548) y Teudegi-sel (549).

Mas la Iglesia católica contó como la única comunidad creyente ortodoxa y también religiosamente pudo desarrollarse con toda libertad. «Aunque era un hereje —escribe Isidoro, obispo de Sevilla del rey Teudis—, salvaguardó la paz de la Iglesia y hasta otorgó permiso a los obispos católicos... para que ordenasen en libertad y a su criterio lo que era necesario para la disciplina eclesiástica.» Con excepción de Eurico aquellos reyes arríanos fueron tolerantes, y lo fue también Agila, sucesor de Teudegisel.[3] Pero contra aquél se rebeló en 551, apoyado principalmente por los

[1] Culican 189.

[2] Ballesteros 56.

[3] Chron. Caesar Aug. a. 531. Jord. Get. 58. Greg. Tur. 3,30. Fredeg. 3,42. lsd. Sev. Hist. Got. 40 ss. LMA I 206 s. IV 1573. HEG I 236 s. Buchner, Germanentum 154. Stroheker, Germanentum 97, 168, 209. Maier, Mittelmeerweit 209. Dannen-bauer II 22 s. Conrad 80. Scháferdick, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 22 s. Thompson, The Goths 12 ss., 18 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 57 s. Id., Adel, Kirche 48 s., 56 ss., 63. Bund 554 ss. Mas también respecto de Eurico escribe Gert Haendier: «No se puede

católicos romanos del sur, el noble godo Atanagildo. Y como no pudiera imponerse en la guerra civil contra el rey, llamó en su ayuda a las tropas del emperador católico Justiniano, «a las que después pese a todos sus esfuerzos no pudo ya alejar de su reino, y hasta el día de hoy continúan las luchas contra ellas», escribe el obispo Isidoro.

122 Ya en el verano de 552 desembarcó un cuerpo expedicionario a las órdenes del patricio Liberio. En breve ocupó toda la parte suroriental de la península ibérica: Málaga, Cartagena, Córdoba... En 554, y en compañía de Atanagildo, infligió cerca de Sevilla una grave derrota al rey Agila, a quien sus partidarios acabaron asesinando en Emérita (Mérida) en la primavera de 555, para pasarse a Atanagildo (555-567), el primer antirrey legítimo en la historia visigótica. Poco antes de morir Atanagildo, que había combatido repetidas veces contra los bizantinos, sus pasados asociados, muerte que ocurrió en Toledo en junio de 567 —siendo el primer rey visigodo desde Eurico que moría en cama—, casó a sus dos hijas Brunichilde y Gaisvinta con los merovingios católicos Sigiberto de Reims y Chilperico de Soissons, para mantener la paz con los francos.[4]

Liuva I, sucesor de Atanagildo, elegido rey a finales de 567 por los nobles godos en la Narbonne septimana, nombró ya al año siguiente a su hermano Leovigildo (568-586) como su sucesor y correinante, quedando a su muerte como único gobernante (572). Pero ya al año siguiente nombró corregentes a sus hijos Hermenegildo y Recaredo.[5]

La refundación del reino visigótico la consiguió el arriano Leovigildo, no sin la correspondiente brutalidad. En esto bien podemos creer a los cronistas católicos. «Asesinó a los más notables y poderosos o les privó de todos sus bienes, despreciándolos y enviándolos al destierro», escribe el obispo Isidoro. Y Gregorio de Tours afirma: «Leovigildo mató a todos aquellos que estaban acostumbrados a eliminar reyes, sin dejar varón alguno».[6]

El gobernante cristiano prolongó la guerra año tras año. En 570-571 expulsó a los romanos de Oriente, las tropas de ocupación bizantinas en el sureste de la península. En 572 tomó Córdoba. Después eliminó una tras otra a todas las tribus sofocando cualquier autonomía regional. En 574 sometió Cantabria, en 581 conquistó los territorios vascos y en 585 aniquiló el reino de los suevos.[7]

La conversión al catolicismo de los suevos

---

hablar de una propaganda visigótica en favor de la confesión del homoúsios (igualdad de naturaleza entre Padre e Hijo)». Die abendiándische Kirche 105. Comp. también 108.

[4] Greg. Tur. 4,8; 4,27. Fredeg. 3,47 s. Isid. Hist. Got. 46 s. LMA I 206; 1159 V 1950. Stroheker, Germanentum 135 s,. 209 ss. Buchner, Germanentum 155. Thompson, The Goths 17 s., 324. Claude, Geschichte der Westgoten 58 s. Id., Adel, Kirche 49 s. Bund 557 s. Altamira 163 s.

[5] Greg. Tur. 4,38; Juan Biclar. ad a. 568 s.; 573. Fredeg. 3,63. Isid. Hist. Got. 49; 54. Stroheker, Germanentum 136 s. Buchner, Germanentum 136 s. Thompson, The Goths 18 s., 59. Claude, Adel, Kirche 55, 59 s., 66.

[6] Greg. Tur. 4,38. Isid. Hist. Got. 51.

[7] Isid. Hist. Got. 49; 54. LMA V 1903.

Los suevos, que inicialmente habitaban en el territorio del Havel y del Spree y a los que César menciona por vez primera, llegaron el año 409, al mando de su rey Hermerico, a España con los alanos y los vándalos. Allí crearon en el norte y noroeste de la península su propio reino, con la provincia romana de Gallaecia (Galicia) como centro. Sólo hacia 450, en el reinado de Requier, se convirtieron al catolicismo, y en siglo y medio —período del que sabemos muy poco— cambiaron cuatro veces de confesión, haciéndose arríanos, otra vez católicos y otra vez arríanos, hasta que al disolverse entre los visigodos pasaron definitivamente al catolicismo el año 589.[8]

123 El frecuente cambio de fe demuestra la poca importancia que la confesión creyente tenía para los suevos. Cuando paganos no persiguieron al cristianismo, y de arríanos tampoco persiguieron a los católicos. Y de católicos, en cambio, guerrearon como los gentiles o los arríanos. Su primer rey católico, Requier (448-456), casó con una princesa arriana, una hija de Teodorico I, y llevó a cabo más guerras y *razzias* que su padre pagano.

Saqueó y asoló el País Vasco, la región de Zaragoza, la provincia Carthaginensis y, de manera especial y repetidas veces quebrantando un tratado de paz, la provincia Tarraconensis, donde hizo gran cantidad de prisioneros. Finalmente fue batido por completo y ejecutado por el visigodo Teodorico II, al que repetidas veces había recurrido.[9]

El año 457 los visigodos mataron también al gobernador de los suevos, Agivulfo, que ellos mismos habían nombrado, por haber intentado independizarse. Su antagonista el rey suevo Maldra, un fratricida, fue asesinado entre 458 y 460, probablemente por su sobrino Frumari, a quien a su vez intentó eliminar aunque sin éxito Remismundo, hijo de Maldra.[10]

Un cristianismo estimulante, como en todas partes. Y también entre los visigodos, entre los que Leovigildo también oprimió a los campesinos desollados y rebeldes, asolando por doquier, conquistándolos e incorporándolos a su dominio.

El arriano Leovigildo y la oposición católica

Pero Leovigildo, el último rey arriano de los visigodos, reforzó ciertamente el poder de la corona. Mejoró el sistema monetario, y revisó las leyes completando deficiencias y eliminando aspectos superfluos. Fue el primer príncipe germano que fundó ciudades, a la más importante de las cuales la llamó Reccápolis, del nombre de su hijo Recaredo (en el curso superior del Tajo). Durante su reinado de dieciocho años volvió a unificar el reino visigodo, que estaba resquebrajándose. Incluso san

---

[8] Hydat. Chron. min. 2,25. Isid. Hist. Got. 85 ss. HEG I 243. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 29. Schmidt, L., Die Westgermanen 128, 192. Schmidt, K.D., Die Bekehrung der Ostgermanen 373 ss. Thompson, Christianity and the Northern Barbarians 71. Id., The End of Román Spain 18 ss. (supone que los suevos eran los mismos que los quados). Sprigade, Die Einweisung 46. Maier, Mittelmeerweit 126 s. Kawerau, Geschichte der mittelalterlichen Kirche 29.

[9] Isid. Hist. Got. 87. Schmidt, K.D., Die Bekehrung der Ostgermanen 374 ss. Schmidt, L., Die Westgermanen 208 s., 227 ss. Ballesteros 39 s. Voigt, Staat 147. Claude, Geschichte der Westgoten 124. Bund 159 s. Scháferdiek, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 82 ss., 108 s., 112 ss,

[10] Isid. Hist. Got. 88 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 124. Bund 161.

Isidoro de Sevilla, que achaca los éxitos de Leovigildo al favor del destino y a la valentía de su ejército, admite que los godos, reducidos hasta entonces en España a un pequeño rincón, llegaron a ocupar la mayor parte del territorio. «Sólo el error de la herejía oscureció la fama de su bravura.»[11]

Ése era naturalmente el punto decisivo: «el pernicioso veneno de esa doctrina», la «peste mortal de la'herejía». «Lleno de la furia de la infidelidad arriana persiguió a los católicos y desterró a la mayor parte de los obispos. Privó a las iglesias de sus ingresos y privilegios y mediante métodos de terror empujó a muchos a que se pasasen a la pestilencia arriana y a muchos más se los ganó sin persecución alguna con oro y regalos.

124

Además de otras depravaciones heréticas osó incluso rebautizar a los católicos, y no sólo a laicos sino también a miembros del estado sacerdotal, como a Vicente de Cesaraugusta, al que hizo de un obispo un apóstata, precipitándolo como si dijéramos del cielo al infierno.»[12]

En realidad, y frente al catolicismo radicalmente intolerante, pues ya se había afianzado en el reino visigótico, Leovigildo llevó a cabo una política probada de distensión. Durante su reinado se fundaron muchos monasterios y se edificaron muchas iglesias. Personalmente el rey dotó de bienes raíces al abad Nanctus y a sus monjes, llegados de África. Más aún, transigió teológicamente con los católicos mediante ciertas concesiones en la doctrina trinitaria.

No fue sólo eso. Oró en las iglesias católicas y en las tumbas de sus mártires. «A todas luces había que lograr... un equilibrio pacífico» (Haendler). Y aunque tales intentos de mediación fracasaron evidentemente, también pudo reaccionar violentamente y privar a las iglesias católicas de ingresos y bienes en favor de las arrianas. Sólo se volvió contra el clero, no contra los católicos en general. Y la pena más severa documentada no fue, por ejemplo, la ejecución, como afirma Gregorio de Tours, sino el destierro. Incluso durante los años de la rebelión de los católicos, entre 580 y 585, la *religio romana* sí sufrió daños notables, mas no decisivos.[13]

Leovigildo, que tenía dos hijos de su primer matrimonio, casó a Hermenegildo (579) con la joven princesa franca Ingunde, hija del rey Sigiberto I de Metz y de Brunichilde. Cuando ésta y su hermana Gaisvintha de la casa real visigótica casaron con los reyes francos Sigiberto I y Chilperico I, ambas abandonaron el arrianismo y se hicieron católicas. Y ahora se esperaba, naturalmente, que la católica Ingunde abrazase la fe arriana. Mas apenas la muchacha, que tenía entonces doce años, cruzó la frontera visigótica a comienzos de 579, ya le salió al encuentro Fronimio, que era obispo del Agde septimano y la exhortó «a no dejarse inficionar jamás por el veneno de la fe herética».[14]

Tampoco en la corte de Toledo dejaron los católicos de importunar en tal sentido

---

[11] Isid. Hist. Got. 49 ss. Thompson, The Goths 49 ss.

[12] Isid. Hist. Got. 50; 90.

[13] Greg. Tur. 6,18; 6,43; in glor. confess. 12. Juan Biclar. ad a. 570 ss., 580, 584, 585. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 174 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 309,377. Schmidt, L., Die Westgermanen 214 ss. Buchner, Germanentum 155. Stroheker, Germanentum 147 ss., 169 ss., 178 ss., 230. Claude, Geschich-te der Westgoten 66 s. Sprigade, Die Einweisung 46 ss. Altamira 165 ss. Thompson, The Goths 60 ss., 87. Bund 162 s. Haendier, Die abendiándische Kirche 108.

[14] Greg. Tur. 4,27 s.; 5,38; 9,24. Fredeg. 3, 82 s. Thompson, The Goths 18, 64 s. Altamira 168.

a la recién casada. Como en tantas otras ocasiones también entonces las diferencias confesionales pusieron en peligro (y dividieron) el reino visigótico. La madre de Hermenegildo era hija del comandante de la provincia Carthaginensis, en el sur de la península, provincia bizantina y celosamente católica. Sus tíos eran los tres obispos católicos Leandro, Fulgencio e Isidoro de Sevilla. La segunda mujer de Leovigildo, Gosvintha, viuda de su predecesor Atanagildo, era en cambio una fervorosa arriana y buscó de inmediato la conversión de Ingunde al arrianismo; primero en forma muy amistosa, después «con manos y pies», en expresión de Gregorio. La coceó hasta hacerla sangrar y de noche la hizo arrojar a un vivero. El propio Leovigildo terció en el asunto y separó a las contendientes, alejando a la joven pareja a Sevilla, donde residió el semigodo Hermenegildo cual gobernador de su padre.[15]

125

Un rebelde y traidor se convierte en santo

En Sevilla el monje y más tarde obispo del lugar y arzobispo Leandro, hermano de la madre de Hermenegildo, se valió de la católica princesa franca, que entró así en el círculo mágico de toda una familia santa (de ascendencia hispano-bizantina). San Leandro era hermano y predecesor en el cargo de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, y hermano asimismo del obispo de Astigi (Écija) Fulgencio, a la vez que hermano de santa Florentina. ¡Cómo no habría de florecer el catolicismo!

San Leandro consiguió de inmediato dos hechos: la conversión de Hermenegildo al catolicismo ya en 579, y la rebelión de éste contra su propio padre en 580. Antes desde luego el primer santo español de linaje real se había asegurado la colaboración de los reinos vecinos enemistados: la Bizancio católica, a la que entregó los territorios conquistados por su padre en Andalucía con Córdoba a la cabeza; y la colaboración del rey franco católico, y del rey suevo Miro, católico también.

Sólo después de que esta «persona joven y heroica» (Grisar SJ) hubiese abusado hasta ese punto de la confianza de su padre, y después de tenerlo cercado por tres partes, se proclamó rey en Sevilla y atrajo a su bando numerosas otras ciudades y castillos y en el invierno de 579-580 abrió las hostilidades contra un Leovigildo sorprendido por completo. Mas, pese a la grave situación inicial, éste supo dividir diplomáticamente a sus enemigos. Después de haber combatido en 581 en el norte a los vascos, tal vez aliados también de Hermenegildo, provocó después la deserción de los bizantinos mediante la fuerte suma de 30.000 sólidos, y en 583 puso cerco a Sevilla.[16]

El santo arzobispo Leandro, desterrado evidentemente por Leovigildo por haber

---

[15] Greg. Tur. 5,38; Fredeg. 3,83. Juan Biclar. ad a. 579. Giesecke, Die Ostgermanen 105 s. Stroheker, Germanentum 152, 166. Daniel-Rops 257, 261 s. Thompson, The Conversión 11. Id., The Goths 64 s. Altamira 168.

[16] Greg. Tur. 5,38; 6,18; 6,40; 6,43; in glor. confess. 12. Juan Biclar. ad a. 574,581 ss. Fredeg. 3, 87. Isid. Hist. Got. 49. LMA V 1776. Grisar, Rom 692. Schmidt, Die Westgermanen I 215 s. Schmidt Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss., 378. Giesecke, Die Ostgermanen 106 s. Stroheker, Germanentum 152 s., 173,182 ss., 218 s. Daniel-Rops 257. Culican 192 s. Thompson, The Goths 65 s., 68 ss. Claude, Ge-schichte der Westgoten 68. Bund 559 ss. Altamira 169s.

incitado a la rebelión, se apresuró a marchar a Constantinopla, adonde los bizantinos enviaron también a Ingunde y al hijo pequeño de ésta Atanagildo. Ella murió durante el viaje, y Atanagildo a los pocos años, según parece, en Constantinopla. Pero el arzobispo Leandro, que allí trabó amistad con quien luego sería el papa Gregorio I, procuró ganarse al emperador Tiberios para que interviniese militarmente en favor de Hermenegildo; mas no tuvo suerte, pues no había tropas para España.[17]

A comienzos de 584 estalló la sublevación en Sevilla. El rey suevo Miro, que acudía al levantamiento del cerco, que ya antes había combatido contra Leovigildo y que en 574 había establecido con los francos una alianza antigótica, fue cercado por Leovigildo en su camino a Sevilla y reducido a vasallaje. En 585 el territorio suevo se anexionaba al reino visigótico.

126

Hermenegildo había abandonado Sevilla antes de su caída y buscado refugio en Córdoba entre los bizantinos. Pero éstos dejaron a su aliado en la estacada. Lo dejaron libre a cambio de una fuerte suma de dinero y los territorios ocupados desde 579 volvieron a separarse. Hermenegildo, desterrado a Valencia y luego a Tarragona, fue muerto en esta última ciudad en 585, tras varios intentos fracasados de reconciliación por parte de Leovigildo. Su hermano Recaredo había jurado que no le ocurriría nada malo.

El motivo no está claro, y tampoco sabemos si el propio Leovigildo tomó personalmente parte en el asunto; en cualquier caso fue una «pasión», «digna de los mártires antiguos» (Daniel-Rops). «Loco de furor —afirma este historiador católico—, Leovigildo acabó dando la orden y el duque Sisberto decapitó a Hermenegildo en la cárcel. Era la víspera de Pascua de 585, un hermoso día para morir mártir.» Y evidentemente ni siquiera él adivina la ironía de sus palabras: «El Sábado de gloria del año 585 fue la alborada sangrienta del catolicismo en España».[18]

Ya papa, Gregorio I deja morir a Hermenegildo por su tenaz resistencia a hacerse arriano y por haberse negado a recibir en Pascua la comunión de manos de un obispo arriano. Del hijo desleal y rebelde, el «rey Hermenegildo», hizo un mártir católico y la víctima inocente del fanatismo arriano. Y cuanto más lejos van quedando los acontecimientos, los hechos, más limpia resplandece la aureola de santo en torno a la cabeza del traidor, hasta que en 1586 Sixto V, «el papa de hierro», lo canonizó.

Sin embargo, ni Recaredo, a quien su padre envió al calabozo y quien poco después se hizo católico, encontró excusa alguna para su hermano. Pues «¿qué motivo justo podía existir para empuñar las armas contra el padre?».

Incluso para los obispos católicos Juan de Biclaro, Gregorio de Tours e Isidoro de Sevilla no pasa de ser Hermenegildo el rebelde derrotado por una guerra civil sangrienta. Los tres le califican de «insurrecto». El obispo Juan, que en tiempos había sido desterrado por Leovigildo, registra pese a ello año tras año con satisfacción no disimulada las derrotas del hijo desleal. Y también el obispo Gregorio, que sobrevivió un decenio a Hermenegildo, no ve con la mayor parte de los autores antiguos,

---

[17] Greg. Tur. 6,43. Fredeg. 3,87. Gregorio I, Praev. Moral in lob (PL 75, 510 s.). Paulo Diác. Hist. Lang. 3, 21, RAC XII 933. Kraft 342. LMA V 1776. Hartmann, Geschichte Italiens II 175. Caspar II 356. Stroheker, Germanentum 177, 185. Thompson, The Conversión 14. Id., The Goths 65 s. Reydellet 49.

[18] Keller, Reclams Lexikon 250 s. (deformado por la leyenda). Giesecke 108 s. Stroheker, Germanentum 184 s. Schneider, Konigswahí 221 s. Daniel-Rops 258. Claude, Geschichte der Westgoten 68. Thompson, The Goths 72s. Bund 560 s.

incluidos los católicos, en el príncipe pérfido, al que en ocasiones incluso llama «miserable» *(miser)* y al que condena resueltamente, no ve digo a un santo. O lo es únicamente, a la luz de la famosa expresión de Helvetius, sobre los mil criminales que fueron declarados santos.[19]

Los parientes católicos de Ingunde en el reino franco, a quienes por lo demás probablemente no les inquietaba un poco más de sangre vertida, se irritaron esta vez y no poco. Y el rey Guntram, el santo, inició una guerra de destrucción, que se cebó especialmente en los territorios adyacentes a Nimes y Narbonne. A lo que parece por la ejecución de Hermenegildo, que un buen cristiano y católico tenía que vengar naturalmente. Lo que en realidad quería Guntram era conquistar la Septimania (actual Languedoc), que pertenecía a los visigodos. También participó en dicha guerra Childeberto II, hijo de Brunichilde y hermano de Ingunde, mientras que Fredegunde establecía relaciones con Leovigildo.

127

Tras cuidadosos preparativos el año 585 un ejército burgundio penetró a sangre y fuego en la región del Ródano, al tiempo que otro aquitánico lo hacía contra la Septimania. Además una flota desembarcó en Gallaecia (Galicia).

Pero la armada de Guntram fue aniquilada por completo y el ejército invasor sufrió un grave revés en Carcassone. Según Gregorio fueron alrededor de 5.000 los francos que perecieron y más de 2.000 los que fueron hechos prisioneros. Ambas formaciones francas las rechazaron de nuevo los visigodos bajo Recaredo a territorio franco, donde como de costumbre llevaron a cabo innumerables crueldades y saqueos, especialmente en Provenza, que más tarde, de regreso, también devastó y asoló Recaredo, el hijo de Leovigildo.[20]

Tras sus iniciales tentativas de compromiso entre ambas confesiones se comprende que ahora Leovigildo desarrollase una política marcadamente anticatólica, para la que se sirvió también de la Iglesia arriana que controlaba, decidiendo incluso en las cuestiones de fe como instancia suprema. También intentó inducir de nuevo al arrianismo a los suevos, que había incorporado a su reino. Que personalmente en 586, víctima de una grave enfermedad, hubiese abrazado el catolicismo en su lecho de muerte en su capital, según divulgaron poco después algunos círculos católicos, es una de las frecuentes mentiras de este tipo.

En la tradición eclesiástica el último gobernante arriano de los godos y uno de sus monarcas más importantes aparece casi siempre como una encamación del Anticristo y como «imbuido de la locura de la impiedad arriana», como escribe Isidoro de Sevilla, un cuñado del rey. «A muchas gentes las empujó por la fuerza en brazos de la peste arriana; pero a la mayoría los privó de su salvación sin persecución alguna mediante las trampas del oro y de los regalos.» Todavía en el siglo XX el jesuita Grisar fustiga a Leovigildo como un

«padre deshumanizado» y teje esta fábula:

---

[19] Greg. Tur. 5,38; 6,43; 8,28; 9,16. Juan Biclar. ad a. 579, 585. Gregorio I dial. 3, 1. Isid. Hist. Got. 49. LThK IX[1] 612 s. y 2. A IX 811 s. Keller, Reclams Lexikon 250 s. Fichtinger 352 ss. Kühner, Lexikon 213 ss. Giesecke 107,109. Stroheker, Germanentum 185 s., 219 s. Altamira 168 s. Graus, Volk 396. Claude, Geschichte der Westgoten 68. Thompson, The Goths 91, 94. Bund 561 s.

[20] Greg. Tur. 8,28; 9,31. Juan Biclar. ad. a. 585. Isid. Hist. Got. 54. Schuitze II 134. Stroheker, Germanentum 187 s. Büttner, Die Alpenpolitik 74. Thompson, The Conversión 24. Id., The Goths 75, 92 ss. Ewig, Die frankischen Teilungen 686. Id.. Die Merowingerzeit 56. Id., Die Merowinger 94.

«Como en los tiempos de los primeros mártires, a los que el español Prudencio había cantado tan egregiamente, de nuevo se llenaron entonces las cárceles públicas; muchos fueron azotados y murieron en los tormentos». En realidad, sin embargo, «no puede hablarse de una persecución... en el peor de los casos hubo destierros» (Claude).[21]

«... Inflamado del fuego de la fe», o «Nunca me haré católico»

No había transcurrido aún un año de la muerte de Leovigildo, cuando su hijo Recaredo (586-601), medio godo como Hermenegildo, se convirtió al catolicismo, y ciertamente que lo de menos por motivos religiosos. Más bien quiso tener como aliada a la Iglesia más fuerte con vistas a su política interior y exterior; a la unidad estable del Estado, que su padre había creado, quiso darle además una unidad religiosa estable.

Y, naturalmente, el Recaredo católico fue distinto por completo, «un varón piadoso y totalmente distinto de su padre», según asegura el obispo Isidoro. El rey Recaredo fue «un hombre de paz y de fe». «Pues en seguida de comenzar su reinado abrazó la fe católica y dispuso que todo el pueblo godo se sacudiese la epidemia de la inveterada herejía... Declaró abiertamente que las tres personas en Dios eran una sola cosa, que el Hijo había sido engendrado *"consubstantialiter"* por el Padre...» ¡Oh, el «hombre de la paz», «de la fe», «el piadoso príncipe»! San Isidoro sabe además que «era manso y humilde y de una gran bondad de corazón. Tan generoso era y tan manso..., que a menudo condonaba al pueblo los impuestos vencidos». «A muchos otorgó bienes y los elevó de categoría y dignidad. Distribuía su dinero entre los pobres y sus tesoros entre los necesitados...» Sí, todo en pro del bien general, y por supuesto en pro sobre todo del clero. Porque, como era de esperar, devolvió a la Iglesia lo que le pertenecía: «los bienes eclesiásticos, que la criminal avaricia de su padre había entregado al fisco...». Pero, en otro orden de cosas no dio nada y retuvo cuanto el viejo gobernante había quitado y depredado, cuanto «su padre había conquistado lo retuvo en su reino...».

No basta con tan nobles acciones: «También llevó a cabo guerras gloriosas contra pueblos enemigos, y su fe le dio fuerza para ello»; una fuerza tal que «el hombre de la paz» en una ocasión hizo «degollar a millares de enemigos en el campo de batalla», millares de francos y por lo mismo católicos.

¡Efectivamente, la fuerza «de la fe»! «Asimismo empuñó a menudo la espada contra los ataques de los romanos —católicos por supuesto— y contra las incursiones de los vascos. Y así no sólo hizo la guerra, sino que como los corredores en el estadio pareció educar a su pueblo mediante el ejercicio para dar la respuesta adecuada...»[22]

¿No es ésa una fe soberana?, ¿una religión soberana?, ¿y una manera grandiosa de escribir la historia de la Iglesia? El desbordamiento de un obispo, de un santo y de un doctor de la Iglesia; una mezcla única de desvergüenza, contradicción e hipocresía.

---

[21] Greg. Tur. 8,46, comp. asimismo 4,38. Isid. Hist. Got. 50. Grisar, Rom 691. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 176. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 310,378. Giesecke 103 s.. 110. Stroheker, Germanentum 140 s. Claude, Geschichte der Westgoten 70 s. Id., Adel, Kirche 72. Thompson, The Goths 91. Id., The Conversión 24 s.

[22] Isid. Hist. Got. 52 ss. Comp. también Orlandis/Ramos-Lisson 96 ss.

Todo en una sola palabra: ¡católico!

El arrianismo quebró entonces en todo el reino, aunque no sin enconadas resistencias y sublevaciones de obispos y condes, especialmente en Septimania y en el antiguo territorio suevo.

129

Cierto que una parte del episcopado arriano se pasó de inmediato a Recaredo. Pero el pueblo, cuya conversión reclamaba asimismo el rey, se mostró vacilante. Y en Narbonne hubo una grave revuelta bajo el obispo arriano Athaloc y los dos ricos condes Granista y Wildigern, en cuya ayuda acudieron incluso los francos, aunque naturalmente y según la vieja costumbre sólo para «pescar en aguas revueltas» (Dannenbauer); aunque esta vez inútilmente. Al cabecilla de otra conjura, el conde Segga, aliado del obispo arriano de Mérida, Sunna, lo envió Recaredo al destierro el año 588 habiéndole cortado antes ambas manos.[23]

A comienzos de 589 la sublevación se recrudeció hasta en la capital. Gosvintha, la viuda de Leovigildo, y Uldida, el obispo arriano de Toledo, que a toda prisa se habían hecho católicos, volvieron al arrianismo. Uldida, como muchos otros obispos arríanos, fue desterrado; y la anciana reina viuda «murió» poco después, probablemente de muerte no natural. Una conspiración al año siguiente, que había de poner al general Argimundo en el puesto de Recaredo, terminó con una ejecución, mientras que al tal Argimundo, azotado, tonsurado y mutilado se le arrastraba por Toledo de la cola de un asno.[24]

Finalmente, los godos que —como escribe el obispo Isidoro— tan sedientos habían bebido y tan largamente habían retenido el «pernicioso veneno de la herejía», «pensaron en la salvación de su alma, se liberaron de la creencia errónea tan profundamente arraigada y por la gracia de Cristo llegaron a la única fe beatificante, que es la fe católica». ¡Aleluya![25]

En el Concilio III de Toledo, celebrado en mayo de 589, y a cuya digna preparación precedió un ayuno de tres días, ordenado por el rey, una parte de los arríanos se pasó al campo del vencedor. El rey declaró el catolicismo religión oficial del Estado y empezó por desarraigar el arrianismo en forma rápida y completa: destruyendo su organización eclesial, excluyendo a los arrianos de todos los cargos públicos y quemando sus libros sagrados. No sin motivo pudo declarar Recaredo:

«También yo estoy abrasado por el fuego de la fe, como veis por mis actos...». Pero el historiador madrileño Antonio Ballesteros y Beretta afirma: «Con la conversión del rey Recaredo tuvieron fin las persecuciones, y para la Iglesia española empezó uno de sus períodos más brillantes». En realidad, Recaredo y los obispos persiguieron a los arríanos tan a fondo, que después de su reinado ya no se oye nada de los arríanos en España.[26]

Y los obispos, cuya cabeza no fue otro que Leandro de Sevilla, «alma de aquella

---

[23] Greg. Tur. 9,31. Juan Biclar. ad a. 588 s. Giesecke 111 s. Dannenbauer II 25 s. Thompson, The Goths 94, 102 s. Id., The Conversión 24 ss. Bund 563. Claude, Geschichte der Westgoten 72. Orlandis/Ramos-Lisson 100.

[24] Juan Biclar. ad a. 589 s. Giesecke, Die Ostgermanen 12. Thompson, The Goths 103. Id., The Conversión 26. Bund 563 ss. Claude, Geschichte der Westgoten 72. Orlandis/Ramos- Lisson 100.

[25] Isid. Hist. Got. 7 s.

[26] HEG 1439. Ballesteros, Historia de España 55. Giesecke 113. Buchner, Germanentum 155. Thompson, The Goths 104. Extensamente sobre el concilio: Orlandis/Ramos-Lisson 101 ss.

asamblea» (Ballesteros) y que en el concilio habló *«de triumpho ecciesiae ob conversionem Gothorum»* (del triunfo de la Iglesia por la conversión de los godos), se vieron naturalmente alentados por Recaredo, que se veía a sí mismo como un «rey apóstol». Ellos le reconocieron su «servicio apostólico», su «ministerio apostólico» y, con espíritu verdaderamente católico, lo celebraron como «nuevo Constantino» y como «el rey más santo», considerándolo igual al emperador y «lleno del Espíritu divino».

130

El arrianismo fue condenado en el concilio, al que asistió una pequeña parte de prelados heréticos, cuatro visigodos y cuatro suevos, junto con otros sacerdotes y los nobles visigodos convertidos al catolicismo. También el judaísmo se vio expuesto a graves presiones, se reforzó la esclavitud en favor de las posesiones de la Iglesia y se echaron los cimientos de una iglesia estatal en España, que abrazaba a casi todos los súbditos. El rey visigodo, consagrado en adelante por el arzobispo de Toledo, era tenido por «el ungido del Señor». Y tras la tolerancia del gobierno arriano en España, e) catolicismo iba a llenar de terror y crueldad el siglo siguiente.[27]

Pero el metropolitano de Sevilla, san Leandro, sin duda el político eclesiástico más influyente de la época en España, facilitó las relaciones entre rey y papa. Con suma reverencia le escribía el convertido hispánico, sólo tres años después de la elección de Gregorio I. Y éste se sintió lleno de reconocimientos por los «servicios» del rey, como todos los papas continuaron sus altos cómplices en la cercana península ibérica, hasta el mismo Pío XII y el general Franco. Gregorio I envió reliquias preciosas, le pareció que las propias empresas de conversión casi desaparecían frente a los logros grandiosos de Recaredo y lo exaltó en estos términos: «No puedo expresar con palabras, hijo excelentísimo, mi gran gozo por la obra que llevas a cabo y por la vida que llevas». Con las obligadas reliquias llegaron a la corte real española las no menos obligadas enseñanzas y las adecuadas instrucciones de gobierno. Y Recaredo, que envió al papa un cáliz precioso para la iglesia de San Pedro, cultivó los contactos, entre otras buenas razones por su conflicto con los bizantinos.[28]

«Fue muy amante de la paz, y si hizo algunas guerras, fue casi exclusivamente para que su pueblo no olvidase el manejo de las armas», escribe un moderno historiador católico de Recaredo, que evidentemente sólo llevó a cabo sus numerosas guerras (contra francos, burgundios, bizantinos, vascos) como una especie de deporte de entrenamiento para su pueblo. Y un coetáneo del rey, san Isidoro de Sevilla, lo vio a su vez como «lumbrera del siglo», y exalta a Recaredo, que no sólo hizo tonsurar, azotar, mutilar y matar a sus enemigos sino que también enseñó a su pueblo las artes homicidas, asegurándose así «los godos su libertad más por la lucha que mediante negociaciones pacíficas... En las artes bélicas son muy expertos, y no sólo combaten con lanzas de choque, sino que lo hacen también a caballo con lanzas arrojadizas. Por otra parte, no tan sólo son duchos en la lucha a caballo, también saben combatir a

---

[27] Sin. III Tol. (589) c. 3; 5 s.; 14 (De iudaeis). Para los scrvi ecciesiae ver también Sin. IV Tol. (633) c. 67. Kraft 342 s. Hartmann, Geschichte Italiens I1175. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 175 s. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss. Ballesteros 40 s- Maier, Mittelmeerweit 245, 303. Thompson, The Barbarian Kingdoms 24 ss. Id., The Goths 88, 94 ss., 101. Id., The Conversión 34. Claude, Geschichte der Westgoten 72 s. Id., Adel, Kirche 77 ss. Ewig, Zum christiichen Konigsgedanken 26. Schaferdiek, Die Kirche in den Reichen der Westgoten 205 ss., 212. Orlandis/Ramos- Lisson 107 ss., 116 s.

[28] Greg. e.p. 9. Hartmann, Geschichte Italiens II 175 s. Seppeit II 27 s.

pie... Gustan mucho de ejercitarse en el lanzamiento de la jabalina y en el simulacro de combate, organizando a diario juegos guerreros. El único ejercicio bélico que todavía les faltaba era la guerra naval. Pero después de que el príncipe Sisebuto fuera llamado al trono por gracia del cielo, por los esfuerzos de éste llegaron a ser tan hábiles en el arte de la guerra, que se prepararon para la guerra tanto en tierra como en el agua, y hasta los soldados romanos les sirvieron sometidos, al igual que les fueron obedientes otros muchos pueblos y España entera [...]. Todos los pueblos de Europa temblaban ante ellos...».[29]

131

Exactamente eso es el catolicismo —¡proclamado aquí por un santo y por un doctor de la Iglesia!—, tal cual se ha dejado sentir, o mejor se ha desbocado, en dos milenios de la historia universal: de una parte, el Sermón de la Montaña, el amor a los enemigos, la paz, la alegría; de otra, las lanzas de choque, el combate a pie, la lucha a caballo, la guerra naval... ¡Y que todos los pueblos tiemblen!

Al mismo tiempo que a una con los obispos acabó Recaredo con el arrianismo en España, también convirtió la Iglesia en instrumento de opresión, como nunca antes había ocurrido en la historia de los godos. Desapareció toda oposición cristiana, a los arríanos se les prohibió todo cargo público, todos los bienes eclesiásticos arríanos pasaron a los obispados católicos y al clero convertido se le impuso el celibato.

También se llegó a las conversiones por la fuerza. Una parte del episcopado arriano, como el obispo Uldida o el obstinado prelado de Mérida, Sunna, encontró la muerte en el destierro. *«Catholicus nunquam ero»,* parece que contestó Sunna a las exigencias de conversión por parte de Recaredo.

«Nunca me haré católico, sino que en el culto en el que he vivido quiero vivir también en el futuro ¡y moriré gustoso por la fe en la que me he mantenido desde mi juventud!»

Fueron muchos, sin embargo, los obispos arríanos que abrazaron el catolicismo, como en tiempos de Leovigildo muchos clérigos católicos, como el obispo Vicente de Cesaraugusta, se habían pasado a la Iglesia nacional arriana. Entonces empezó la alianza del Estado con la Iglesia católica, empezó lo que el obispo Juan de Biclaro llama la *«renova*rio», la actitud del *«christianissimus imperator».* Según la vieja tradición católica, Recaredo mandó quemar de inmediato en Toledo, en la plaza pública y sin dejar una, todas las Biblias y escritos doctrinales arríanos. «Ni siquiera un texto gótico quedó en España» (Thompson).[30]

Pero eso no era más que el espíritu de la época, y por entero según la voluntad del santo padre.

---

[29] Isid. Hist. Got. 68 ss. Gams U 2. Abt. 47. Maier, Mittelmeerweit 306. Claude, Geschichte der Westgoten 74. Reydellet 48 ve en la obra de Isidoro un «esfuerzo por la renovación intelectual y moral».

[30] Juan Biclar. ad a. 580,590. Isid. Hist. Got. 50, Vitae patrum Emerit. 5,11. Sin. Toledo (589) c. 5; 9. Sin. Zarag. (592) c. 2. Gregorio I dial. 3, 31. Fredeg. 4, 8, Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 175. Id., Zur Germanisierung des Chris-tentums 392. Voigt, Staat 148. Schmidt, Die Bekehrung der Ostgermanen 308 ss. Giesecke 111,116. Stroheker, Germanentum 177 s., 233. Thompson, The Goths 102 ss. Id., The Conversión 27 ss. Altamira 172. Claude, Adel, Kirche 90 s.

CAPÍTULO 7. EL PAPA GREGORIO I (590-604)

«En su *Líber Regulae Pastoralis* había expuesto Gregorio el ideal de un pastor de almas. No es decir demasiado que en todo su ministerio realizó personalmente ese ideal.»

FRANZ XA VER SAPPELT, HISTORIADOR CATÓLICO DE LOS PAPAS[1]

«Justo y amoroso fue Gregorio, tanto con los pobres y los económicamente débiles, como con los *esclavos,* los *heréticos* y los *judíos.»*

F. M. STRATMANN, TEÓLOGO CATÓLICO[2]

«La historia de la Iglesia no ha producido muchos personajes, que hayan llevado con el mismo derecho el sobrenombre de Grande.»

HEINRICH KRAFT[3]

«Los campos principales de su actividad fueron el judaísmo, el paganismo y el cisma. Los tres grupos los afrontó Gregorio, aplicando violencia, predicación o soborno, y en ocasiones las tres cosas a la vez.»

JEFFREY RICHARDS[4]

«... Y a través de la nube de incienso de una veneración devota irradió su imagen con el dorado resplandor de la aureola de santo en un engrandecimiento sobrenatural-., sin haber sido un gran gobernante ni una gran personalidad [...]. Sin duda Gregorio fue un papa religioso, aunque religioso sólo en el sentido de su tiempo. Lo que significa una concepción externa del cristianismo, repulsiva para nuestro sentimiento, como lo prueban suficientemente las reglas de conducta que quiso aplicar a la conversión de judíos y paganos. Ni fue lo peor el que aconsejase proceder contra los recalcitrantes con azotes, torturas y cárcel, sino que con un cinismo ingenuo recomendó incluso el agravamiento de los impuestos como un medio de conversión: a los que se convirtiesen había que aliviarles las gabelas establecidas, y a los renuentes había que ablandarlos con la presión tributaria.»

JOHANNES HALLER[5]

«La expresión de su rostro era amable; tenía unas bellas manos, con dedos largos y ahuesados, muy adecuados para la escritura.»

JUAN EL DIÁCONO[6]

«Gregorio carecía de formación filosófica y teológica. [...]. Se descubre aquí con una desnudez cruel la profunda postración que el derrumbamiento de Italia supuso para la vida del espíritu. La pobreza de espíritu, la falta de ideas propias y la pérdida del gusto triunfan aquí como pocas veces.»

HEINRICH DANNENBAUER[7]

---

[1] Seppelt 11 33.
[2] Stratmann IV 85.
[3] Kraft 244.
[4] Richards 235.
[5] Haller I 217, 223
[6] Juan Diácono, Vita Greg. 4, 84.
[7] Dannenbauer II 75 s.

135

La huida del mundo y el afán de hacer carrera

De los más de 260 papas únicamente León I y san Gregorio I (590-604) son los pontífices que, además del título de doctores de la Iglesia, llevan el apelativo de «Grande» (Magno), que Gregorio, según Haller, no mereció, pues ya Mommsen le llama con razón hombre grande muy pequeño. Pero al menos procedía del «gran mundo». El primer monje que llegó a la supuesta silla de Pedro era del linaje senatorial de los Anicios; es decir, de la alta y rica nobleza romana; *de senatoribus primis,* dice Gregorio de Tours (todos los escritores eclesiásticos hacen hincapié en el origen «noble» y/o rico de sus héroes). Incluso en su aspecto puramente externo fue el «milagro de su tiempo»; pues siendo un hombre de estatura media, ojos pequeños y amarillentos, una discreta nariz aquilina y cuatro ricitos míseros y un cráneo poderoso casi calvo, era de hecho un milagro en sí mismo, y no sólo para su tiempo. Y bien, aquella cabeza verdaderamente extraordinaria se multiplicó y, cual reliquia santa, pudo estar a la vez en muchas ciudades: Constanza, por ejemplo, poseía la cabeza de Gregorio, como la poseían también Praga, Lisboa, Sens...

Hacia 573 Gregorio era *praefectus urbis,* el cargo civil más alto de Roma. Adornado de piedras preciosas y flanqueado de una guardia personal armada, residía en un palacio suntuoso. Porque, aunque «impulsado ya por el anhelo del cielo» —según confiesa en el prólogo a sus *M-ralia—,* se interesaba por las bellas apariencias, por su «nivel de vida externo» y sin excesivo disgusto servía «al mundo terreno».[8]

La familia era acaudalada con posesiones en Roma y sus alrededores, y especialmente en Sicilia. Tenía relaciones hasta en Constantino-pía, y también según parece era de una religiosidad intensa. Riquezas y religión no se excluyen en modo alguno. Bien al contrario: a quien Dios ama le hace rico; y naturalmente —a pesar de los camellos y de los ojos de aguja— justo así llega al cielo. La poderosa estirpe de Gregorio ya había dado al mundo dos papas: Agapito I y Félix III, a quien él mismo llama su antepasado *(atavus).* Y la Iglesia canonizó asimismo a su madre Silvia y a sus dos tías, las monjas Tersila y Emiliana.

136

La extraordinaria multitud de santos procede desde el siglo IV de familias ricas o nobles o al menos llegaban a obispos. La santidad anida en las ramas altas, y allí incuba también sus huevos de basilisco. Las vidas de los santos destacan mucho esa prosapia. Pero la tía más joven de Gregorio, Gordiana, asimismo monja, escapó a ese destino elegido por ella misma y para oprobio del sobrino contrajo matrimonio con alguien que no estaba a la altura de su clase: con su mayordomo.[9]

Gregorio, por su parte, que veía el fin próximo y casi inminente del mundo, que incluso veía la Iglesia como un «viejo barco», botín desesperanzado del furioso oleaje, pronto entonó sus fúnebres ditirambos.

«Los azotes de la justicia celeste no tienen fin», llegó a escribir, aunque el fin lo

---

[8] Grog. Tur. 10,1. Gregor. I Moral, pref. Joh. Diac. Vita Greg. 4,84. Haller I 217. de Rosa, 397. Ver también nota siguiente.

[9] Gregor. I dial. 4,16; in Ev. 38,15 (PL 76, 129A) RCA XII 930s. Kühner, Lexikon 31. Kelly 80. LMA IV 1663 s. Gregorovius, 11 252. Hartmann, Geschichte Italiens II 92 ss. Funk, Allgemeine Einleitung 15 s. Maier, Mittelmeerweit 338 s. Gon-tard 151, Daniel-Rops 282. Fines 108. Schramm, Kaiser, Konige I 86 s. Misch 121. Richards 34 s. Angenendt, Frühmittelalter 238 s.

esperaba. Hubo terremotos y hambres, pestilencias, signos en el cielo, espadas de fuego rojas por la sangre de los hombres. Los campos fueron devastados, arrasados los castillos y las ciudades destruidas. La propia Roma era un montón de ruinas, despoblada y desaparecidos su pompa y los placeres desbocados. Pero la cólera de Dios amenazaba y se cernía «su juicio inminente con plagas terribles». En efecto, Gregorio encontraba el mundo «viejo y sombrío, que se acercaba a su muerte cercana como empujado por un mar de calamidades». Mas quien ama a Dios «tiene que alegrarse del fin del mundo...».[10]

Ya entre su elección y consagración el 3 de septiembre de 590 Gregorio, que por su debilidad yacía casi siempre en cama, había llamado a combatir la peste bubónica procedente de Egipto, y a la que había sucumbido incluso su predecesor Pelagio II el 8 de febrero de 590. Por supuesto que Gregorio declaró la peste cual castigo de Dios, como venganza por los pecados de los longobardos, de los paganos, de los «herejes», y reclamó su conversión «a la verdadera y recta fe católica», exigiendo arrepentimiento, penitencia, oraciones y cantos de Salmos durante tres días, «mientras todavía es tiempo de lágrimas». También puso en marcha entre las ruinas de la ciudad destruida una espectacular procesión de siete vueltas —con ella hace comenzar Gregorovius «la Edad Media de Roma»—, con lastimeros cantos corales, con invocaciones tediosas a todos los mártires posibles, incluidos los que nunca habían existido, como los santos Gervasio y Protasio inventados en la sangrienta comedia del doctor de la Iglesia, san Ambrosio de Milán. El éxito fue también apoteósico. Pero un testigo ocular contó a san Gregorio de Tours, que entonces «en el espacio de una hora, mientras el pueblo elevaba sus voces en oración al Señor, ochenta hombres se desplomaban y caían muertos». De todos modos, en Constantinopla por designio inescrutable de Dios entre los años 542 y 544 la peste había arrebatado a 300.000 personas.[11]

137

En medio de tan sombríos sentimientos, visiones y realidades de decadencia mundana (no sólo cundía la peste, también los templos antiguos eran arrasados e incluso los graneros pontificios y las iglesias), Gregorio, a quien se le ha llamado «el último romano» y «el primer papa medieval», se abría sorprendentemente carrera sabiendo bien lo que quería. Igual que muchos santos padres, ascendió según parece de la más pura modestia y el desprecio monástico del mundo al puesto cimero de la Iglesia. De hecho, sin embargo, en aquel Estado, como prefecto bizantino de Roma, no tenía posibilidades de ascenso, de haberse interesado «menos por el seguimiento de Cristo que por el de los Césares romanos» (Misen). O, como decía ya Gregorovius; «La meta suprema, que hacía guiños al descendiente de los Anicios, únicamente podía ser el trono de obispo».

En consecuencia Gregorio, uno de los hombres más acaudalados de Roma, utilizó su hacienda en la fundación de seis *«monasterio»* en sus posesiones de Italia y Sicilia. Su propio palacio del Caelius (el lujoso Monte Celio) lo transformó hacia 575 en un «monasterio de San Andrés» (más tarde desaparecido sin dejar huella), para retirarse del mundo y servir al Señor de todo corazón; y escapó —como él «equivocado

[10] Gregor. I ep. 3,29; 11,37; Hom. in Ev. 1,1. Ver asimismo ep. 3,61; 4,44; 11,37 etc. Gregorovius I 1 254 ss.
[11] Greg. Tur. 10,1. Paulo Diác. Hist. Lang. 3,24. RAC XII 934 s. Gregorovius 11 254 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 97. Giesecke 204. Seppeit II 13 s. Richards 22. 90.

ciertamente» suponía— «despojado y desnudo al naufragio de esta vida». Allí ayunó e hizo largas vigilias el varón que, en medio de las catástrofes de inundaciones y pestes, en la sombría manía penitencial aguardaba el inminente fin del mundo (aunque ensalza «el magnífico descanso» de que «gozaba» en el monasterio), según parece hasta caer en el desfallecimiento y sufrir calambres de estómago o — según informa un diácono franco, que estuvo presente en la elección del papa — «con el estómago tan debilitado que apenas podía ponerse en pie». Gregorio se mortificó «hasta sufrir de corazón» y tener graves dolencias, que él, por ejemplo, «aceptaba para librar al emperador Trajano del purgatorio» (Keller).

En 579 aquel hombre nada ambicioso fue elegido uno de los siete diáconos de Roma (altos administradores, a cuyo cargo estaban las siete regiones eclesiásticas en que se dividía la ciudad) y el mismo año era nombrado *apokrisiar* romano (encargado de negocios) en la corte imperial de Constantinopla; un cargo que el emperador Justiniano fue el primero en institucionalizar con notables facultades, equiparable a los nuncios papales de la Edad Media. En Bizancio, donde Gregorio actuó entre los años 579 y 585 (no sin la compañía constante de sus más leales del monasterio de San Andrés), hubo de empezar por ganarse el favor del emperador Tiberios II y (desde 582) el del emperador Maurikios y por conseguir el objetivo supremo de la legación: la ayuda militar y el dinero a la mayor brevedad posible para combatir a los longobardos.

Habiendo visto el papa Pelagio, como escribió Gregorio, «en qué tribulación caeríamos, siendo entregados a la destrucción, si Dios no tocaba el corazón del piadosísimo emperador para compadecerse de sus siervos», clamó por la ayuda militar contra «el pueblo más impío», según la expresión del propio Pelagio. ¡Porque quien combate contra el papa es siempre un impío!

138

De ahí que el *apokrisiar* contactase también con los generales Nar-sés y Prisco, y entabló amistad —cosa habitual entre los sacerdotes— con las mujeres más influyentes, con la emperatriz Constantina, la princesa Teoktista y la hermana de Maurikios y alcanzó el punto culminante de su brillante actuación cuando sacó de pila al hijo mayor del César (cosa que merece atención especial).

En 590 ascendió al trono pontificio, no obstante sus achaques y, naturalmente, en contra de su voluntad. Eso no sólo era algo que por entonces pertenecía al buen gusto, formaba parte de la etiqueta y hasta el siglo XX ha sido parte de la hipocresía clerical. En su tiempo, sin embargo, eran tan apetecidos hasta los cargos eclesiásticos más humildes, que el emperador Maurikios prohibió en 592 (¿o en 593?) el que los soldados entrasen en monasterio y que los funcionarios civiles abrazasen el estado clerical. Y Gregorio sabía muy bien que «alguien que se despoja de la vestimenta mundana para ocupar inmediatamente un cargo eclesiástico, solamente cambia de lugar, pero no abandona el mundo».

¿Pensaba tal vez en sí mismo? ¡Oh, no! Él incluso lo había rehuido como en tiempos el doctor de la Iglesia Ambrosio y había rogado insistentemente al emperador Maurikios por carta que no lo elevase «a semejante honor y poder». Pero la carta, por suerte o desgracia, fue interceptada y destruida por Palatino, hermano de Gregorio, y sustituida por otra, que de inmediato obtuvo el asentimiento imperial. De ese modo —y la observación es de Haller— precisamente el «hermano de Gregorio, que era subprefecto de la ciudad, tuvo una participación esencial» en

aquella elección del papa.

Pero Gregorio hace amables reproches al patriarca de Constantino-pía por no haber impedido su elección y la carga consiguiente, se declara frente a él hombre indigno y enfermo; pero pronto arremete enérgicamente contra el patriarca.[12]

La disputa de los títulos con el «Ayunador», o el «afán de la propia celebridad»

Es cierto que al principio Gregorio estimó al patriarca Juan IV de Constantinopla, ampliamente admirado por su ascesis y llamado el «Ayunador» (582-595); y llegó incluso a trabar amistad con él. De *apokrisiar* había llegado a conocerlo y apreciarlo, como «un hombre muy modesto y querido por todos», según él mismo decía, «el cual se ocupaba de limosnas, buenas obras, oraciones y ayunos». En todo ello pudo

139

Gregorio estar en todo de acuerdo. Otra cosa era al tratarse de títulos y derechos, de privilegios o prerrogativas supuestas o reales; a propósito, por ejemplo, del título de «patriarca ecuménico», que Juan llevaba desde el año 588, pero que en Oriente era habitual desde hacía aproximadamente un siglo.

Semejante agresión a la «humildad del ministerio episcopal», semejante «apetencia de dominio» del patriarca bizantino no podía aceptarla el verdadero *episcopus universalis.* Es verdad que sus predecesores, los obispos romanos, se habían apropiado dolosamente del primado papal a través de los siglos, por ambición de poder y por puro afán de dominio, habiéndose prolongado la disputa hasta la Edad Moderna, pero desde el emperador Justiniano se le reconoció legalmente a la sede romana el primado de fe y el primer puesto.

Ya su predecesor Pelagio había protestado contra la «necia y presuntuosa» designación del patriarca. A Gregorio le pareció realmente «mezquina» la disputa sobre el título; pero afirmó que contra la arrogancia del patriarca no defendía su causa sino la causa de Dios. También se denominó humildemente a sí mismo, según una expresión agustiniana, que después se mantuvo en los documentos pontificios, *servus servorum Dei,* aunque escribió: «Yo soy siervo de todos los obispos, en tanto que viven episcopalmente. Mas quien por afán de la propia celebridad y contra la ordenación de los padres levanta su cerviz, humillará ante mí su cerviz, así lo espero de Dios, por sí mismo y no por la espada». «Combatió con humildad por el dominio universal de la Iglesia y en la Iglesia» —según la fórmula de Moritz Hartmann—, al igual que su rival, el patriarca asceta Juan el «Ayunador».

Gustosos discutieron. Gustosamente había discutido también Gregorio. Y en humildad.

Ya en una discusión fanática entre clérigos (582) con Eutiquio, antecesor de Juan, que enseñaba que en la «resurrección» los cuerpos serían inmateriales, Gregorio lo había refutado y había conseguido que el emperador mandase quemar el libro del patriarca. (Los dos gallos de pelea quedaron después tan agotados, que Gregorio enfermó gravemente y Eutiquio murió.) Y la discusión por los títulos continuó

---

[12] Gregor. I ep. 1,4: 3,61; 5,53 a. Praef. Dial. 3,33. Greg. Tur. 10,1. Juan Diác. Vita Greg. 1,39 s. Paulo Diác., Vita Greg. 10. RCA XII 932 ss. LMA I 758 s. IV 1663. Keller, Reclams Lexikon 234. Kelly 79 s. Gregorovius 11 248 ss., 253 ss., 285. Hartmann, Geschichte Italiens II 94 ss., 180 ss. Caspar II 343. Haller I 217 s. Seppeit II 7 ss. Seppeit Schwaiger 58 s. Gontard 151 ss. Altendorf 186. Misch 120 ss. Schramm, Kaiser, Konige I 86 s. Richards 47 ss. Fines 108 s.

todavía bajo el sucesor de Juan agrandando el alejamiento entre ambas iglesias y las distancias entre Bizancio y Occidente. Al año de la muerte de Gregorio ya le reprochaba nada menos que su sucesor, el papa Sabiniano, que «prefería su propia fama».[13]

Esto se podría atestar ciertamente contra muchos papas, que en apariencia fueron de lo más humilde, como Gelasio I (492-496). Como Gregorio no se sentía digno, tampoco Gelasio dejó de proclamar la convicción de su plena indignidad. Y al igual que Gregorio se llamaba «siervo de los siervos de Dios», así también Gelasio protestaba solemnemente ser «el más pequeño de todos los hombres» *(sum omnium hominum minimus); y,* ello no obstante, defendió como ningún otro papa antes que él su rango y primacía, y no sólo frente a todos los otros sacerdotes, sino que también —en su denominada doctrina de los dos poderes— frente al César, que habría de «doblegar piadoso su cerviz» delante de él.

140

¡Oh, qué género de humildes!

Ciertamente que el patriarca Juan IV afrontó sosegado el asunto, según parece. O no reaccionó de momento o escribió a Gregorio en un tono tan extremadamente amistoso y comprensivo que aquél no dejó de apercibirse de ello. Pero ocasionalmente continuó reclamando aquel título «pernicioso» y «orgulloso», aquella «palabra pestilencial», contra la que tronaba Gregorio. Y el título volvía a aparecer de continuo en las actas de la Iglesia de Constantinopla; lo que irritaba especialmente al papa. Y así tocó todos los registros; escribía una y otra vez produciéndose en amenazas imprecisas; ordenó a su *apokrísiar* (quien evidentemente en la disputa del título de marcas tenía una actitud distinta de la de Gregorio) que se abstuviese de la comunión eclesial con Juan; le recriminó haber informado con falsedad a su sucesor el papa Sabiniano, y al emperador, quien por carta presionó a Gregorio a la moderación y la paz, pero éste proclamó patéticamente que no temía a nada ni a nadie «fuera del Dios omnipresente».

El papa se enardecía cada vez más. Se dirigió al patriarca Eulogio de Alejandría, quien sin embargo no entendió la cólera del romano, como tampoco la entendió el patriarca Anastasio de Antioquía, a quien también había importunado y quien le advirtió contra el orgullo y la envidia, de modo que a Gregorio le pareció su carta «punzante como una abeja». También el general Narsés procuró tranquilizarlo. Pero Gregorio amenazó, condenó y se explayó en insultos. Puso en la picota a Juan, que en el fondo estaba dispuesto a hacer las paces y lo denostó como imitador de Lucifer y cual precursor del Anticristo. Con acentos apocalípticos conjuró el desencadenamiento de la peste y de la espada: «Un pueblo se alza contra otro pueblo y el orbe entero se estremece». Ciudades enteras las veía el papa desaparecer de la superficie terráquea y una vez más veía cumplirse la profecía del tiempo final. Y todo por un título que ya se utilizaba desde hacía cien años, y todo por ser él un hombre ambicioso de honor y dominio, porque ambicionaba la precedencia, el primado, que veía amenazado. Y todo innecesariamente, lo que aún pone más de relieve la ironía del asunto.

---

[13] Gregor. I Reg. 5,37 ss; 5,44 s.; 7,5; 7,30 s.; 8,29 etc. Mor. 3,43,60. Paulo Diác. Vita Greg. 9. Juan Diác. Vita Greg. 1, 28 ss. LThK IIP 118. RAC XII 937. Kelly 79. Hartmann, Geschichte Italiens II 160 ss., 180 ss. Gaspar II 215 s., 264. Seppeit II 10, 22 ss. Seppelt/Schwaiger 62. Gontard 155, 162. Maier, Mittelmeerweit 338 ss. Richards 56. Ver asimismo la nota siguiente.

Con tal ocasión instruyó magníficamente al patriarca sobre la humildad. Lo acusó de «vanidad» y «necedad», reprochándole la dura cerviz del orgullo y la perturbación de la paz del mundo entero. Solicitó del emperador que prohibiese el «maldito título» y obligase al patriarca «mediante las órdenes de mi piadosísimo señor», atándolo «con las cadenas de la autoridad imperial». Y como el emperador no viera motivo suficiente para la rabieta de Gregorio, como tampoco lo habían visto los patriarcas, el papa recurrió aún a la emperatriz. Hizo patente a las dos autoridades que, pese a todo, «no se trataba de su causa sino de la causa de Dios», de la Iglesia entera, los venerables sínodos, el Señor Jesucristo; les declaró que el patriarca había pecado «contra el espíritu del evangelio, contra el santo apóstol Pedro, contra todas las iglesias...», etcétera.

141

La disputa del título, sostenida casi exclusivamente por parte del papa Gregorio, se prolongó hasta después de muerto el patriarca Juan. El sucesor de éste, san Kiriakós, de quien el propio Gregorio había certificado reiteradamente la moderación, el buen corazón y una conducta intachable, no se sintió obligado a prescindir del título en cuestión. Por lo que el papa continuó la lucha hasta su muerte. Y como los patriarcas retuvieron el título de «patriarca ecuménico», los obispos romanos se resignaron y acabaron aceptando dicho título igualmente.[14]

Todo ello nada tenía que ver con la arrogancia personal, la vanidad y el orgullo. El orgullo era algo totalmente ajeno al primer monje papa, la humildad le era innata por su origen.

En julio de 592 escribía a Pedro, rector (administrador) de Sicilia: «Me has enviado un jamelgo lastimoso y cinco hermosos asnos: el jamelgo no lo puedo cabalgar, porque da lástima; y los hermosos asnos no puedo montarlos, justo porque son asnos». Bueno, pues el Jesús bíblico pudo cabalgar un asno, cosa que Su Santidad parece haber olvidado. Tenía que ser ya un bello corcel. Hoy se viaja en un Mercedes 600, especialmente preparado. O se viaja en el Jumbo con alcoba especial. Pero ¿qué tienen que ver con el Galileo?[15]

Desde Gregorio I, el humilde siervo de los siervos, hasta el siglo XX es bien sabido que los papas se hicieron besar el pie. Las peculiaridades las regulaban los libros de ceremonias. Pero, como sabemos también, el que se besaba realmente no era su pie, sino el pie de Dios. Por ello todos los emperadores, incluido Carlos V, ejecutaron también regularmente ese feo rito en el pórtico de la iglesia de San Pedro.[16]

EN «EL POLVO DE LAS OCUPACIONES TERRENAS»

Se comprende que la conciencia personal de Gregorio estuviera marcada por el origen, la carrera y el estado del personaje. Siempre se hizo respetar tanto por el clero como por los laicos. En lenguaje moderno podría decirse que fue un *Law-and-order-Typ,* una persona de orden, un ex prefecto de policía, un juez de lo criminal, que insistía fuertemente en la obediencia y la disciplina, sobre todo por parte de monjes

[14] Todas las citas al respecto y las posteriores en Richards 224 ss. Ver asimismo Kelly 82. Haller I 224 ss.
[15] Gregorio I ep. 2,38.
[16] Richards 129.

y monjas, interesándose especialmente por su moralidad —o inmoralidad, respectivamente— así como por la observancia de su voto de pobreza.[17]

142

A sus clérigos y funcionarios solía llamarles Gregorio, cuya influencia fue decisiva en la administración municipal romana, «soldados de Pedro» y también «soldados de la Iglesia romana» *(milites beati Petri, milites Ecclesiae romanae).* El primer monje, elevado al trono pontificio, administró Letrán casi a la manera de un monasterio, poblándolo en todo caso con monjes, que eligió para los altos cargos. Pero personalmente él, que adoptó la humilde muletilla monacal de «siervo de los siervos de Dios» —la cual pasó después de su muerte a ser un título oficial de los papas—, quiso naturalmente ser «el primer servidor en la Iglesia de Dios» (Altendorf).

Nunca utilizó Gregorio el nombre de san Pedro sin la apostilla «príncipe de los apóstoles».

Prohibió terminantemente a los súbditos *(subditi)* que osasen emitir un juicio sobre la vida de los prelados o superiores *(praepositi).* Aun en el caso de que éstos fuesen indignos y mereciesen con justicia ser censurados, no se les debía hacer reproches. Más bien había que abrazar voluntariamente el yugo de la reverencia. «Pues si faltamos contra quienes han sido puestos frente a nosotros y por encima de nosotros, atentamos contra el orden de quien los ha colocado por encima de nosotros.» Y quien soporta a un mal gobernante no debería vituperar a aquel a quien soporta. Con ello se da algo por añadidura. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

Gregorio además lo proscribe con el propósito alevoso de que en modo alguno quiere que gobernantes y prelados sean objeto de crítica o reproche, y menos aún que puedan ser depuestos por parte de los súbditos. Y ello, porque el estar sometido al poder de malos gobernantes proporciona esa gloria que el hombre «merece sin duda, por lo cual debe reprocharse la propia maldad más que la injusticia del gobernante».

Los súbditos deben abstenerse de cualquier crítica, incluso a los malos superiores. Un mal gobernante no es más que el castigo de Dios a las personas malas, y quien murmura contra la autoridad superior ofende a quien la ha conferido. Con lo cual se recoge simplemente una idea paulina y su desarrollo agustiniano, sólo que con mayor énfasis.[18]

Que para el papa, conservador y machamartillo por carácter —y por oficio —, legalista y preocupado y orgulloso de la autoridad, la obediencia jugase un papel importante, es algo que cae por su peso. Insistentemente la predica a todos los subordinados, ganándose así —como sus predecesores y sucesores — las simpatías del Estado, de los emperadores, de reyes y reinas, de los gobernantes, los altos jefes militares, la nobleza y toda la casta dominante, con la que se trató habitualmente tanto en Bizancio como en Bretaña, en África, en el reino franco. Y cuya benevolencia necesitaba, puesto que —para decirlo con sus propias palabras— estaba «externamente elevado, pero humillado internamente», ya que estaba cubierto «con el polvo de las ocupaciones terrenas».[19]

143

---

[17] Gregorio I ep. 1,38 ss.; 2,29; 3,3; 5,4: 5,55; 7,32; 10,9; 13,31; 14,16 etc.

[18] Gregorio I Reg. pastor. 3,4. Moral. 25,34 ss. Gregorovius 11 283. Caspar II 409, 468 s. Haller I 221. Seppelt/Schwaiger 61. Voigt, Staat 83. Daniel-Rops 282. Ullmann, Die Machtstellung 58 ss. Buchner, Germanentum 151. Richards 257 ss. Altendorf 188.

[19] Gregorio I ep. 1,5. Dial. Praef.

El hombre de la doble moral

A esa humillación interna de quien se halla cubierto del polvo de las ocupaciones terrenas pertenece también sin duda alguna el hecho de que Gregorio ampliase de continuo su poder y multiplicase sus necesidades.

En las elecciones de los obispos, por ejemplo, tenían que decidir pueblo, clero y nobleza. Por motivos canónicos el papa sólo podía interponer un veto, o nombrar y consagrar un candidato, si los electores no se ponían de acuerdo. Pero de hecho su personal participación, nueva por completo, en la elección y consagración de los candidatos la presentó de vez en cuando simplemente como una costumbre antigua. En realidad intervino de todas las maneras posibles en tales procesos, sin hacer ascos a ninguna medida de influencia, ni siquiera a la intervención de algún jefe militar, como el duque Arsicino, gobernador de la Pentépolis.[20]

También en Dalmacia procuró Gregorio hacer valer su autoridad.

Los prelados de la región ya se habían opuesto a su predecesor. Bajo el arzobispo Nalalis de Salona y el administrador *(rector)* romano anterior, el obispo Maleo, parece ser que se dilapidaron bienes eclesiásticos y se cometieron abusos de toda índole. Sólo tras repetidos requerimientos se había presentado Maleo ante el tribunal de Roma a finales de 593 o a comienzos de 594; pero murió de repente la noche después de haber sido condenado. Se dijo, y no sólo en la corte de Constantinopla, que Gregorio había hecho envenenar al obispo, y el papa tuvo mucho trabajo en rechazar la sospecha.

Poco después de someterse murió también el arzobispo Natalis de Salona, famoso por sus opíparos banquetes y *bon vivant* muy popular entre los poderosos. Sus comilonas «con fines benéficos» parece ser que las justificaba recurriendo a textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Gregorio, que le había amenazado con retirarle el palio y hasta con la excomunión, estaba dispuesto a reconocer como sucesor de Natalis a cualquiera, con tal que no fuera un tal Máximo, que después ocupó precisamente la sede episcopal, respaldado por un fuerte sentimiento antipapal del pueblo, por los obispos y por el emperador, que impuso el

reconocimento de Máximo. Gregorio excomulgó al arzobispo, al que reprochaba soborno en la elección, empleo de la fuerza e infracciones del celibato. Tampoco hizo caso el arzobispo Máximo de los repetidos requerimientos durante los años 595 y 596 para que se presentase a juicio en Roma. Debió de recordarse bien del repentino final del obispo Maleo. Sólo en Ravenna, donde pudo sentirse más seguro, hizo Máximo penitencia pública en julio de 599, postrado tres horas en una calle y gritando: «He pecado contra Dios y contra el bienaventurado Gregorio»; y, aunque en contra de la voluntad explícita de Gregorio, continuó siendo el obispo de Salona. Tras siete años de lucha, el papa estaba vencido casi por completo.[21]

---

[20] Ver Richards aspee, cap. 9 y 10. Comp. también Haller I 221.

[21] Hartmann, Geschichte Italiens II 176 ss. Ahí y en Richards 84,141,208 ss se encuentran todas las

144

Echando una ojeada a muchos obispos del entorno inmediato de Gregorio —para no hablar del episcopado galo—, las típicas descripciones del obispo ideal en su *Regula Pastoralis* se leen casi como la sátira más despiadada; aunque en el fondo sin muchas diferencias con tantos partidos evangélicos respecto del cristianismo y la historia de la Iglesia. Así, exige Gregorio un obispo «que, muerto a todas las pasiones carnales, lleve siempre una vida espiritual; que desprecie el bienestar humano y no tema ninguna necesidad; que aspire sólo a las cosas espirituales..., que no ceda a la tentación de desear los bienes ajenos, sino que haga grandes donaciones de los propios...». Etcétera. Reclama Gregorio que el obispo sea compasivo y se alegre de la felicidad de los otros, que no se enrede en asuntos tortuosos y que en todo lo que haga dé buen ejemplo.[22]

El propio Gregorio estuvo muy lejos de todo eso, aunque desde el bando católico se afirme casi siempre lo contrario, y Seppelt, historiador de los papas, lo presente abiertamente como «el modelo ideal de un pastor de almas», y ello incluso «en toda su actividad ministerial».[23]

Donde tuvo poder, Gregorio lo ejerció sin miramientos, muy ufano de su justicia frente a los subordinados. El archidiácono Lorenzo, que por su causa fue preterido en la sucesión papal y que no pudo ocultar su decepción, perdió su cargo. Un año después Gregorio lo quemaba en una ceremonia solemne y en presencia de todo el clero «por su orgullo y otros crímenes».[24]

Mucho más significativo es aún el suceso siguiente. El monje Justo, médico del monasterio de San Andrés, que cuidaba al papa cada vez más enfermo, confesó a un hermano antes de morir, a su compañero Copioso, haber ocultado tres monedas de oro. Cuando Gregorio lo supo, prohibió rigurosamente que nadie tratase a Justo, que nadie del monasterio lo visitase en su lecho de muerte ni le prestase ayuda. Y después de su muerte su cadáver debía ser arrojado con las tres monedas a un estercolero, al tiempo que la asamblea gritaba: «¡Al infierno contigo y tu dinero!». Cuando Justo oyó contárselo a Copioso, murió de tristeza.

145

Con tal severidad entendía Gregorio el voto monacal, entre otras cosas. Aunque personalmente, según parece, todo lo que no había dado a sus monasterios lo vendió, repartiendo el dinero entre los pobres, ya de monje era tan acaudalado que en 587 pudo hacer otra donación al monasterio de San Andrés (al que con expresión de propietario llamaba «mi monasterio»). Más aún, trece años al menos después de hacerse monje benedictino, todavía poseía muchos bienes rústicos.[25]

Sin duda que el papa fue también un hombre de compromisos, de transigencias y de doble moral. Por duro que se mostró siempre con los monjes y monjas exclaustrados obligándolos a volver al monasterio, tratándose de nobles pudo hacer excepciones.

Cuando Venancio, patricio de Siracusa y probablemente amigo de Gregorio, abandonó su monasterio menospreciando el precepto eclesiástico, se llevó a su casa

---

referencias de las fuentes. Caspar II 431 ss.

[22] Gregorio I Reg. Past. 1,10.

[23] Seppeit II 33.

[24] Gregorio I ep. 2, 1

[25] Richards 41 ss con indicación de otras fuentes.

a la bella y dominante Itálica, que le hizo padre de dos niñas, convirtiéndose además en el epicentro de un círculo de literatos antimonacales, Gregorio no le impuso el retorno al monasterio. Tan sólo intentó con mucho esfuerzo convencerle para que lo hiciera voluntariamente, aunque en vano; más aún, socorrió a las criaturas nacidas de aquel matrimonio anticanónico, demostrando una vez más —como dice Jeffrey Richards, su biógrafo moderno y las más de las veces benevolente— «que en la imagen del mundo de Gregorio había una ley para los ricos y otra para los pobres».[26]

Como en Cerdeña un obispo antes de la liturgia del domingo hubiese roturado el campo de un campesino y hubiese desplazado los mojones de las lindes, Gregorio castigó simplemente al colaborador, y con bastante clemencia.

Y más generoso se mostró aún con el arzobispo Januario de Calaris, que hizo de Cerdeña una «capital de la desgracia». Los laicos saquearon allí los bienes de las iglesias, los sacerdotes los bienes de los monasterios, los arrendatarios huyeron de los latifundios de la Madre Iglesia, el paganismo tomó las riendas, y se cobraron todos los arbitrios posibles en beneficio de los clérigos. Hubo evidentemente muchas monjas que vagaban de un sitio para otro, hubo casos de violencia en el clero, de usura, homosexualidad y autocastración. El archidiácono se adueñaba de las mujeres ajenas y el arzobispo, aunque «anciano y achacoso» —como dice Gregorio—, se apoderaba con violencia y contra derecho de los bienes ajenos. Ya casi al comienzo del pontificado de Gregorio el montón de quejas *(tanta moles quaerimoniarum)* contra el príncipe de la Iglesia de Calaris era incalculable, llegando cada vez nuevas noticias de incidentes. Pero diez años después Gregorio no había acabado con él, permaneciendo en su cargo hasta el final e incluso sobreviviendo al papa.[27]

Y es que, en efecto, tratándose de católicos ricos o de obispos que eran merecedores de castigo, el papa podía ser generoso en extremo.

146

No obstante la enorme cantidad de prelados levantiscos y criminales, en todo su período de gobierno únicamente depuso a seis; entre ellos se contó el obispo Demetrio de Nápoles, *doctor perversus,* tal vez «hereje» y merecedor de la muerte por sus delitos y crímenes. Por lo demás, también los diocesanos de ese obispado importante de Campania fueron siempre tan respondones en tiempo de Gregorio, que se decía que habían combatido entre sí una guerra más larga que contra los longobardos.[28]

Y un último ejemplo sobre la doble moral de Gregorio. Cuando el obispo Andrés de Tárenlo, que también maltrataba a sus clérigos y mantenía mujeres, apaleó tan bárbaramente a una pobre mujer que vivía de la caridad eclesiástica que murió poco después, el papa prohibió simplemente al tal obispo que celebrase la misa durante dos meses —tal vez con satisfacción del propio obispo—. Por el contrario, Gregorio hizo encerrar en las cárceles de los monasterios «a todos los pecadores carnales», de modo que a un investigador moderno (Grupp) «le recuerdan a los antiguos esclavistas», llegando a tales amontonamientos en aquellas casas monásticas de represión de «los pecadores», que según el monje Juan Clímaco —un coetáneo de Gregorio, algo más joven que él— «apenas se podía dar un paso».[29]

---

[26] Haller I 224. Richards 263.

[27] Richards 122 ss., 147 ss., 169 ss. con todas las referencias a las fuentes. Ver asimismo Gontard 155 s.

[28] Gregorio I ep. 1,14; 2,5; Caspar II 414. Richards 170 s.

[29] Gregorio I ep. 3,45. Kober, Die korperliche Züchtigung 48, Grupp I 298. La obsesión por la castidad y el

«PENSAR DISTINTO DE LA MAYORÍA… CASI UN CRIMEN MERECEDOR DE LA MUERTE»

Pronto este papa, como la mayor parte de sus predecesores y sobre todo de los que le siguieron, intervino duramente contra quienes pensaban de distinta forma, contra todos los no católicos. Su gran objetivo fue la *propagatio fidei,* la extensión planificada del poder papal, casi a cualquier precio.

Por ese motivo se interfirió en los asuntos de Inglaterra y en el reino franco-merovingio, a cuyos reyes en vano procuró ganárselos para una reforma eclesiástica. Recomendó como medios coercitivos la tortura y la cárcel, y ocasionalmente también la transformación pacífica de los lugares de culto paganos o las costumbres gentiles, «a fin de que la gente concurriera así con toda confianza a los lugares habituales», siempre de conformidad con las circunstancias. También aconsejó, en ocasiones, prometer a los convertidos una rebaja de los impuestos y «convertir» a los obstinados con impuestos más elevados. A los sardos, que todavía persistían en su paganismo, debía su obispo cristianizarlos por la fuerza ¡cual si fuesen esclavos!

Mas no sólo propagó Gregorio la conversión de los paganos en Cerdeña, Sicilia, Córcega y otros lugares, sino que también combatió incansablemente la «herejía». Intervino asimismo con gran celo en la guerra contra los herejes dentro del cristianismo y en la guerra misionera para la expansión de la fe hacia fuera, también llamada gustosamente «defensa de la Iglesia romana» o «la cura pastoral del papa».[30]

147 Ni siquiera los que simplemente estaban fuera o discrepaban podían estar tranquilos. «Pensar de distinta manera que la mayoría, llevar una forma de vida diferente de la que llevaba la gente en general, significó cada vez más un cuestionamiento directo de las doctrinas y prácticas del común de la gente, constituyendo ya casi un crimen merecedor de la muerte» (Herrmann).[31]

El propio cisma istrio de los Tres Capítulos no tenía nada que ver a los ojos del papa con la verdadera fe, con la religión auténtica. Para él tales católicos eran pura y simplemente hombres obstinados, rebeldes y querellantes sin más. Se tambaleaban «en la ceguera de su ignorancia», pensando únicamente en vivir a su antojo y placer contra la disciplina eclesiástica. «No entienden ni lo que defienden ni lo que siguen.» Así que el papa romano envió tropas a Grado con todas las facultades imaginables. Mas pronto prefirió el emperador la denominada paz religiosa y rehusó el apoyo de Gregorio contra el arzobispo Severo de Aquileya, a quien el santo padre quería atraer a Roma. A regañadientes se plegó. Pero tan pronto como hubo muerto Maurikios y Fokas ocupó su lugar de forma bastante cruenta, el papa aprovechó el cambio de

---

rigorismo del celibato sería un capítulo realmente interesante. Sus fallos (en todos los sentidos) son incontables. Ver al respecto, por ejemplo, Ranke-Heinemann, Eunuchen 110 s., 128,144,147: «El placer nunca puede darse sin pecado», etc

[30] Beda H.E. 1, 27. LMA IV 1663 s. Haller I 267 s., 223. Voigt, Staat 260, 296. Seppeit II 25. Maier, Mittelmeerweit 338 s. Gontard 156. Misch 69. Herrmann, Ket-zer in Detschland 66. Richards 9. Padberg 22 s. Ullmann, que valora a Gregorio, destaca sin embargo como objetivo de su empresa misionera, el de «acercar la pretensión papal del primado a su realización»: Kurze Geschichte des Papstums 51.

[31] Herrmann, Ketzer in Detschland 66.

situación. Escribió al exarca Esmaragdos, que en el ínterin se había recuperado de su locura, y al que Fokas había restablecido en Ravenna; durante su primer período ministerial éste ya había conducido por la fuerza hasta dicha ciudad (588) al arzobispo Severo con tres de sus obispos, reteniéndolos allí durante un año y obligándole a renunciar a su cargo. En la carta decía Gregorio: «Nos esperamos que el celo que Vos demostrasteis en este asunto se haya desplegado en todo su ardor y estéis preparado para castigar y expulsar a los enemigos de Dios...».[32]

Gregorio fue sin duda un papa de múltiples recursos, y lo que no conseguía por la fuerza lo obtenía con dinero. Así, a los cismáticos is-trios, que habían vuelto a la Iglesia romana, los envió a Sicilia con una pensión papal. Tal hizo, por ejemplo, con Félix el Diácono y con un cierto religioso llamado Juan.

«Porque Nos sabemos ser agradecidos —según escribía una vez el hombre generoso al duque Arigis con el ruego de que aportase braceros y bueyes para un transporte de maderas— y prestamos contraservicios a los hijos que nos demuestran una disposición amistosa.» Quien regresa vuelve al redil, y quien es útil y se muestra sumiso es bueno. Gregorio fue un propagandista convencido de la virtud de la humildad. Y humilde, por supuesto, lo es únicamente quien está donde está el papa y le obedece con la mayor sumisión.

Por el contrario, en el sentir de Gregorio un «hereje» en manera alguna podía ser humilde. La «herejía» era a priori lo contrario, era división de corazones, la ruina de las almas, un servicio a Baal y al diablo; era una apostasía, rebelión y orgullo. «Pues el lugar de los herejes es el mismo orgullo..., el lugar de los impíos es el orgullo, como a la inversa la humildad es el lugar del bueno.»[33]

La tolerancia frente a los «herejes» fue impensable desde los comienzos, desde la época neotestamentaria. Los «herejes» fueron combatidos ya en la Iglesia primitiva como «anticristos», cual «primogénitos de Satanás», «animales en forma humana», «bestias», «diablos», «reses de matadero para el infierno», etc. Todo ello era, efectivamente, tradición vieja y aceptada en aquella Iglesia, que un digno predecesor de Gregorio, el papa Gelasio I (492- 496), había resumido en esta frase: «La tolerancia frente a los herejes es más perniciosa que las destrucciones más terribles de las provincias por los bárbaros».[34]

En África, donde tras la aniquilación total de los vándalos arríanos prevalecía de nuevo la casa imperial católica, al papa le molestaban los maniqueos, algunos restos de arríanos y en buena medida también los donatistas. Pues, una vez más, como en tiempos de Agustín, el donatismo era el paladín de los empobrecidos. Mas pronto forzó Gregorio la represión de los «herejes». En una carta al prefecto africano Pantaleón Anno (593), se muestra sumamente sorprendido de que el Estado no proceda enérgicamente contra los sectarios. Más tarde protestó también enviando a tres obispos como delegados a Constantinopla, incluso ante el emperador Maurikios, por la violación de las leyes imperiales en África. Y exigió asimismo una intervención vigorosa, que evidentemente tuvo éxito, aunque el episcopado católico de África no

---

[32] Gregorio I ep. 8,4; 1,60; 2,45; 13,36. LThK VII' 5 s. Ver también Speigí, Aqui-leja zwischen Ost und West 37 ss.

[33] Gregorio I ep. 4,14; 6,35. Moral. 3,43. Reg. past. 24. Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 19. Padberg 23 s.

[34] Además de Deschner, Historia criminal del cristianismo I cap. 3. Comp. asimismo, espec. a propósito de Gelasio I en el t. II.

se dejó manejar demasiado por el papa Gregorio I. Pero lo cierto es que en la segunda mitad de su pontificado ya no se habla de los donatistas para nada.[35]

El «gran» papa odiaba cuanto no fuese católico; de otro modo no habría sido «grande». No sólo lo arrancaba de cuajo, también lo difamaba. Así, en Roma dos casas arrianas de oración, dos iglesias cerradas de un pueblo que ya no existía, las abrió y convirtió en iglesias católicas: una en honor de san Severino en la Vía Merulana, y otra en honor de santa Ágata dei Goti en la Subura, que durante casi un siglo había sido el centro eclesial de los godos que vivían en Roma. Luego de borradas las últimas huellas de la «herejía» y consumada la consagración del templo —el informe es del «gran» papa—, el diablo, al que no se le vio pero al que se pudo sentir claramente, habría salido corriendo entre las piernas de los fieles. Y a lo largo de tres noches estuvo lanzando gruñidos horribles en el entramado del techo, hasta que por fin descendió sobre el altar una nube de olor agradable...[36]

149

Para Gregorio los paganos no tenían ni derechos divinos ni humanos. Y revolviéndolo todo —como ha venido haciéndose en sus círculos hasta el día de hoy— ¡presentó a los paganos como perseguidores de los católicos! Cierto que no abogó sin más por la violencia, por los azotes, torturas y cárceles a cualquier precio para los gentiles, que según él «viven como animales salvajes». Nada de eso; magnánimo y bondadoso como era, alentó con toda cordialidad a terminar con los arrendatarios paganos de las tierras eclesiásticas mediante imposiciones económicas. Al campesino obcecado y cabeza dura que se negaba en redondo «a volver al Señor Dios» había que «cargarle con tantos impuestos, que ese castigo lo empuje a entrar a la mayor rapidez posible en el recto camino».[37]

Y si nada de ello aprovechaba, y aun con la más insoportable presión tributaria alguien se resistía a entrar en «el camino recto», el santo padre se mostraba algo más duro. Ordenaba entonces una prisión rigorosa y, tratándose de esclavos, hasta la tortura, que ya Agustín, el predicador de la *«mansuetudo catholica»,* de la mansedumbre eclesial, permitía. Y no sólo la permitía con los esclavos sino también con todos los cismáticos (donatistas). El hábil pensador númida retuerce los vocablos y llama *emendatio* a la tortura ¡cual si se tratase de una especie de cura y preparación bautismal, de una bagatela comparada con el infierno!

Gregorio, obligado de mil maneras al venerable modelo, cristianizó pues los tristes restos del paganismo sardo a la luz del doctor Agustín. El año 599 exhortaba por carta «con el mayor fervor» al arzobispo Januario de Calaris, metropolitano de Cerdeña, «a la vigilancia pastoral frente a los idólatras». Recomendaba primero la conversión mediante «una exhortación convincente» (y no sin evocar «el juicio divino»), para escribir a continuación con toda claridad: «Mas si Vos encontráis que no están dispuestos a cambiar su forma de vida, deseamos que los apreséis con todo celo. Si son esclavos, castigadlos con azotes y tormentos procurando su corrección. Mas si son personas libres, deben ser conducidas al arrepentimiento mediante una prisión severa, como conviene, a fin de que quienes desprecian escuchar las palabras de redención, que los salvan del peligro de la muerte, en todo caso puedan ser

[35] Gregorio I ep. 5,3. Moral. 8,1 s.; 16,6. HKG II 2, 318. Hartmann, Geschichte Italiens II 163. Caspar, II 442 ss. Diesner, Der Untergang 76 s.
[36] Gregorio I dial. 3,30. RAC XII 936. Gregorovius 11 275. Caspar II 74.
[37] Gregorio I ep. 4,26; 4,29.

devueltos por los tormentos corporales a la fe sana deseada». En una segunda misiva exhorta al obispo «con mayor apremio» aún y le recomienda encarecidamente que vigile sobre los «herejes», debiendo inflamarlos en «celo ardiente», azotando a los esclavos y encarcelando a los que son libres.[38]

A través de los tormentos corporales se consigue una sana mentalidad católica.

Por lo demás, el papa se procuró esclavos de Cerdeña. Parece ser que había allí material especialmente útil y aprovechable; así que envió a la isla a su notario Bonifacio, quien no dejó de solicitar epistolarmente la colaboración amistosa del *defensor* imperial y con el fin asimismo de obtener buenos ejemplares.[39]

150

Por entonces todavía existían paganos en muchas regiones, que no sólo en Cerdeña, donde el propio arzobispo Januario los toleraba entre sus arrendatarios. Había paganos en Córcega, en Sicilia, en Campania, y no digamos en Galia e incluso en Gran Bretaña. Y por doquier impulsó Gregorio su desaparición; para ello no sólo puso en marcha a su clero: también a la nobleza, los terratenientes y, naturalmente, también el brazo civil. Por doquier hubo de golpear éste en unión del brazo eclesiástico. Así, en 593 ordenó al pretor de Sicilia que prestase toda su ayuda al obispo de Tyndaris en su labor de aniquilación de los paganos. Y cuando en 598 ordenó a Agnelo de Terracina que buscase a los adoradores de los árboles y los castigase de suerte que no pasase el paganismo a otros, requirió asimismo la asistencia de Mauro, el comandante militar del lugar. Y por supuesto que todo ello ocurrió —para decirlo con palabras de Juan el Diácono— «mediante la aplicación de la legítima autoridad».[40]

También al exarca del norte de África, Gennadio, lo elogia repetidas veces Gregorio por sus muchas guerras contra los paganos, siguiendo una vez más tranquilamente las huellas de san Agustín. (Uno de los monasterios gregorianos en Sicilia se llamó «Monasterio de los Pretorianos».) En cambio no tuvo el papa la menor comprensión para la práctica liberal del gobernador *(praeses)* de Cerdeña, que también actuaba desde una evidente y angustiosa necesidad financiera, como era la de procurarse apremiantemente su *suffragium,* y según el uso habitual hubo de extorsionar al pueblo para obtener el dinero, que le costaba la consecución del puesto. Pero a Gregorio debieron de erizársele hasta los últimos pelos, cuando en 595 informó a la emperatriz Constantina que el gobernador no sólo se había dejado comprar la autorización de los sacrificios a los ídolos, sino que había obtenido un impuesto sacrificial hasta de los paganos bautizados.

El papa Gregorio aceptó y hasta sancionó abiertamente la guerra de religión, la guerra ofensiva, para someter a los gentiles. En flagrante contraste con Jesús, autorizó la espada y la lucha como instrumentos misioneros. Primero la guerra, después el cristianismo. Primero había que someter por la fuerza sin más y después procurar en forma más o menos suave la conversión. Una norma que el historiador católico Friedrich Heer define como «la política cristiana de conquista y expansión hasta las vísperas de la primera guerra mundial». A este respecto Gregorio trabajaba —como vemos en una carta suya al emperador— con la vieja idea ambrosiana de que «la paz

---

[38] Gregorio I dial. 3,27 s. ep. 4,26; 9,65; 9,204. Schuitze I 425 s. Richards 242.
[39] Schuitze II 191.
[40] Richards 242 ss. con todas las citas transcritas y otras más.

de la *res publica* depende de la paz de la Iglesia universal». Consecuentemente mantuvo sus comandantes militares y hasta su propia soldadesca, que repetidas veces se impuso victoriosa.

Todo ello parecía caer por su propio peso; en apariencia era el resultado más natural del mundo. «De la ausencia del poder imperial se derivaron para el papado unos cometidos políticos de defensa y administración de Roma»; y así los papas «sin quererlo propiamente, poco a poco se convirtieron en los señores indiscutibles de la capital» (Richards). También a los ojos del historiador católico de los papas lodo esto discurrió «de un modo absolutamente natural»; «como por sí mismo» el papa Gregorio fue «el baluarte y caudillo», el «cónsul de Dios», que tomó en sus manos «de una manera autónoma la historia de Italia, la historia de "su país"». Gregorio protestó contra la proyectada reducción de las fuerzas de ocupación de Roma y procuró reforzar la guarnición. Más aún, el sucesor del Hijo del hombre pobre no se avergonzó de enviar personalmente tropas de refuerzo, exhortarlas al cumplimiento de sus deberes, darles instrucciones pormenorizadas y transmitirles naturalmente informes sobre el enemigo. Destacó a un tribuno a Nápoles y el *dux* Leoncio al castillo de Nepe, exigiendo siempre obediencia a sus órdenes. ¿Acaso no hablaba por su propia boca «el Señor»? ¿Aquel pobre predicador ambulante y pacifista que fue Jesús de Nazaret?[41]

¿JUSTO Y COMPRENSIVO CON LOS JUDÍOS?

Hasta el día de hoy se viene considerando al papa Gregorio I como el gran protector de los judíos, que ya entonces se encontraban por todo el imperio, desde África hasta Hispania y Galia, sobre todo como mercaderes aunque también como campesinos. «Los judíos encontraron en Gregorio un fiador de sus derechos, que durante siglos tuvieron garantizados por parte de los papas» (Kühner). Para el teólogo católico Stratmann el papa Gregorio fue en efecto no tan sólo justo, sino también «comprensivo» con los judíos.[42]

Cierto que Gregorio no quería «que los judíos fuesen sometidos contra su voluntad ni atormentados»; y el acento debería cargar sobre «contra su voluntad». Y cierto también que Gregorio otorgó a los judíos —y de nuevo son palabras suyas— la «libertad de acción, garantizada por la ley romana». Pero esa ley tenía muchas y graves desventajas para los judíos. Desventajas que se vieron agravadas. No podían construir nuevas sinagogas. No podían convertir al judaísmo a los no judíos ni casarse con no judíos. No podían heredar nada, ni ocupar cargo alguno, ya fuese militar o civil. No podían tampoco tener esclavos cristianos ni traficar con los mismos, cosa que por supuesto estaba permitida a los cristianos. Todo esto lo encontraba perfectamente justo el «gran» Gregorio, que en modo alguno consideraba al judaísmo como una

---

[41] Gregorio I ep. 2,38; 5,38. Dial. Praef. LMA IV 1664 (Richards). Gregorovius I 1 267. Seppeit II 18 ss. Caspar II 343, 354. Fischer, Der niedere Klerus 43 s. (con amplia presencia de fuentes). Comp. 74 s. Erben 53. Kühner, Gezeiten 1162. Id., Die Kreuzzüge, Studio Bern 14.10.1970. Patze, Der Frieden 419. Daniel-Rops 476. Richards 92, 97. Herrmann, Kirchenfürsten 47 atribuye también la expresión «guerra santa» a Gregorio.

[42] Kühner, Lexikon 38 s. Stratmann IV 85.

religión, sino más bien como una «superstición» *(superstitio)*[43]

En contra de los esclavos cristianos el papa no tenía nada, absolutamente nada. Antes bien, él mismo los tenía a montones. Pero le irritaba el que los esclavos cristianos estuviesen al servicio de los judíos. Encontraba «pernicioso y abominable por completo para cristianos el que sirvieran como esclavos en casas judías». Y exigía proceder judicialmente de inmediato y con rigor contra los judíos que hubieran convertido a esclavos cristianos a su religión. Y, naturalmente, tales esclavos tenían que ser manumitidos. Lo mismo ocurría con esclavos judíos o paganos al servicio de casas judías, que quisieran convertirse al cristianismo, en el caso de que dichos esclavos no hubiesen sido vendidos a cristianos dentro del último trimestre.[44]

152

Cierto también que el papa Gregorio ofreció incluso a los judíos ciertas ventajas económicas. Llegó hasta el soborno para que se dejasen bautizar. Su ofrecimiento iba desde las vestiduras bautismales gratis hasta la concesión de una renta. Uno de cada tres judíos de los que se convertían al catolicismo en Roma sólo debía pagar dos tercios de su alquiler. Esto no dejaba de ser un asunto importante para un avezado especialista en las finanzas y la administración (y apóstol del fin calamitoso del mundo). También a los católicos les facilitó mediante una renta su conversión del cisma de los Tres Capítulos. Puede que el dinero atrajese a los judíos más que Cristo, pero el santo padre se ganaba a sus hijos y a los hijos de sus hijos y así sucesivamente, por lo que escribió: «Cualquier rebaja del alquiler por causa de Cristo no ha de considerarse como una pérdida». Consecuentemente también rebajó a los judíos convertidos las gabelas en la transmisión de herencias.

Pero aparte esa «ayuda al desarrollo» papal, Gregorio fue uno de los precursores de la política antijudía en Occidente. Cierto que rechazó tajantemente cualquier persecución contra los judíos, se opuso a la conversión por la fuerza de los mismos en Italia meridional y a la ocupación de una sinagoga por los católicos en Cerdeña. Aun así consideró un propósito loable el bautismo forzoso y propagó expresamente la «conversión» de los judíos. También les prohibió severamente la construcción y aun la simple ampliación de sinagogas; les prohibió cualquier actividad misionera y, en no menos de una decena de cartas, el que mantuvieran esclavos cristianos. A su enviado especial en Cerdeña, el notario Juan, le ordenó que cesase de devolver los esclavos huidos a sus dueños judíos. Y desde luego Gregorio impidió a los judíos la mínima influencia en la vida pública de los cristianos.[45]

Según una frase de este papa, ningún cristiano debía ser esclavo y ni siquiera criado de los judíos, que habían rechazado y matado a Cristo. También ordenó en cierta ocasión (591) a un judío, que «en virtud de una ley» devolviese los cálices, candelabros y palios que había comprado. Y llevó a mal el que un obispo hubiese comprado una piel a unos mercaderes judíos. Personalmente parece que nunca habló con ellos y les obligó a que expusieran sus mercancías fuera del *«porticus»,* a fin de evitar hasta la apariencia de tráfico. Finalmente, sabemos que el pretendido protector de los judíos alabó especialmente al rey español Recaredo, por haber resistido a todas las tentativas

---

[43] Gregorio I ep. 2,6. Richards 235 s.

[44] Gregorio I ep. 3,37; 6,10; 7,21; 9,213.

[45] Gregorio I ep. 1,10; 1,45; 2,7; 2,38; 4,31; 6,33; 6,45; 7,24; 8,21; 8,23; 8,25; 9,38; 9,109 s.; 9,195. Wiegand 236 s. Schopen 32 s. Gontard 153. Richards 123.

de que los judíos retirasen una ley antijudía promulgada por él.[46]
153

NEGOCIOS ANTES DEL FIN DEL MUNDO, O DE «LA PROPIEDAD DE *LOS* POBRES»

El mismo hombre que profetizó el fin calamitoso del mundo y el inminente juicio divino llevó a cabo una política de bienes eclesiásticos tan intensa como si ese juicio divino no hubiera de llegar jamás.

El papa dispuso de una serie de patrimonios bien organizados, unos quince al comienzo de su pontificado, y de un territorio de muchos cientos de kilómetros cuadrados, llamado patrimonio de san Pedro. Eso quería decir que, propiamente, todo ello no pertenecía al papa, al clero o a la Iglesia, sino que pertenecía en realidad al bienaventurado príncipe de los Apóstoles. Y esa propiedad de Pedro se extendía desde el norte de África, donde para gran alegría de Gregorio los territorios casi despoblados estaban trabajados por prisioneros de guerra (la «mano de obra» más barata), pasando por Italia, el territorio urbano de Roma *(«patrimonium urbanum»),* hasta Córcega, Cerdeña, Dalmacia, Istria y la Provenza; una propiedad de enorme extensión y desde luego la mayor de Italia. Buena parte de la misma procedía de fundaciones imperiales. Tal vez el último y gigantesco incremento se debió a las fincas de la Iglesia arriana, que fue objeto de expolio tras la destrucción del reino ostrogodo. Y mientras la propiedad privada mermaba cada vez más, las riquezas de la Iglesia iban siempre en aumento.

En Sicilia, el granero de Roma desde antiguo, el patrimonio de «san Pedro» era tan grande, que Gregorio lo dividió en dos centros administrativos (rectorados): Palermo y Siracusa, con unos 400 arrendatarios en total *(conductores).* Y personalmente estaba informado de que desde hacía años

«muchas gentes sufrían violencias e injusticias por parte de los administradores de los bienes eclesiásticos romanos», a las que se había despojado arrebatándoles los esclavos.

En la explotación de los territorios el papa contó con el apoyo de algunos de sus allegados más íntimos así como de los rectores de distintos patrimonios (obligados con juramento ante la supuesta tumba de Pedro, cubierta por él con 100 libras de oro). Aun así, Gregorio se ocupó de ciertas (punto menos que) bagatelas. Y él, que pese a sus múltiples alifafes continuaba interviniendo —y haciendo que los diáconos de Catania llevaran sandalias *(compagi)* porque era lo único permitido a los diáconos romanos—, no obstante sus numerosas represiones, sus lúgubres prédicas penitenciales y su corrosiva expectación de la destrucción del mundo, aún encontró tiempo, sorprendentemente mucho tiempo, para ocuparse de los campos, las yeguas de vientre, los bueyes viejos, las vacas inservibles y los esclavos, que en lo posible tenían que ser naturalmente miembros bautizados de la santa Iglesia; en todo lo cual los métodos del santo padre no parecen haber sido demasiado escrupulosos. El motivo principal era aumentar los ingresos antes del inminente juicio final y que el jefe pudiera presentar al jefe un perfecto estado de cuentas. Se ha escrito que su

[46] Gregorio I ep. 1,87; 9,213. Browe 128,138,145. Caspar II 492. Incluso Ange-nendt ignora recientemente la fundamental actitud antijudía de Gregorio: Frühmit-telalter 241.

consigna fue: «Prestigio, eficacia y disciplina». Eso podría ser hoy el credo de cualquier estudioso estadounidense del marketing.[47]

154

Cierto que el siniestro predicador del fin del mundo procuró impedir con toda nobleza que «la bolsa de la Iglesia se emporcase con ganancias deshonrosas»; pero al mismo tiempo hizo todo lo posible por incrementar la producción y las ganancias. Y aunque no fue el único papa en esto, fue tan lejos que en la Galia, por ejemplo, las rentas de los arrendamientos las cobraba en moneda acuñada *in situ,* con un valor que se apartaba del oficial, de manera que al cambio no sufriera minusvalía alguna.[48]

Los bienes raíces papales proporcionaron continuamente a Gregorio grandes cantidades de mercancías y dinero, convirtiendo a la Iglesia católica en la primera potencia económica de Italia; sobre todo porque incluso en tal estado de cosas no dejaron de sumarse aportaciones nada despreciables con legados y donaciones en favor del santo padre y de los obispos personalmente. De acuerdo con el *quadripartitum,* una tradición antiquísima que dividía los bienes eclesiásticos en cuatro partes, el papa como cualquier otro obispo ingresaba en su peculio personal una cuarta parte de todas las entradas. Algunos prelados llegaban incluso a quedarse con un tercio de los ingresos, o aceptaban la tradicional división cuatripartita para los repartos ya realizados, reservándose en exclusiva todos los ingresos nuevos. Cierto que tal práctica, frecuente por ejemplo entre los obispos de Sicilia, la prohibió Gregorio; pero así y todo: «Es bien significativo que, al mismo tiempo que quebraba en Roma el último banquero, un terrateniente italiano asignase una fuerte suma de dinero, a través del papa, para su pago en Sicilia a favor de la iglesia local, mientras que dicha suma se la abonaba en Roma al diácono *dispensator»* (Hartmann).[49]

Sin duda que Gregorio se empleó, como muy pocos papas, en favor de ios aparceros y los campesinos, a la vez que intentaba controlar las peores injusticias. Mas, como lo demuestra la correspondencia papal, aquellos bienes eclesiásticos eran un pantano único de explotación, cohecho, opresión y fraude.

Los miserables campesinos, o mejor los esclavos de la gleba, a los que ya se esquilmaba con los impuestos sobre el suelo *(burdatio)* que se recaudaban tres veces al año, además de con los arrendamientos y las

154

entregas a la Santa Iglesia Católica, se veían oprimidos por añadidura con los más diversos métodos y recursos de los esbirros eclesiásticos: mediante la recaudación de nuevas cantidades; por ejemplo, unos arbitrios altísimos a cambio de la licencia matrimonial y unas medidas de grano alteradas y falseadas. Sólo en el caso de que los *rectores* hubieran dejado pasar el período adecuado para la navegación, eran ellos los que por voluntad del papa habían de hacer frente a las pérdidas. La intervención de Gregorio en diversos casos conocidos no resultaba por desgracia fácil de entender; pero sin duda alguna elevaba la capacidad de rendimiento de los bienes pontificios, redundando por lo mismo en su propio interés, en el interés de un «terrateniente justo y sin embargo hábil», según elogio de Richards, quien también ha de admitir

---

[47] Gregorio I ep. 1,39 a; 1,73; 8,27. Lib. Pont. Vita Greg. 313. RCA XII 935 s. HKG II 2 208. Gregorovius 11 265 ss. Seppeit 15 ss. Gontard 158. Richards 101,118, 133 ss., 144. Altendorf 186 ss., 194.

[48] Gregorovius 11 265. Haller I 220. Richards 134 s.

[49] Hertmann, Geschichte Italiens II 149.

que «persistían pese a todo muchos de los viejos abusos».[50]

155 Probablemente casi todos.

Gregorio se autodenominó «tesorero de los pobres», calificando las inmensas riquezas pontificias como «la propiedad de los pobres». Una «de sus expresiones más hermosas», canta el *Manual de Historia de la Iglesia.* Pero con todo ello casi seguro que no se trataba más que de dar limosna, aun cuando ciertamente que en ocasiones Gregorio se preocupaba de forma muy personal de los indigentes y de otros «necesitados». Cierto que de ello debía ocuparse el subdiácono Antemio, por ejemplo. Pero «sólo lo hizo en algunos casos», como le reprocha el papa en 591, quien revela que además había olvidado los casos más importantes. Y así le ordena Gregorio a renglón seguido: «Mas yo quiero que a la señora Pateria, mi tía, le asignes apenas recibido este encargo para el mantenimiento de su servidumbre 40 ducados y 400 fanegas de trigo; a la señora Palatina, viuda de Urbico, 20 ducados y 300 fanegas de trigo; y a la señora Viviana, viuda de Félix, asimismo 20 ducados y 300 fanegas de trigo. Los 80 ducados se han de cargar en cuenta».[51]

De todos modos la tía del santo padre recibe más trigo que cada una de las otras dos viudas, a la vez que el doble de dinero que las otras dos juntas (aunque eso sí para pagar a sus criados ¡y mantener los puestos de trabajo!). Pero he aquí lo que dice el mentado *Manual de Historia de la Iglesia:* «La solicitud por un resto de tranquilidad y orden y hasta por el pan diario de los pobres ocupó a menudo toda la atención del obispo romano». Para agregar a continuación —y ahora de forma realmente creíble— que «ni siquiera en los tiempos más difíciles fue Gregorio únicamente cuidador de pobres...». Lástima que por buenos motivos —que más bien habría que decir malos— no sepamos lo que en el curso de toda su historia de victoria y salvación expendió el clero en favor de los pobres y lo que se reservó para sí.[52]

156

USO Y ABUSO DE ESCLAVOS COMO GANADO, O «LA DIVERSIDAD DE LOS ESTADOS»

Por el propio Gregorio sabemos que numerosos obispos ni se cuidaban de los oprimidos ni de los pobres. Lo afirma él en general de los obispos de Campania. Mas ¿fue personalmente él un señor benigno? Con ocasión del nombramiento del *defensor romanus* como *rector* escribía a los *coloni* de Siracusa: «Os recomiendo, pues, que obedezcáis de buen ánimo sus órdenes, que él considera adecuadas para el fomento de los intereses de la Iglesia. Nos le hemos autorizado para que castigue severamente a quienquiera que se atreva a ser desobediente o rebelde. También le hemos dado instrucciones para que reanude las pesquisas sobre todos los esclavos que pertenecen a la Iglesia pero que han escapado y para que recupere con toda prudencia, energía y prontitud los terrenos que alguien ocupe de forma ilegítima».[53]

---

[50] Richards 144 ss. con los textos de la fuentes.

[51] Gregorio I ep. 1,39; 13,19; 13,23; 13,31. HKG II 2 208, 318. Gregorovius 11 265 ss. Seppeit II 15 ss. Richards 102 s.

[52] HKG II 2 318.

[53] Gregorio I ep. 9,30.

Para el cultivo de sus tierras es natural que Gregorio necesitase ejércitos enteros de esclavos, de colonos atados al suelo. «Fueron escasos los campesinos eclesiales libres» (Gontard). Cae por su peso que el papa no se enfrentó a la esclavitud. ¿De dónde sino el administrador de la propiedad de los pobres habría podido obtener el dinero para subvenir a sus necesidades? Para no hablar del mantenimiento de «puestos de trabajo», que ya en su tiempo era la preocupación de cualquier empresario. Gregorio recuerda ciertamente a los señores —pues su Iglesia tendrá que hacer justicia simultáneamente a ricos y pobres, lo que tal vez sea el mayor de todos sus milagros— que los esclavos son personas y que han sido criados iguales por naturaleza a sus amos. Pero aunque los hombres hayan sido creados iguales, absolutamente iguales, sin duda que las circunstancias han variado por completo. Luego sería necesario, según el propio Gregorio, amonestar a los esclavos «para que en todo tiempo consideren la bajeza de su estado» y que «ofenden a Dios, cuando con su comportamiento presuntuoso contravienen el orden establecido por él». Los esclavos, enseña el santo padre, tienen que «considerarse como siervos de los señores», y los señores como «consiervos entre los siervos». Hermosa expresión.

¿No es esto una religión provechosa? Por naturaleza, enseña Gregorio, «todos los hombres son iguales»; pero una «misteriosa disposición» sitúa «a unos por debajo de otros», crea la «diversidad de los estados», y desde luego como «una secuela del pecado». Conclusión: «Puesto que cada hombre no camina de la misma manera por la vida, uno tiene que dominar sobre otros». Conclusión: Dios y la Iglesia —¡que en la práctica siempre se identifica con el alto clero!— estaban por el mantenimiento de la esclavitud. Y desde Gran Bretaña hasta Italia, pasando por la Galia, hubo en su tiempo un comercio constante de esclavos cristianos.

157

La Iglesia romana necesitaba esclavos, y los necesitaban los monasterios —el propio Gregorio alentaba en 595, a través del rector galo Cándido, la compra de muchachos esclavos ánglicos para los monasterios romanos—. Todos compraban usando y abusando de los esclavos cual si de ganado se tratase. E incluso a un enemigo, como lo era Agilulfo, rey de los longobardos, podía asegurarle el papa que el trabajo de tales forzados sería beneficioso para ambas partes (una vez más qué mentalidad tan moderna, que sobrepasa todas las fronteras). Si los más desgraciados escapaban a su miseria, cosa que ocurría con bastante frecuencia, el santo padre presionaba naturalmente para que fueran devueltos a sus dueños. Persiguió al esclavo huido de un monasterio romano lo mismo que al panadero escapado de su propio hermano. Pero también entonces el papa se mostró magnánimo y en vez de castigar el crimen de los *coloni* con la privación de sus posesiones quiso verlos castigados con el apaleamiento devolviendo «debidamente los esclavos a sus amigos» (Richards).[54]

Gregorio, que insistentemente proclamaba el inminente fin del mundo, y que con la lucha por la fe, convirtió esa predicación en la «idea rectora» de su pontificado, aún tuvo tiempo de hacer grandes negocios. Y convirtió a san Pedro en un personaje cada vez más rico. Incrementó considerablemente los beneficios de su hacienda y echó los cimientos para el decisivo y victorioso dominio territorial del papado. Con sus latifundios sicilianos abasteció de grano a Roma, pagó a las tropas imperiales de las

[54] Gregorio I ep. 9,42. Haller I 220. Gontard 159. Angenendt, Frühmittelalter 219. Orlandis/Ramos-Lisson 216 s., 220. Richards 65 s., 116,135, 246 con el resto de las fuentes.

partes romanas, se preocupó del avituallamiento y la defensa y en tiempos de crisis hasta mandó la guarnición romana. De ese modo el «cajero del emperador», el «tesorero de los pobres» —como él se llama a sí mismo—, el «cónsul de Dios» —como le exalta su inscripción sepulcral—, puso en marcha la evolución hacia el Estado de la Iglesia, con una secuencia difícilmente imaginable de fallos, guerras y engaños.[55]

Pero ya entonces el papado era una potencia (muy) mundana, y merece ya atención el comportamiento de Gregorio frente a Bizancio.

A VECES CON EL EMPERADOR Y A VECES CONTRA ÉL

Durante los asaltos de la invasión de los pueblos nórdicos Roma se había refugiado bajo la protección de los emperadores orientales; pero bajo el poderoso godo Teoderico en ocasiones también actuó violentamente contra Bizancio. Incluso, durante la guerra de los godos hizo a veces causa común con los «herejes», a quienes muchos temían menos que al «cesaropapismo». A su vez. bajo los reyes godos los paladines de la fe católica no tocaron las Iglesias arrianas, mientras que sí demolieron ya las sinagogas de los judíos.

158

Tras la aniquilación de los ostrogodos y el sometimiento de Italia al gobernador bizantino, el comandante en jefe de las tropas (pronto denominado «exarca») con Ravenna como la nueva residencia, en Roma se empezó por bailar al son de la flauta (y de la férula) de los señores de Oriente. Los «libertadores» bizantinos recabaron en Italia las mismas sumas de dinero que antes había impuesto el rey godo. Además saquearon y se enriquecieron por su cuenta. Sólo cuando, a la muerte de Justiniano (565), el emperador oriental sufrió nuevos recortes de poder y sobre todo pérdidas territoriales, se preparó en Occidente otro cambio de frente: la colaboración con los germanos, que lejos de «asentarse en consideraciones pastorales», como dice el mentado *Manual de Historia de la Iglesia,* obedeció a motivos políticos, como pronto se echará de ver con claridad siempre mayor.

Saltaba a los ojos, en efecto, el desgaste y agotamiento de Bizancio. Por el este amenazaban los persas. En Italia los longobardos separaban Roma de Ravenna. En los Balcanes empezaba el avance de eslavos, serbios y croatas; en España se alzaba el reino visigodo. A todo ello se añadían los intentos autonomistas incluso dentro de la federación imperial, por obra de los exarcados de Ravenna y de Cartago, o debidos a grandes grupos marginales, como podían ser nestorianos, mono-fisitas y coptos. También se desmoronaban las estructuras sociales y económicas. En una palabra, el imperio de Oriente no era ya lo que había sido; y así, con Gregorio I el papado empieza a distanciarse de Bizancio.[56]

El santo padre actuaba unas veces a una con el Estado, y otras en contra del mismo. Si en el empeño por someter a su férula a los obispos de Iliria se sirvió del brazo civil, en un empeño similar contra los arzobispados recalcitrantes del norte de Italia, de Ravenna, Aquileya y Milán, actuó contra el imperio. Los obispos de la

---

[55] LMA IV 1663. Gregorovius 11 267. Seppeit II 15 ss.

[56] LMA II 1243 ss. HKG II 2 207 s. Gregorovius 11 267. Herde 1. Richards 15.

diócesis de Aquileya solicitaron entonces ayuda del emperador Maurikios contra el papa, pues temían perder la independencia que habían obtenido desde la disputa de los Tres Capítulos. (Aproximadamente cien años después estallaría el cisma.)[57]

Ahora bien, las tácticas de Gregorio no apuntaban ciertamente en la dirección de Maurikios (582-602) y su reorganización de Italia. Desde aproximadamente el 584 el emperador gobernó allí a través de su representante en Ravenna. El primer *patricias et exarchus (Italiae),* conocido con certeza, fue Esmaragdos, un general hábil, pero alienado durante mucho tiempo y al que los romanos sustituyeron (589). Los exarcas, supremos gobernadores civiles y militares del exarcado, sólo controlaron tras la invasión longobarda los territorios costeros bizantinos, que además de Ravenna y la Pentápolis incluían las islas venecianas, la región próxima a Genova, Roma, Ñapóles y Amaifi, denominada *Ducatus* (por el título de *dux,* caudillo, que llevaba el supremo gobernador militar).

159

Pero mientras Maurikios pretendía reconquistar Italia, mientras sus planes iban incluso más allá del programa de reconquista de Justiniano I, y mientras en el misal romano continuaba la oración «para que Dios someta todos los pueblos bárbaros al emperador», Gregorio se aproximaba a los nuevos gobernantes y, de manera provisional, se asoció con los longobardos; pero al mismo tiempo pretendía ser leal al emperador, con el que tuvo varios choques, y proclamaba su doctrina de la autoridad pontificia, a la que todos debían someterse y no sólo el emperador. Precisamente cuando en 595 marchaban sus primeros misioneros hacia el oeste, declaraba también que los francos en razón de su ortodoxia estaban por encima de las demás naciones y (con la vista puesta en el rey Childeberto II, a quien había enviado la llave de la confesión de san Pedro) razonaba: «Así como la dignidad real supera a la de cualquier otro hombre, así el reino franco está por encima de todos los otros pueblos».[58]

En Italia, donde se expandían los longobardos, el poder del emperador era escaso. Y cuanto más mermaba, más crecía el del papa. En Roma daba órdenes a los funcionarios supremos del emperador, y eso tanto en el plano civil como en el político y el militar; al menos ejercía una especie de derecho de supervisión sobre las funciones administrativas de aquéllos, y le correspondía el recurso al emperador. Podemos así considerar a Gregorio como el fundador del poder temporal del papado. Sin existir todavía un Estado de la Iglesia había ya una especie de Estado, o al menos un importante factor de poder. Los obispos de Gregorio elegían, a una con los grandes terratenientes, a los gobernadores provinciales y definían sus competencias, especialmente la potestad judicial. El papa tenía además influencia sobre el comercio y controlaba, en unión del senado, las medidas y pesas. Y a él le pertenecían —siendo esto tal vez lo que más incrementó su poder— enormes extensiones territoriales, grandes fincas agrarias por toda Italia y fuera de ella.[59]

Pese a todo, Gregorio seguía siendo, como sus predecesores, el súbdito del emperador, que era su superior. La persona y el gobierno imperiales se consideraban

---

[57] Maier, Mittelmeerweit 339. Reindel, Grundiegung 107.

[58] Paulo Diác. Hist. Lang. 3,18; 3,26. Der Kleine Pauly 3,1096. LMA IV 151 ss. HKG II 2 207. Hartmann, Geschichte Italiens II 106 ss. Caspar II 474 ss. Dannen-bauer II 21. Dawson 192, 195. Seppelt/Schwaiger 60. Richards 21 s. Ullmann, Die Machtstellung 57 s.

[59] Gregorovius 11 260 ss. Jenal 113. Ver asimismo la nota siguiente.

sagrados. El monarca de Bizancio combatía también las «herejías», promulgaba edictos eclesiásticos y convocaba los concilios. En una carta de junio de 595 llama Gregorio al soberano su «piadosísimo señor», mientras que se autoconfiesa «pecador indigno» y «hombre pecador». Prestó «obediencia» a las «serenísimas órdenes» de Maurikios, con quien de *apokrisiar* mantuvo en general buenas relaciones (y con la emperatriz incluso cordiales), para regocijarse también después de su muerte y mostrarse «obediente» al asesino.

160

También como papa mantuvo Gregorio conciencia de su subordinación, sobre todo cuando la Iglesia de Roma no era independiente y el emperador continuaba siendo su señor. En la elección del candidato a ocupar la sede romana el emperador tenía el derecho de confirmación, y sólo podían sentarse en la misma los clérigos gratos a Bizancio. Y así, tras la elección de cada nuevo papa, el clero y el pueblo de Roma tenían que solicitar, y «solicitar con lágrimas», que el soberano «escuchase propicio el llanto de sus esclavos y mediante su mandamiento hiciera realidad cumplida los deseos de los solicitantes en el asunto de la ordenación del elegido». También en otras sedes episcopales importantes de Italia reivindicaba en ocasiones el emperador ese derecho. Y papa y clero tenían que obedecer.

Incluso tratándose de asuntos puramente eclesiásticos, y siendo Gregorio de opinión totalmente distinta, podía éste mostrarse dispuesto a contraer ciertos compromisos o a obedecer sin más: tal sucedió con la orden de que no se molestase a los católicos cismáticos, que mantenían los Tres Capítulos. Y cuando el emperador quiso deponer al arzobispo Juan de Prima Justiniana, metropolitano de Dacia y delegado apostólico —que probablemente estaba loco—, es verdad que el papa, como de costumbre, hizo algunas objeciones; pero sin volver a oponerse a la decisión suprema. Si al príncipe le correspondía mandar lo que quisiera, «nuestro piadosísimo señor tiene la potestad para hacer lo que sea de su agrado». Si la actuación imperial era conforme al derecho canónico, el papa gustaba de refrendarla; pero en caso contrario «nos sometemos a ella, en la medida en que podemos hacerlo sin cometer pecado».[60]

Cierto que la autoconciencia de Gregorio se abre paso de cuando en cuando, y en una ocasión por ejemplo habla de «mi tierra» refiriéndose a Italia. También alude al hecho de que la Sagrada Escritura llama «a los sacerdotes a veces dioses y a veces ángeles». Más aún, en su carta más airada recuerda ufano el ejemplo del emperador Constantino, quien según parece quemó un escrito de acusación contra algunos obispos con estas palabras:

«Vosotros sois dioses e instituidos por Dios. Id y resolved entre vosotros vuestros asuntos, pues no es decente que nosotros convoquemos ante nuestro tribunal a los dioses».

En líneas generales Gregorio maniobró con habilidad frente a su señor, y en caso de conflicto nunca le atacó directamente a él o al Estado, sino «al mundo pecador». Y, naturalmente, por eso mismo no discute jamás la autoridad suprema de soberano, por eso sólo apoyándose en Bizancio podía afirmarse frente a los longobardos. Y así navega entre el este y el oeste, siempre atento a su mayor provecho. Mientras da la

---

[60] Gregorio I ep. 5,37; 11,29. RAC XII 936 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 185 ss. Caspar II 479 ss. Richards 231 s.

impresión de servir lealmente al soberano, y se presenta como súbdito fiel del emperador de Oriente, puede en ocasiones arreglarse con los enemigos del imperio, puede declarar que los funcionarios del emperador son peores que los longobardos y puede lamentar la «maldad» de los bizantinos, «sus extorsiones y astucia redomada» que «hunden» el país, y puede incluso saludar la caída del emperador como una liberación.[61]

161

El Santo Padre recomienda los ataques por la espalda, la toma de rehenes y el pillaje

Entre el exarca de Ravenna y el papa no hubo buenas relaciones. Italia, y muy especialmente el caos territorial de su parte media, era un foco de pequeñas guerras casi continuas. Por ello quería el exarca proteger el corredor de tierra entre Ravenna y Roma, y el propio papa pretendía proteger Roma; mas ya no había tropas suficientes para ello. La guarnición romana, considerablemente mermada por la peste y sin recibir su soldada, estaba al borde de un amotinamiento. Gregorio asumió entonces el mando. Se puso al frente de la ciudad interviniendo de forma determinante en todas las acciones militares, desde el nombramiento de los oficiales hasta las operaciones de los generales o la negociación de las condiciones de armisticio. Cuidó de que nadie eludiese el servicio de las armas so pretexto del servicio a la Iglesia. Más aún, reclutó gente en los monasterios para que custodiasen los muros de la ciudad, aunque evitó poner soldados en los monasterios de monjas. Proyectó incluso instalaciones militares para Campania, Córcega y Cerdeña. Se preocupó de reforzar los puntos débiles de los enclaves imperiales con tropas de refuerzo y fortificaciones. Nombró un comandante para Nápoles y para Nepe, a cuya población amenazó (con acentos bíblicos):

«Quien se oponga a sus justas órdenes será considerado como rebelde contra Nos, y quien le obedezca a Nos obedece».

El papa Gregorio procuró también actuar en coordinación con los tres generales, que protegían la frontera del ducado: Velox, Vitaliano y al duque Maurisio de Perusa. (Éste se pasó más tarde al bando del longobardo Airulfo, y así pudo continuar gobernando en su nombre la ciudad de Perusa. En la contraofensiva del exarca volvió de nuevo al servicio del emperador. ¡Había comprendido la esencia de la política! Cierto que, tras la reconquista de Perusa en 593 por el rey longobardo Agilulfo el duque Maurisio ya no pudo poner a prueba su capacidad maniobrera, y perdió la cabeza.)

También el papa Gregorio, cuya ascensión al trono pontificio coincidió con el cambio de rey entre los longobardos, se manejó con éstos según el estado de cosas. Lo que ciertamente no era fácil, por el mero hecho de que hubo de actuar con tres grupos religiosos. Ante todo el máximo problema de la «herejía» de los arrianos, que era la fe del rey; después, los restos de paganismo, centrados a lo que parece principalmente en el ducado de Benevento, donde ya no había diócesis católicas; y,

[61] Hartmann, Geschichte Italiens II 181, Caspar II 479 ss. Seppeit II 21. Haller I 226. Richards 93.

finalmente, los cismáticos, pues los longobardos católicos apoyaban al bando de los Tres Capítulos, como casi todos los obispos de Lombardía, con los que por lo mismo Gregorio estuvo siempre en pie de guerra.[62]

162 Frente a los longobardos, que vagan por los escritos de Gregorio como saqueadores, incendiarios y asesinos, desarrolló una doble estrategia rica en variaciones. Mediante la guerra y la misión intentó someter a los enemigos del país en cuyos territorios la Iglesia había perdido todos sus ingresos, actuando unas veces contra ellos y otras de común acuerdo.

Cuando en 591 aguardaba un ataque de Ariulfo de Spoleto, un pagano, sobre Roma o Ravenna, el papa Gregorio no predicó el amor cristiano a los enemigos. Más bien anunció al *magister militum* (comandante en jefe) Velox un refuerzo desde Roma y animó a los tres generales a que atacasen por la espalda al duque. He aquí lo que escribía a Velox a fines de septiembre de 591: «Cuando tengáis noticias de hacia dónde avanza Ariulfo, si contra aquí o contra Ravenna, como hombres valientes tenéis que caer sobre su espalda...». Detuvo en efecto los ataques de Ariulfo; pero al año siguiente se repitió la situación, y entonces (julio de 592) ordenó de nuevo Gregorio un ataque por la retaguardia, precisamente el 29, día del mártir Pedro. El papa «grande», el santo y doctor de la Iglesia, aconsejó además incursiones de saqueo sobre el territorio del duque así como la toma de rehenes. Los militares debían mirar por su honor; pero sin omitir nada —y en ello insistió repetidas veces— «que consideréis ventajoso para el imperio», «que representa una ventaja para el Estado». Notificaba además la última posición del ejército longobardo y ordenaba expresamente saquear las posiciones enemigas.[63]

Gregorio también promovió sin duda acuerdos con los longobardos y en ocasiones se asoció efectivamente con ellos, cuando llegaron a ser militarmente más fuertes y se convirtieron en los verdaderos señores del país, reportando únicamente bienes con los esclavos muertos y huidos.

Tras el armisticio concluyó también por su propia cuenta un tratado de paz, en su provecho ciertamente, aunque a costa de Ravenna y del imperio. Pero un doble asedio de Roma en dos años bastó para hacerle ver la conveniencia de una pausa de respiro con vistas a la mejora de las estructuras del mando militar y del armamento, pues si le dolían las 500 libras en oro, pagadas por la retirada del ejército enemigo, más debieron de dolerle las fuertes mermas del negocio por los años de guerra. Así pudo decirle al rey longobardo una vez establecida la paz: «De no haberla firmado, lo que no quiso Dios, no habría habido más que un derramamiento de sangre de los pobres campesinos, cuyo trabajo redunda en beneficio de nosotros dos, para vergüenza y ruina de ambas partes».

163 Queda sin aclarar si le preocupaba más la sangre de los campesinos o el provecho que redundaba de su trabajo. En todo caso negoció en ocasiones tanto con el duque Ariulfo como con el rey Agilulfo, a la vez que contactaba con los funcionarios

---

[62] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,8. Kelly 21. LMA IV 151 ss. Richards 198. Jenal 113, 125 s. Hurten 38. Ver asimismo la nota siguiente.

[63] Gregorio I ep. 1,3; 2,7; 2,32. Dial. 3,28. Paulo Diác. Hist. Lang. 4, 8. Hart-mann, Geschichte Italiens II 102 s., 131 s., 168. Caspar II 471 s. Erben 71. Sep-pelt/Schwaiger 59. Zollner, Die politische Stellung 136. Ampliamente Richards 93, 188 ss, a quien aquí sigo en parte. Ver allí otras referencias de fuentes.

imperiales y con el propio emperador, quien por lo demás reaccionó de forma muy desabrida, condenó enérgicamente la conducta de Gregorio y le tildó de ingenuo. Más aún, en Ravenna, donde residía el exarca Romanos, se desató una dura campaña de carteles contra el papa, hasta tal extremo que éste condenó a sus autores. Sólo cuando en 596-597 murió repentinamente Romanos, sucedíendole Galicino, amigo de Gregorio, pudo tras consultar al papa reanudar y concluir las negociaciones de paz con Agilulfo. Tanto el rey como el exarca firmaron a los dos años, pero al papa, que albergaba muchas sospechas y que examinaba una vez más su delicada situación, se negó a suscribir personalmente el documento, aunque permitió que otros lo hicieran en su nombre.[64]

Gregorio incluso tuvo éxito con la reina católica (cismática) Theudelinde, viuda del rey Authari y una de las no escasas damas sensibles a la influencia de la Iglesia, desposadas con príncipes paganos.

El hombre de confianza del papa cerca de aquella princesa bávara, con la que pronto Gregorio estableció una correspondencia intensa, fue el diácono ortodoxo Constancio de Milán, además del monje Secundo, el influyente consejero de la reina. En la primavera de 593, y probablemente no sin ayuda romana, fue nombrado obispo de Milán. Gregorio, sabedor de que Theudelinde «estaba pronta y dispuesta a toda obra buena» (Paulo el Diácono), inició ese mismo año la correspondencia con ella. Su primera carta ella ni siquiera la recibió, pues Constancio, incauto todavía, se la devolvió al papa, quien la retocó. También le envió en unas ampollas aceite sacado de las lámparas de las tumbas de los mártires romanos, una astilla de la cruz de Cristo, sangre del Salvador en gran cantidad, así como cuatro de sus obras rebosantes de milagros, con regalos también al final para los hijos del rey. En 603 Theudelinde hizo bautizar a su hijo Adaload, como ya antes había hecho bautizar en el rito católico a su hija Gundiperga. Padrino del heredero del trono fue Secundo, «el siervo de Cristo» (Pablo el Diácono).[65]

Sin Theudelinde dirigida por el papa no se habría llevado a cabo el bautismo del príncipe heredero, como tampoco muchas obras de piedad malvada. «Por medio de dicha reina la Iglesia del Señor obtuvo muchos favores», escribe Paulo el Diácono. Y, finalmente, también el rey Agilulfo — que hacia 595 hizo ejecutar a los duques levantiscos de Verona.

164

Bérgamo y Pavía— se aproximó al catolicismo o al menos toleró los esfuerzos misioneros de su esposa y de sus consejeros, lo cual preparó la conversión progresiva de los longobardos. Las posesiones de la Iglesia, expropiadas al tiempo de la conquista del país, le fueron devueltas y hasta incrementadas por donaciones regias; tal sucedió por ejemplo con la aldea de Bobbio más cuatro millas en los alrededores, que transfirió a san Columbano, y edificó un monasterio, un futuro centro de lucha contra el arrianismo y el paganismo.[66]

---

[64] Gregorio I ep. 4,2; 5,36; 7,42; 7,19: 9,44; 9,66 s. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,12. LMA I 208 s. HEG I 379 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 105 ss. Gaspar 476 ss. Gontard 154. Seppelt/Schwaiger 60 s.

[65] Gregorio I ep. 14,12. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,5; 4,25; 4,27. LMA I 208 s. Hartmann, Geschichte Italiens II 68 s., 167 ss. Schnürer, Kirche und Kultur I 169 s. Gaspar II 477, 491. Seppeit II 26 s. Stonner, Germanentum und Christentum 41. Giesecke 204 s. Behn 71. Dollinger 84 s. Misch 126.

[66] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,6; 4,27; 4,41. LAM I 208 s. Giesecke 204 s. Behn 71. Holtsmann, Italienpolitik 30. Richards 199.

El «dios» romano se mostró en toda su mezquindad mojigata a propósito de una rebelión en Bizancio.

El papa Gregorio celebra a un asesino del emperador

Cuando el año 602 las tropas del imperio oriental tuvieron que volver a sus cuarteles de invierno para una campaña en los Balcanes, al otro lado del Danubio y por motivos de escasez y penuria, estalló un motín dirigido por el capitán Fokas. Conquistó la capital, destronó a Maurikios y el 23 de noviembre, en compañía de su esposa Leoncia, fue coronado emperador por el patriarca (602-610). Casi inmediatamente después Fokas hizo asesinar a los cuatro hijos menores del emperador, que habían buscado la supuesta protección de una iglesia; los hizo ejecutar en presencia del padre, quien cada vez que el cuchillo del asesino vibraba sobre la cabeza de un muchacho parece ser que exclamó: «¡Oh Dios, tú eres justo y justos son tus juicios!». Después fue degollado el propio Maurikios. Y poco después también lo fue su hijo mayor y corregente, Teodosio, el apadrinado en el bautismo por el papa.

Para vengar aquel hecho de sangre el sha Cosroes II, último gran rey sasánida (que más tarde fue asimismo liquidado) y aliado de Maurikios, hizo ahorcar en 604 a varios miles de legionarios prisioneros en Dará y Odessa. Fokas, por su parte, eliminó también al resto de la familia imperial, que eran la emperatriz Constantina, encerrada en un monasterio de monjas, y sus hijas. Además, el «caudillo llamado por Dios» —en expresión del historiador católico Kari Baus (1982)— hizo asesinar entre 602 y 610 a algunos centenares de parientes, senadores y partidarios del soberano alevosamente asesinado.[67]

Demasiado débil para independizarse políticamente, el papa hubo de buscar continuamente en Constantinopla protección y apoyo, no obstante sus aproximaciones rebeldes a los longobardos. Pero así como no le molestaba abrazar temporalmente el partido del enemigo imperial, y por otra parte estar a buenas con un emperador, que tras una campaña contra los avaros prefirió dejar degollar a 12.000 soldados propios que habían sido hechos prisioneros en vez de rescatarlos, así tampoco titubeó ahora el papa Gregorio de hacer en seguida causa común con el asesino de toda la casa imperial.[68]

165

Fokas, en efecto, el usurpador del trono y asesino del emperador, de la emperatriz, de los príncipes y de las princesas, cuyos ocho años de gobierno anárquico constituyen una de «las época más sangrientas» (F. G. Maier) y uno de «los gobiernos más catastróficos en toda la historia del imperio» (Richards), aquel monstruo del siglo fue celebrado en Roma. Con «júbilo» reaccionó el papa a la noticia de la muerte de Maurikios, ¡al que, sin embargo, y a cuya familia había enviado cartas tan

---

[67] LThk VIII' 250. LMA II 1894 s. HKG 11 2 207. HEG I 308. Lecky, Sittenge-schichte II 216 s. Cartellieri 178. Gaspar, Geschichte des Papsttums II 487 s. Ludwig, Massenmord 19. Baynes, The successors 282. Maier, Mittelmeerweit 247. Richards, Gregor 232 s.

[68] Fredeg. 4,23 RAC IV 576. Gregorovius II 23.33. Donin IT 162. Stratmann IV 107. Gaspar II 364. Maier, Mittelmeerweit 246.

amistosas y cordiales! Y cuando el 25 de abril de 603 llegaron a Roma los retratos de las nuevas majestades, se salió al encuentro de las «Laurata» —coronadas de laurel— solemnemente y con hachas encendidas. Clero y nobleza aclamaron en la ceremonia de homenaje, celebrada en la iglesia de San Cesáreo: «¡Escucha, Cristo! ¡Larga vida a Fokas el Augusto y a Leoncia la Augusta!». Y el papa Gregorio hizo colocar los retratos de la eminentísima pareja de gangsters en el palacio de Letrán, en el oratorio del mártir san Cesario, al tiempo que escribía a la venerable esposa del usurpador del trono, solicitando insistentemente su protección para defensa de la fe cristiana.[69]

Pero el propio cazador de cabezas imperiales le aseguraba por carta al papa y doctor de la Iglesia, en mayo de 603, que «el Espíritu Santo habita en vuestro corazón» y le deseaba que «todo el pueblo del Estado, que hasta ahora tan turbado estuvo, pueda alegrarse gracias a vuestras buenas obras». «Gloria a Dios en las alturas, que —según está escrito— cambia los tiempos y transfiere los imperios», canta jubiloso Gregorio el Grande. «En el designio inescrutable del Dios omnipotente difieren los destinos de la vida humana. A veces, cuando han de ser castigados los pecados de muchos, es exaltado uno, cuya dureza ha de doblegar las cervices de los súbditos bajo el yugo de la tribulación, como largamente lo hemos probado en nuestra experiencia. Pero a veces el Dios misericordioso decide visitar con su consuelo los muchos corazones atribulados y exalta a un hombre a la cima del gobierno y a través de su sentido de comprensión difunde la gracia de su gozo en todos los corazones. De ese júbilo entusiasta esperamos consolarnos en breve, quienes nos alegramos de que vuestra majestad haya alcanzado la cumbre del imperio. El cielo se alegra y la tierra se regocija...», etc.

¿No es magnífico? Desde luego muy adecuado de un papa santo y «grande» y de un doctor de la Iglesia, que escribe desde la fosa asesina de su corazón cobarde pero ambicioso de poder. Al mismo emperador, a cuyo hijo había asesinado Fokas, que en tiempos —en el período culminante de su época de nuncio apostólico— había exaltado Gregorio radiante de júbilo por su bautismo, a ese emperador lo difama ahora frente a su asesino como un castigo por el pecado de muchos, como un opresor brutal. Y al asesino de dicho emperador, al asesino de toda su familia, lo exalta como el emisario del Dios misericordioso, del Dios que otorga el consuelo y la gracia a todos los corazones, como a la majestad piadosa.

¡Demonio, qué vergüenza de papa!

166

Y ya en julio de 603 escribe Gregorio a la pareja de usurpadores en Constantinopla: «Pedro ha de ser el guardián de vuestro imperio, vuestro protector sobre la tierra y vuestro intercesor en el cielo, a fin de que retiréis las cargas pesadas y traigáis alegría a los súbditos de vuestro reino».[70]

En 608 se le levantó incluso en el Foro Romano una estatua monumento al portador de alegría. Y mientras las otras estatuas y columnas de alrededor desaparecían sin dejar rastro, el monumento en honor de aquel monstruo —¡oh bello símbolo!— ha permanecido casi dos milenios, como la última columna cesarista de la historia. Y no tiene nada de extraño, pues esa misma historia recibió el

---

[69] Hartmann, Geschichte Italiens II 117. Gregorovius I 1 268 s. Haller I 219. Gaspar II 488. Gontad 155. Maier, Millelmeerweit 247. Id., Byzanz 76. Richards 56. 233. Deér, Die Vorrechte 55 ss.

[70] Gregorio I cp. 13,32 ss. Ver 13,42. Hartmann, Geschichte Italiens II 117 s. Caspar II 488 ss. Stratmann IV 108 s.

monstruo imperial —hecho que entre los historiadores católicos apenas se menciona— del papa Bonifacio IV, un benedictino venerado como santo (su fiesta el 25 de mayo).

Pero Fokas no sólo había eliminado a un emperador con toda su familia, un emperador al que las cosas no le habían ido demasiado bien en Roma pese al padrinazgo de Gregorio; el bandido estatal coronado también otorgó al papa Bonifacio el Panteón de Roma, el suntuoso templo pagano que, como su mismo nombre indica, estaba dedicado a todos los dioses. En mayo de 609 lo transformó solemnemente el pontífice en una iglesia cristiana, en honor de María y de todos los mártires (Sancta Maria ad Martyres), dotándolo con muchas reliquias martiriales. Sangre sobre sangre, por decirlo de algún modo, y una mano lava la otra «para las innumerables obras de caridad...». Y dado que el Panteón había estado antes al servicio de todos los dioses, en la dedicación de la iglesia el papa Bonifacio introdujo la fiesta de Todos los Santos. Eso es lo que se llama Tradición.[71]

Ha sido en especial a los historiadores de la Iglesia a los que el comportamiento de Gregorio supuestamente ha sorprendido y desconcertado. Pero en realidad no hizo más que lo que siempre hacía, diríase que necesariamente (que significa siempre con un sentido de provecho, y que a su vez fue la acomodación en toda regla a los más poderosos). O como dice el historiador católico Stratmann (con una retórica habitual en casos como éste):

«El papa contemplaba la situación desde una atalaya muy alta». Y su elogio resulta tanto más comprensible cuanto que el emperador Maurikios, con quien al principio estuvo Gregorio de acuerdo como lo estuvo más tarde con su asesino, acabó frenando la influencia papal y alentó al patriarca de Constantinopla para que adoptase el título de «obispo universal».

167

Cuando murió el *apokrisiar* de Gregorio en Constantinopla, éste no le nombró sucesor, interrumpiendo las relaciones diplomáticas con el emperador y el patriarca. Sólo cuando el legítimo soberano fue eliminado por Fokas, el usurpador del trono, envió de nuevo Gregorio un nuncio a la corte bizantina. Fokas, en efecto, se mostró desde el comienzo marcadamente pro-romano. Y mientras que en Oriente, donde desataba una persecución sangrienta contra monofísitas y judíos, era cada vez más odiado; mientras que su política eclesial rígidamente ortodoxa provocaba luchas callejeras en Constantinopla y situaciones parecidas a guerras civiles en las provincias orientales, hasta el punto de que acabó siendo literalmente desgarrado y ensartado en una pica, en Roma se le respetaba y quería cada vez más. Y en 607, en un edicto dirigido a Bonifacio III, segundo sucesor de Gregorio, reconocía a «la Iglesia apostólica de san Pedro como cabeza de todas las iglesias» *(capul omnium ecclesiarum).*[72]

Eso fue lo decisivo. Pudo entonces el papa y doctor de la Iglesia hacer la vista gorda, como siempre que se trataba de su provecho. Así, por ejemplo, en la misión

---

[71] LThK II² 591 ss. Der Kleine Pauly IV 802 s. LMA II 413. HEG I 308. Fich-tinger 74. Kiihner, Lexikon 40. Gregorovius I 1 270. Hartmann, Geschichte Italiens II 118. Seppeit II 41. Ostrogorsky 69 s. Kühner, Das Imperium 67. Para Schieffer HEG 1112 gracias a la columna Fokas Roma conserva hasta hoy «al menos un reflejo de su categoría como ciudad imperial» (!).

[72] Fredeg. 4,63. Lecky II 217. Hartmann, Geschichte Italiens I1185. Stratmann IV 111. Ostrogorsky 69 s. Daniel-Rops 396. Maier, Mittelmeerweit 247.

en la que tuvo especialísimo empeño y en la cual «con su actividad arrancó el pueblo anglo del poder de Satanás convirtiéndolo a la fe de Cristo», cuando «incorporó a la única Iglesia de Cristo a nuestro pueblo, que estaba todavía prisionero en la esclavitud de la idolatría», como escribía el doctor de la Iglesia Beda el Venerable en su *Historia eclesiastica gentis Anglorum,* terminada en 731.[73]

La propaganda papal empieza en Inglaterra

Los comienzos del cristianismo en Gran Bretaña continúan siendo oscuros. Probablemente llegó a las islas durante el siglo n a través de mercaderes y soldados, grupos profesionales que el cristianismo primitivo (más bien) había despreciado. Pero también más tarde los primeros cristianos del Norte habían sido evidentemente mercaderes escandinavos. El año 314 hay testimonio de tres obispos británicos, que participaron en el sínodo de Arles.[74]

El dominio romano sobre Bretaña, establecido el 43 d.C. por el emperador Claudio con cuatro legiones (apenas 40.000 hombres), había terminado hacia el 400. El año 383 Teodosio abandonó la muralla de Adriano, y a comienzos del siglo V los romanos, a las órdenes de Estilicón y de Constancio III, retiraron definitivamente sus guarniciones. Frente a los ataques de pictos y escotos, los britanos llamaron en su ayuda a las tribus germánicas de jutos y sajones, y más tarde también a los anglos, las cuales crearon una serie de reinos regionales que se combatieron mutuamente. Tales fueron los de Kent, Sussex, Essex y Wessex, así como los posteriores de Mercia, Northumbria y Middiesex, alzándose con la supremacía ya uno ya otro. Pero el período entre 450 y 600, denominado *«Dark Ages»,* continúa siendo la época menos conocida de la historia inglesa.[75]

168

En tiempos de Gregorio la provincia de Bretaña del antiguo dominio romano estaba formada por los reinos romano-británicos en el oeste y por los reinos paganos de los anglosajones, que se habían establecido en el resto del territorio insular. En agosto de 598 escribía Gregorio al obispo Eulogio de Alejandría que el pueblo de los anglos habitaba «en un rincón exterior del mundo» y que «veneraba todavía el árbol y la piedra...» —con una veneración que no carecía de belleza y sentido.

Hacia finales del siglo VI el rey Etelberto de Kent desposó a la princesa merovingia y católica Berta, biznieta de Clodoveo, sobrina de Brunichilde e hija del rey franco Chariberto de París. En su séquito figuraba el obispo Liuthard, que debía de celebrar la liturgia cristiana, aunque Etelberto, seguía siendo pagano. Mas al convertirse en el rey más poderoso de Inglaterra y ser reconocido como soberano *(bretwaida),* Gregorio se apresuró a enviar (595- 596) al prior de su monasterio de San Andrés, Agustín, con unos 40 monjes, como emisarios a los «bárbaros» con instrucciones y recomendaciones minuciosas y oportunas para los gobernantes francos, la reina Brunichilde y sus nietos Teudeberto y Teuderico. Pero ciertas dificultades en la Galia

---

[73] Beda, H. E. 2,1. LThK II' 82 s y 2.A. 93 s.

[74] Orig. hom. 4,1 in Ez. Tert. adv. Jud. 7. Sozom. 2,6. Vogt, Der Niedergang 534. Delius 17. Lohaus 144 s.

[75] LMA III 1924 ss. HEG I 283 s., 51 ss., 467 ss con numerosas referencias de fuentes. Buchner, Germanentum 156 s. Schmidt-Liebich, Daten 10 ss. Colling-wood/Myres 291 ss.

y ciertos rumores terroríficos sobre la barbarie britana, llegados hasta Aix, hicieron que Agustín regresase a Roma. Gregorio lo promovió a la dignidad de abad y a sus monjes les prometió «la gloria del premio eterno» y lo envió de nuevo con una carta de recomendación. Agustín y sus compañeros desembarcaron por fin en la isla de Thanet, en la costa oriental de Kent.

Agustín, que por indicación papal había sido ordenado obispo durante el viaje, de inmediato anunció a Etelberto «la buena nueva», a saber: la de que

«todos cuantos le obedecen tendrán una alegría eterna en el cielo y un reino sin fin con el Dios vivo y verdadero; siendo ésa la pura verdad...». El rey, por lo demás, y no obstante la princesa católica de París con la que estaba casado, permaneció escéptico a las primeras de cambio: «Ciertamente son hermosas las palabras y promesas, que traéis; pero al ser nuevas y sin ninguna garantía, no puedo adherirme sin más a las mismas y dar de mano a cuanto he tenido por santo durante tanto tiempo con todo el pueblo anglo...».[76]

Por desgracia Etelberto permitió a los monjes romanos que desarrollasen su propaganda en el reino. Y como las simples prédicas y las promesas vacías no surtían efecto, tras «la proclama de las palabras celestiales —según celebra el papa Gregorio en su introducción al libro de Job— llegó la manifestación de los milagros iluminadores» con su fuerza poderosa; y, como dice Beda, que ya llevaba siete años en el monasterio, «la dulzura de su doctrina celestial la completó el anuncio de signos celestes». Agustín, que pronto fue arzobispo de Canterbury, se jacta sin rodeos ante el papa de haber sido agraciado, a una con sus monjes, con hechos milagrosos casi como los bienaventurados apóstoles. Y Gregorio lo confirma generoso desde lejos, aunque advirtiendo que no caigan en la arrogancia porque «las almas de los anglos son atraídas a la gracia interior mediante milagros externos». Una lástima que no tengamos en vídeo todo el arte de birlibirloque de aquellos milagros externos. Probablemente nada habría sido más iluminador...

169

Entraban, pues, ahora al dominio clerical romano, las fábulas de la Trinidad y de Pedro, etc., sustituyendo al culto de Odín y a los druidas. En Pentecostés de 597, o más probablemente de 601 —si es que ocurrió—, el rey se hizo bautizar con muchos anglos; y el obispo franco Liuthard, sin duda el precursor decisivo, fue marginado ahora por los romanos, que ya no le necesitaban. No hay testimonios seguros de la «conversión» de Etelberto; pero sí fue ciertamente el fundador de tres iglesias episcopales en Kent y Essex: las de Canterbury, Rochester y Londres, que ya existían en 604 al morir Agustín. Y con sus leyes predominantemente civiles el rey protegió también las posesiones eclesiásticas. Pero a su muerte en 616 (o 618) —y esto sí consta con certeza— su hijo y sucesor Eadbald todavía era pagano, y probablemente también lo era su segunda mujer.

El año 602 llegaron ya refuerzos de Roma: «los hicieron necesarios... los bellos resultados» obtenidos, piensa el historiador católico Seppelt. El abad Mellitus, que dos años después era ya obispo de Londres, acudió con sus tropas vestidas de ropas

---

[76] Beda, H.E. 1.23 ss. Greg. Tur. 4,26: 9,26; Gregorio I ep. 8,30. LMA 11229 s. III 1926 ss. Gregorovius 11 244. Hartmann, Geschichte Italiens II 172 s. Seppeit II 30 ss. Cartellieri I 79. Haller I 267. Gontard 156. Buchner, Germanentum 157. Daniel-Rops 291. Lohaus 5 ss., 11 ss., 145. Seppelt/Schwaiger 62. Bosi, Europa im Mittelalter 166. Schieffer, Winfrid- Bonifazius 65. Borst 35 ss. Prinz, Zurn frankischen und irischen Anteil 317 s.

monacales, llevando toda clase de ornamentos, vasos sagrados, reliquias y varias cartas papales, entre las cuales un escrito de salutación que no retrocedía ante las mayores exageraciones para la pareja real de Kent, a la que el supremo pastor de Roma comparaba con el emperador Constantino y con santa Helena. La noticia de la conversión llegó hasta Constantinopla. Ni faltó tampoco la exhortación a destruir el paganismo y a proseguir la obra de conversión entre las advertencias y evocaciones del terror del juicio final. «Por ello, mi hijo más preclaro —escribía Gregorio al rey—, guardad cuidadosamente la gracia que habéis recibido de Dios y apresuraos a difundir la fe entre el pueblo que os está sometido. Incrementad aún más vuestro noble celo por la conversión; suprimid la idolatría, destruid sus templos y altares, fortaleced las virtudes de vuestros súbditos mediante una elevada conducta moral, exhortándolos e infundiéndoles temor, atrayéndolos, castigándolos y dándoles un ejemplo de buenas obras; para que en el cielo recibáis la recompensa de Aquél, cuyo nombre y conocimiento habéis extendido sobre la tierra. Pues Aquél, cuyo honor buscáis y defendéis entre los pueblos hará también todavía más glorioso vuestro nombre glorioso para la posteridad.»[77]

170 Así escribía el predicador de la humildad. Mas cuando la ocasión lo requería —y ésa fue siempre su norma suprema de conducta—, sabía Gregorio actuar con una mayor cautela y adoptar un tono en apariencia más conciliador, que en ocasiones hasta puede parecer cómico. Y, por ejemplo, a su «hijo queridísimo», el abad Mellitus, caudillo de la nueva tropa de propagandistas, puede decirle «lo que ha resuelto tras larga reflexión sobre la situación de los anglos. No hay que destruir los templos paganos de ese pueblos, sino únicamente los ídolos que hay en los mismos; después hay que asperjar esos templos con agua bendita, erigir altares y depositar reliquias; porque si tales templos están bien construidos, perfectamente pueden transformarse de una morada de los demonios en casas del Dios verdadero, por manera que si el mismo pueblo no ve destruidos sus templos, deponga de corazón su error, reconozca al verdadero Dios y ore y acuda a los lugares habituales según su vieja costumbre. Y como están habituados a sacrificar muchos toros en honor de los demonios, también eso ha de transformarse en una especie de fiesta: el día de la consagración o en los días natalicios de los santos mártires, cuyos restos reposan allí, pueden construir cabanas de ramas alrededor de las iglesias surgidas de aquellos templos y celebrar una fiesta eclesiástica. Entonces ya no sacrificarán los toros al demonio, sino que matarán los animales para honrar a Dios con su festín».[78]

Una vez más: ¿No es ésta una religión magnífica? Si los templos están «bien construidos», no hay por qué demoler la obra del diablo; nada de eso, pueden entonces servir cual obra de Dios. Únicamente hay que destruir los «ídolos»: fuera con los viejos ídolos, y que entren exclusivamente los nuevos. Y los muchos toros tranquilamente pueden seguir cayendo a degüello, sin interrupción... como si esta religión no hubiera tenido jamás nada contra el degüello, tanto de animales como de

---

[77] Gregorio I ep. 9,43; 11,37; 11,39. Beda, H. E. 1,26; 1,31; 2,1. RAC XII 938. LThk II' 82 s. VII² 261, LMA 1187. Hartmann, Geschichte Italiens II 173 s. Caspar II 507 ss. Seppelt II 32. Hanlein 149 s. Schieffer, Winfrid-Bonifazius 294. Gontard 156. Haller 1267. Lohaus 11 ss. Borst 37 s. Prinz. Zum frankischen und irischen Anteil 318 ss. Muchos hijos de reyes cristianos continuaron sin bautizarse a fin de poder gobernar tras alguna eventual victoria del partido pagano. Comp. por ejemplo Angcnendt. Frühmittclaitcr 231.

[78] Gregorio I ep. 11,56. Beda, H.E. 1,30.

hombres y ¡no más sacrificios sangrientos! Únicamente no hay que continuar haciendo sacrificios en honor del «diablo». Pero en honor de «Dios» se ha continuado vertiendo hasta hoy más sangre que por todos los «ídolos» y «diablos» juntos.

Y a los templos antiguos se sumaron por supuesto otros nuevos. Cuando Agustín levantó un monasterio en las proximidades de la ciudad real de Canterbury (cuyo primer abad Pedro por inescrutable designio de Dios murió en el mar durante un viaje como legado pontificio), insistió tanto junto a Etelberto, que éste acabó por «construir (adosada al monasterio) una iglesia nueva desde los cimientos en honor de los apóstoles Pedro y Pablo y la dotó de donaciones generosas» (Beda). Todo para mayor gloria de Dios. Y un poco también de sus servidores, por cuanto el arzobispo Agustín había pensado en la iglesia para su modesta sepultura y la de sus sucesores. Y para los reyes de Kent. Incluso en la muerte se quería estar juntos, por humildad, claro.[79]

171

Despreciador de la cultura y profeta de la destrucción del mundo

La investigación moderna atribuye a este papa unos estudios regulares y una instrucción muy sólida, «una formación cultural y moral en grado eminente» (RAC XII 1983). Faltan, sin embargo, datos precisos sobre la cultura científica de Gregorio. En aquella bendita época cristiana no existió de hecho. «La crítica y el juicio se apagan —escribía a mediados del siglo XIX Ferdinand Gregorovius—. Ya no nos llegan noticias de escuelas de retórica, de dialéctica y jurisprudencia en Roma.» En vez de eso descubre que se ha hecho «más sitio que nunca al entusiasmo místico y al culto material». Y en época mucho más reciente también Jeffrey Richards comprueba: «La formación filosófica y científica había desaparecido hacía ya mucho tiempo». Probablemente Gregorio sólo había estudiado derecho romano, habiendo alcanzado también un último resto de formación clásica.[80]

Pero recientemente muchos propenden a presentar a esta lumbrera de la Iglesia con el esplendor con que ya lo hizo Juan el Diácono, quien a finales del siglo IX escribió por encargo papal una *Vita Greogorii Magni* en cuatro libros y en un estilo pomposamente panegirista, presentando a Gregorio como maestro de gramática, retórica y dialéctica y a Roma bajo su égida como un «templo de la sabiduría, sustentado en las siete artes».[81]

Sus escritos, sin embargo, apenas si están marcados por la cultura antigua, que él rechaza expresamente. Sorprendentemente faltan las citas de los clásicos. Las formas mundanas «engañan», dice Gregorio, sólo manejan palabras hueras y maquilladas, fachadas magníficas sin ningún contenido real; en mayor o menor grado eso ocurre con frecuencia. Comoquiera que sea, por entonces apenas había alguien en Roma que supiese griego. Y los biógrafos papales del *Líber Pontificalis* muestran lo mal que se escribía el latín. También el lenguaje personal de Gregorio anuncia la decadencia de la latinidad. Su estilo resulta a menudo fatigoso, monótono y vulgar y las tautologías

[79] Beda, H. E. 1,33.
[80] RAC XII 930 s. Gregorovius I 1 279. Hurten 16 ss.
[81] LMA V 569. Gragorovius I 1 271 ss. Richards 35 s.

se amontonan. Apenas le preocupan la sintaxis y la gramática y hasta alardea —siendo éste un tópico monacal— de despreciar las reglas gramaticales, a las que no está atado el Espíritu Santo. Abiertamente se ufana de ello, pues sería indigno por completo «someter las palabras del oráculo divino a las reglas de Donato» *(ut verba caelestis oraculi restringamm sub regulis Donad).*

172

Para Gregorio la única filosofía relevante está en la Biblia, *«his su-preme authority»* (Evans). Y toda la sabiduría del mundo, «la ciencia, la belleza de la literatura, las artes liberales», son cosas todas que en el fondo sólo sirven para la inteligencia «de la misma Escritura»; es decir, para una vida de arrepentimiento y penitencia constante. Mas todo aquello que no aprovecha directamente a la religión lo rechaza Gregorio, lo elimina por completo, sin una formación ni teológica ni filosófica.

No se excluye que el papa, uno de los cuatro «grandes» padres de la Iglesia latina y patrón de las personas cultas, mandase quemar la biblioteca imperial del Palatino (donde continuaron residiendo los emperadores occidentales, sus herederos germánicos y los gobernantes bizantinos) así como la del Capitolio. En cualquier caso el escolástico inglés Juan de Salisbury, obispo de Chartres, afirma que el papa había hecho destruir en las bibliotecas romanas manuscritos de autores clásicos.[82]

En el marco de su tiempo Gregorio no fue grande; quizá un pequeño gran monje fanático. Fervorosamente contribuyó a propagar la ascesis y la huida del mundo. Y, a lo que parece, sufrió personalmente como consecuencia de su ayuno riguroso una afección crónica del estómago hasta el final. Luego se le sumó el mal de gota, del que se lamenta a menudo. Ocasionalmente padeció dificultades respiratorias y desvanecimientos. Según Pedro de Rosa fue también «un mártir de la podagra», que el cronista del lado oscuro del papado —¡cual si hubiera otro esencial y absolutamente luminoso!— atribuye al vino, que el gran asceta se hacía llevar desde Alejandría. Otro historiador moderno de los papas piensa, sin embargo, que «lo que el cuerpo perdía lo ganaba el espíritu» (Gontard), en abierto contraste con la opinión general de *mens sana in corpore sano.* Pero con el cuerpo devaluado degeneró también el espíritu a lo largo de todo un milenio cristiano, especialmente en comparación con el clasicismo de griegos y romanos.

Gregorio expresa a menudo con fuerza el desprecio a esa formación. Y como romano rechazaba especialmente la cultura griega. En todos los años que pasó en Constantinopla como representante oficial del papa nunca estudió griego, como tampoco lo había hecho su predecesor, el ex *apokrisiar y* papa asesino Vigilio. Gregorio no aprendió ni a leer ni a escribir griego, y hay indicios de que consideraba como inferior esa lengua. Se opuso además frontalmente a una sabiduría mundana, y de manera especial a que los clérigos se ocupasen en las «artes liberales». Hacia el año 600 sermoneó duramente en una carta al obispo galo Desiderio de Vienne, porque enseñaba gramática y literatura clásicas. Lleno de vergüenza, disgusto y «gran repugnancia», le atribuye una «grave iniquidad», una ocupación blasfema a todas luces, cual si la misma boca no «pudiera cantar las alabanzas de Júpiter y las alabanzas

[82] Gregorio I ep. 5.53; 11,34. Moral. 10,29; 18,46; 18,74. Juan de Salisbury, Poli-craticus 2,26. Der Kleine Pauly IV 424. Hartmann, Geschichte Italiens II 94 s. Buchner, Germanentum 151. Haller I 218 s. Dannenbauer II 73 ss. Sandys 444 s. Alten-dorf 189, 192. Evans, the thougt of Gregory the Great 8.

de Cristo».[83]

173 Y ¿cómo podía pensar y juzgar de otra manera, cómo podía estimar la cultura, alguien que estaba obsesionado con el inminente fin del mundo? Incluso Jeffrey Richards, que no deja de elogiar a Gregorio, escribe que ése fue un factor «que dominó todos los aspectos de su pensamiento en cuestiones sociales, políticas, teológicas y eclesiásticas». Las catástrofes de inundaciones y pestes, la caída del imperio y de Roma, la invasión de los longobardos con sus secuelas de ciudades asoladas, burgos desaparecidos, iglesias destruidas y tierras esquilmadas, a las que se sumó la propia miseria de un enfermo casi permanente que había de guardar largos períodos de cama, todo ello reforzó su creencia en el inminente fin del mundo, que la Biblia y los antiguos padres de la Iglesia habían a menudo profetizado como inmediato y que el obispo Hipólito de Roma había vaticinado para el año 500.

Casi se percibe la fiebre del tiempo final de Jesús, los apóstoles y todos los primeros cristianos, que en conjunto y separadamente se equivocaron, sin que ello perjudicase al cristianismo. Que el papa Gregorio fuera personalmente de esa opinión cabe dudarlo más bien. Pese a lo cual declara una y otra vez que el mundo está viejo y caduco, que corre ya al encuentro de la muerte, que nosotros vemos ya «como todo lo del mundo se hunde» y «que el fin del mundo presente ya está cerca». «Mirad por ello el día del justo juez que llega con corazones vigilantes y prevenid su terror con la penitencia. Lavad con lágrimas todas las manchas de los pecados. Aplacad la cólera, que amenaza con un castigo eterno...» Sobre todo en sus sermones, describe «con un lenguaje estremecedor» la catástrofe que no se dio (Fischer).[84]

Quienquiera que lea los escritos de Gregorio —quien todavía los lea— sin padecer la ceguera eclesiástica será del mismo parecer que Johannes Haller:

«Ignorantes y supersticiosos, sin espíritu y sin gusto nos hacen sentir de una manera penosa en qué estado de postración había caído la cultura de Roma desde el tiempo de las guerras de Justiniano... Incluso su escrito relativamente mejor, la *Regula Pastoralis,* en el fondo no es más que una colección de lugares comunes».[85]

Bueyes, asnos y el comentario de Gregorio al Libro de Job

Las obras del papa Gregorio —«un testimonio elocuente de sus elevadas facultades y de la fuerza divina que poseía», según el historiador católico Seppelt— rebosan en realidad de falta de ingenio, ignorancia, superstición, banalidad y absurdos. En ello están de acuerdo autores tan diferentes como Mommsen, Harnack, Caspar, Haller o Dannenbauer. El santo pesimista, que tan acongojado lamenta la miseria de su

---

[83] León I ep. 3,63; 7,29; 11,55. Kühner, Lexikon 35 s. Gregorovius 11 279. Funk, Gregor 22. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1198. Caspar II 344 ss. Seppeit II 9. Dannenbauer II 52 s. Gontard 152. Richards, Gregor 52 ss., 59 ss. Altendorf 186 d. de Rosa 397. Recientemente también Scheibeireiter se sorprende por ejemplo del «rechazo abierto y provocativo de las antiguas bases educativas»; Der Bischof 66.

[84] Gregorio I, dial. 4,41 ss. Fischer, Volkerwanderung 109. Richards 60 s., 89 con éstas y otras referencias de fuentes.

[85] Haller I 218. Angenendt ha explicado últimamente, aunque de forma muy escueta, «la caída más bien brusca del antiguo nivel de formación intelectual y teológica», en Frühmittelalter 240. Ver asimismo Herrmann, Kirchenfürsten 47.

tiempo, de la que a su vez se alegra, por cuanto una y otra vez anuncia el fin del mundo, no retrocede ante ninguna necedad de la exposición teológica. No sólo nos enseña que la larga cabellera del obispo delata sus preocupaciones externas mientras que la tonsura simboliza su mentalidad interiorizada, sino que ve también demostrada la naturaleza divino-humana de Jesús en el hecho de que éste oyera al pasar al ciego que le llamaba y que lo curase deteniéndose ¡porque el ser del hombre es movimiento, mientras que Dios permanece eternamente igual![86]

174 Gregorio, que en sus 35 libros de *Moralia in Job* proclama que hay una triple manera de exponer la Sagrada Escritura, ya en el libro IV no se preocupa más del sentido histórico, y a partir del libro V su exposición es exclusivamente alegórico-moral, aun a sabiendas de que todo sentido desaparece, si se ignora el sentido histórico.[87]

Pero eso facilitaba notablemente el procedimiento. Y así sus recursos alegorizantes apenas conocen fronteras, en la línea ciertamente de lo que ya habían hecho Ambrosio o Agustín. Pese a lo cual todavía hoy una cierta ciencia se inclina profundamente ante Gregorio, al «exegeta de sentido exquisito», que «revela plenamente su maestría en los *Moralia in Job» (Reallexikon für Antike und Chrístentum).* Escrita «para consuelo» propio y de los demás, empezada ya en Constantinopla y concluida hacia 595 en Roma, la obra monumental del papa proporciona «un testimonio elocuente de su profundo conocimiento del hombre y de su ilustrada sabiduría vital» (Altaner/Stuiber).

Job, por ejemplo, es ahí la figura del redentor, y su mujer naturalmente es un tipo de vida carnal. Sus siete hijos son unas veces, en sentido moral, los siete dones de gracia del Espíritu Santo, y otras en sentido alegórico con un vaticinio de los doce apóstoles, pues si 7 son *3+4,12 es* también el resultado de 3 x 4. En la Biblia los bueyes son unas veces los necios, otras los buenos y en ocasiones son los judíos; los asnos representan a los paganos, mientras que las ovejas y los camellos simbolizan a los judíos y a los paganos convertidos. Mas debajo del camello podría entenderse también a Cristo o el pueblo de los samaritanos. La langosta representa la resurrección de Cristo: «Pues, como la langosta, mediante el salto de su repentina resurrección escapó de las manos de sus perseguidores». El caballo descrito en Job 39,19 ss («No puede contenerse, cuando suena el clarín; a cada toque de trompeta grita: ¡Hi!») simboliza a la vez cinco cosas, y entre ellas a un piadoso predicador, cuya prédica brota de su interior como el relincho del pecho del corcel.[88]

Nada tiene por tanto de extraño que, ya a mediados del siglo VII, el obispo Taio de Zaragoza peregrinase piadosamente a Roma con el fin de copiar para su instrucción y la de todos los españoles la parte de los famosos escritos de Gregorio, que todavía le faltaba. Y nada tiene de extraño que tales escritos hiciesen furor tanto en Oriente como en Occidente. Ni que precisamente la exposición alegórica de la Biblia por parte de Gregorio ejerciera «una influencia profunda» sobre los monjes y la teología moral de la Edad Media (Baus). Y evidentemente aún después, por cuanto esos disparates seudopiadosos continúan interesando. Así, Kari Baus, ex profesor

---

[86] Seppelt II 35. Haller I 218 s. Comp. Die peinlichen Ausflüchte en RAC XII 940 s.
[87] Gregorio I, Moral. 21,3. In Ezech. 1 ss. Hofmann, Die geistige Auslegung 12.
[88] Gregorio I, Moral. PL 75,509 ss., 76,1 ss. Altaner/Stuiber 468 ss. RAC XII 943. Altendorf 187.

católico de historia de la Iglesia en Bonn, reprocha a un gran historiador, como es Johannes Haller, una «falta de comprensión de las cualidades religiosas y morales de Gregorio», a la vez que exalta con el mismo entusiasmo al «pueblo creyente de Italia y posteriormente de los demás países de Europa occidental», que habrían «percibido con instinto seguro la grandeza del corazón del papa» y «voluntariamente se habrían dejado marcar durante siglos por el mundo religioso de Gregorio».

175

Pobres idiotas... bastante caro lo han pagado.[89]

Los triunfos de lo abstruso, por no decir de la necedad, en no menos de 35 libros, que el propio autor calificó de *libri morales* y que en la Edad Media, a la que sirvieron de compendio de moral, se llamaron *«Magna Moralia»,* con incesantes resúmenes, compilaciones, comentarios y enorme difusión. Y esa creación de Gregorio, la más antigua y vasta, fundamentó su fama como expositor de la Escritura *(«deifluus»,* irradiador de Dios), como teólogo moral: el producto de una cabeza, que los contemporáneos y la posteridad pusieron por encima de Agustín y que exaltaron como incomparable, cuyas obras en copias o en epítomes y resúmenes inundaron todas las bibliotecas medievales ¡y durante siglos ofuscaron a Occidente! Con razón comenta Dannenbauer que Job no había sufrido tanto de Satán como de su expositor Gregorio, quien no habría percibido lo más mínimo de la fuerza lingüística y de la belleza de la grandiosa obra bíblica. «Ciertamente que en toda la literatura universal jamás una gran obra poética fue tan cruelmente maltratada.»[90]

El famoso libro papal, que como todo lo escrito por Gregorio carecía de cualquier originalidad, compendiaba según se dijo, lo que ya habían formulado los tres «grandes padres» latinos, que fueron Tertuliano, Ambrosio y Agustín, a la vez que transmitía a la Edad Media la exégesis antigua de los corifeos católicos. Y sin duda que esa labor grandiosa merece consideración. Nació, sin embargo, «en un estado de enfermedad», como confiesa su propio autor: «Porque cuando el cuerpo se debilita por la enfermedad y el espíritu asimismo está abatido, nuestros esfuerzos por expresarnos son igualmente débiles». ¿Débiles? Resulta una palabra débil y sin fuerza para tanta debilidad. Y el autor defiende —¿cabe decirlo de otro modo?— lo así expresado diciendo que aun así «todo fue inspirado directamente por el Espíritu Santo». Mas si el papa estuvo casi permanentemente enfermo y a menudo, según propia confesión, «atormentado por un dolor continuo y fuerte» y puesto que tales confesiones se amontonan en sus cartas, de modo que durante la segunda mitad de su ministerio raras veces abandonaba el lecho, y puesto que su martirio fue creciendo según se dilataba su pontificado, quiere decirse que su debilidad espiritual fue aumentando, si ello era posible y si hemos de dar fe a su propia declaración. Y quizá todo ello en colaboración constante con el Espíritu Santo...[91]

176

---

[89] Taionis, ep. ad Eugen. Tolet. praef. ad Quiric. Barcinon. ep. según Hartmann, Geschichte Italiens II 157 s. HKG 2 209 s. (Baus). Richards 9. Sobre la alta valoración de Gregorio el Grande en la Edad Media ver Hurten, Gregor der Grossc 16 ss. Todavía en el siglo vm en Letrán el «nivel intelectual es... casi exclusivamente de tipo eclesiástico». Banniard, Europa 123; pero en su obra principal encuentra siempre a Gregorio «a un alto nivel»; más aún, habla de su «maestría literaria», ibíd. 151 ss.

[90] Gregorio I ep. 5,53a. LMA IV 1664 s. Funk, Gregor 43. Seppeit, Geschichte des Papsttums II 36 s. Dannenbauer II 76 ss.

[91] Gregorio I ep. 5,53a; 11,227. Richards 52 ss. con citas de numerosas fuentes. Ver también p. 269.

HASTA LOS MAYORES DISPARATES DEL GRANDE APUNTAN «HACIA ADELANTE»...

Las cosas, lejos de mejorar, más bien empeoran con los cuatro libros de *Dialogi de vita et miraculis patrum italicorum,* publicados hacia 593-594. En ellos Pedro, diácono de Gregorio, es sólo un interlocutor ficticio para justificar la forma de un exudado, que hasta le mereció el sobrenombre de «Diálogos». El lenguaje papal se aproxima aquí aún más al latín vulgar; lo que para el prelado Josef Funk no es sino una prueba de «lo cerca que Gregorio estaba del pueblo». En forma amplia, y con el brío que le es propio, demuestra que también en su tiempo florecen los milagros, la profecía, la visión y que, pese a las apariencias, «el Señor Dios continúa actuando»; y que no es sólo el Oriente el que resplandece con los milagros de ascetas y monjes, sino también su propia patria, como se lo aseguran personas fiables, sacerdotes, obispos y abades dignos de crédito. Y personalmente pretende haber vivido media docena de milagros, «signos del cielo», «dones del Espíritu Santo», signos de «defensa» y protección.

No deja de extrañar, sin embargo, que de todos los santos agraciados casi ninguno sea conocido, fuera de Paulino de Ñola y de Benito de Nursia, el ídolo monacal de Gregorio, a quien sólo conocemos por los informes del papa (quien a su vez únicamente los obtuvo de oídas). Aun así. Benito juega un «papel de estrella» a lo largo del libro segundo. A cualquiera le extraña que esos santos —12 en el libro I y 37 en el III— carezcan de relieve, y no por casualidad, mientras que los milagros a menudo resultan piezas de notable vigor. ¿Y a quién le sorprende que K. Suso Frank atribuya recientemente y de forma agresiva al papa y doctor de la Iglesia «una medida colmada de fuerza creativa», y que piense: «El historiador encuentra ahí mucho y bueno acerca del narrador, pero cosas poco seguras y fiables en lo narrado»?[92]

La obra imponente y grandiosa *Diálogos sobre la vida y milagros de los padres itálicos* pronto se hizo extraordinariamente popular con la ayuda de Dios y de la Iglesia, ejerciendo «la más amplia influencia» en la posteridad (H.-J. Vogt). Contribuyó a través de la reina longobarda Theudelinde a la conversión al catolicismo de su pueblo. Fue traducida al árabe, al anglosajón, al islandés antiguo, al francés antiguo, al italiano y el papa Zacarías (741- 752), un griego que se caracterizó sobre todo por la «prudencia» y que no se la dejó arrebatar, la tradujo también al griego. Se encontraba en todas las bibliotecas y amplió notablemente el horizonte espiritual de los religiosos. Lo «leyeron todos los monjes cultos»; más aún, con sus ideas sobre el más allá, que crearon escuela, y sobre todo con sus numerosos trucos milagreros, dio origen «a un nuevo tipo de pedagogía religiosa» (Gerwing).

177

No fue eso sólo: los *Diálogos* de Gregorio apuntaban «hacia delante»; representaron (junto con sus *Homilías,* una especie de precursoras de los *Diálogos* y en forma similar desconcertantemente simples) «el resultado de algunas de las horas más oscuras de Roma» —como se ha escrito con magnífica y no buscada ironía—, «la nueva forma del saber» para la Edad Media, «la nueva cultura... de verdades más bien simples: el sufrimiento, lo religioso, el bien...» (Richards).[93]

---

[92] Comp. espec. Greg. dial. prol. 8; 1,7; 3,33; 3,35; 4,55, Maral. 17,31. Hom. in Ezech. 3,23. Altaner/Stuiber 469. Funk, Gregor XIII ss. Richards 260, 265, 267s. Frank, Benedikt 35 ss. Altendorf 193.

[93] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,5. Kühner, Lexikon 49. HKG II 2 321 (Vogt). LMA IV 1665 (M. Gerwing). Gregorovius 11 276. Funk Gregor XVII. Richards 262,267 s.

Nada falta ahí de craso, crudo y supersticioso, que recibe el nombre de *virtudes:* curaciones de ciegos, resurrecciones de muertos, expulsiones de espíritus impuros, multiplicaciones milagrosas de vino y aceite, apariciones de María y de Pedro, apariciones de demonios de toda índole. De especial preferencia gozan en general los milagros punitivos. El crear miedo fue (y es) la gran especialidad de los párrocos.

Ni es casual que el cuarto y último libro «para edificación de muchos» (Gregorio) gire drásticamente en torno a la muerte, a las denominadas postrimerías, el premio y el castigo en el más alia: *extra mundum, extra carnem.* Durante la peste del año 590 asegura Gregorio que en Roma «se podía ver con los ojos corporales cómo desde el cielo se disparaban las flechas, que parecían atravesar a las personas». Un muchacho, que por la nostalgia de su casa y el deseo de ver a sus padres, se fugó del monasterio simplemente por una noche, murió al mismo día de su regreso. Pero al enterrarlo, la tierra se negó a recibir «a tan desvergonzado criminal» y repetidas veces lo expulsó, hasta que san Benito puso el sacramento en el pecho del muchacho.[94] Los criminales eran naturalmente a quienes ya de niños se encerraba de por vida en el monasterio, exclusivamente por la ambición eclesiástica de poder y provecho.

El papa Gregorio «el Grande» consigna toda una serie de resurrecciones de muertos, llevadas a cabo por el sacerdote Severo, san Benito, un monje de Monte Argentarlo, el obispo Fortunato de Todi, famoso conjurador de los espíritus, que también devolvió inmediatamente la vista a un ciego con la simple señal de la cruz. Por otra parte un obispo arriano fue castigado con la ceguera. Y entre los longobardos circula un demonio, al que unos monjes sacaron arrastrando de una iglesia.

Gregorio nos transmite una multiplicación del vino por obra del obispo Bonifacio de Ferentino, que con unos racimos llenó barriles enteros hasta rebosar. Y el prior Nonnoso del monasterio de Monte Soracte, en Etruria, con sólo su plegaria movió una piedra, que «cincuenta parejas de bueyes» no habían conseguido desplazar. Informa Gregorio que Mauro, un discípulo de san Benito, caminó sobre el agua —«¡Oh milagro inaudito desde los tiempos del apóstol Pedro!»—; que un «hermano hortelano» amaestró a una serpiente, la cual atajó a un ladrón; que un cuervo se llevó el pan que estaba envenenado («¡En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo toma este pan y llévalo a un lugar donde ningún hombre pueda encontrarlo! Y entonces el cuervo abrió el pico...»). ¡Gregorio el Grande! Una monja olvida «bendecir con la señal de la cruz» un cogollo de lechuga antes de comérselo, y así engulle a Satán, que gruñe por su boca: «Pero ¿qué es lo que he hecho?, ¿qué es lo que he hecho? Yo estaba sentado tranquilamente en el cogollo de la lechuga, y vino ella y me mordió...». Mala mujer. Pero, ¡bendito sea Dios!, un santo expulsa de ella a Satanás. ¡Gregorio el Grande!

178

Pero hay también diablos altruistas y serviciales; diablos que incluso, y precisamente, prestan sus servicios al clero y obedecen a su palabra. «¡Ven aquí, diablo, y quítame el zapato!», ordena un sacerdote como quien no quiere la cosa a su servidor, y el diablo le sirve personalmente con prontitud. Ah, y Gregorio conocía al diablo en muchas de sus formas: como serpiente, cual mirlo, un joven negro y un

[94] Gregorio I Dial. 1,2 ss., 1,7; 1,9 s.; 1,12; 2,5; 2,7 s.; 2,11; 2,24; 2,29; 2,32; 3,17; 3,20; 3,29; 3,38. Lecky II 108 s. Daniel-Rops, Kirche im Frühmittelalter 284. Richards, Gregor 26,30. Frank, Benedikt 36 s. Altendorf 193. Scheibeireiter, Der Bi-schof 254, nota 74.

monstruo asqueroso. Sólo como papa no lo conocía. En efecto, se imponía cautela e ilustración.

Según Gregorio, el santo obispo Bonifacio hacía un milagro tras otro. Como en cierta ocasión necesitase apremiantemente doce monedas de oro, rezó a santa María, y de inmediato encontró en su bolsillo lo que necesitaba: en los pliegues de su túnica aparecieron «de repente doce monedas de oro, que brillaban cual si acabasen de salir del fuego». San Bonifacio obsequia con un vaso de vino, cuyo contenido no se agota, aunque se bebe constantemente del mismo. O el milagro de las orugas, el del trigo... No, Gregorio «no puede pasarlos en silencio». En efecto, viendo san Bonifacio «cómo todas las verduras se agostaban, se dirigió a las orugas y les dijo: "Os conjuro en nombre del Señor y Dios nuestro, Jesucristo, que salgáis de aquí y no destruyáis esas verduras". Inmediatamente obedecieron todas a las palabras del varón de Dios, de manera que no quedó ni una sola en el huerto».[95]

Ya de joven obraba milagros Bonifacio. Como el granero de la madre, que representaba el alimento de todo un año, hubiese quedado casi vacío por su generosidad, el «muchacho de Dios, Bonifacio», lo volvió a llenar en seguida por medio de su oración, colmándolo además «como nunca antes lo había estado». Y como un zorro fuese robando las gallinas de su madre una tras otra, el muchacho de Dios, Bonifacio, corrió a la iglesia y dijo en alto: «"¿Te agrada, Señor, que yo no reciba para comer nada de lo que mi madre cría? Pues, mira cómo las gallinas que ella cría las devora el zorro". Se alzó después de la oración y abandonó la iglesia.

179

Tan pronto como el zorro volvió, dejó caer la gallina que llevaba en el hocico, y cayó muerto al suelo ante los ojos del muchacho».[96]

Así son castigados el malo y el mal. Pero a este doctor de la Iglesia, «el Grande», ni siquiera todos esos disparates groseros —que generaciones enteras de cristianos han creído, *y naturalmente también tuvieron que creer*— lo excluyeron de los honores supremos de una Iglesia, en la cual la gente se acostumbra al sinsentido. Desde pequeño para toda la vida...

Desde siempre gozaron de preferencia los milagros de castigo. A veces cae muerto un zorro, a veces un juglar. ¡Lo importante es que se vea el poder de los sacerdotes!

Como el santo obispo Bonifacio estuviera comiendo un día con un noble, y todavía no hubiese abierto la boca para la alabanza de Dios, ni hubiera podido hacer alarde ninguno, «para reconfortarme», llega un poblé juglar «con su mono y tocando el tambor», que le irrita. ¡Inaudito! El hombre le robaba el espectáculo. Entonces el santo, irritado, profetizó repetidas veces la muerte del amigo del tumulto. Y ya cuando se retiraba, una piedra caída del tejado golpeó al individuo en cuestión. Y para que todo el mundo entienda la moraleja escribe Gregorio: «En este caso, Pedro, se impone la consideración de que a los varones santos hay que prestarles una muy grande reverencia, pues son el templo de Dios. Y si a un santo se le provoca la ira, ¿a quién otro se irritará sino a quien habita en ese templo? Por ello es tanto más de temer la cólera de los justos, pues en sus corazones, como sabemos, está presente Aquél, a quien nada puede impedir que tome venganza, si quiere».[97]

---

[95] Gregorio I Dial. 1,9.
[96] Ibíd.
[97] Ibíd.

Venganza, la criatura preferida de la religión del amor.

Según Johannes Haller estas crasas piezas milagreras pudieron (¡y debieron!) «actuar cual modelo y pauta para la posteridad... como freno y contención». Recientemente incluso, habida cuenta de todo cuanto hay de milagroso y monstruoso en los cuatro libros papales, el autor del artículo correspondiente en el *Reallexikon für Antike und Christentum,* que constituye un panegírico casi redondo de Gregorio, escribe: «Queda la cuestión de si tal concepción de lo divino y del milagro no responde a la necesidad de descender al nivel de los fieles y de las exigencias de la fe popular...». Pues los eruditos cristianos ni siquiera creen que lo creyera él, el santo patrón de los doctos. El eclesiástico más creyente no puede creer (y no sólo hoy) que el «gran» papa hubiera sido tan crédulo. ¿Y así mintió a propósito de la aparición del diablo? Cabe decirlo de manera más fina: sólo existía de acuerdo con la sentencia «Me da compasión el pueblo»; el pueblo del que necesitaba el clero. Ahí estaba toda la «necesidad».[98]

Y Karl Baus, para quien la «grandeza de Gregorio» está precisamente «en su vasta acción pastoral», no dice una sola palabra sobre los *Diálogos* tan «pastorales» en el capítulo del *Manual católico de historia de la Iglesia* en cuatro tomos. Por el contrario, su discípulo H. J. Vogt, historiador de la Iglesia en Tubinga, admite que los santos de Gregorio —como se dice en forma un tanto irónica— eran «héroes apenas conocidos»; por lo cual «los *Diálogos* en tanto que fuente histórica han de utilizarse con mucha cautela». Esto suena naturalmente mejor (aunque no lo es) que no el afirmar que cuanto se da ahí es una solemne mentira. Y, sin embargo, Vogt abre el capítulo de Gregorio con una frase grandiosamente cómica a propósito de su grandeza; «Gregorio el Grande, último de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina, vivió en una época que ni exigía... ni permitía grandes realizaciones...». *Á la bonne heure!* Bien dicho, realmente.[99]

180

Quien sería el guía de los siglos venideros también enriquece la topografía del infierno. Sus entradas, declara él, son montes que vomitan fuego. Y como en Sicilia los cráteres se hacían cada vez mayores, declaró una vez más el inminente fin del mundo: debido a la aglomeración de los condenados se requerían accesos cada vez más amplios al infierno. Quien allí entra no regresa nunca. Pero Gregorio sabía que determinados difuntos eran librados del purgatorio después de 30 misas; tal ocurrió con un monje, que había quebrantado el voto de pobreza. Pero también sabía Gregorio que no todos se libran del limbo, y que incluso los niños que mueren sin bautismo arden en el fuego eterno. Los papas *están* bien informados. Y Gregorio, cuya doctrina del purgatorio es el fundamento teológico «para el culto de las misas de las ánimas» (misas gregorianas) (Fichtinger), proporcionó sus informaciones sobre el infierno y el diablo —seguramente que de primera mano— a la Edad Media, y luego a la Edad Moderna, estimulando a poetas y artistas, para no hablar del pueblo...[100]

Como la época presente, según insiste el papa de continuo, «se acerca a su fin»,

---

[98] RAC XII 948. Gregorovius I 1 276. Haller I 218 s.

[99] HKG II 2 207 ss. (Baus) Ibíd. 317 s. (Vogt). Hurten 16 ss. dice sin rebozo alguno que «sus obras principales... apenas resultan ya soportables».

[100] Gregorio I, dial. 4,30; 4,55; Moral. 9,32. Keller, Reclams Lexikon 236. Fich-tinger 142. Lecky, II i 79 s. Beissel, Die Verehrung der Heiligen 322. Dudden II 437.

también se impone sin más la consideración del infierno. Y, lo primero,

¿dónde se encuentra? Gregorio no se arriesga a decidirlo sin más. Pero, a partir de las palabras del Salmo, «Has rescatado mi alma del infierno inferior», concluye tajante: «que el infierno superior está sobre la tierra, y el inferior por debajo de ella». En lo del infierno superior seguramente que está en lo cierto. Por lo que al inferior se refiere, para Gregorio es seguro —y lo refrenda también con la palabra bíblica de Mt 25,45— que quien entra en el infierno ha de arder eternamente. (Los progresistas modernos, que ahora se apresuran para apagar el fuego del infierno —porque se les antoja increíble—, tienen en contra no sólo al gran papa y doctor de la Iglesia, sino también al propio Jesús y a incontables otros corifeos de la Iglesia.) Para Gregorio la eternidad de las penas del infierno «es verdadera con toda certeza y seguridad», y sin embargo —¡no debería ser un párroco, y menos de esa índole!— enseña que «el tormento de su fuego es para algo bueno».

¿Para algo bueno?

181

A nosotros nos resulta difícil imaginarlo. Unos tormentos infernales eternos... ¿Para qué pueden ser buenos? Nosotros desde luego no los necesitamos. Pero, cuando se es papa y santo y doctor de la Iglesia y «el Grande», se sabe todo eso. Bueno para los justos, para todos los angelitos encantadores del cielo, a quienes ha de recompensar y edificar la contemplación de la miseria de los reprobos (cual si estuvieran *vis-á-vis* del paraíso), y a quienes esa vista pueda endulzar para siempre su felicidad eterna... «En efecto, los justos conocen en Dios la alegría, de la que han sido hechos partícipes, y ven en aquéllos los tormentos a los que han escapado; con ello pueden reconocer tanto mejor su eterno deber de gratitud a la generosidad divina, el ver cómo aquéllos son castigados eternamente...»[101]

¿No es ésta una religión magnífica, la religión del amor?

Reliquias, o mentiras como casas

Gregorio defendió asimismo la creencia más abstrusa en las reliquias, y su influencia se deja sentir hasta hoy.

Había reliquias en abundancia, sin limitación alguna. Porque el papa hizo el camino de la «multiplicación», poniendo en circulación por ejemplo paños pasados por los restos de los apóstoles y así consagrados. O sacando limaduras de las supuestas cadenas de san Pedro y enviándolas a todo el mundo como *«benedictiones sancti Petri»,* y por supuesto a los grandes mandatarios, y sobre todo a los príncipes y soberanos. Colocadas sobre el enfermo o llevada sobre el cuerpo, al cuello por ejemplo, las reliquias obraban milagros. El papa realizó trueques con el patriarca de Alejandría. Y así, a cambio de algunas *«benedictiones»* de Pedro obtuvo otras de Marcos, discípulo de Pedro. En 599 envió al rey español Recaredo un trozo de la (supuesta) cadena que Pedro había llevado al cuello, una cruz con supuesta madera de la cruz de Cristo ¡y hasta un mechón de los cabellos de Juan Bautista! El rey franco Childeberto recibió la llave de san Pedro con partículas de las cadenas del apóstol.

[101] Gregorio I dial. 4,41 ss.

También la reina Brunichilde recibió algunas reliquias del príncipe de los apóstoles. El patricio galo Dinamio obtuvo además a través de Gregorio fragmentos de la parrilla del (legendario) san Lorenzo, quemado lentamente hasta morir. Más aún, el papa llegó a enviar restos de los alimentos del Bautista, así como dos camisas y cuatro pañuelos *«ex benedictione S. Petri»*[102]

¡Eran las piezas fuertes del Grande!

Pero hubo realmente muchísimas reliquias. Y verdaderas preciosidades. Por encargo de los obispos, o por propia cuenta y riesgo, se organizaban campañas de excavaciones de tumbas con tesoros y huesos, vendiendo luego el menudeo de sus hallazgos más que dudosos. Gregorio importó personalmente de Oriente un brazo del evangelista Lucas y otro del apóstol san Andrés, dos verdaderas rarezas. Y la supuesta túnica del evangelista Juan, asimismo adquirida por él, continúa obrando todavía los milagros más hermosos al cabo de los siglos y, al sacudirla delante de Letrán, trae la lluvia o el sol según las necesidades. Exactamente igual que su vieja antecesora, la *lapis manalis,* la piedra de la lluvia de las supersticiones romanas, que en sus procesiones por la Via Appia, realizadas durante siglos, ya había obrado el mismo milagro.[103]

182

Alentada evidentemente por la magnanimidad de Gregorio, la emperatriz Constantina, esposa del emperador Maurikios, quiso tener de inmediato la cabeza de san Pablo o al menos «algún otro miembro de su cuerpo». Era ciertamente pedir demasiado; pero Gregorio tenía siempre a mano recursos y milagros. Aunque fuese un crimen penado con la muerte, enseñó a la excelsa señora a tocar los cuerpos sagrados, aunque sólo para verlos. Personalmente había observado a un encargado que, en la tumba de san Pablo, tocaba unos huesos, los cuales ni siquiera eran del apóstol *(esto* se cree en seguida), y que había muerto miserablemente. Y el papa Palagio I o II —prosigue aterrorizando el experto en manejar maravillosos castigos divinos— había en tiempos mandado abrir la tumba de san Lorenzo, asado hasta morir, y algunos monjes y asistentes que contemplaron el sagrado cadáver habían muerto al cabo de diez días. Pero el papa se ofrece a enviar a la emperatriz algunas limaduras de las cadenas de san Pedro, si ella así lo desea. Las limaduras son frecuentes, sin que las cadenas disminuyan para nada.[104]

Son mentiras como casas.

Aunque en el cristianismo ya había florecido el mal gusto y todo tipo de absurdos, el papa Gregorio superó con sus historietas muchas de las cosas que ya habían ocurrido. En sus libros pululan las historias de diablos y de ángeles y las groserías de toda índole: demonios que combaten grotescamente con espíritus celestes, un oso que guarda ovejas, una monja que devora a un diablo; en la muerte de otra, de santa Rómula, el año 590 en un monasterio romano, asegura Gregorio que cantan los ángeles, «voces masculinas y femeninas acordadas en coros arrebatadores»; una tercera es biseccionada y quemada una mitad, por haber sido demasiado habladora. Todo parece revestir una gran seriedad y, como queda dicho, muchas generaciones

---

[102] Gregorio I ep. 3,33; 4,30; 7,27; 9,228. Keller, Reclams Lexikon 328. RAC III 869 s. Gams II 2. Abt. 31. Beissel, Die Verehrung der Heiligen I 72. Gregorovius 11 273 s. Beringer II 231 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1258. Buchner, Germanentum 151. Haller I 223. Andresen 513.

[103] Gregorovius I 1 274.

[104] Gregorio I ep. 30,3; 4,30. Gregorovius I 1 273. Gaspar II 397. Fichtenau, Zum Reliquienwasen 84 s.

lo creyeron tomándolo por moneda de buena ley.

Pero lo mejor de todo es que, a pesar de tantas cosas milagrosas, de tantas reliquias milagreras que Gregorio enviaba de continuo y que despachaban especialmente sus diplomáticos, confirmando en cierto modo la sensación de que en Roma se fabricaban masivamente, a él nada le aprovechó en sus dolores de estómago, su podagra, gota y las nuevas dolencias que padeció de continuo, hasta el punto de que hubo de guardar cama casi durante dos años (598-599). Según propia confesión «sufría dolores continuos y torturas sin interrupción». Al patriarca de Alejandría le decía en una carta: «Mis dolores no quieren disminuir ni tampoco matarme». Y en las cartas de recomendación que acompañaban sus envíos de reliquias exaltaba su virtualidad fabulosa para curar enfermedades... Incluso él, que no había podido ayudarse a sí mismo, tras su muerte dolorosa, obró numerosos milagros.[105]

183

Ahora bien, este papa, que compara a los sacerdotes con dioses y ángeles, que prohíbe a los súbditos hasta criticar las órdenes injustas, que enseña la obediencia a la autoridad aunque personalmente no obedeciese al emperador, que puso los cimientos para la construcción del Estado de la Iglesia con una cadena interminable de guerras de saqueo y conquista, que colaboró con los perros más sanguinarios de su tiempo, con Fokas y Brunichilde, que canonizó la guerra religiosa y ofensiva, que recomendaba los ataques por la retaguardia, la toma de rehenes, los azotes, la tortura y la cárcel y elevar los impuestos para forzar a la conversión; este papa que fomentó el antisemitismo y reprimió la literatura y las ciencias, y cuyas obras erizan los pelos con abundantes sinsentidos y todo tipo de mal gusto en milagros y reliquias ese hombre fue declarado santo de la Iglesia romana y recibió el sobrenombre de «el Grande» o «Magno», siendo el único papa que lo llevó en la Edad Media y en la Moderna, a la vez que el título de «doctor de la Iglesia» —título raro ya desde el siglo VIII (León I sólo lo es desde el siglo XVIII)—. Para Bernardo de Claraval, asimismo doctor de la Iglesia (a quien Schiller calificó de «infame»), Gregorio fue el modelo ejemplar de la combinación lograda de los deberes civiles y eclesiásticos del gobernante, y desde luego llegó a ser el autor eclesiástico más citado por los teólogos, canonistas y ensayistas, siendo además uno de los escritores más leídos de la Edad Media, ejemplo de innumerables cristianos y una figura ideal del papado.

Todavía recientemente P. E. Schramm atestigua la «grandeza» de Gregorio, incluso en «el terreno eclesiástico», por haber sido una «boca — bastante mala— que supo hablar el lenguaje del medio milenio siguiente». Y asimismo los historiadores católicos de la Iglesia del siglo XX celebran al papa Gregorio como a uno «de los pastores más importantes entre los papas» (Baus), como «una de las figuras más notables y limpias sobre la silla de Pedro» (Seppelt/Schwaiger) y desde hace mucho lo ven ocupando un «sitio entre los grandes del reino de los cielos» (Stratmann). Harnack, por el contrario, sin duda más sabio que todos los mentados y ciertamente más honesto, llama con justicia a Gregorio *«pater superstitionum»,* el padre de la superstición (medieval).[106]

---

[105] Gregorio I, dial. 1,4; 3,15; 4,51. Donin I 582 IV 293. Beringer II 231 s. Wil-pert 17. Hartmann, Geschichte Italiens II 193. Gontard 160. Von den Steinen 245. Fichtenau, Zum Reliquienwesen 84. Misch 126. Dannenbauer II 78 s.

[106] Bern. Clarav. de consideat. 1,9. Kraft 244. Stratmann IV 125. Caspar II 513. Dirtrich, Geschichte der Ethik II 235. Seppeit II 38 ss. Seppelt/Schwaiger 59, 62 s. Gontard 161. Schramm, Kaiser, Konige I 89.

También el *Reallexikon für Antike und Christentum,* al final de una amplia valoración de Gregorio I, lo ve como «un punto de enlace de la transición cultural y espiritual, como un filtro y a la vez creador de unos valores, que lleva a cabo una nueva actitud espiritual y señala el camino hacia la misma, que ahora es definitivamente cristiana...»[107] —haciéndolo bastante mal.

184

Gregorio I a menudo no pudo intervenir eficazmente contra los obispos recalcitrantes o incluso perdió la batalla. En el curso de los acontecimientos de España y la conversión al catolicismo de los visigodos no tuvo influencia alguna. Entre los merovíngios, con los que quiso establecer un diálogo mediante todas las concesiones posibles y las advertencias imaginables, fracasó por completo, sin conseguir la reforma de la iglesia franca ni el sínodo que tanto deseaba. La iglesia imperial merovingia se hizo aún más independiente de lo que ya era. Incluso frente a los longobardos apenas obtuvo éxitos duraderos. Y hasta su mayor timbre de honor, la conversión de Inglaterra al catolicismo, pronto se agostó acabando por malograrse, aunque esto sólo después de su muerte. Sus sucesores hubieron de empezar de nuevo y levantaron lo que falsamente se le atribuye a él.[108]

El canto gregoriano, «esa joya de la Iglesia» (Daniel-Rops), conocido al menos de nombre por muchos que nada saben de Gregorio, en modo alguno procede de él, aunque disguste a ciertos cristianos sentimentales. En realidad son pocos e insignificantes los cambios litúrgicos que él introdujo. Aun así, a lo largo de la Edad Media el Sacramentario gregoriano, el Misal, el Antifonario gregoriano, el Misal cantado y el canto gregoriano pasaron por ser obras de Gregorio, quien habría reordenado, corregido y ampliado los cantos tradicionales de la Iglesia. La investigación reciente es unánime en denegarle tales méritos; las pruebas son fehacientes. Tampoco fue él el poeta hímnico, al que se le atribuía todo tipo de composiciones valiosas, si prescindimos de las efusiones líricas contra los grandes criminales como Fokas y otros.[109]

Al morir Gregorio I el 12 de marzo de 604 el mundo estaba cubierto a sus ojos de las tinieblas más espesas. Estaba enfermo, en sus últimos años ya no podía caminar yaciendo casi siempre en el lecho, acosado y agotado por los dolores. Los longobardos, a los que no había domado, amenazaban Roma, cuya población víctima de una hambruna maldecía al papa; más aún, habría quemado sus libros y no se habría guardado de ser discípula de Pedro. Pero

«el mundo —según comenta ingenioso Paulo el Diácono— tenía que padecer hambre y sed, ¡pues tras la partida de un tan gran maestro, en los corazones de los hombres dominaba la sequía y la falta de alimento espiritual!». Como se ve, también Paulo había aprendido del Grande. Y mientras en el Norte se veneró a Gregorio después de su muerte, en la propia Roma fue casi olvidado durante siglos; una consecuencia probable del triunfo del clero diocesano sobre su gobierno monacal.[110]

¿Honra a Europa el que a este papa, ambicioso, intolerante y pobre de espíritu se

---

[107] RAC XII 950.
[108] Comp. Haller 1 221 ss.
[109] LMA IV 1664,1688. Seppeit II 34. Daniel-Rops 284. Gontard 160. Richards 125 ss. Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 48.
[110] Paulo Diác. Hist. Lang. 4,29. Richards 265 s. Kally 82.

le haya podido llamar «padre de Europa»?[111]

[111] Ullmann, Kurze Geschichte des Papsttums 50.

185

CAPÍTULO 8. BRUNICHILDE, CLOTARIO II Y DAGOBERTO I, O «LA CRISTIANIZACIÓN DE LA IDEA DE REY»

«... un animal político salvaje».

J. RICHARDS REFIRIÉNDOSE A BRUNICHILDE.[1]

«Precisamente bajo este soberano —como puede demostrarse de forma clara— la cristianización de la idea de rey alcanzó una de sus primeras cumbres.»

H. H. ANTÓN CON REFERENCIA A CLOTARIO II.[2]

«... Dios amable sobre toda medida... lo escuchaba él sobre todo en el consejo de san Arnulfo, obispo de la ciudad de Metz... lo oía además en las advertencias de su mayordomo Pipino y de Kuniberto, obispo de Colonia.»

FREDEGAR ALUDIENDO A DAGOBERTO I.[3]

«Llenó de miedo y terror todos los reinos de su entorno.»

LÍBER HISTORIAE FRANCORUM.[4]

187

EL PAPA GREGORIO I GALANTEA CON «UN ANIMAL POLÍTICO SALVAJE»

Corriendo el año 592 había muerto en el reino franco el más anciano de los reyes merovingios, Guntram, tras una serie de amenazas y atentados. Y había muerto sin dejar descendencia. Pero tras la muerte de sus propios hijos había adoptado a su nieto mayor, todavía menor de edad, Childeberto II (575-596) dejándole parte de su reino. De forma que éste gobernó dos reinos parciales: Austrasia y Francoburgundia. Childeberto, que en el último período de su vida sometió en el oeste a los bretones rebeldes y en el este a los vamos levantiscos —un pueblo turingio entre los nos Saale y Elba—, pronto cayó de lleno bajo la influencia de su madre.

La poderosa Brunichilde, la figura más descollante del reino franco, había impuesto en 575 el dominio de su hijo de cinco años en Austrasia y había resuelto la subsiguiente lucha por el poder con los nobles austrios del bando de Guntram en su favor y en favor de la realeza. Esto encontró su expresión en el tratado de Andelot, que frenó las divisiones dinásticas internas y recortó la influencia de la aristocracia. Asimismo tras la muerte temprana de su hijo Childeberto (596) —víctima probablemente, como su mujer, del veneno—, gobernó Brunichilde en nombre de los hijos de aquél, con diez y nueve años respectivamente, sus nietos Teuderico II de

[1] Richards 220.
[2] Antón Fürstenspiegel 51.
[3] Fredeg. 4,58.
[4] Lib. Hist. Franc. 42.

Burgundia y Teudeberto II de Austrasia, jugando un importante papel político cada vez mayor.

En el lado opuesto, en Neustria, donde Clotario II (584-629) con sólo tres meses de edad había sucedido a su padre Chilperico, fue su madre Fredegunde la que, lo más tarde al comienzo de los años noventa, alcanzó una influencia decisiva. La honda enemistad entre ambas reinas se desfogó sin traba alguna a la muerte de Guntram, estando todas las probabilidades a favor de Brunichilde y de Childeberto II. Mantuvieron en sus manos casi todo el reino franco, con la excepción de las pequeñas franjas costeras del noroeste de París. Cierto que en un asalto rápido conquistó Fredegunde París y otras ciudades occidentales; pero murió en 596 o al año siguiente.[5]

188

Naturalmente que muchos obispos, y entre ellos Sigimundo de Maguncia y su sucesor Leudegasio, se pusieron del lado de la cada vez más poderosa Brunichilde, personalmente afecta a la Iglesia, devota de san Martín y promotora de su culto, a la vez que fundadora de muchas casas religiosas y benefactora del clero católico. También Gregorio I le hizo la corte. Y su abundante correspondencia con la reina de mala reputación y sin escrúpulos está marcada por la adulación más viscosa, que el papa practicaba también con el imperial perro sanguinario de Fokas. Todo habla en favor de que el papa conocía perfectamente los métodos de aquella «mujer terrible» (Nitzsch): una soberana ambiciosa, que bastante a menudo caminó sobre cadáveres, «un animal político salvaje, dispuesta a todo con tal de mantener el poder» (Richards).

Pese a todo, el santo padre ignora en sus cartas por completo la espantosa discordia familiar de Brunichilde. La ve a ella, a su hijo, su reino y todos los otros reinos ganados para la recta fe «cual lámparas esplendorosas que brillan e iluminan en medio de las tinieblas nocturnas de la incredulidad». Le agradece repetidas veces el apoyo que ha prestado a sus misioneros ingleses en su viaje de paso por el reino franco. Exalta su «amor al príncipe de los apóstoles, Pedro, de quien sois devota de todo corazón, como yo sé». Y le solicita, a menudo en vano, su ayuda contra simoníacos, grupos cismáticos y cultos paganos. Gregorio exhorta a Bumichilde a que impida por la fuerza la adoración de árboles sagrados y otras idolatrías y le recomienda el empleo de flagelaciones, torturas y cárcel para obtener la conversión de los paganos rebeldes. (Pero cuando Juan el Ayunador de Constantinopla hizo condenar y castigar con varas a un monje ortodoxo por «herejía», Gregorio intervino enérgicamente el año 595-596 en favor del flagelado.)

Y por supuesto que el papa envió también reliquias a la reina. Más aún, al igual que a petición de Childeberto, el hijo de ella, había nombrado vicario apostólico al obispo de Arles, así también confirió el palio —aunque fuese a regañadientes— al favorito y consejero de la reina, Syagrio de Autun, y sin que se conociera ninguna tradición al respecto ni ningún caso precedente, y sin que ni siquiera el propio prelado hubiera considerado necesario solicitarlo personalmente del papa; incluso aunque el obispo estaba bajo sospecha de apoyar a los cismáticos y hasta de haber

[5] Greg. Tur. 9,4; Fredeg. 4,7; 4,14 ss, 4,18. Paulo Diác. Hist. Lang. 4,11. Joñas, Vita Columb. 1,28. LMA 1595, II 761,1816,1870 s. IV 1794 s. Schuitze II 162. Carte-llieri I 84 s. Zatschek 20 s. Lówe, Detschland 67. Lasko 214. Steinbach, Das Fran-kenreich 34 s. Ewig, Die frankischen Teilungen 687, 689, 691, 706 s. Id., Die Me-rowingerzeit 56. Id., Die Merowinger 50 s. Id., Studien zur Merowingischen Dynastie 24. Bund 283 s.

enviado a Roma a un cismático como su representante. (Syagrio fue asimismo declarado santo: su fiesta el 27 de agosto.)

Por añadidura Autun no era sede metropolitana. El metropolitano de Syagrio. y por tanto superior a él, era el obispo de Lugdunum. Así cuando solicitó el palio del papa, Gregorio rechazó la demanda por no existir ningún caso precedente en tal sentido. Evidentemente sólo quería otorgar el tal palio a protegidos especiales de la corona. En efecto, cuando Childeberto lo demandó en 595 para el arzobispo Virgilio de Arles, el papa satisfizo de inmediato el deseo real. Por el contrario, no pensó en distinguir con ese honor al culto obispo Desiderio de Vienne, que asimismo deseaba el palio. Cierto que Desiderio pertenecía al ala reformista de la Iglesia franca, cosa que debía atraerle la simpatía del papa; pero justo por ello no gozaba del aprecio de la corte. Desiderio era *persona non grata* a la reina, la cual lo hizo deponer de su cargo el año 602-603 por el concilio de Chalon-sur-Saóne aduciendo como causa su lascivia, lo hizo desterrar al monasterio de una isla y, a su regreso el 23 de mayo de 607, le hizo apedrear.

189

El papa Gregorio tomó también bajo su especial protección el monasterio de San Martín, fundado en Autun por Brunichilde y por el obispo Syagrio (en 1099 sus monjes envenenaron al abad Hugo). La piadosa reina fundó también un *xenodochium* u hospital para forasteros (que después se transformó en una abadía femenina). El monasterio de monjas St-Jean-le-Grand de Autun se debe asimismo a la reina Brunichilde, a la cual el *Lexikon für Theologie und Kirche* le atribuye en general «arbitrariedad y prepotencia frente a la Iglesia» (con vistas a rebajar la alta traición de Pipino y del santo obispo Arnulfo de Metz).[6]

Gregorio I escribió a la poderosa reina, que supuestamente mandaba en la Iglesia, cerca de una docena de cartas, en un tono por lo general de adulación almibarada, que también empleaba con la casa imperial, tanto con la víctima (posterior) como con el asesino.

Todavía con cierta contención empezaba la primera epístola papal:

«El carácter de Vuestra Excelencia, digno de alabanza y grato a Dios, se echa de ver tanto en vuestro gobierno como en la educación de vuestro hijo». Pero pronto subía de tono. Y, mientras el «canto gregoriano» nada tiene que ver de hecho con Gregorio, aquí podía cantar con tonos cada vez más elevados: «Cuan grandes son los dones que Dios os ha otorgado y con qué clemencia la gracia del cielo hincha vuestro corazón, no sólo lo certifican vuestros muchos otros méritos, sino que se reconocen especialmente en el hecho de que gobernáis los toscos corazones de los pueblos paganos con el arte de una cauta prudencia y por cuanto, lo que aún es más meritorio, la potestad regia se acompaña con el adorno de la sabiduría». Y es que en definitiva Brunichilde no sólo era poderosa sino también útil a la Iglesia. Le hizo numerosas donaciones y construyó abadías, por lo que el papa hasta solicitó su apoyo con vistas a la reforma de la Iglesia franca y la protección de los bienes eclesiásticos.

Mas tan pronto como el poder de Brunichilde empezó a perder terreno, también cambió el tono de Gregorio. «Cuidad de vuestra alma, cuidad de vuestros nietos a los

---

[6] Gregorio I ep. 5,59 ss; 6,55; 8,4. Fredeg. 4,24; 4,32. Joñas, Vita Columb. 1,27. LThK II[1] 588 IX' 919 y 2 A II 727, IX 1201. LMA I 1276 III 727. Schuitze II 171. Hartmann, Geschichte Italiens 171, 174. Seppeit II 28 s. Caspar II 496 s. Nietzsch, Geschichte des Deutschen Volkes 164. Haller 1222. Ewig, Die ältesten Mainzer 121. Id., Der Martinskult 12 s., 18. Richards 220 s. McCulloh 145 ss.

que deseáis un gobierno próspero, cuidad de las provincias y pensad en la corrección del criminal antes de que el Creador extienda su mano para el castigo...»[7]

190

Ocaso de Brunichilde y primera cumbre en la cristianización de la idea de rey

A la muerte de Childeberto II le sucedieron en el gobierno sus dos hijos:- Teudeberto II (595-612) en Austria, y Teuderico II (595-613) en Burgundia. En realidad quien gobernó de primeras fue Brunichilde, haciéndolo en nombre de sus nietos todavía menores de edad, y que sólo poco a poco empezaron a intervenir en las luchas con la casa real de Neustria, luego de haber alcanzado la mayoría. Pero entonces se sublevó la alta aristocracia austria, que se unió con Clotario II de Neustria, y Brunichilde, que ya estaba cerca de conseguir la hegemonía sobre Galia, fue expulsada en 599 de la corte de Metz —por un grupo de su propia nobleza, que ya antes había conspirado con Neustria—, huyendo a refugiarse junto a Teuderico II, su nieto preferido.

En Burgundia, de la que pronto llegó a ser la verdadera soberana, continuó la lucha contra Clotario y, para tomar venganza de sus enemigos austrios, instigó a Teuderico contra su hermano Teudeberto de Austria, que según ella repetía de continuo no era hijo de un rey sino de un hortelano. Todavía el año 600 ambos hermanos habían infligido en común una grave derrota en el Mame a Clotario II, que por entonces sólo tenía dieciséis años, habían saqueado su reino reduciéndolo de nuevo a una estrecha franja costera en torno a Rouen, Beauvais y Amiens. Y todavía en 602 conjuntamente habían combatido a los vascos y «con la ayuda de Dios» los habían sometido a tributo.

Pero después se combatieron mutuamente de forma encarnizada y sangrienta. Y Teuderico, cuyo padrino de bautismo había sido el obispo Verano de Cavaillon, varón muy milagrero (que con la simple señal de la cruz «sanaba de inmediato por la gracia de Dios»), triunfó dos veces en 602 sobre Teudeberto por obra de su mayordomo Warnachar: una en mayo cerca de Toul, y luego en una segunda batalla junto a Zülpich. a la cual le había incitado especialmente Leudegasio, obispo de Maguncia: «Termina lo que has empezado; este asunto tienes que llevarlo hasta el final con toda energía», le decía al rey «el santo y apostólico señor Leudegasio». Y «bajo la guía de Dios» dio remate al asunto.

Cuenta Fredegar que «desde tiempos inmemoriales jamás los francos ni otros pueblos habían imciado una lucha tan encarnizada. Fue tal la mortandad entre ambos ejércitos que, donde ambos bandos empezaron la batalla, los cadáveres de los muertos no tenían sitio donde poder yacer, sino que los muertos estaban tan apretados entre los otros cuerpos, que se mantenían erguidos cual si viviesen. Pero Teuderico, con la ayuda de Dios, venció una vez más a Teudeberto; y los vasallos de Teudeberto en su huida de Zülpich a Colonia fueron pasados a cuchillo cubriendo a trechos el suelo. Ese mismo día llegó Teuderico a Colonia y allí se adueñó de todos los tesoros de Teudeberto». En Colonia, donde entraron los francoburgundios,

[7] Gregorio I ep. 6,5; 11,46; 11,49. Caspar II 500. Ewig, die Merowingerzeit 56. Fontal 119.

Teuderico hizo tonsurar a su hermano para cortarle después la cabeza y aniquilar a su familia por completo. «Incluso a un hijo suyo muy pequeño lo agarró de un pie por orden de Teuderico uno de su séquito y lo golpeó contra una roca, hasta que el cerebro se le salió de la cabeza...», refiere Fredegar.

191

Era el final de una de las innumerables guerras fratricidas puramente católicas.

El vencedor intentó entonces hacerse con el dominio de toda la Ga-lia y avanzó de inmediato sobre Neustria. Mas cuando estaba en la cumbre del triunfo murió, todavía en sus años mozos, de forma inesperada; era el año 613. También sus hijos fueron asesinados por Clotario II de Neustria, hijo de Fredegunde y de Chilperico. Pero no lo fue el apadrinado Merovec, a quien Clotario encerró en un monasterio, pero «al que continuó amando con el mismo cariño con que lo había sacado de la sagrada pila del bautismo» (Fredegar).[8]

A la muerte de Teuderico en Metz inmediatamente hizo Brunichilde que fuera proclamado rey de Austrasia y Burgundia el hijo mayor de aquél y biznieto suyo, Sigiberto II, que rondaba los diez años. Pero los grandes de Austrasia la traicionaron. Capitaneados por los antepasados gloriosos de los carolingios, los dos traidores que fueron el mayordomo Pipino y Arnulfo, el futuro santo y obispo de Metz, los nobles se pasaron al bando de Clotario II. Y tras la alta traición de la aristocracia austria también la reina fue abandonada por los señores feudales de Burgundia a las órdenes del mayordomo Warnachar. Lo habían decidido de antemano, «y desde luego tanto los obispos como el resto de los grandes señores laicos —según informa el cronista coetáneo, que señala además el objetivo de la piadosa Frondra— resolvieron no dejar escapar ni a un solo hijo de Teuderico, sino matarlos a todos y después aniquilar a Brunichilde y. promover la soberanía de Clotario...».

Con todo ello se sellaba la ruina de la reina, la exclusión y hasta la eliminación de la rama austroburgundia de la dinastía merovingia, a la vez que el triunfo de la nobleza sobre la corona.

El ejército de Brunichilde desertó en Chalons sin haber ofrecido resistencia. Ella huyó al Jura e intentó escabullirse en el interior de Burgundia; pero en Orbe, junto al lago de Neuchatel, fue hecha prisionera por el mayordomo francoburgundio y entregada a su sobrino. Clotario, tan temeroso de Dios como cruel y con una mentalidad totalmente eclesial, y al que como primer rey franco se le comparó con David, cuya «piedad» exalta Fredegar, fue un gobernante, que otorgó al clero nuevos derechos y abundantes donaciones, le garantizó la libertad de las elecciones episcopales, le eximió de todas las gabelas de los bienes eclesiásticos, fue «clemente y lleno de bondad para con todos». Este hijo menor de su enemiga mortal Fredegunde la sometió a tortura durante tres días (613), cuando ya Brunichilde era casi septuagenaria; hizo después que la soldadesca la pasease sobre un camello y, finalmente, la hizo atar de su cabellera, de un brazo y de un pie «a la cola del corcel más salvaje» y arrastrarla hasta morir, hasta «que se le desprendieron los miembros uno tras otro» (Fredegar). Sus huesos fueron quemados. Y también fue eliminada su descendencia hasta sus biznietos, con la excepción única del príncipe Merovec,

---

[8] Greg. Tur. 8,31; 9,4. Fredeg. 4,19; 4,27; 4,29; 4,42. Joñas, Vita Columb. 28 s. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 16, 24. Id-, Das merowingische Fran-kenreich 400 s., 410. Id., Die Merowinger 50 ss., 122. Fontal 172 s. Bleiber, Das Fran-kenreich 138s. Comp. asimismo la nota siguiente.

ahijado de Clotario.

192

Pero un investigador moderno escribe: «Fue precisamente bajo este gobernante, cuando —según puede demostrarse de forma clara— la cristianización de la idea de rey alcanzó una primera cima» (Antón). Y el monje Joñas de Bobbio exclama triunfal en su *Vita Kolumbani:* «Cuando todo el linaje de Teuderico fue exterminado, Clotario gobernó solo sobre los tres reinos y se cumplió por entero el vaticinio de Columbano.» (Joñas pudo hacer vaticinar fácilmente, pues escribía cual si todo se «hubiese cumplido» desde hacía mucho tiempo; era ya el viejo recurso de la Biblia: los *vaticinio ex eventu.)*

El patrón especial del rey —como después lo sería de Dagoberto, su hijo, san Dionisio— lo fue su tesorero Desiderio, que luego sería obispo de Cahors; también lo fueron los posteriores obispos Pablo, Audoin de Rouen, Eligió de Noyon y Sulpicio de Bourges, que antes habían ocupado cargos en la corte real. Clotario II puso su residencia en París, capital de todo el reino, siendo entonces reconocido por todo el reino franco. Por lo demás, hubo de pagar tanto al clero como a la nobleza el apoyo que le habían prestado y recompensar a los señores austrios mediante el *Edictum Chiotarii* el nombramiento de su hijo Dagoberto como virrey en Austrasia. Con ello quedaba robustecida la alta aristocracia.

Pero el papa Gregorio había calculado mal. No fueron Brunichilde ni la rama austria las que salieron victoriosas de aquel cúmulo de atrocidades: el vencedor fue el neustrio Clotario II, a quien Gregorio sólo había hecho llegar una única carta de las 854 suyas que se han conservado. El año 614 el rey convocó un sínodo nacional en París, que marcó el comienzo de la Iglesia nacional franca, independiente de Roma a lo largo de un siglo.[9]

Sin duda que los príncipes de la Iglesia franca se vieron envueltos en la política del reino más que el papa Gregorio. Tal sucedió con el ya mentado Leudegasio, obispo de Maguncia; con el obispo Leudemundo de Sitten o con san Arnulfo de Metz.

193

El santo de Metz reo de alta traición

Ya al poco de hacerse con el poder Clotario II había habido en Burgundia una conjuración, en la cual había jugado un papel importante un pastor de la Iglesia.

En el conflicto en torno a la reina Brunichilde habían sido eliminados varios personajes relevantes del *regnum Burgundiae,* como el mayordomo Protadio (604) y su enemigo el patricio Wulfo. Clotario II nombró duque al *herpo* del «cantón transjurásico», en el oeste de la Suiza actual; se trataba de un francoburgundio que se

---

[9] Fredeg. 4,20 s.; 4,24 ss.; 4,38; 4,40 ss. Joñas, Vita Columb. 28. Lib. Hist. Franc. 40. Vita Marri appendix. Keller, Reclams Lexikon 317 s. Taddey 197. Altaner/Stui-ber 467. LMA V 624. Schuitze, II 165 s., 168 s. Mühibacher I 40. Cartellieri I 85 s. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 119. Zwólfer 70. Delius, Geschichte der irischen Kirche 107. Zatschek 20 ss. Lówe, Detschland 67 s. Büttner, Geschichte des Elsass 37 ss. Haller, Entstehung 305 s. Steinbach,.Das Frankenreich 35 ss. Pórtner 27. Maier, Mittelmeerweit 243 s. Doppelfeid 627. Schiesinger, zur poli-tischen Geschichte 26 s. Antón, Fürstenspiegel 51. Ewig, Zum christiichen Kónigs-gedanken 19,21 s. Id., Die frankischen Teilungen 708. Id., Das Merowingische Frankenreich 400 s. Id., Die Merowingerzeit 56s. Id., Die Merowinger 51 s., 117. Angenendt, Taufe und Politik 161. Bund 287 ss. Bleiber, Das Frankenreich 139 s. Sobre los vaticinios *ex eventu* en la Biblia ver Deschner, Abermals, cap. 16, p. 114 ss.

había pasado a su bando desde el comienzo. Pero fue también asesinado por orden del patricio Aletheo, asimismo desertor en 613, y del obispo Leudemundo de Sitten. Éste corrió a la corte, que por entonces se encontraba en Marlenheim cerca de Estrasburgo y notificó a la reina Berthetrude que su esposo moriría y que Aletheo, un (pretendido) vástago real burgundio, sustituiría en el reino y en el lecho al rey eliminado. El obispo de Sitten aconsejó a Berthetrude que enviase a la ciudad y se apoderase en cuanto pudiera del tesoro estatal. Clotario, que tuvo noticia de la conspiración, marchó a sangre y fuego contra los levantiscos e hizo ejecutar a Aletheo, aunque perdonó la vida al obispo Leudemundo, que se había refugiado en el monasterio de Luxeuil.[10]

Mucho más implicado en la gran política se vio el traidor Arnulfo, el fundador de la casa carolingia.

Este vástago de un linaje asentado entre Metz y Verdun, hijo de «padres distinguidos y muy acaudalados», como da por cierto su *Vita,* había entrado ya de muchacho en la corte del rey austrio Teudeberto II (595-612) y más tarde como *domesticas* —cargo que por entonces mediaba entre los *comités* (condes) y los *duces* (duques)— llegando a mandar sobre una serie de cantones fiscales, sobre seis realengos.

Gracias a ello había ayudado, junto con Pipino el Viejo y una oposición de la nobleza austria, al neustrio Clotario II a hacerse también con el dominio sobre Austrasia y Burgundia; había llamado al enemigo del país contra la propia casa real, con lo que éste había penetrado en 613 hasta Andernach. Y gracias a ello ya al año siguiente el traidor Arnulfo fue nombrado obispo de Metz, pastor supremo de la capital del país, a cuyos reyes traicionó. Naturalmente que el futuro obispo santo —como señala su biógrafo, un monje coetáneo— aceptó sólo «con lágrimas y a la fuerza, porque así agradaba a Dios». Y mientras presidió el obispado obtuvo asimismo —y desde luego también una vez más «contra su propia voluntad»— «el puesto de mayordomo de la corte y la dirección del palacio real». (El otro traidor, aludido aquí por vez primera, el amigo Pipino el Viejo, acabó siendo mayordomo en la corte de Dagoberto I.) Y para que no cayese sombra alguna sobre el rebelde,

193

pronto se santificó cuanto le rodeaba: su mujer, la noble santa Ita; las hijas, santa Gertrude y santa Begga; la hermana, santa Amalberga, «y algunos otros parientes colaterales» (Mühlbacher); unas y otros venerados hasta hoy, al menos en Bélgica.

Según parece, la conciencia atormentaba al desleal Arnulfo por sus infamias, que marcan un hito en la historia, y en alguna ocasión planeó su entrada en un monasterio. Prefirió, sin embargo, ocupar la sede episcopal de Metz (614) y en 623, tras el nombramiento de Dagoberto I, hijo de Clotario, como virrey de Austrasia, asumió con Pipino el gobierno de regencia.

El alevoso cambio de frente del «muy bienaventurado señor obispo» Arnulfo *(beatissimo vero Arnulfo pontífice:* Fredegar) se lo había hecho pagar. Y, por decirlo de alguna manera, Arnulfo alterna entonces las funciones militares con las pastorales. Militarmente actuó, por ejemplo, en Turingia en 624 y en el aplastamiento

[10] Fredeg. 4,26 ss.; 4,43 s. Haller, Entstehung 305-s. Boehm, Geschichte Bur-gunds 80 ss. Zarschek 22. Zollner, Die politische Stellung 113 s. Ewig, die Merowinger 119. Bleiber, Das Frankenreich 145 s. Bund 294 ss;

de la rebelión del maniobrero Crodoaldo, cuya «cabeza fijó en la puerta de su alcoba» (Fredegar). «¿Quién podría describir su valor en la guerra, su arte en la conducción de las tropas? A menudo superó en la lucha a los escuadrones de pueblos enemigos», comenta con entusiasmo la *Vita Arnulfi* (redactada por varios testigos presenciales). También como padre conciliar defendió el obispo Arnulfo la buena nueva cristiana en los sínodos de Reims (626) y de Clichy (627), antes de retirarse efectivamente en 629 a una vida sedentaria en el territorio de los Vosgos, cerca del monasterio de Remire-mont.

Ya a finales del siglo VIII empieza su veneración litúrgica y se menciona por vez primera la fiesta de san Arnulfo. Uno de sus hijos, Clodulfo, fue asimismo venerado como santo y nombrado tercer sucesor de su padre en la sede episcopal de Metz (que ocupó 42 años), siendo por lo demás persona tan insignificante que Paulo el Diácono, el cronista más antiguo de la iglesia de Metz, no sabe destacar otra cosa en él sino que fue hijo de su padre, «un vástago de noble tronco». El otro hijo de san Arnulfo y de su esposa Doda (por supuesto asimismo «hija de una noble casa», que después entró en el monasterio de Tréveris), llamado Ansegisel (Adalgisel), caído más tarde en el curso de las luchas nobiliarias, desposó a Begga, la hija mayor de Pipino el Viejo. De su matrimonio nació Pipino el Medio.[11]

También en Burgundia se dejó sentir más tarde y con gran fuerza la ambición de poder de los obispos. Así lo prueban las actuaciones de pastores como Leodegar de Autun, Genesio de Lyon, Savarich de Auxerre y su sucesor Hainmar. Éste parece que hasta se adueñó de todo el ducado de Burgundia y que colaboró con el levantisco duque Eudo de Aquitania. Por orden de Carlos Martell el obispo Hainmar acabó siendo hecho prisionero y asesinado en un intento de fuga.[12]

195

El año 622-623 Clotario y su hijo Dagoberto hicieron de nuevo la guerra contra los sajones con gran contingente de fuerzas, comportándose bárbaramente contra su caudillo. «El rey devastó todo el territorio sajón, exterminó a su población y no dejó con vida a nadie que fuese más alto que su espada, la llamada Spada. El rey lo estableció como ejemplo en aquella región...» *(Líber historiaefrancorum).* Clotario murió en 629 y fue enterrado en la iglesia de San Vicente en París.[13]

«Miedo y terror» y la plegaria permanente bajo Dagoberto I

El joven Dagoberto gobernaba en Austria como virrey ya desde 623, guiado y aconsejado por Pipino y por el obispo Arnulfo de Metz. A la muerte del rey su padre en 629, Dagoberto se impuso como soberano único, trasladó la sede de gobierno de Metz a París, ciudad que convirtió definitivamente en el centro de la soberanía real franca y siendo el último merovingio que gobernó sobre todo el reinado franco (629-

---

[11] Fredeg. 4,40; 4,52. Paulo Diác. Gesta episc. mStt., en MG script. II 260 ss. Vita Arn. c.2 ss, cit. c.2, c.4, c.7. RGAK I 436, LThK I[1] 700. Taddey 46, 223. LMA i 678,1018 s., III 429. Mühibacher I 37 ss. Stamer 31. Oexie, Die Karolinger 250 ss., 361. Hiawitschka, Die Vorfahren Karts des Grossen 50 ss.

[12] Zollner, Die politische Stellung 116 s.

[13] Lib. Hist. Franc. c. 41. Fredeg. 4,56. Ewig en HEG U 408 habla «de la *reordenación del reino»* introducida por él.

638/639).

A su hermano menor, Chariberto II, capaz ya de reinar y que asimismo aspiraba a la herencia paterna, rápidamente lo redujo Dagoberto a un rincón en el suroeste. Allí pudo gobernar como virrey sobre Aquitania y en 631 someter a los vascos rebeldes. Por los años 629-630 el rey liquidó en Burgundia a los partidarios de Chariberto, incluidos su tío y mentor Brodulfo así como otros adversarios de su propia soberanía. Al resto, y «a todos los obispos» los sometió. Y cuando el propio Chariberto murió uno o dos años después y, con sorprendente rapidez, le siguió en la muerte su hijo pequeño Chilperico, «se dijo que había sido muerto por instigación de Dagoberto», comenta Fredegar. Y Dagoberto volvió a adueñarse de la separada Aquitania y de los tesoros de Chariberto.[14]

El señor soberano hizo virrey de Austria a su hijo de dos años Sigiberto III, con residencia en Metz. La regencia del niño la ejercieron el obispo Kuniberto y el duque Adalgisel, yerno de Pipino, que tuvieron un amplio campo de acción. Especialmente el obispo Kuniberto, que ocupó la sede de Colonia hacia 626 y que murió después de 648, en tanto que educador tanto de Dagoberto como de Sigiberto III fue uno de los prelados austrios más influyentes.[15]

Entretanto el rey iba reforzando su reino. En el sur derrotó a los vascos, en las regiones del norte avanzó contra los frisones y extendió sus dominios más allá del Mosa y del Waal. Allí apoyó a los sacerdotes cristianos mediante un edicto que obligaba a bautizarse. Allí trabajó especialmente el monje y obispo Amando, que fundó dos monasterios en el territorio de Gante y otro en Tournai, Saint-Amand. También el obispo Kuniberto «actuó» por encargo de Dagoberto como misionero frisón en la protección del castillo de Utrecht así como en las zonas fronterizas del nordeste del reino, en el curso superior del Lippe y del Ruhr; regiones que después jugaron un papel importante en la matanza sajona de Carlos.[16]

196

Al haber adquirido un poder enorme, Dagoberto I fue celebrado y exaltado por el clero, aunque había despedido a su mujer y tenía simultáneamente, además de numerosas concubinas (cuya mención «sería demasiado larga», dice Fredegar), tres mujeres: Nanthilde, que era una antigua criada, Wulfgunde y Berchilde. Sin embargo, los círculos clericales ensalzaban al libertino, expoliador de sus vasallos, con acentos bíblicos cual soberano justo. Favoreció así a muchos obispados, especialmente el de Augsburgo donde regularmente se rezaba por él, y los de Constanza, Basilea, Estrasburgo y Espira. Hacia 637 fundó la diócesis de Téruanne (Boulogne) y dotó de generosos privilegios a los monasterios, entre los que prefirió, como ya su padre Clotario, las casas de misioneros irlandeses cual centros de educación para los retoños de la nobleza. El rey contribuyó con bienes del erario público a la fundación de las abadías de Solignac y Rebais y asimismo hizo erigir el monasterio de Emo, junto al Escalda, en terrenos reales. Promocionó resueltamente la abadía de St.-Denis, que más tarde sería panteón famoso de los soberanos francos y franceses, a la que dotó de extensas posesiones, muchas de ellas fruto de confiscaciones de las

[14] Fredeg. 4,53; 4,57 s. Mühibacher 142. Ewig, Die Merowinger 126 s., 140. Bleiber, Das Frankenreich 148, 152.

[15] Fredeg. 4,56; 4,67; 4,75. LMA 1104. Mühibacher 142. Ewig, Die Merowinger 131. Bleiber, Das Frankenreich 156.

[16] LMA I 510. Ewig, Die Merowinger 131. Bleiber, Das Frankenreich 152 ss.

tierras de los «rebeldes» eliminados por él, otorgándole asimismo parte de los ingresos aduaneros del puerto mediterráneo de Marsella: «tan grandes tesoros y tantas *villae y* posesiones en diversos lugares, que en la mayoría de la gente provocó una gran admiración» (Fredegar). Y, siguiendo el ejemplo del rey Sigismundo en St. Moritz y del rey Guntram en St-Marcel de Chalón, también Dagoberto introdujo en la basílica de París (en parte «dotada abundantemente por él» con oro, plata y piedras preciosas) la *«laus perennis»,* la adoración perpetua. El rey fomentó asimismo el culto de san Dionisio. Mantuvo además a su alrededor un círculo de varones con intereses religiosos, en el que figuraba un santo, san Eligió, entonces orfebre y monedero y más tarde obispo de Tours.

Misión y matanza

Bajo Dagoberto I, entre cuyos consejeros principales se contaban Arnulfo, obispo de Metz, y el obispo de Colonia Kuniberto, se combatió cada vez más contra el paganismo de la ribera izquierda del Rin y fueron bautizados a la fuerza todos los judíos del reino. (También en el este se llevaron a cabo diversos ataques antijudíos y la expulsión de los judíos de Jerusalén.) Y asimismo con un edicto que imponía el bautismo abrió Dagoberto la misión de los frisones, a la que se había obligado formalmente el obispo Kuniberto. Y al igual que el rey guerreó en el sur, el oeste y el norte y del mismo modo que combatió a vascos, bretones, sajones y frisones, también invadió el primer reino eslavo, el gran reino del mercader franco Samo, que se extendía desde el Erzgebirbe o los Montes Metálicos hasta los Alpes orientales. En 631 quiso Dagoberto aplastarlo con ayuda de los longobardos y mediante un ataque en tenaza por el oeste y por el sur. Pero su ejército acabó sufriendo una catástrofe en Wogastisburg (Kaachen junto al Eger) después de una batalla que duró tres días. Los serbios entre el Saale y el Elba, que ya estaban bajo la soberanía franca, se unieron después a Samo, el cual gobernó durante 35 años. Por lo demás, las tierras del Meno y el ducado de Turingia continuaron siendo, como lo habían sido antes, regiones especialmente militarizadas, líneas de vanguardia francas contra avaros y eslavos.

197

Tal vez estuvo relacionado con el descalabro de Wogastisburg un espantoso baño de sangre del piadoso Dagoberto (con gran probabilidad) el año 631-632, cuando miles de búlgaros habían huido de los avaros a territorio de Baviera. Al norte de la actual Linz el rey hizo asesinar «en *una* noche» a quienes con sus mujeres y niños buscaban su protección, violando las leyes de la hospitalidad y para liberarse así de inmigrantes indeseados (y sobre todo de sus dirigentes).

La única fuente, que narra el genocidio de los búlgaros, se encuentra en Fredegar (4,72): «Tras su derrota fueron expulsados de Panonia los búlgaros, 9.000 hombres con mujeres y niños, que se volvieron a Dagoberto rogándole los acogiese en tierras francas para un asentamiento duradero. Dagoberto dio orden a los bávaros de que los acogiesen durante el invierno, mientras él se asesoraba con los francos sobre lo que se haría después. Cuando se hubieron distribuido entre las distintas casas de los bávaros, ordenó a éstos Dagoberto —tras haber tomado consejo de los francos— que cada uno de ellos matase una determinada noche a los búlgaros con las mujeres

y niños que tuviera en su casa. Y los bávaros lo llevaron a cabo de inmediato». Y de las 9.000 personas sólo escaparon a la matanza 700 (que huyeron a través de la Marca de Windisch al ducado de Walluc).[17]

El motivo principal de aquella inaudita carnicería fue probablemente «la aniquilación de la clase dirigente búlgara» (Stórmer). En principio aquello nada tuvo que ver con la «misión»; pero sí con una *Ostpolitik,* una política oriental, que a su vez sí tenía mucho que ver con una «misión». «Misión, catolización y cura de almas aparecen en el siglo VI-VII en íntima conexión con el rey franco, con el duque delegado de Baviera y la aristocracia franca del oeste y del este», escribe Kari Bosi a renglón seguido de narrar la gran matanza para añadir después: «No es casual el nombre del último gran rey merovingio Dagoberto I, que llevó a cabo una vigorosa *Ostpolitik,* fuertemente destacada en la Lex Baiuarium... Se sabe de la estrecha colaboración entre Dagoberto y san Amando...».

198

Más aún, se sabe que el *«rex torrens»* fue tenido por santo al igual que otros asesinos de poblaciones enteras, como Carlomagno o como Carlos «el Grande». Y, finalmente, se sabe que san Amando reprochó al rey Dagoberto

—«cosa que ningún otro obispo se atrevió a hacer»— *«capitana crimina»* crímenes gravísimos; aunque tales *crimina,* que un santo echó en cara a otro santo, se referían menos a la vida sexual del soberano que a su actuación violenta.[18]

Pero eso fue una excepción. Pues nada impidió a los viejos cronistas el que comparasen a Dagoberto, el gran degollador, el iniciador de la matanza búlgara y hombre sin escrúpulos en general, con Salomón, el *«rex pacificas»* por antonomasia, ni el que lo exaltasen como «benefactor de las iglesias» *(ecciesiarum largitor),* como «vigorosísimo padre nutricio de los francos» *(fortissimus enutritor francorum),* que procuró la paz a todo el reino y que se ganó el respeto de los pueblos vecinos; lo que tampoco impide que leamos:

«Llenó de miedo y terror todos los reinos de su entorno» *(Líber historiae francorum).* No obstante lo cual, o precisamente por ello, el «grande» y «poderoso» rey merovingio, el amigo de los monjes, Dagoberto, que murió tras breve enfermedad el 19 de enero de 638-639, continúe viviendo todavía hoy, y especialmente en Francia, como «el buen rey», como el *«bon roi* Dagobert».[19]

A la muerte del rey, y de acuerdo con lo ordenado por él, el reino franco se dividió entre sus dos hijos: Austrasia correspondió a Sigiber-to III y Neustria y Burgundia a Clodoveo II, que sólo contaba cuatro años, gobernando como regente la reina madre

---

[17] Fredeg. 4,53; 4,58 ss.; 4,65; 4,68; 4,72; 4,74 ss. Lib. Hist. Franc. 42. LMA III 429 s. V 790. HKG II 2 117 ss. Hauch I 301. Schuitze II 179 ss. Cartellieri I 106 s. Schnürer, Kirche und Kultur 1243 s. Zwólfer 70. Levison, Aus rheinischer und fránkischer Frühzeit 148 ss. Büttner, Die Alpenpolitik 86. Stamer 31. Lówe, Detschland 72. Bosi, Bayerische Geschichte 28. Id., Der «Adeisheiliger» 170. Id., Europa im Mittelalter 79. Maier, Mittelmeerweit 309. Lasko 214. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedanken 19,21. Id., Die Merowingerzeit 58 s. Id., Der Martinskult 18. Id., Die Merowinger 127 s. Ludwig 20. Lautermann 867. Donnert 301. Labuda 241 ss. Flaskamp, Die frühe Friesen- und Sachsenmission 185 s. Antón, Fürstenspiegel 49. Stór-mer, Früher Adel 204. Steinbach, Das Frankenreich 25, 38. Vernadsky 264 s, 304. Schiesinger, Zur politischen Geschichte 39. Kunstmann 9 ss., 17 ss., 24 ss. Reindel, Grundiegung 115 ss. Maycr-Sickendick 145 s. Angenendt, Frühmittelalter 188.

[18] Zender, Die Verehrung des hl. Kari 100. Bosl. Der «Adeisheilege» 170,174 s. Stormer I 204. Ewig, Die Merowinger 140.

[19] Lib. Hist. Franc. 42 s. LMA III 430. Ewig, die Merowinger 139.

Nanthilde, aunque no sola. Como ambos sucesores al trono eran menores de edad, el poder real lo ejerció en cada territorio un mayordomo noble: Grimoaldo en Austrasia, Erchinoaldo en Neustria y Flaochad en Burgundia.[20]

El mayordomo *(maior domus,* maestro de palacio), un viejo cargo presente en casi todas las tribus germanas, fue al comienzo un funcionario palaciego como muchos otros. Pero a finales del siglo VI pasó de ser administrador de la casa real a administrador de la economía del Estado, aunque sólo entre los francos. Tomó el mando de las tropas palatinas, las «antrustiones», la guardia real, así como la superintendencia de los crondomanos, y pronto se convirtió en el cargo más prestigioso y poderoso de la corte. Pasó a ser también el educador del príncipe y el general en jefe de las fuerzas, una especie de regente, que gobernaba durante la minoría del rey o en el gobierno débil del mismo. Mediaba entre éste, al que apenas era inferior en poder táctico, y la alta aristocracia de la respectiva porción del reino, bajo cuya influencia ya había caído hacia el 600, como su representante frente al rey, actuando unas veces en favor de los intereses de unos o de otros y sobre todo en favor de los propios.

199

Ya en la lucha de aniquilación de Fredegunde y de Brunichilde el mayordomo había participado de forma determinante. Y a fines del siglo VII, cuando ya se le dio el título de «virrey» y de «príncipe de los francos, cuando ya las partes del reino se habían convertido definitivamente en reinos parciales, los mayordomos luchaban ya como verdaderos regentes por la soberanía suprema. Por el contrario, los reyes merovingios fueron cada vez más figuras decorativas, muñecos del trono. Rara vez alcanzaron los treinta años de vida. Vagaban en el lujo y la crápula por cualquiera de sus grandes fincas, encarnando la figura del *«roifainéant»,* del rey holgazán, aunque conservando ciertamente la legitimidad.[21]

Antes de seguir bajo los últimos movimientos agónicos de esta dinastía la llegada y triunfo de los carolingios, echaremos una ojeada de conjunto a la Iglesia cristiana, y especialmente al alto clero de la época. Podrá ser muy instructiva.

---

[20] Fredeg. 4,79 s. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 50, nota 194.

[21] Mühibacher I 41, dtv-Lexikon 8, 213. LMA IV 1974 s. Haller, Entstehung 306. Maier, Mittelmeerweit 322 s. Lasko 214. Daniel-Rops 482. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 51 ss. Schneider, Das Frankenreich 16. Butzen 35 s. Bleibcr. Das Frankenreich 140 s., 157. Schuitze, Vom Reich der Franker 82.

201

CAPÍTULO 9. LA IGLESIA EN EL PERÍODO MEROVINGIO

«El reino franco *de los merovingios... fue una época bañada en sangre y asesinatos, llena de las tragedias más espantosas, a la vez que repleta de celo creyente y de santidad.»*

FRANZ ZACH, CATÓLICO[1]

«Nadie en la historia volvió a fundar tantos monasterios...»

P. LASKO[2]

«... un periodo sangriento de la Iglesia franca».

A. HUACK[3]

«Por doquier reinó la violencia desnuda [...]; el espectáculo renovado de continuo de crímenes casi incalificables.»

DANIEL-R.OPS, CATÓLICO[4]

203

En el período merovingio Galia era ya fundamentalmente cristiana, y se cristianizó cada vez más.

Cierto que su inscripción más antigua, cristiana con toda seguridad, sólo procede del año 334 y de Lyon; pero hoy se ha perdido. Y cierto que por entonces los cristianos todavía representaban una minoría, incluso en las ciudades, en las que residían los emperadores cristianos, y naturalmente sus colaboradores cristianos asimismo.

Comoquiera que sea, la difusión del cristianismo en las Galias ya había hecho evidentemente rápidos progresos a finales del siglo ni, y según parece ya hacia 250 había allí obispos: en Toulouse san Saturnino, en Arles Marciano, en París san Dionisio, y en Narbonne, donde algunas décadas después hay testimonios de un cementerio cristiano, un tal Pablo. Y en cualquier caso tales obispos, al igual que los de Tours, Clermont y Limoges, no eran en modo alguno delegados de Roma. La pretendida misión romana es sin duda una falsedad del siglo V o del VI, una tentativa del papado por afianzar su autoridad. Y, naturalmente, semejante falsedad tenía también que asegurar el origen apostólico de dichos obispados galos. El mismo motivo se encuentra también en España.[5]

Pero en el siglo IV pululan ya en las Galias las sedes episcopales. También en los territorios belga-germánicos hay cada vez más obispados: en Orleans, Verdun,

---

[1] Zach84.
[2] Lasko 215.
[3] Hauck, comp. nota 13.
[4] Daniel-Rops, comp. nota 11.
[5] Todas las referencias de las fuentes en E. Demougeot Gallia 1 RAC VIII 894 ss., 905 ss.

Amiens, Estrasburgo, Espira, Worms, Basilea, Besancon, Chalon- sur-Saóne... Para no hablar de otros más antiguos, como eran los de Tréveris, Metz y Colonia, todos los cuales —al igual que los de Tongern y Maguncia— afirmaban con falsedad ser fundaciones de discípulos de los apóstoles. A finales del siglo v, cuando Galia se convirtió en el «epicentro» de la historia de Occidente, allí ejercían su ministerio unos 115 obispos, casi exclusivamente en ciudades. Y al acabar el siglo VI ocupaban el país galo 11 sedes metropolitanas con 128 diócesis: la de Aries tenía 24 obispados. Burdeos 17, Bourges 9, Lyon 10, Narbonne 7, Reims 12, Rouen 9, Sens 7, Tours 8, Tréveris 9 y Vienne 5.[6]

203

UNA ESPECIE DE SANTA ÚLCERA CANCEROSA

Esa época, en la cual se abre la historia alemana y europea como una úlcera cancerosa, en la cual el cristianismo infecta el mundo germánico y se forja el predominio de la nobleza franca y surge desde el siglo VII la típica sociedad medieval de realeza, iglesia y nobleza, fue una época que se caracterizó, como pocas antes lo habían hecho, por pasiones desenfrenadas y atrocidades sangrientas, traiciones y crímenes sin cuento.

Intrigas palaciegas, querellas dinásticas, traiciones incesantes, la eliminación sin escrúpulos de reyes y príncipes (la edad media de vida de los merovingios fue de 24,5 años) así como las campañas bestiales de eliminación de familias enteras fueron realidades tan cotidianas como las borracheras y las epidemias, las hambrunas y los saqueos. La historia de Galia en el período merovingio constituye una crónica singular de la barbarie. La administración, el comercio y la agricultura, todo se derrumbó en mayor o menor medida, triunfando plenamente el crimen.

Y, sin embargo, hay historiadores, que juzgan: «... por doquier no tan sólo una vida política enormemente animada, sino también un impulso consciente de avance de las diferentes fuerzas del Estado; pocas veces una casa reinante ha producido una serie ininterrumpida de talentos como la merovingia» (Schuitze). Primero, guerras por todas partes, con cuyos saqueos se forjó un reino poderoso (y violento); más tarde, entre 561 y 613, una guerra civil casi incesante, por la que ese reino volvió a descomponerse, y unas atrocidades continuadas, incluso bajo los *«rois fainéants»*.[7]

En teoría los merovingios reinaron de acuerdo con la voluntad del «pueblo»; en la práctica, y ya desde Clodoveo, fueron soberanos absolutistas. Desapareció la asamblea popular en sentido político, la potestad judicial pasó al rey, el cual adquirió cada vez más derechos, y especialmente el de la no responsabilidad jurídico-penal. ¿No pudieron aquellos gobernantes hacer siempre lo que quisieron? «Pero, intrépido como era —y son palabras de Gregorio de Tours describiendo a un rey merovingio, palabras que en el fondo habría podido decir de cualquiera de ellos—, subió a su caballo, galopó hasta ellos y los tranquilizó con buenas palabras; pero después hizo apedrear a muchos de ellos.»

---

[6] Ibíd. 897 ss., 913. Hauck 952 I 5 s. Gottiieb 26. R. Schneider, Das Frankenreich 84.

[7] Schuitze II 228. Daniel-Rops 307. Ewig, Studien zur merowingischen Dynastie 51 nota 200. Maier, Mittelmeerweit 308. Prinz. Adel und Christentum 5 ss. Id., Frühes Mónchtum 144. Richards 219. Pirenne, Mohamed und Kari der Grosse 36.

Además, la Iglesia contribuyó notablemente al incremento del poder real. Cierto que entre tales gobernantes faltaron casi por completo los santos. Únicamente algunas reinas alcanzaron la santidad. Pero aún hubo más: Clotario I, por ejemplo, tuvo cinco *«reginae»;* Chariberto I, cuatro; y lo mismo Dagoberto I, y sin que se diera una poligamia «en sentido estricto», cual pretende un tanto optimista Ewig. Pese a lo cual la Iglesia exigió obediencia a quienes obtenían su autoridad «de Dios» y agregó a la potestad política del rey «la dignidad regia entendida en un sentido religioso y moral» (Tolksdorf); «los obispos precisamente partían del supuesto de que el poder del rey era ilimitado» (A. Hauck).[8]

205

Difícilmente hubo jamás en Europa un período más anárquico que estos primeros siglos de la Edad Media. Y, sin embargo, el clero no pensó en prohibir que se interviniera. A los prelados no les incitaba demasiado el deseo del martirio. Y la misma Iglesia llegó a disfrutar de todos los saqueos y rapiñas. Sus bienes raíces, que ya habían aumentado en el siglo IV, se incrementaron entonces en forma desmesurada. Ya en el siglo VI sus riquezas crecieron «hasta el infinito» (Dopsch). «Durante el período merovingio jamás estalló una rebelión memorable de la autoridad eclesiástica, simplemente porque la Iglesia no estaba en oposición al poder civil, sino que colaboraba estrechamente con él» (Bodmer). En efecto, los obispos francos participaron en las luchas por el poder entre reyes y grandes, «aunque con armas materiales y no espirituales» (Bund), llegando hasta «la usurpación de facto... de instrumentos de poder estatales y militares» (Prinz).[9]

En realidad el alto clero y la nobleza primera son claramente las fuerzas impulsoras de aquella inmensa confusión- En medio del *imperium* establecen poderes semiindependientes haciendo que aquél se tambalee ora hacia un lado ora hacia el otro en crisis permanentes, que desembocaron en el caos.

Al igual que el poder de los reyes, también el de la nobleza se cimentó ya durante el período merovingio no tan sólo en la política y la economía, sino también en un «carisma de concepción religiosa, que los subordinados le reconocieron». Esto condujo incluso a un nuevo ideal de santo noble, y por ende también a una «justificación del orden de los señores constituidos» (Bosi).[10]

Ocho reyes sajones renunciaron a su corona e ingresaron en algún monasterio. Jamás hubo tantos santos, tal vez con la excepción de la época martirial con sus escuadrones de supuestos testigos de sangre. Sólo en el siglo VII se han contado no menos de ochocientos. Más aún, «ese siglo merovingio, tan decisivo para el desarrollo de Occidente», encontró «una expresión espiritual adecuada a la época en las vidas de santos», habiendo experimentado la hagiografía «un incremento indudable».

Los santos gozaron de un elevado prestigio. Edificaron grandes monasterios con iglesias pomposas. Lo mismo que sus biógrafos mantuvieron una inequívoca actitud positiva frente a la monarquía y la nobleza, siendo en su mayoría oriundos de familias aristocráticas. Hasta casi se podría tener la impresión de que «la nobleza era la antesala de la santidad», y podría hablarse de la «autosantifícación» de la sociedad

---

[8] Greg. Tur. 4,49. Hauck ^952 1141. Ewig, Zum christiichen Kónigsgedankcn 19 ss. Id., Studien zur merowingischen Dynastie 43. Toiksdorf 82 ss., 25.

[9] Dopsch II 206, 252. Bodmer 39, 68, 78, 80. Bosl, Der «Adeisheilige» 177. Weigel 86. Bund 348. Prinz, Herrschaftsformen der Kirche 2 ss.

[10] Bosl, Leitbilder und Wertvorstellungen 10.

nobiliaria merovingia (Prinz). A la Iglesia eso le resultó tan beneficioso como la casta de los señores. Su afán de dominio político-carismático, deteriorado por la apostasía de la vieja fe, lo afianzó con los recursos de la fe nueva, dando a tal afán una legitimación cristiana. Pero al mismo tiempo la época, y especialmente el siglo VII, se caracteriza por un «florecimiento» de la hagiografía y del gusto por lo milagrero; lo cual equivale «a la mayor falsificación de la historicidad», desembocando consecuentemente en «el estado de postración de la historiografía occidental». Todo sumado, aquello «fue el resultado de una barbarización, después de que la corriente antigua se hubiera secado» (Scheibelreiter).

206

IGNORANTE, CRIMINAL EN GRAN ESCALA Y BUEN CATÓLICO

Cierto que esa época, una época de gentes ignorantes, supersticiosas, falaces y sangrientas como la que más, no podemos enjuiciarla con nuestros modernos, ¡oh y tan éticos!, módulos modernos, no debemos actuar anacrónicamente contra la historia. Mas ¿podemos y aun debemos medir esa época, una época totalmente cristiana, con unos criterios cristianos? ¿Con ciertos criterios bíblicos, como los preceptos del Sermón de la Montaña o los mandamientos del Decálogo? Y justamente por mirarla así ¿no deberíamos reconocerla por sus frutos?

También al autor católico Daniel-Rops le produce esa época un sentimiento predominante de «horror», por «el espectáculo repetido de continuo de crímenes francamente incalificables». «Por doquier impera una violencia descarada y dispuesta a estallar en cualquier momento. Nada la detiene: ni los lazos familiares, ni los preceptos de la decencia más elemental y ni siquiera la fe cristiana.» ¿Ni siquiera? ¿Es que no permitió que todo aquello continuase? ¿No le otorgó ella la que podríamos llamar la consagración suprema, la sanción? ¿No se oraba por los gobernantes, los generales, los degolladores? ¿No se rezaba antes de las guerras, durante las mismas y después de las mismas? ¿Acaso no se participaba en las guerras y saqueos o no se le hacían continuas donaciones a la Iglesia con el botín de la guerra o del pillaje? ¿No se engordaban los poderosos con la miseria de las masas?

En opinión del propio Daniel-Rops hubo toda una serie de reyes santos que se hundieron en ese mundo de horror. Más aún, se ve obligado a «hacer la comprobación todavía peor» de que también los principios fundamentales del derecho entonces vigente, la base de la moral colectiva, «reflejan el mismo espíritu. Tal barbarización del derecho es en cierto sentido todavía más inquietante que las actuaciones criminales de las personas particulares; la Europa cristiana necesitó más tiempo para liberarse de la misma». ¿Para liberarse? La Europa cristiana no dejó de adoptar muchas de aquellas prácticas criminales, intensificándolas a menudo y bendiciéndolas. Así, se mantuvo la práctica jurídica romana de la tortura, al igual que la práctica germánica de las pruebas de inocencia, del juicio de Dios, del duelo sancionado jurídicamente. Rechazadas al principio de manera vehemente por el clero, todas esas barbaridades acabaron imponiéndose: «fueron tenidas por justas, si se las consagraba acompañándolas de oraciones; los obispos se declararon en favor de las

mismas».[11]

207

Así pues, no es que se abogase por determinados usos crueles, sino más bien por todo aquel sistema sangriento. La Iglesia se alineó sin reservas del lado de los canallas y los carniceros. Y mientras los actos violentos de los reyes son cada vez más desenfrenados, la cadena de la venganza de sangre no termina nunca, se multiplican los asesinatos de parientes precisamente entre los grandes, el hijo católico mata al padre católico, el hermano al hermano que es católico como él, y el tío católico al sobrino católico; y mientras los robos de los reyes merovingios, los enemigos aniquilados que eran príncipes germanos, y el botín arrebatado de oro, joyas y armas ya casi no podían ocultarse bajo la bóveda subterránea del palacio de Brannaceum (Braine), el episcopado veía en aquellos criminales católicos coronados a los representantes legítimos de la autoridad estatal, a los representantes de Dios sobre la Tierra, entrando entonces en la liturgia eclesiástica la oración por los mismos, al tiempo que todos los obispos de la Galia «afirmaban sin reservas» la situación política (Vollmann).

Dado que la Iglesia se puso desde el comienzo del lado de los potentados merovingios como su aliada, pudo desarrollarse como no lo hacía desde largo tiempo atrás. Su influencia fue cada vez mayor y tanto el clero secular como el monástico llegaron a ser increíblemente ricos. Y en buena medida las catástrofes casi permanentes y el terror que casi nunca cesaba y toda la miseria ambiental favorecieron también considerablemente la aparición de las donaciones a la Iglesia. «Como la gente esperaba de las mismas protección y ayuda, y se veía amenazada de continuo por saqueos, incendios, asesinatos y violencia, se volvió a la Iglesia y a sus santos» (Bleiber). Y eso lo pagaba naturalmente el fiel creyente. Máxime cuando se sumaban las peores catástrofes naturales, supuestos actos punitivos y justos de Dios. Y las guerras. También se entendían las guerras como justos actos de venganza del Señor. Pero la guerra fue una realidad cotidiana y se consideró sin más como una fuente de enriquecimiento, como un hecho con el que se asociaba como algo natural la idea de un botín abundante.

La Iglesia no pensó en oponerse. Su trigo aumentaba. Sólo entre 475 y los comienzos del siglo VI se multiplicó por diez el número de monasterios galos; pero en la primera mitad del siglo siguiente se construyeron allí más abadías que jamás antes o después. Y con la vista puesta en la mitad del siglo VII un investigador moderno habla incluso de «un estado episcopal y monacal» (Sprandel). El episcopado, que fue una «gran potencia», no sólo económica sino también política (Dopsch), desempeñó en el reino un papel casi tan determinante como el que ejerció la monarquía soberana absoluta en la Iglesia. Ambas estuvieron estrechamente unidas y trabadas, pues también el gobernante tenía que mostrarse *«devotissimus» de* la Iglesia y —al menos en el período carolingio— se le consideró «como un clérigo» (Brunner).[12]

208

---

[11] Bosl, Der «Adeisheilige» 186. Daniel-Rops 317 s. Comp. 314. Boussard 18. Scheibeireiter, Die Verfáischung der Wirkiichkeit 299 ss. Angenendt, Frühmittelalter 232. Ver asimismo la nota siguiente.

[12] RAC VIII, Gallia I 920. RAC XII 902 ss. (Vollmann). Dopsch, reimpresión ^Wl II 253. Heinsius 14. Lasko 215. 287. Sprandel, Der merowingische Adel 49. Bosl, Der «Adeisheilige» 177. Bleiber, Das Frankenreich 135 s. Schulze, Vom Reich der Franken 80.

Toda esa época, cruel en extremo y extraordinariamente fraudulenta, fue a la vez muy «pía». Se generalizó la asistencia a la misa dominical: «al repique de las campanas se aglomeraban en las iglesias» (Pfister). Y casi otro tanto se generalizó la comunión eucarística. Se cultivó celosamente el canto eclesiástico. Casi todo el mundo acudía a las procesiones. Las festividades católicas se celebraban como grandes fiestas populares. Se rezaba antes de empezar a comer y no se bebía ni un vaso de agua sin haberle hecho antes la señal de la cruz. Y no se oraba sólo a Dios, se invocaba continuamente a todos los santos imaginables. Se construyeron numerosas iglesias con columnas de mármol y paredes revestidas asimismo de mármoles, con vidrieras de colores y muchas pinturas; los ricos hasta tenían sus capillas domésticas. Los reyes trataban con santos, como lo hizo en 525-526 Teuderico I con san Galo en Colonia (el cual pegó allí fuego a un templo, «porque precisamente ninguno de los necios paganos se dejaba ver»; después de lo cual el incendiario se refugió en el palacio real). Childeberto I visitó a san Eusicio. Las reinas, como Radegunda por ejemplo, lavaban los pies a los obispos. A menudo las prédicas se hacían en lengua vernácula. Hubo predicadores famosos, como los prelados Cesáreo de Arles, Germano de París y Remigio de Reims. El metropolitano Nicecio de Tréveris parece que predicaba a diario y que en ocasiones hasta se presentaba como «obispo nacional» del reino de Reims, aunque era bastante ignorante en teología dogmática. Un escrito suyo a Justiniano lo proclama con penosa claridad; lo que no impidió a Nicecio presentar al teólogo del trono imperial como un «hereje» primitivo, ni gritarle —desde lejos— que *«tota Italia, integra África, Híspania vel Gallia coniuncta»* maldecían su nombre. La superstición más crasa era pan común. Se acumulaban reliquias de Roma y de Jerusalén, y se peregrinaba a las supuestas tumbas de los apóstoles para obtener la salud.

En una palabra, se estaba profundamente convencido «de la realidad y del poder del Dios vivo» (Heinsius). Abundaba «una fe vigorosa y fresca en Dios y su providencia; se trataba con lo divino, no como una abstracción o una idea, sino como una fuerza muy real. Esa convicción prevaleció entre todos, compartiéndola eclesiásticos y laicos sin distinción». Se consideró la primera mitad del siglo VII abiertamente como «un período floreciente de la Iglesia franca» (Hauck), a la que se vio «profundamente arraigada en el pueblo de los francos» (Schieffer), y a los obispos y los sínodos episcopales «aplicados al trabajo» (Boudriot).[13]

Dos representantes famosos

Cuando leemos la *Historia de los francos,* tan amorfa como detallada, de Gregorio de Tours, que es la fuente principal de esa época, nos sorprende que la misma cabeza en la que rondaba tan grotesca creencia en los milagros y en el diablo y que no parece

[13] Greg. Vita patrum 6,2. RAC VIII Gallia I 910 ss. Lecky, Sittengeschichte II 192 ss. Ampliamente Hauck 1176 ss., 191, 204 ss., 387. Comp. también U952 I 299. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 153. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Heinsius 13 s., 20. Zwólfcr 66. Pfister, Gaul. Institutions 145. Ewig, Der Martinskult 18. Schieffer, Winfrid-Bonifazius 57. Steinbach, Das Frankenreich 22. Boudriot I. Prinz, Heiligenkult 532. Id., Askese und Kultur 77 ss. Antón, Trier im frühen Mitte-lalter 136 s. Meyer- Sichendick 156.

tener otra preocupación que la de no mencionar alguno de sus oscuros milagros y signos —para él hechos incuestionables, *«gesta praesentia»*— y no conservarlos para la eternidad, nos sorprende, repito, que esa misma cabeza relate con el tono más realista y a menudo con una indiferencia casi amoral los horrores de la época sin admirar ni las muestras de conciencia decadente ni los héroes más criminales de la época.

Y es que así como dicho obispo no escribe una historia nacional o del pueblo, sino un tipo curioso de historia hagiográfica de la salvación, en la cual todo discurre exclusivamente según el designio de Dios y por permisión suya, bajo la intervención imperturbable de los santos, así tampoco juega papel alguno el «pueblo» franco, por mucho que valore la nueva forma de gobierno de los francos, la incontenible fuerza social y militar de sus dirigentes católicos, al menos de aquellos cuya *strenuitas* y *virilitas* aprovecharon a la Iglesia. Así no siente el menor escrúpulo ni conoce los conflictos entre lealtades, estando sin reserva en favor de la política brutal de los príncipes; es decir, en favor de sus crímenes, y sobre todo en la medida en que representaban la ventaja de la Iglesia católica. Lo cual significa, pese a todo, un estar a medio camino entre asegurar a la Iglesia una situación estable y al alto clero unas riquezas en constante aumento; personalmente pertenecía a ese clero. (Alguien ha observado que el ministerio episcopal, supuestamente tan agotador, dejó a Gregorio tiempo suficiente para escribir sus extensas obras.)[14] Sin duda que en la mente del santo no encajan por entero las guerras civiles y fratricidas, pues naturalmente le afectaban a él y a su Iglesia. Pero las guerras exteriores, las guerras encaminadas al engrandecimiento del reino exclusivamente cristiano, a la aniquilación de los «herejes» y especialmente los arríanos (cuatro veces cuenta la patraña de los padres de la Iglesia, según la cual Arrio reventó en el retrete), a la extinción de los paganos y demás infieles, nunca podían ser lo bastante terribles. Así, al comienzo del libro quinto de su *Historia de los francos* confiesa sin rebozo: «Ojalá también vosotros, ¡oh reyes!, combatierais aquellas batallas, que tanto sudor costaron a vuestros predecesores, de modo que los pueblos llenos de pavor por vuestra concordia hubieran de inclinarse ante vuestro poder. Recordad lo que hizo Clodoveo, con quien empezaron vuestras victorias: mató a los reyes, que eran sus enemigos, derrotó a los pueblos hostiles, puso bajo su poder a los nativos y además os dejó un gobierno sin divisiones ni debilidades».

210

Combatir batallas, matar reyes enemigos, subyugar a los pueblos hostiles y a los propios, a todo ello llama un famoso santo católico, después de más de medio milenio de cristianismo. Porque «los triunfos de los francos son también éxitos de Gregorio» (Haendler).

Incluso cuando se trata de un asesinato por motivos sexuales, actúa Gregorio como un «progresista» moderno. Sin pestañear cuenta el caso de la exuberante Deoteria. Estando su marido de viaje a Béziers, mandó a decir al rey Teudeberto: «Nadie puede resistírsete, amadísimo señor. Sabemos que eres nuestro dueño. Ven, pues, y haz lo que sea agradable a tus ojos». Y Teudeberto se acercó al castillo, hizo su concubina,

---

[14] RAC XII 895 ss., espec. 902 ss. (Vollmann). LMA IV 1679ss. (H.H. Antón). Thürlemann 90. Boussard 18. Angenendt, Frümittelalter 182 s., 192. Gutjewitsch 39 ss. Banniard, Europa 200 s. exalta también a Gregorio, aunque con limitaciones, como «Tácito de los merovingios» 154 ss. Gregorio exagera también en favor de los francos sin escrúpulo, por no decir que miente: cf. Beisel, Studien 287 s., nota 419.

su mujer, a Deoteria; y el obispo Gregorio llama a la dama católica (que después empezó a temer la rivalidad de su propia hija y la hizo matar en Verdun) «una mujer hábil e inteligente». Tan hábil e inteligente como el propio Teudeberto. Pues —como proclama el mismo Gregorio— «gobernó su reino con justicia, honró a los obispos e hizo donaciones a las iglesias»; y «todos los impuestos, que hasta entonces habían revertido al tesoro real de las iglesias de Auvernia, se los condonó de gracia». Es decir, que Gregorio hace la vista gorda con la bien conocida doble moral católica.[15]

Otro famoso príncipe de la Iglesia, Gaius Sollius Modestus Apollinaris Sidonius, oriundo de la alta aristocracia galorromana, y obispo tan elocuente de palabra como pobre de ideas de la *«urbs»* Arvern (la actual Clermont- Ferrand), que vivía en una lujosa villa de su finca Aduati-cum, hasta exaltó el espíritu belicoso que ya alentaba en los niños francos. Sidonius escribió también cantos de alabanza, una «pompa fraseológica» (Bardenhewer), por los que fue nombrado conde de Auvergne y prefecto de Roma con el título de *Patricius:* en 456 a su suegro el emperador Avito, y tras su caída, en 458 a su rival victorioso el emperador Mayoriano, y más tarde al emperador Antemio. Acabó glorificando incluso al rey visigodo Eurico, al que durante años había combatido. Un típico representante de su profesión oportunista.[16]

ADULADORES SERVILES Y FERVOROSOS DEL PODER, O «ELLOS SON LOS PERSONAJES QUE ACTÚAN»

211

Aunque se ha discutido largamente sobre las prelacías, está claro que entonces, como en el futuro, la religión nada tenía que ver habitualmente con la llegada al ministerio episcopal. La misma teología —una vez orillado el problema del semipelagianismo— apenas si preocupaba a los señores eclesiásticos, que se interesaban mucho más por el lado económico y político de la prebenda. El cargo eclesiástico resultaba atractivo para las familias dirigentes a causa de su influencia. Desde el siglo IV los obispos ejercieron también funciones de derecho público y a finales de la Antigüedad se convirtieron en «señores de la *civitas»,* con lo que las fundaciones de monasterios, cada vez más frecuentes en sus ciudades, incrementaron aún más su poder. Baste citar al respecto en el siglo VI fundaciones tan importantes — favorecidas por la monarquía, aunque no instituidas por ella— como Saint- Pierre de Arles, Saint-Andochius de Autun, Saint-Marcel en Chalon-sur- Saóne, Sainte-Croix de Poitiers, Saint-Médard en Soissons, Saint-Germain- des-Prés en París, Saint-Germain de Auxerre, Saint-Pierre-le-Vif en Sens, el monasterio de Ingytrudis en Tours, etc. En el reino merovingio los obispos tenían desde hacía mucho tiempo una posición independiente en gran medida, que sólo bajo Pipino el Medio y Carlos Martell cambió personal y jurídicamente.

Si todavía en el siglo V y a comienzos del VI las familias senatoriales autóctonas

---

[15] Greg. Tur. 3,22; 3,25 s. Angenedt, Frühmittelalter 183, 190 s. Hendier, Die abendiandischc Kirche im Zeitalter der Volkerwanderung 131.

[16] Sidon, carm. 2; 5; 7. MG AA. epp. VIII/9 135 ss.. 187 ss., 202 ss. Der Kleinc Pauly V 176. LThK IX' 535 s. Tusculum Lexikon 239: Bardenhewer IV 652 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 171 s. Portner 36. Gautier 237, 273 s. Zóll-ner, Geschichte der Franken 164.

se hicieron con las sinecuras episcopales, más tarde y con ayuda de sus gobernantes fueron cada vez más los grandes germano-romanos quienes se pusieron en marcha. El ministerio episcopal constituyó para ellos «la coronación de una carrera... al servicio del rey» (Ewig). Muchos fueron «aduladores» *(adolatores)* repugnantes; una expresión que san Gregorio emplea repetidas veces, no sin agregar: «me duele tener que decir esto de los obispos». En las postrimerías del reino merovingio aparecen los máximos principados eclesiásticos. El negocio monetario, la simonía en todas sus formas, cunde por doquier y corrompe el episcopado, en la medida en que aún puede corromperse. «Todos los decretos, las prohibiciones todas de los concilios, que debían remediar el mal, quedaron sin efecto» (Fontal). Se prohíbe y —la doble moral— no se presta atención alguna. Y así durante siglos. Un sínodo tras otro intervienen sin eficacia alguna. Hasta los obispos simoníacos suscriben sin vacilar las prohibiciones de la simonía.[17]

Incesantemente se fue apoderando el alto clero de todas las facultades posibles. Se aprovechó, por ejemplo, de la liberación del servicio militar, que tan inflexiblemente imponía a los otros. Otro tanto ocurrió con la liberación de impuestos y arbitrios, que naturalmente gravaban a los demás. Por lo menos hasta el siglo V los obispos estuvieron exentos de la entrega anual de grano *(annona)* y de la contribución territorial rústica, correspondiente a todas las posesiones de la Iglesia, así como de los *munera sórdida* (trabajos sucios) y de los *extraordinaria* (prestaciones especiales). Lucharon por la emancipación de otras obligaciones públicas y por la obtención de nuevos derechos, como el derecho de asilo para sus iglesias, del que tanto se abusó.

212

Adquirieron, asimismo la jurisdicción (eclesiástica), el *privilegium fori*. Y cada vez ampliaron más su autoridad jurídica. Tuvieron la jurisdicción casi ilimitada sobre sus clérigos, y en ciertos casos hasta sobre los seglares, en tanto que personalmente sólo podían ser condenados por una asamblea episcopal. Y los jueces, que sin su autorización se pronunciaban sobre derecho canónigo, fueron excomulgados.

Dispusieron con plena autonomía de la administración de los bienes eclesiásticos. Se quedaban con la mayor parte de las donaciones de los príncipes. Cierto que la mitad de las ofrendas iba para el clero; pero los prelados retuvieron por entero los bienes raíces mucho más importantes. También podían volver a retirar a un clérigo desobediente lo que personalmente le habían entregado. Para cualquier cosa necesitaba el clero del permiso del obispo.[18]

---

[17] Greg. Tur, 5,18. Sin. Orange 529. Kadziela 30. Maier, Mittelmeerweit 220, 316 s. Boussard 13 ss. Ewig, Die lateinische Kirche 112. Cit. según Prinz, Die Rolle der Iren beim Aufbau der merowingischen Kiosterkultur 206 s. Prinz, Früher Mónchtum 121 ss., 152 ss. Id., Askese und Kultur 32 ss. Id., Herrschaftsformen der Kirche 16. Haendier, Die abendiándische Kirche 103. Ver asimismo 50 ss. Fontal 20, 41, 67 ss. Fink 60 s. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 37 ss. Kaiser, Kónigtum und Bischofsherrschaft 94 ss. Mekitterich, The frankish kingdoms 42 s. Orlandi/Ra-mos-Lisson 238. Angenendt, Frühmiltelalter 264. Scheibeireiter, Der Bischof 16 ss., escribe asimismo que el concepto de *nobilis* domina las vidas de los obispos merovingios y que no se dio realmente una ascendencia «común» en ningún obispo merovingio. P. 24, 30. Id., Der frühfránkische Episkopat 134 ss. «De hecho parece que apenas fue posible una carrera eclesiástica para los de origen humilde.» (136) Ver asimismo Banniard 78 s.

[18] Sin. Orí. (511) c. 14; 15. Sin. Orí. (538) c. 20. Sin. Orí. (541) c.7; 26; 33. Muchos otros cánones importantes en Fontal 247 s. Ver asimismo Demougeot RAC VIII 902 s. Kaiser, Bischofsherrschaft 67 ss. Id., Kónigtum und Bischofsherrschaft 94 ss. Angenendt, Frühmittelalter 178. Sobre la «potestad coercitiva

Éste dominaba también en los monasterios. Era él quien decidía sobre los legados a los mismos, sometía a los abades en cuestiones de nombramiento y penales y tenía una autoridad casi ilimitada sobre los monjes. Por lo demás, éstos no guardaban sus votos de castidad, como tampoco los guardaban los sacerdotes seculares. Muchos abandonaban el monasterio y se casaban; también disponían de su peculio privado. Conviene no olvidar nunca la caracterización que hace H. W. Goetz: «El monacato medieval fue en cierto modo la vida de los señores en su modulación religiosa. Ahí radica un motivo esencial de su éxito [...]; muchos monasterios se convirtieron poco a poco en simples monasterios de nobles».[19]

Pero la influencia de los obispos fue tanto mayor cuanto que las creaciones germánicas de reinos de los siglos V y vi no tocaron para nada las posesiones de la Iglesia. Más aún, éstas crecieron con las extensas donaciones de los reyes en los siglos vi y vil así como por otras muchas transmisiones de bienes (con las correspondientes cuadrillas de braceros que dependían de las mismas); y crecieron con la compra y las disposiciones testamentarias de propietarios particulares. De ese modo la Iglesia pasó a ser en un breve período de tiempo «la mayor terrateniente después del rey» (Stern/Bartmuss). Y como, por otra parte, la nobleza senatorial galorromana ya no subió en el servicio del Estado germánico, el episcopado significó para ella «la única posibilidad de ejercer funciones rectoras (también de orden político)... De esa posibilidad hizo amplio uso la clase alta senatorial» (Vollmann). En la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours los obispos aparecen en primera línea, «son los personajes que actúan» (Dopsch), son funcionarios políticos, sin «una determinada actitud interna» (Scheibeireiter). Y, según parece, sólo llegaba a obispo quien había pagado algo a cambio. Así

escribe el papa Gregorio I: «Según me han informado algunos, en Galia o en Germanía nadie podía llegar a la consagración [episcopal] sin haber pagado algo».[20]

EL TRONO Y EL ALTAR

Cierto que el poder y las riquezas cada vez mayores de la Iglesia provocaron ciertas tensiones y desavenencias. Pero monarquía y episcopado vieron que dependían uno del otro y trabajaron conjuntamente. La estructura jerárquica de la iglesia nacional franca sostuvo el sistema político, y éste a su vez la favoreció. Era el viejo negocio del *Do ut des.* Se impuso «un entrelazamiento apretado de Estado e Iglesia» (Aubin). Fueron precisamente las familias más poderosas del reino merovingio —las estirpes de los Waldebertos, los Burgundofarones, los Eticones, los Crodoinos, los

---

del obispo» ver también Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 65 s.

[19] Comp. por ejemplo Sin. Epaon (517) c.l9. Sin. Orí. (541) c. 11. HGK II 2, 112. Fontal 31,41 s. Angenendt, Frühmittelalter 178. Goetz, Leben im Mittelalter 65 s., 92. Ver también 113 s.

[20] Gregorio I ep. 5,50. RAC XII 897 s., 902 (B.K. Vollmann). Dopsch '1961 11 253. Stern/Bartmuss 60. Bleiber, Das Frankenreich 135 s. Fink 63 s. Nonn, Eine frán-kische Adeissippe 186 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 238. Sobre la escasa confianza de Gregorio I en el clero secular ver, por ejemplo, Scheibeireiter, Der Bischof 112. Kaiser, Konigtung und Bischofsherrschaft 83 s. Naturalmente que los bienes raíces de la Iglesia bizantina también habían ido en aumento constante ya desde el siglo IV; ver Winkelmann, Die ostiichen Kirchen 137

Arnulfingios y los Pipínidos— las que reforzaron sus viejos privilegios mediante el cristianismo y hasta por obra de los santos que salieron de sus filas, los «santos domésticos». También los monasterios propios de la alta nobleza merovingia y el culto fervoroso de las reliquias y de los milagros que en ellos se practicaba fueron instrumentos de poder altamente mundanos, nuevas y sutiles formas de opresión con que se impuso el afán de protagonismo, y «en un sentido mucho más amplio de cuanto lo habían sido hasta entonces, fueron "baluartes de política y dominio"» (Prinz).

Mientras que era casi habitual cualquier tipo de rudeza y violencia contra los débiles, los indefensos y los pobres —que formaban la gran masa del pueblo casi en su totalidad—, los obispos fueron proestatales y amigos de los reyes, incluso cuando se trataba de personajes brutales. Por la otra parte, también los reyes, a menudo déspotas y los peores, cultivaron una política marcadamente proeclesiástica, protegieron activamente a misioneros y monasterios, se sometieron (ellos y sus funcionarios) en principio a la norma moral de los obispos que gozaban de tan alta estima y cuyo rescate de sangre *(Wergeld)* o multa expiatoria por un homicidio era, según la ley sálica, tres veces superior a la de un funcionario real y nueve veces más alta que la de un hombre libre.

Por descontado que aquellos príncipes reconocían también la autoridad eclesiástica del papa, quien a su vez difícilmente podía imponer sus decisiones contra la voluntad real. Los merovingios tuvieron con frecuencia eclesiásticos en la administración de su corte y otorgaban las sedes episcopales como sinecuras a combatientes beneméritos. Agasajaban a los prelados con enormes posesiones y privilegios a algunos de ellos, pero a casi todos los trataban con gran veneración.

214

No pocos intervinieron directamente en los negocios del Estado, como Gregorio de Tours, hombre de gran prestigio bajo Childeberto II (desde 585), que también se movió libremente en otras casas gobernantes y en cuya familia el episcopado casi se hizo hereditario. Ya su bisabuelo por línea materna, Gregorio de Langres —quien le dio el nombre—, había sido obispo. Su tío por línea paterna fue Galo, obispo de Clermont; Nicecio, obispo de Lyon, era tío abuelo suyo por parte de madre; y Eufronio, obispo de Tours, fue su primo y antecesor en dicha sede. El propio Gregorio refiere que todos los obispos de Tours, hasta cinco, estaban emparentados con su familia, que como dice repetidas veces era una familia senatorial, y que con la modestia y humildad propia de sus círculos asegura que era la primera.

Otros —aunque no de forma tan total como en la vecina Hispania— se mezclaron en la política con talante arbitrario. Muchos hasta alcanzaron en ella la «corona del martirio». Y, sin embargo, los dos mártires más ilustres de la iglesia franca. Pretéxtalo y Desiderio, no derramaron su sangre a manos de los paganos o de los «herejes», sino «principalmente por culpa de otros dos obispos, miembros de la misma Iglesia» (Rückert).[21]

---

[21] Greg. Tur. 5,49. Vita patrum 8. Ver asimismo la introducción de M. Gebauer. en Gregor von Tours, Fránkische Geschichte 115. LMA IV 1679 s. (Antón) Rückert, Culturgeschichte II 342 ss., 510 s. Hauck ^952 1127 s. 136. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1151 ss. Stern/Bartmuss 60. Maier, Mittelmeerweit 215 s. Strohe-ker, Senatorischer Adel 72 ss. Id., Germanentum 195. Zóllner, Geschichte der Franken 129, 132, 183 ss., 188. Lautermann 32. Claude, Die Bestellung 18 ss. Prinz, Entwickiung 238 ss. Id., Heiligenkult 538 ss. Id., Adel und Christentum 3 ss. Id., Herrschaftsformen der Kirche 6 s., 17 s.

En la Galia merovingia con más de cien obispados hubo de dos a tres mil prelados. De aproximadamente un millar conocemos sus nombres, y en su gran mayoría pertenecieron a la nobleza del país. De 27 inscripciones de tumbas episcopales, que se han conservado en la Galia de los siglos IV, V y VI, 24 de ellas señalan el origen nobiliario de los difuntos, por otras dos se deja suponer, y sólo un único epitafio del siglo IV, el del obispo Concordio de Arles, apenas permite su encuadre social.

Casi todos procedían de la nobleza, y con frecuencia pertenecían a familias pudientes. Poseían grandes fincas con termas, salones lujosos y bibliotecas. No sólo vivían con gran lujo, sino que ejercían todo tipo de política de poder,

«y ello no obstante, fueron venerados como santos por sus coetáneos» (Borst). Habiendo ascendido en los campos jurídicos, económico y social, también en ocasiones actuaron como potentados mundanos y dirigieron sus propias ciudades y hasta principados enteros. Por ejemplo, en la Aquitania septentrional, las de Poitiers, Bourges y Clermont; en Burgundia, las de Orleans, Châlons, Auxerre, etc. Los obispos más poderosos tenían posesiones especialmente extensas ocupando una posición casi feudal. Algunos hasta mantuvieron relaciones personales con el emperador de Bizancio. Fueron protegidos y dominados por reyes merovingios, convertidos en padrinos de bautizo de los príncipes. No tan sólo aceptaron su violencia sino que la apoyaron, sancionando complacientes sus guerras y crueldades. Para la mayoría de ellos los reyes contaban más que las prescripciones eclesiásticas, de las .que en caso de conflicto no tenían consideración alguna. Y naturalmente los reyes se procuraban prelados fiables y obedientes. De los 32 pastores reunidos en el sínodo de Orleans (511) ninguno se opuso a la exigencia del soberano de someter el ingreso en el clero a un permiso real.[22]

215

Se llegó así a la formación de una Iglesia nacional dirigida por el rey. El monarca tenía la autoridad sinodal; él convocaba los sínodos, tomaba parte en los mismos y, al menos Clodoveo, hasta fijaba el orden del día. Y no fueron pocos precisamente los sínodos que se celebraron. Así, en la Galia entre el sínodo de Agde (506) y el de Auxerre (695) se celebraron más de cincuenta asambleas eclesiásticas. El concilio V de Orleans (549) autorizó expresamente la intervención de los reyes en asuntos del episcopado, especialmente en la elección. En la asamblea del concilio de París, del 18 de octubre de 614 (615), Clotario II, que desde 613 era el único soberano del reino, refrendó las ordenanzas de los 79 padres conciliares y agregó al canon 1 este apéndice: «Quien ha sido elegido canónicamente para obispo necesita de la aceptación por el rey». Lo cual aseguró, al menos por algún tiempo, un nombramiento de los obispos libre de tratos simoníacos, de lo que la Iglesia por sí sola no había sido capaz.[23]

Sprandel, Der merowingischer Adel 49. Graus, Volk 338 ss. Id., Die Gewait bei den Anfängen 71. Bund 340. Aubin, Stufen 61 ss., aspee. 74 ss. Fleckenstein, Grudlagen und Beginn 41 ss. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 85 ss. Angenendt, Frühmittelalter 263 s. Ver 299. Antón, Trier im frühen Mittelalter 155 s.

[22] Hauck I 127, 137 ss., 144 s. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 260. Bodmer 39 s. Pfister, Gaul, Institutions 141 ss. Maier, Mittelmeerweit 217, 220, 225. Fleckenstein, Grundiagen und Beginn 42. Prinz, Die bischófliehe Stadtsherr-schaft 3 ss. Ewig, Die Merowingerzeit 61. Graus, Volk 207 s., 343. Haendier, Geschichte des Frühmittelalters 24. Zóllner, Geschichte der Franken 182 s. Claude, Die Bestellung 4. Borst 502. Pontal 19 s., 75. Schneider, Das Frankenreich 84. Beisel, Studien 145.

[23] Schuitze II 502 ss. Maier, Mittelmeerweit 220. Zóllner, Geschichte der Franken 183 s. Ewig, Die

Los prelados fueron nombrados frecuentemene en razón de sus riquezas y origen, en razón de sus cualidades de caudillos (mundanos). Y ya desde Clodoveo intervinieron los merovingios en su elección, o bien indirectamente como en el nombramiento de los obispos de Sens, París y Auxerre. O bien de manera directa. Así por orden del rey Clodomer fue nombrado obispo de Tours Ommatius, que era hijo de un obispo. Poco después la reina Crodichilde puso también en la ambicionada sede a Teodoro y a Próculo. En Clermont un edicto real nombró pastor de la diócesis primero a san Galo, tío de san Gregorio, y más tarde a Cautino, reo «de todos los crímenes» por lo que el clero se dividió y fue nombrado antiobispo el sacerdote Catón. El rey Clotario I nombró a Dómnolo, abad de Saint-Laurent de París, para obispo de Le Mans, quien pese a todo —según comenta entusiasmado Gregorio— «alcanzó la cima de la santidad más excelsa» y «devolvió a un tullido la capacidad de andar y a un ciego la vista». (A sí mismo por lo demás no pudo curarse y murió de ictericia y víctima de terribles dolores de piedra.)[24]

Los candidatos episcopales a menudo no perdonaban esfuerzo alguno por conseguir la meta y adolecían de falta de carácter. Intrigaban junto a los reyes y manipulaban al clero y al pueblo, comprando y extorsionando votos. Por lo mismo falseaban en ocasiones los documentos y adquirían la dignidad episcopal mediante compra. Asimismo fue corriente hacer carrera en la Iglesia mediante compras y sobornos. Los concilios, aun lamentándolo, fueron incapaces de poner remedio. Obtenido el episcopado, pronto se recuperaba el coste de las inversiones.[25]

215

¿«... Los intereses más bien materiales de la Iglesia del reino merovingio»?

La insistencia, grosera pero muy provechosa, del clero en que el fiel cristiano podía asegurarse un puesto en el cielo mediante la protección de los santos impulsó sin cesar a los reyes y a otras personas pudientes a hacer donaciones y legados. Mas con el enriquecimiento cada vez mayor de unos y el empobrecimiento de otros la corona no sólo sufrió pérdidas por gigantescas renuncias territoriales sino también sectores de la nobleza, que no pocas veces se empobreció notablemente, sobre todo cuando se sumaban privilegios de inmunidad de todo tipo. En una palabra: «Los documentos merovingios permiten conocer el cambio profundo en las relaciones de bienes raíces» (Sprandel).

Así, por ejemplo, Bertram, que fue obispo de Le Mans desde 586, disponía de fincas —según prueba su testamento treinta años más tarde— en París, de donde procedía, en Le Mans, entorno inmediato y extenso de su sede episcopal, y también en Aquitania y en Burgundia: campos, pastos, bosques, viñedos y numerosas aldeas; fruto —además de las donaciones reales y privadas— de la notable cantidad de dinero que había invertido en la compra de fincas. Y así dejó en herencia a su obispado 35 fincas y cuatro *villae* a sus parientes carnales. Tanto los soberanos merovingios como

---

fránkischen Teilungen 703. Beisel, Studien 166 ss.

[24] Greg. Tur. 3,17; 4, 5 ss.; 4,11; 6,9. Sin. Orí. (549) c. 10. Stamer 24 s. Scheibel-reiter, Der Bischof in merowingischer Zeit 149 ss.

[25] Ver por ejemplo Sin. Orí. (533) c. 3; 4; 7. Sin. Clermont (535) c. 2. Sin. Orí. (541) c. 3.

los primeros de la dinastía carolingia «respetaron en la medida de lo posible los bienes de la Iglesia». Los reyes, que precisamente entonces hacían espléndidas donaciones a las iglesias, en sus viajes apenas si recibían hospitalidad de éstas, viviendo «casi exclusivamente de sus propios bienes» (Brühl).

Mas los jerarcas eclesiásticos nunca obtuvieron ni tantas ni tan generosas dotaciones. Con lo cual a la Iglesia «afluía dinero de continuo, nadie se dirigía a la misma con exigencias de pago y nunca se vio forzada, como los reyes, a distribuir sus posesiones entre un tropel de herederos...» (Lasko). Tan pronto como tenía algo lo defendía con todos los medios.[26]

En los decretos sinodales del período merovingio pocas cosas merecen mayor atención que la protección de los bienes eclesiásticos, que una y otra vez son declarados inalienables. Quien los retiene o se los procura contra derecho incurre en la excomunión. Quien los acapara sufrirá la expulsión permanente de la Iglesia. Todas las donaciones en favor de la Iglesia eran irrevocables. El derecho de prescripción nadie puede aplicarlo en perjuicio de la misma, pero ella sí puede utilizarlo en provecho propio. Más aún, prevalece la Iglesia sobre los legítimos herederos, que no acceden a que se le otorgue su herencia. Para decirlo brevemente: nada vigiló la Iglesia con tanto celo como sus bienes raíces cada vez más vastos y sus demás riquezas.[27]

217

El concilio IV de Orleans (541) declaró sagradas e irrevocables las donaciones, otorgadas por escrito o con un apretón de manos, por estar destinadas a la Iglesia o a sus miembros. No hay prescripción alguna para los bienes eclesiásticos, aun después de una enajenación verificada largo tiempo atrás. El concilio de Tours (567) amenaza con la excomunión, la expulsión definitiva de la Iglesia, a quienquiera que en la guerra civil saquee o se adueñe de los bienes eclesiásticos sin devolverlos. El sínodo de Macón (581-583) excomulgó a la monja Agnes, que enajenó tierras a unos grandes para obtener su protección, excomulgando también a tales grandes. Ingenuamente escribe Odette Fontal: «Esta sorprendente solicitud por la preservación de los bienes eclesiásticos podría imponer la conclusión de unos intereses preferentemente materiales de la Iglesia del reino merovingio», ¡mientras que ésta al hacerlo sólo se aseguraba contra un mundo de lobos![28]

Y a las tierras de la Iglesia en constante aumento —que representaban una enorme fuente de ingresos y, para decirlo una vez más, inalienable— se sumaron otras ventajas financieras. Tales fueron, por ejemplo, las ofrendas, la elevación de los impuestos, el diezmo, que se inventó en el siglo V como una especie de limosna hasta que a finales del vi se convirtió de una obligación moral a un deber jurídico, con las correspondientes sanciones para los transgresores. Quien se negaba a pagarlo era excomulgado. Un escrito, redactado poco después del concilio de Tours (567) y firmado por el metropolitano del lugar y por tres de sus obispos, reclamaba de los fieles el pago del diezmo, y no tan sólo de bienes sino también de esclavos. Es la

---

[26] Brühl, Vodrum 25, ver 16 s. Sprandel, Grundbesitz und Verfassungsverhält-nisse 45 s. Lasko 215. Prinz, Die bischófliehe Stadtherrschaft Is. Id., Die Rolle der Iren 206 s. Id., Askese und Kultur 30 ss. Pontal 85. Bleiber, Das Frankenreich 137.

[27] Pontal 89 s.

[28] Sin. Orí. (511) c. 23; 538 c. 13; 541 c. 14; 18 s.; c. 13; 16. París (561/562) c. 1 s. Tours (567) c. 25 s. IV Sin Toledo (638) c. 15. Pereis, Die kirchiichen Zehnten 14 ss., 22. Ponlal 89 s., 130, 250 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 113,158,183 etc.

primera vez que se habla del diezmo en un texto merovingio. El sínodo de Macón amenazaba con la excomunión contra quien transgrediera la recta aplicación del diezmo. En 779, ya con Carlos «el Grande», se convirtió en un impuesto obligatorio.

Por lo demás, las donaciones de bienes no recaían sobre la Iglesia universal, sino sobre ciertas instituciones, como diócesis o abadías. Y naturalmente también las donaciones de tierras que afluían a los monasterios «se organizaban como prósperas explotaciones esclavistas» (Angenendt). Sólo el monasterio de Sankt Gallen disponía a finales del período carolingio de casi 2.000 censatarios. Las donaciones a las catedrales las compartía el obispo con sus sacerdotes, y de las que se hacían a las iglesias parroquiales recibía «sólo un tercio»; pero los viñedos o tierras eran en exclusiva para él, lo mismo que los esclavos.[29]

Se ha supuesto que en el reino merovingio hubo más esclavos que en el siglo IV. Los burgundios, por ejemplo, sólo consiguieron un gran contingente de esclavos mucho después de haberse convertido al cristianismo, gracias sobre todo a sus incursiones guerreras contra Italia, a la cesión de bienes raíces romanos y la esclavitud como castigo en el servicio doméstico y en el cultivo de la tierra. En cierto sentido es verdad que la Iglesia se preocupó de los esclavos: por ejemplo, en lo relativo a su descanso dominical, por motivos tanto pastorales como egoístas. O bien dando asilo a un esclavo, asilo que por lo demás tenía que abandonar, incluso por la fuerza si era necesario, bajo la simple promesa de su dueño de que no lo mataría ni le infeririría malos tratos. La Iglesia tampoco le protegía, si él se negaba a dar satisfacción o huía. Y los esclavos cristianos de un judío podía retenerlos el obispo; sólo bajo la garantía correspondiente del judío tenía que devolvérselos.

218

Tampoco en el derecho de propiedad del dueño introdujo cambio alguno una Iglesia que disponía de montones de esclavos, como «un elemento básico de su propiedad» (Orlandis-Ramos-Lisson). Sus enormes territorios sólo podían ser rentables con grandes cuadrillas de esclavos. Y un esclavo de norma general nacía ya esclavo, al menos en el período carolingio. Jurídicamente sólo contaba como un objeto móvil; podía ser vendido, incluso separándolo de su mujer. Ni siquiera mediante la consagración sacerdotal se emancipaba un esclavo. Tampoco por el matrimonio. Y todo hijo de esclavo seguía siéndolo, aunque sólo lo hubiera sido uno de los progenitores. Y se llegó también a una nueva forma de esclavitud, de privación de libertad, como pena jurídica por falsificación de moneda, traición, rapto o adulterio. Más aún: la denominada *obnoxiatio* hacía posible la esclavización de un pobre por voluntad de Dios; lo que naturalmente significa en favor de la Iglesia, a la que pasaba a pertenecer. («Por voluntad de Dios» nunca ha significado nada bueno.) Mas si los esclavos se liberaban y rescataban ellos mismos, quedaban sujetos a un tributo eclesial. Incluso los esclavos, a los que el obispo manumitía, tenían que continuar al servicio de la Iglesia. O el propio obispo tenía que entregar a la Iglesia de su peculio particular, de forma que con tal donativo compensase con creces la pérdida originada por la manumisión. Los abades no podían en absoluto dejar libres a los esclavos donados al monasterio. Así, los padres sinodales de Epaon (517) consideraban injusto que los monjes realizasen el trabajo diario del campo mientras

[29] Sin. Tours 567. Sin. Macón (585) c. 5. Pereis 14 ss. Lasko 215. Angenendt, Frühmittelalter 219. Goetz, Leben in Mittelalter 83. Pontal 250 s. con los textos probatorios. Ver asimismo la nota anterior.

los esclavos se entregaban a la molicie.[30]

Aplauso merece el historiador Bosi al recordar «a todos» el dato de «que la historia de las clases inferiores y de la esclavitud o servidumbre de la gleba es para más del 98 % de nuestras gentes su propia historia y la de su familia», puesto que «casi el 99 % de los alemanes y europeos actuales descienden de siervos de la gleba».[31]

La palabra de Chilperico I, tantas veces citada y transmitida por Gregorio de Tours, presenta en forma exagerada pero drástica la situación: «He aquí que nuestro tesoro se ha empobrecido; he aquí que nuestras riquezas han pasado a las iglesias *(ecce divitiae nostrae ad ecclesias sunt translatae).* Únicamente los obispos gobiernan; nuestro poder ha pasado». Se comprende que el rey —como Gregorio sigue contando— anulase una y otra vez los testamentos en favor de la Iglesia, que renegase incesantemente de los obispos del Señor y que nada le divirtiese tanto como las burlas contra los mismos dentro del círculo de sus íntimos. Se comprende también que el obispo Gregorio llame al rey *«Nero nostri temporis et Herodis»* (¡pero ni Nerón ni menos aún Herodes eran monstruos que la Iglesia hubiera hecho!). Y se comprende que Gregorio trate al rey de bebedor y escriba de él que «su dios era su vientre». Y, sin embargo, precisamente ese soberano tan denigrado por nuestro santo no sólo redactó diversos escritos, ni sólo inventó, cual admirador de la cultura romana, algunas letras nuevas en el alfabeto latino, sino que también mostró una predilección por las cuestiones teológicas.[32]

219

Eso no lo tenía con toda seguridad la mayor parte del clero coetáneo (y no sólo el de entonces). Ni mostró tampoco interés alguno por otros problemas culturales o religiosos. Ya al comienzo de su *Historia de los francos* declara Gregorio que en la Galia la ciencia estaba «arruinada por completo», «ha sucumbido entre nosotros». Una carta del papa Agatón y de los padres sinodales, enviada el año 680 al emperador de Bizancio, no ve a ningún obispo que esté a la altura de la ciencia profana. Más bien vivían entre luchas continuas, habiendo desaparecido el antiguo patrimonio de la Iglesia. Ya algunas décadas antes el monje Jonas de Bobbio advertía que en la Galia «la virtud de la religión casi había desaparecido por la negligencia de los obispos», y no sólo por los enemigos externos de la Iglesia.[33]

«… Un nivel bajo», «… un nivel bárbaro»

---

[30] Sin. Epaon (517) c. 8. Sin. Orí. (511) c. 1 ss.; 538 c. 14; 541 c. 9; 24. 549 c. 6; 22. Sin. Macón (585) c. 1. Sin Auxerre después del 585 c. 16. Edict. Chiothari 614 c. 15. Sin. Toledo (633) c. 67. Nehisen 260 ss. Schmidt, Die Ostgermanen 176. Beck, Be-merkungen 447. Dhondt 31. Prinz, Askese und Kultur 68 ss. Pontal 252 ss. Orlandis/Ramos-Lisson 216, quien, además de los esclavos, habla también de los «manumitidos de la Iglesia». Pero ver ibíd. sobre cómo ocurrieron las cosas. Comp. asimismo 230. Para la afirmación bíblica de la actitud esclavista, ver recientemente Buggle 185 ss.

[31] BosI, Die Unfreiheit 4. Según HEG la legislación cristiana a propósito de los esclavos «ya desde Constantino se esforzó… por mitigar al menos las penas más duras»; 85. Sobre la situación real, ver Historia criminal del cristianismo I.

[32] Greg. Tur. 5,44; 6,46. Para la caracterización de Chilperico, ver entre otros, R. Wenskus, Chilperich 1 en RCA IV 1981, 460 ss. Bleiber, Das Frankenreich 138. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 83 s.

[33] Davidsohn 167. Ver asimismo Stonner, Heilige der Deutschen Frühzeit 15 ss.

Éstos son los juicios de dos eruditos modernos —Karl Baus y Josef Fleckenstein— sobre el clero y la Iglesia católica en el período merovingio, pues el perfil medio de los obispos no era para nada mejor que el de la nobleza. Y precisamente desde el episcopado se difundieron la violencia y la corrupción a través de todo el estado clerical. En aquella Iglesia prevalecía «un nivel bárbaro» (Fleckenstein).[34]

Los obispos, que desde hacía largo tiempo ya no procedían de la clase media de la sociedad —Clotario II (584-629) impuso como norma que se eligieran entre los miembros de la alta nobleza—, oprimían a una con el resto de la clase dominante al pueblo. A veces gobernaban en su entorno cual verdaderos déspotas. Apenas si fornicaban y bebían menos que los laicos. Sentados a la mesa del rey, referían sus perjurios y adulterios; del obispo Bertram de Burdeos hasta se sospechaba que había tenido que ver algo con la reina Fredegunde. A menudo designaban ellos mismos a sus sucesores. Las fuentes informan constantemente de las normativas y ajustes pertinentes. Gustosos dejaban en herencia sus obispos padres a obispos hijos: Tréveris de manos de Liutwin a las de su hijo Milo; Maguncia, de las de Gerold a las de su vástago Gewilib; Lüttich, de las de Hubert —que más tarde incluso fue venerado como santo— a las de su hijo Floriberto.

220

Otros adquirían la sede episcopal mediante falsificación de documentos o contra el pago de una cantidad de dinero; como hizo el obispo Eusebio de París, un comerciante sirio, que superó así al hermano de su predecesor, el obispo Regnemond de París. Y a la muerte de Cautino en Arvem (Clermont) escribió Gregorio de Tours: «Muchísimos hacían grandes esfuerzos por obtener el episcopado, gastando mucho dinero y prometiendo mucho más». También en la corte trabajaban muchos con sobornos y cohechos, como el obispo Egidio de Reims. A menudo las elecciones se convertían en luchas partidistas y hasta en actos de violencia. Más aún, ocurrió que alguna ciudad llegó a tener dos obispos a la vez. Así, en Digne el obispo Agapito y el obispo Bobo se repartieron los bienes eclesiásticos, antes de que un sínodo los depusiera a entrambos.

Algo parecido ocurría en los monasterios, que además representaron desde el siglo V importantes puntos de apoyo en el ámbito urbano para el gobierno episcopal de las ciudades, toda vez que a partir del siglo VI se multiplicaron notablemente y desde el siglo VII pertenecieron a los máximos terratenientes del país, llegando a ser con frecuencia más ricos que las mismas catedrales de los obispos. A finales del siglo VII, cuando en todo el reino hubo más de cuatrocientos monasterios, ¡tales monasterios y las iglesias poseían un tercio de la Galia! Aun así, muchos obispos y abades abandonaban sus puestos para regresar a la vida «civil». Otros continuaban y vivían como clérigos o monjes como cualquier laico. Y no faltaban quienes tenían que buscar refugio en sus colegas, como el obispo Teodoro de Coira, que en razón de sus diferencias con su metropolitano milanos en 599 imploró la protección del obispo Syagrio de Autun.[35]

---

[34] Hauck I 201 s., 355 ss. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche I 166. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Fleckenstein, Grudiagen und Beginn 42. Pontal 250. También el teólogo (nazi) Lortz califica la situación de esa Iglesia «preferentemente de gran alarma»: Bonifatius 13.

[35] Greg. Tur. 4,35,5,47 ss.; 6,39; 8,22; 9,14; 10,26. Menzel 1152. Rückert, Cultur-geschichte II 457 s., 517. Hauck I 136, 201 ss., 355 ss., 364. Marcuse, Die sexuelle Frage 39. Schubert, Geschichte der christiichen Kirche 1166. Bodmer 49. Neuss/Oe-diger 112,120. Dawson 196. Aubin, Die Umwandiung 107. Schieffer,

Pero no pocas veces los prelados mantenían con sus propios sacerdotes una especie de guerra permanente, y así muchos obispos y archidiáconos se hacían la guerra a muerte. Los pastores odiaban con frecuencia por los motivos más insignificantes sin medida alguna «hasta el punto de que parecía una ley de la naturaleza el que cada obispo fuese el enemigo y perseguidor nato de su clero» (Rückert).

Por lo mismo los sacerdotes intrigaban y conspiraban contra sus prelados. Se les oponían frecuentemente, formando de continuo gremios y tramando conspiraciones, para las que en ocasiones hasta reclamaban la ayuda de los laicos.

Sucedió que un solo eclesiástico o toda una pandilla caía sobre un obispo en su palacio y lo encarcelaba o expulsaba. Hubo tentativas de asesinato y asesinatos efectivos y en los monasterios se dieron amotinamientos. En Rebais el abad Filiberto hubo de abandonar el monasterio y en Der el abad Berchar fue asesinado por un monje. El obispo Aprunculus de Langres sólo pudo escapar a la muerte huyendo de noche y saltando por las murallas de la ciudad. Al obispo Waracharius lo envenenaron sus clérigos.

221

En Lisieux el archidiácono y un sacerdote conspiraron contra el obispo Eterio; pero fracasó el complot asesino así como un panfleto con el que intentaron difamarlo.

A las órdenes del eclesiástico Próculo, del abad Anastasio y del gobernador de Provenza, el clero de Marsella atacó al obispo del lugar, Teodoro, a quien se escarneció y maltrató. Repetidas veces los sacerdotes forzaron todos los edificios eclesiásticos, saquearon las despensas y se llevaron parte de los tesoros de las iglesias. Pero aún fue peor lo que el prelado hubo de sufrir de manos reales: «Mas no cesó la venganza de Dios, que siempre suele salvar a sus servidores de la venganza de los perros rapaces». O, como escribe Gregorio después de otro caso de escándalo: «Pues Dios toma venganza de sus servidores, que esperan en Él». La venganza, la criatura preferida de la religión del amor.

Al arzobispo Pretéxtate de Rouen lo degolló, significativamente el Domingo de Pascua de 586, mientras celebraba la misa en el altar mayor de su catedral, un esclavo de Fredegunda. Ninguno de los numerosos clérigos que estaban a su alrededor pudo ayudarle. Como orante piadosa, la misma reina pudo deleitarse con el espectáculo del obispo moribundo. Había pagado por ello 100 guldes de oro, y otros 50 el obispo Melantius y otros tantos el archidiácono de Rouen, sin más precedentes. Más tarde el asesino fue entregado por la reina Fredegunda y el sobrino del arzobispo lo mató, mientras que Fredegunda quedaba sin castigo: a los pequeños se les cuelga...[36]

Continuas fueron asimismo las disputas entre clero y nobleza. Así los servidores del obispo Prisco de Lyon y del duque Leudegisel se entregaron a luchas sangrientas. En Javols los *comités se* enfurecieron contra el clero y el obispo Partenio, a quien el conde Palladio también le reprochó la «repugnante lascivia con sus queridas». Syagrio, hijo del obispo Desiderato de Verdun, irrumpió con sus

---

Winfrid-Boni-fazius 130,133. Lasko 215. Graus, Volk 115. Steinbach, Das Frankenreich 23. Eggen-berger 305. Prinz, Askese und Kultur 30. Pontal 233, 244, 252. Scheibeireiter, Der Bischof 132 ss., 150 s.

[36] Grog. Tur 2,23; 4,36; 5,36; 6,11; 6,36; 8,12; 8,22; 8,31. Ver también 5,49 s.; 6,22; 8,41, etc. Vita Filib. 4 s. Vita Berechar. 29. Hauch I 170, 313. Rückert, Culturges-chichte H 467 s., 510, 514, 517. Berr 18 ss. Grupp I 341, Graus, Volk 115. Scheibel-reiter, Der Bischof 142 s.

espadones en la alcoba de su enemigo Sirivaid y lo remató. En Angouléme hubo enfrenta-mientos entre el ordinario del lugar, Heraclio, y el conde Nanthin. Como sobrino del asesinado obispo Marachar de Angouléme, Nanthin reclamó parte de los bienes eclesiásticos, mató a varios laicos y a un sacerdote y saqueó y destrozó sus casas. En las postrimerías del siglo VII Germano, abad del monasterio de Münstergranfelden, Alsacia, cayó sobre las huestes del duque Eticho (padre de santa Odilia), y hasta fue venerado como santo.[37]

222

Los atracos a clérigos fueron ya entonces frecuentes, debidos en buena medida al deseo de apoderarse de sus preciosos ornamentos y de los vasos sagrados (que generalmente llevaban consigo). Y a menudo los «monjes misioneros» fueron muertos por campesinos y cazadores, que se tomaban la justicia por su mano durante los trabajos que se llevaban a cabo en el terreno antes de la fundación de un monasterio; curiosamente con mayor frecuencia que en la «evangelizaron» propiamente dicha.

También se violó de continuo el derecho de asilo y hasta se asesinó en las iglesias, pues eran especialmente apropiadas para la persecución armada de príncipes que, por ejemplo, se preparaban para la batalla. De creer a los cronistas, sólo el rey Guntram habría sido liquidado tres veces en el camino de la iglesia. Y naturalmente se combatía también en las «casas de Dios», como dos familias emparentadas y de gran prestigio a los ojos de Chilperico, que se combatieron «hasta delante del altar». «Muchos fueron heridos a espada, la santa iglesia quedó salpicada de sangre y sus puertas acribilladas a golpes de lanzas y espadas» (Gregorio de Tours).[38]

En la elección de obispo no pocas veces ocurría lo que pasaba en las elecciones de Roma: que fácilmente se llegaba «a la dureza recíproca». En Clermont-Ferrand y en Uzés se conseguía mediante sobornos. En Rhodez desaparecieron con el mismo motivo casi todos los vasos «sagrados» de la iglesia y la mayor parte de sus riquezas. En Langres, al tiempo de la ocupación de la sede episcopal, fue apuñalado el diácono Pedro, hermano de san Gregorio, en plena calle porque el tal Pedro —según afirmaba Félix, obispo de Nantes— «por el deseo del episcopado había matado a su obispo».[39]

Aunque los concilios condenaron regularmente el que los clérigos llevasen armas, fue un uso que mantuvieron. Con ellas iban de caza y acudían a la batalla..., un tanto diferentes de su Señor Jesús. A veces mataban hombres con su propia mano, como hicieron los obispos Salonio y Sagitario. Hacia 720 marchó el obispo Savarico de Auxerre bien armado sobre Lyon para apoderarse de Burgundia; pero según parece cayó fulminado por «un rayo» del cielo. Repetidas veces también algunos eclesiásticos se dejaron contratar como asesinos a sueldo, para eliminar por ejemplo al rey Chüdeberto o a la reina Brunichilde. Eterio, obispo de Lisieux, habría sido rematado por los hachazos de un sacerdote, instigado por el archidiácono del obispo eliminado.[40]

---

[37] Greg. Tur, 3,55; 4,39; 5,36; 8,20. MG Ser. Merov. V 37 ss. Keller, Redaros Kexikon 228, 400. Walterscheid, Heilige Deutsche Heimat 1183. Bodmer 60 ss.

[38] Greg. Tur. 5, 32. Hauck I 171. Bodmer 62 s., 89 s. Meyer-Sickendick 160. Incluso el saqueo de tumbas estuvo ampliamente extendido durante el siglo vil en el reino merovingio. Wemer, Fernhandel 586.

[39] Greg. Tur. 2,13; 6,7; 6,38; 5,5. Bodmer 65.

[40] Greg. Tur. 4,42; 6,36; 7,20; 8,29. Mühibacher I 64. Bodmer 65 s. Scheibel-reiter, Der Bischof 261. Kaiser,

Gregorio calla sobre el asesino o los asesinos de uno de sus predecesores. Por medio de una bebida emponzoñada, que aquél tomó en 529, «precisamente cuando alumbraba para el pueblo la noche santísima del nacimiento del Señor» (¿sólo para el pueblo?), murió en el lugar el obispo Francilio de Tours, un prelado de familia senatorial, sumamente rico, casado y sin hijos. Por el veneno oculto en una cabeza de pescado falleció en 576 el obispo Marachar de Angouléme a instigación de su sucesor, el obispo Frontonio. También habían participado en el asesinato algunos sacerdotes de la iglesia local. Y ya un año después le sorprendía a Frontonio

«el juicio de Dios» (Gregorio de Tours).[41]

223

En marzo de 630 los diocesanos de Cahors se quitaron de en medio al obispo Rústico, sin que sepamos nada de una intervención de la Iglesia contra los asesinos. Impune quedó asimismo la muerte del obispo Teodardo de Maastricht, probablemente en 671-672, por unos salteadores de iglesias, habiéndole abandonado sus acompañantes en un bosque cerca de Espira. También el sucesor de Teodardo, el obispo Lamberto de Maastricht, terminó probablemente asesinado (705), después de que él hubiera hecho degollar a dos de sus enemigos, los hermanos Galo y Riold. El obispo Gaudino de Soissons, acusado públicamente de usura por los ciudadanos, fue arrojado a una cisterna de la aldea de Herlinum, en la que pereció ahogado. Tras la deposición del obispo Herchenefreda, el rey Dagoberto I mandó castigar a los culpables, desterrando a unos, reduciendo a otros a esclavitud, mutilando a otros y a otros matándolos.[42]

Pasaremos ahora revista a algunos otros representantes de aquel clero que, incluso según el mentado *Manual católico de historia de la Iglesia,* «por doquier, y sobre todo en el reino franco, había descendido a un nivel muy bajo». Ahí lo encontramos ya en la Antigüedad; pero siguió hundiéndose...[43]

Pequeña revista a los hombres de Dios

El obispo Chramlin de Embrun se había procurado la sede episcopal mediante la falsificación de un documento. El obispo Agilberto de París y el obispo Reolus de Reims emitieron sus juramentos sobre unos relicarios vacíos para engañar al duque austrio Martín, quien por dar fe a los prelados «fue asesinado con todos los suyos». A Contumeliosus, obispo de Riez, el concilio de Marsella (533) le reprochó *«multa turpia et inhonesta»;* adulterio, según parece, la denominada inmoralidad, así como la apropiación de bienes eclesiásticos robados, que había añadido a su propiedad privada.

También el obispo Badegisel de Le Mans (581-586) acumuló un patrimonio con estafas y robos, despojando incluso a sus hermanos. Manejaba los procesos con la misma habilidad que la espada y apacentó a sus ovejas con mano férrea. Naturalmente tuvo una mujer y, naturalmente, ella era «peor aún» empujándolo con «sus

Bischofsherrschaft 59.

[41] Greg. Tur. 3,17.; 5,36. Ver 10,31.

[42] Vita Desiderii Cadurca c. 8. Acta Theodardi auct. anonymo c. 8. ss. Berr 24 ss.

[43] HKG II 2 209.

abominables consejos a cometer infamias». Magnatrude, la noble mujer episcopal, se procuraba placer cortando a los varones el pene con la piel abdominal y quemando las vergüenzas femeninas con hierros candentes. «Hizo muchas otras cosas abominables, pero es preferible callarlas», dice Gregorio.[44]

224

El alcoholismo —según certifica el cronista— era tan frecuente entre el clero como entre los seglares. También san Gildas, el primer historiador de los britanos, lo señala. Y san Bonifacio, el antiguo arzobispo Cudberht de Canterbury, hace presente «que en vuestras parroquias el vicio de la borrachera se ha generalizado hasta convertirse en una costumbre». De muchos obispos refiere Bonifacio que no sólo se emborrachan ellos, sino que «obligaban a otros a emborracharse ofreciéndoles vasos muy grandes».

Los obispos Salonio y Sagitario pasaban las noches en francachelas y borracheras hasta la madrugada, «cuando los clérigos ya decían en la iglesia la misa primera». El obispo Eonio de Vannes es verdad que también celebró una vez en París una misa; pero estaba tan borracho, que «con un grito agudo y entre resoplidos» cayó al suelo y hubo de ser retirado del altar. Se embriagaba con frecuencia hasta tal punto «que no podía dar un paso». Gunther de Tours, un antiguo abad, ya de obispo «casi se idiotizó» por el alcoholismo. El pastor Droctigisil de Soissons era tan impúdico, que literalmente perdió la razón. El diácono Teodulfo, amigo del obispo Audovech de Langres, murió de una borrachera.

Cautino, arzobispo de Clermont, que despojaba de sus propiedades a todo el que podía, incluso con el empleo de la violencia, se embriagaba a diario y habitualmente era llevado por cuatro compañeros de orgía. No leía libros profanos ni religiosos, que probablemente no entendía para nada; actuó con judíos, lo que muchos tomaron muy a mal, y se metió a fondo en negocios de usura. A un clérigo suyo, cuyo dinero ambicionaba, lo hizo deponer en una tumba, junto a un cadáver ya en estado de putrefacción, con el fin de hacerle entrar en razón. Al final Cautino sucumbió —«el día de la pasión de nuestro Señor»— a la peste, de la que siempre había estado huyendo. Algo más tarde, bajo Carlos Martell, el obispo Milo de Tréveris se contaba también entre los bebedores empedernidos.[45]

De peor calaña fueron aún los hermanos Salomo de Embrun y Sagitario de Gap.

Ambos habían sido en tiempo pupilos virtuosos de san Nicetio de Lyon, a su vez tío abuelo de san Gregorio, sobrino y sucesor del santo sacerdote.

¡Santos por doquier! Y la noble pareja de prelados se desbordó furiosamente «con robos, derramamiento de sangre, asesinatos, adulterios y otros crímenes como enloquecidos» (Gregorio de Tours). Pero sólo cuando cayeron sobre su colega Víctor de Trois-Cháteaux, en el Delfinado, justo durante su banquete de aniversario, moliéndolo a palos y saqueándole a la vez que degollaban a sus criados, los depuso un sínodo de Lyon (567-570) como «culpables por completo». Pero el rey Guntram, el santo, aprobó su apelación a Roma —el único caso conocido de tal procedimiento

---

[44] Contin. Fredeg. 3. Sobre Reolus ver Flodoard, Hist, Rem. ecci. 2,10. Greg. Tur. 6,9; 7,15, 8,39. Hauck I 363. Rückert, Culturgeschichte II 500 s. Hentig I 389. Prinz, Klerus und Krieg 47 s. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 61. Kaiser, Konigtum und Bischofsherrschaft 91. Pontal 58 ss.

[45] Greg. Tur. 4,7; 4,12; 4,31; 5,20; 5,40; 9,37; 10,14. Ver asimismo 8,34. Bonif. ep. 78. LThK IV^2 893 s. Rückert, Culturgeschichte II 499 s. Petri, Der Rhein 596. Ewig, Trier im Merowingerreich 141 ss. Deschner, Das Kreuz 183. Meyer-Sickendick 151. Heinzelmann, Bischof und Herrschaft 61

en la Galia merovingia del siglo VI—. Y el santo padre Juan III los repuso en sus cargos y dignidades, encomendándolos a la protección de Guntram. De nuevo golpearon a sus diocesanos «con palos hasta hacerles sangrar» y en abierta batalla campal mataron a gente con su propia mano, hasta que su intromisión en la vida íntima del piadoso rey los puso (separados a mucha distancia) tras los muros monacales. Pero la intercesión probablemente de algunos eclesiásticos amigos también esta vez volvió a liberarlos. De nuevo ocuparon sus sillas episcopales, sólo para (tras algunos ayunos, oraciones y cantos de Salmos) llevar una conducta más desbocada y violenta. Aun así, un tribunal eclesiástico no quiso deponerlos. Pero el rey, alimentando una sospecha de alta traición, los encerró de nuevo en un monasterio, apareciendo al final entre los salteadores de caminos.[46]

225 A lo largo de la Edad Media los monasterios no fueron con frecuencia un lugar de paz o de enterramiento en vida (y, de serlo, en el peor sentido). Y hasta los historiadores simpatizantes con la Iglesia califican la discordia en los mismos como «un fenómeno generalizado», incluso en los «monasterios de mujeres». Muchas esposas de Cristo pegaban a otras, pegaban a las hermanas legas, a los hermanos legos e incluso a los clérigos, aunque en ocasiones también éstos devolvían los golpes. Y los recluidos de ambos sexos rara vez vivían de forma muy ascética. Y quizá menos aún aquellas monjas que los reyes cristianos y católicos habían engendrado en sus concubinas para aumentar el reino de Dios.[47]

Rebelión en los monasterios de monjas

En Sainte-Croix de Poitiers, en el monasterio de santa Radegunda, la santa más tierna y más pura de su tiempo, el año 589-590, se rebelaron «seducidas por el diablo» dos princesas, como reconocen por escrito diez obispos. Chrodechilde, hija del rey Chariberto, y Basina, hija del rey Chilperico (y de Audovera), se sublevaron contra la abadesa Leu-bovera. Con cerca de 40 *puellae,* en su mayoría probablemente de la clase social alta, y sin duda metidas en el monasterio más que ingresadas por propia decisión personal, escaparon de la santa casa; y lo que podríamos llamar un duro resto clerical se atrincheró extramuros de Poitiers en la iglesia de Saint-Hilaire con todo tipo de caballeros: ladrones, según se dice, envenenadores, asesinos...

Durante semanas reinó el terror en la ciudad con atracos y asaltos; el monasterio fue objeto de pillaje y a las monjas que habían quedado se las apaleó en los mismos oratorios. En la tumba de santa Radegunda, en la iglesia catedral y en las calles corrió la sangre a diario. Aunque varios prelados, entre los cuales el metropolitano Gundegisel de Burdeos así como sus obispos sufragáneos y algunos clérigos, se arriesgaron a entrar en la iglesia de San Hilario, la casa de la gran libertad, para examinar por orden del rey los puntos de discordia, la multitud cayó «sobre ellos con tal violencia tirando a los obispos contra el suelo, que apenas pudieron volver a

[46] Greg. Tur, 4,42; 5,20, Ver 7,39. LThK VIP 541. Rückert, Culturgeschichte II 502 ss. Bodmer 65. Ewig, Die Merowinger und das Imperium 32 s. Richards 70. Pon-tal 142 s. Scheibeireiter, Der Bischof 253, nota 73.

[47] Grupp II 305. s. III 344.

levantarse; también los diáconos y demás eclesiásticos salieron corriendo de la iglesia salpicados de sangre y con las cabezas malheridas». La abadesa Leubovera fue agredida en el monasterio y arrancada de un arca, que contenía partículas de la cruz (naturalmente «auténticas»), a la que se había abrazado, fue arrastrada por las calles y custodiada en la iglesia de San Hilario.

226

Nada tiene de extraño (o más bien lo tenga una cosa) que en aquel año — como refiere san Gregorio— ocurrieran muchas señales (en realidad, casi como cada año), como lluvias violentas, tormentas de granizo, desbordamientos pavorosos de ríos, árboles que florecieron en otoño... «En noviembre se vieron rosas...» Signos y más signos, ¡oh, la degeneración del mundo!

Sólo de forma violenta, con nuevos derramamientos de sangre, pudo el *comes* Maceo, el conde de la ciudad de Poitiers, someter por fin a los rebeldes. Se azotó a muchos, cristianamente se les cortaron el pelo, las manos, y a algunos también las orejas y la nariz... «y volvió la tranquilidad» (Gregorio). A las dos princesas las devolvió el concilio de Metz (590) a Poitiers y, por intervención del rey Childeberto II, se les levantó la excomunión, pronunciada poco antes, aquel mismo año, contra ellas. Basina marchó de nuevo al monasterio de la Santa Cruz; la intransigente y obstinada Chrodechilde recibió una «villa» en (o cerca de) la ciudad, regalo del rey Childeberto.

Habitualmente no se procedió así con las monjas levantiscas. En los monasterios precisamente abundaban los castigos draconianos, a menudo por «transgresiones» ridículas. Los obispos, sin embargo, fueron (y son) en toda regla una chusma cobarde. Y allí —en atinada expresión de Georg Scheibelreiter— «no hicieron buena figura». Y así las consagradas a Dios procedentes de la casa real salieron sorprendentemente bien libradas, a pesar de sus *«maiora crimina»* (gravísimos crímenes). Más aún, no sabemos de ningún tipo de castigo, o simplemente de alguna penitencia. Tanto más extraño cuanto que la rebelión de las monjas de Poitiers fue una historia sangrienta y lo que se le imputa a la abadesa aparece en parte como carente de fundamento o en parte como algo insignificante, como *«causae leviores»* (cuestiones de poca monta). Y lo serían, si dejamos de lado que los hombres utilizaban el baño de las monjas, que en ocasiones se celebraban comilonas (que, por lo demás, no lo eran, pues sólo se comía «pan consagrado» y lo comían «personas creyentes y de sentimientos cristianos»); y si dejamos de lado que muchas monjas sólo quedaron embarazadas a consecuencia de «los disturbios»; o si prescindimos de que la sobrina de la abadesa habitaba en el monasterio sin ser religiosa.[48]

227

¿Nos extraña? La Regla de san Cesáreo, obispo de Arles y fundador de un monasterio femenino, permitía que las niñas de seis años pudieran pasar a ser vírgenes sagradas, «consagradas a Dios». Y la Regla de san Benito cuidaba de que muchachos de la misma edad se enterrasen para siempre tras los muros del monasterio con vistas a asegurar la renovación del monacato.[49]

Los gobernantes oprimieron y explotaron a todos. Pero muy probablemente los

---

[48] Greg. Tur. 6,34; espec. 9,39 ss.; 10,15 s.; 10, 20. Rückert, Culturgeschichte II 522. Neuss/Oediger 116 s. Bodmer 66. Ewig, Frühmittelalterliche Studien 48 s. Pon-tal 149 ss. Scheibeireiter, Konigstochter 1 ss., 27 ss. Angenendt, Frühmittelalter 178 s. Ennen, Frauen im Mittelalter 53 ss.

[49] Caesar de Arles, Stat. sanct. virg. c. 5. Benito, Reg. 59, 1.

más despreciados fueron los judíos; y de manera especial por el clero cristiano, que con su humildad característica hizo tema de concilios incluso la diferencia de categoría entre los cristianos, entre clérigos y «laicos». Así Macón decretó (585) la primacía indiscutible del sacerdote sobre el seglar, que no sólo había de saludarle sino también apearse del caballo, si aquél iba a pie.[50]

¡Y no digamos los judíos!

«... Y SE ENCAMINARON A MARSELLA», O SIN JUDÍOS EL CRISTIANO GOZA DE SALUD

La hostilidad cristiana contra los judíos arranca del Nuevo Testamento, especialmente de Pablo y del denominado Evangelio de Juan. Y la mayor parte de los padres y doctores de la Iglesia antigua, incluidos los más prominentes, contribuyó a la transmisión de esa hostilidad agravándola a menudo enormemente.

Siguiendo las huellas de muchos predecesores católicos también el doctor de la Iglesia, Isidoro de Sevilla, lanzó a la luz pública un escrito *Contra Judaeos.* Y también san Julián, arzobispo de Toledo, que personalmente era de ascendencia judía, escribió en 686 una obra de tendencia antijudía. Mientras que el concilio XII de Toledo (681) decretaba no menos de 28 leyes contrarias a los judíos, el concilio XVI (693) las refrendaba perjudicándolos sobre todo en el aspecto económico. Pero el concilio XVII (694) declaraba esclavos a todos los judíos por sus maquinaciones contra el Estado y sus ofensas a la cruz de Cristo; sus bienes fueron confiscados y se les retiró a los hijos que habían cumplido los siete años.

En el reino merovingio la Iglesia prohibió cualquier unión entre sus fieles y los judíos, que se habían establecido sobre todo en las ciudades comerciales de la Galia. Los católicos no podían casarse con gentes judías y ni siquiera comer con ellas. Ningún judío podía sentarse en presencia de un sacerdote sin su permiso. Se amenazaba con penas graves a los judíos que intentasen convertir a sus esclavos cristianos. Y en el caso de que se convirtieran al judaísmo, su manumisión se declaraba invalidada. Y desde el concilio de Macón (581-583) ya no se les permitió a los judíos que tuvieran esclavos cristianos.[51]

228

En el siglo VI los concilios prohibieron a los judíos todos los cargos públicos en el reino merovingio, incluidos los militares. En el siglo VII pudieron continuar en sus cargos, si se abrazaban a la cruz; es decir, si se hacían bautizar. Por tanto, contaban únicamente los motivos religiosos, o los que se entendían como tales.[52]

La persistente hostilidad de la Iglesia católica contra los judíos dio naturalmente sus frutos.

Así, por ejemplo, san Avito de Vienne —a quien todavía en el siglo XX el *Lexikon für Theologie und Kirche* exalta cual «columna de la Iglesia en el reino burgundio»—

---

[50] Sin. Macón (585) c. 15.

[51] Sin. Epaon (517) ca. 15. Sin. Orí. (533) c. 19. 538 c. 14. 541 c. 31. Clermont (535) c. 6, Macón 581/583 c. 14; 15; 16. Sin. Toledo (694) c. 8. Altener/Stuiber 495 s. Orlandis/Ramos-Lisson 250 s., 254 ss., 306 ss., 320. Ver Deschner. Abermals 453 s.

[52] Sin. Clermont (535) c. 9. Sin. París (614) c. 17. Ver asimismo Edictum Chio-thari.

no sólo trabajó «incansablemente en la extirpación de la herejía» sino también en la del judaismo, aunque ciertamente no se dice. Pues «con mucha frecuencia» —según refiere san Gregorio de Tours— exhortaba Avito a los perversos judíos a que se convirtieran. Las cosas habían llegado tan lejos, que una vez, justo durante una procesión «el día santo en que el Señor, tras haber obrado la redención de la humanidad, subió gloriosamente al cielo, cuando el obispo marchaba entre cantos del coro desde la catedral a una iglesia, toda la muchedumbre que le seguía se precipitó sobre la escuela judía y la destruyó hasta los cimientos, asolándola por completo».

¿Un acto de terror? ¡Oh, no!. Al día siguiente el santo tan tolerante enviaba ya un mensaje a los judíos: «No deseo obligaros por la fuerza a convertiros al Hijo de Dios». No, él, «que había sido puesto como pastor de las ovejas del Señor», tenía simplemente la obligación como su Señor, de «conducir también a las otras ovejas, que no eran de su redil, para que no hubiera más que un solo pastor y un solo rebaño. Por lo mismo, si queréis creer como yo —de eso se trata en toda su historia desgraciada: ¡o creerlo todo como ellos o irse al diablo!—, tenéis que formar un solo rebaño y yo seré vuestro pastor; de lo contrario, abandonad este lugar». Realmente un mensaje claro y sublime, a la vez que cristiano y católico por los cuatro costados. Y así quisieron creer unos, y se dejaron convertir de esa manera «mansa». Pero otros, «que habían rechazado el bautismo, salieron de la ciudad y se encaminaron a Marsella».

Así de simple: y se encaminaron a Marsella... Por lo demás, Gregorio sólo declara que «nuestro Dios nunca se cansa de glorificar a sus sacerdotes...».[53]

También la orientación de san Gregorio es —¡naturalmente!— antijudía por completo; lo que a menudo se trasluce, como cuando estigmatiza la «cólera» y la «maldad» de los judíos, su «sentimiento, que se cebó con la sangre de los profetas» y que después deseó en justa lógica matar «injustamente al Justo». Incluso san Martín, que sin embargo obraba milagro tras milagro, es impotente, y hay que llamar a un médico judío; como en el caso de Leunast, archidiácono de Bourges, que estaba ciego, recuperó milagrosamente la vista y de nuevo la perdió también milagrosamente: «porque habría quedado curado si, tras la acción milagrosa de Dios, no se hubiera llamado al judío».[54]

229

El piadoso rey Guntram, que trata a los judíos de «perversos y desleales» y

«siempre de corazón pérfido», y que se negó a permitir la reconstrucción de la sinagoga que poco antes habían destruido los cristianos, cuenta con toda la simpatía del obispo Gregorio: «j0h tú, rey glorioso y sumamente sabio!».[55]

---

[53] Greg. Tur. 5,11. Wetzer/WeIte I 566. LThK I' 874.
[54] Greg. Tur. 1,20; 5,6. Ver también 6,5.
[55] Greg. Tur. 8,1.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias, revistas científicas y obras de consulta que se citan con más frecuencia en las notas

Adam von Bremen, Gesta Hamm: Gesta Hammaburgensis ecdesiae pontificum. Agathias: Agathias (Scholastikos) de Myrina (Aiolis).
AHVN: Annalen des Historischen Vereins für den Niederrhein, Koln 1855 ss. Alkuin, Vita Willibr.: Vita Willibrordi (MG Script. rer. Merov. 7,81 ss.).
Annal. Am.: Annales Sancti Amandi. Ann. luvav.: Annales luvavenses maximi. Ann. Lauresh.: Annales Laureshamenses. Ann. Lauriss.: Annales Laurissenses.
Ann. Maxim.: Annales Maximiniani.
Ann. Mettens.: Annales Mettenses priores. Ann. Mosell.: Annales Mosellani.
Ann. Naz.: Annales Nazariani. Ann. Pet.: Annales Petaviani.
Ann. Quedl.: Annales Quedlinburgenses. Ann. reg. Franc.:
Annales regni Francorum (Reichsannalen).
Apoll. Sid.: Apollinaris Sidonius (v. también Sidonius Apollinaris). August. civ. dei:
Augustinus, de civitate Dei. Avit. Vienn.: Avitus de Vienne.

Baudon.: Baudonivia, Vita Radegundis (MG Script. rer. Merov. 2,377 ss.).
Beda h.e.: Beda Venerabilis, Historia ecclesiastica gentis Anglorum.
Bernh. Clairv.: Bernardo de Clairvaux. De consideratione libri V (PL 182,727 ss.). Bened. Reg.: Regula Benedicti.
Bonif. ep.: Bonifatius, Briefe.

Caes. Arles: Caesarius de Arles, Statuta sanctarum virginum. Cass. Dio: Cassius Dio.
Cass. var.: Flavius Magnus Aurelius Cassiodorus, Variae. Chron. Sal.: Chronicon Salernitanum.
Cod. Carol.: Codex Carolinus.
Contin. Fredeg.: Fredegarii Continuationes,

DAM: Deutsches Arehiv für Geschichte des Mittelalters, 1937 ss. DZG: Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft.

Einh.: Einhard, Vita Karoli.
Ennod.: Magnus Félix Ennodius, Vita S. Epiphanii. Euseb. h.e.: Eusebio de Cesárea, Historia Eclesiástica.

Flodoardo de Reims, Flodoardi historia Remensis ecdesiae. FMSt; Frühmittelalterhche Studien, Berlín 1967 ss.
Fredeg.: Chronicarum quae dicuntur Fredegarii libri quattu. Greg. I. Papst Gregor I. hom.: Homilías.

Greg. I. reg. pastor.: Liber regulae pastoralis (4 tomos).
Greg. I. Dial.: Dialogi de vita et miraculis patrum Italicorum (4 tomos).
Greg. 1. Moral.: Moralia in Job.
Greg. Tur.: Gregor von Tours, Historiarum libri X (Hist. Francorum). Greg. Tur.: Miraculorum libri VIH.
Greg. Tur. virt.: De virtutibus. Greg. Tur. vit. patr.: De vita patrum.
Greg. Tur. glor. conf.: In gloria confesorum.

HEG: Handbuch der Europaischen Geschichte, hg. von Theodor Schiefier, I 1992. HJb: Historisches Jahrbuch.
HKG: Handbuch der Kirchengeschichte, hg. von Hubert Jedin, Bde. II u. III 1973/82. HZ: Historische Zeitschrift.

Isid. hist. got.: Isidoro de Sevilla, Historia de los godos, vándalos y suevos.

JbAC: Jahrbuch für Antike und Christen-tum. Jer.: Jeremías.
Jes.: Isaías.
JK: Regesta Pontificum Romanorum ab condita ecciesia ad annum post Christus natum MCXCVIII von Ph. Jaffé u. a., 1885 ss.
Jonas Vit. Columb.: Jonas von Bobbio, Vita Columbani.
Jonas Vit. Ved.: Vita s. Vedasti.
Jord. get.: Jordanes, de origine actibusque Getarum (Gotengeschichte).

Liber Pont.: Líber Pontificalis, 2 vols., ed. Duchesne 1886 ss., '1955 vol. 3 ed. C. Vogel, 1957.
LMA: Lexikon des Mittelalters, 1980 ss. LThK: Lexikon für Theologie und Kirche.

Mansi, Conc. Coll.: J. D. Mansi, Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio. Nachdruck und Fortsetzung ed. v. Petit/Martin, 1899 ss.
MG: Monumenta Germaniae Histórica.
MIOG: Mitteilungen des Instituís für Ósterreichische Geschichtsforschung, 1880 ss. Notk. Gest. Kar.: Notkeri Gesta Karoli (Taten Karis).

Olymp. frg.: Olympiodoros, 22 vols. Optat.: Optatus von Milewe.
Oros. hist.: Orosius, Historiae advers. paganos libri VII.

Paúl. Diac. Hist. Lang.: Paulus Diakonus, Historia Langobardorum. PG: Patrologiae cursus completus... series graeca.
PL: Patrologiae cursus completus... series latina.
Prokop. bell. got.: Procopio de Cesárea, Guerra contra los godos. Gothenkrieg. Prosper, Chron.: Tiro Próspero, Crónica (PL 61, 535 ss.).

QFIAB: Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken, Zeitschr. des Preussischen bzw. Deutschen Historischen Instituts in Rom, 1898 ss.

RAC: Reallexikon für Antike und Christentum, 1950 ss.
RGAK: Reallexikon der germanischen Altertumskunde, 1911 ss. Saec.: Saeculum, Jahrbuch für Universalgeschichte.

Salv. de gub.: Salvianus de Massilia, de gubernatione dei. Sid. Apoll.: v. también Apollinaris Sidonius.
Socr. h.e.: Sócrates, Kirchengeschichte.
Sulp. Sev.: Sulpicio Severo dial. Diálogorum libri dúo. Sulp. Sev. Vit. Mart.: Vita S. Martini.
Syn.: Sínodo.
SZG: Schweizer Zeitschrift für Geschichte.

ZBKG: Zeitschrift für bayerische Kirchengeschichte, 1926 ss. ZBLG: Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte, 1928 ss. ZGW: Zeitschrift für Geschichtswissenschaft.
ZKG: Zeitschrift für Kirchengeschichte.
ZSRG: Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte.